INTRODUCCIÓN AL MUNDO BIZANTINO

Javier Faci Lacasta



HISTORIA MEDIEVAL

Director:
Eduardo Manzano



Diseño de cubierta: JV Diseño gráfico

ISBN: 84-7738-364-2
Depósito Legal: M. 23.308-1996

Impresión: Lavel, S.A.
Impreso en España. Printed in Spain

Índice

Introducción

No resulta fácil en España y contando con las bibliotecas españolas escribir una Introducción al mundo bizantino hecha con dignidad. Por desgracia, en nuestro país no existe ninguna tradición seria de estudios históricos sobre Bizancio. Sin duda, representa una de las más graves "asignaturas pendientes" de nuestra historiografía, por otra parte, tan llena de ellas. Y no existen razones serias que justifiquen esta absoluta penuria y falta de interés por tales estudios, si no es la inercia continuada de muchos años, que ha permitido, incluso, una duda razonable sobre la propia existencia del mundo bizantino. Ello ha hecho que una buena parte de los profesores de historia medieval jamás expliquen en sus cursos las lecciones referidas a esta parcela de su materia o que en las antiguas oposiciones a cátedra fueran temas reservados para sorprender al confiado concursante en el temible ejercicio que, vulgarmente, conocíamos como "la encerrona". Bizancio se ha convertido para el medievalista español en un mundo exótico, periférico, excéntrico y, en el fondo, poco atractivo.

El panorama es menos desalentador cuando nos acercamos al campo de la filología. Teniendo en cuenta la excelente tradición helenista que, en general, ha habido en nuestras universidades, hubiera sido muy sorprendente un parecido desinterés entre nuestros filólogos griegos. No ha sido así, afortunadamente, y, aunque sea un grupo muy minoritario, un pequeño núcleo de francotiradores ha permitido hacer brillar una leve esperanza en el interés de los estudios bizantinos y neohelénicos. Rindo, desde estas páginas, un homenaje de agradecimiento a este grupo de personas que se ha concentrado en torno a una modesta revista, *Eritheia*, publicada casi siem-

pre de forma heróica, y a unas jornadas bianuales sobre estudios bizantinos que, afortunadamente, van teniendo cada día una mayor resonancia.

El objetivo de este pequeño libro no es otro que demostrar al alumno de historia medieval, que presumiblemente será quien lo utilice con más frecuencia, que el mundo bizantino no es ni más raro ni más exótico ni más difícil de comprender y asimilar que cualquier otra formación histórica medieval. Se puede argüir inmediatamente que existe un problema lingüístico casi insuperable, el conocimiento del griego bizantino. No se pueden negar las dificultades que el dominio de la lengua griega comporta. No obstante, no se trata de una dificultad tan terrible como a primera vista parece. El estudiante puede comenzar a formarse a través de una bibliografía relativamente asequible en las principales lenguas occidentales e incluso a manejar los primeros textos en traducciones o ediciones bilingües, por fortuna cada día más frecuentes y perfectas.

Creo que el problema radica en otra cuestión que alguna vez habrán de afrontar seriamente nuestra historiografía y nuestras estructuras académicas, pero que no tendrá solución mientras se continúe formando a los estudiantes como se hace actualmente. Diversas circunstancias más o menos coyunturales que todos conocemos han terminado definitivamente con la poca tradición que existía en el medievalismo español de ocuparse de una historia que, con mayor o menor acierto, siempre hemos llamado "universal". De forma cada vez más alarmante, el joven profesor que alcanza con relativa juventud, afortunadamente para él y para el sistema, la ansiada titularidad, lo hace con el bagaje de una tesis recién publicada por una institución, pública o privada, local y, en consecuencia, con un tema relativamente –siendo optimistas– también local. Se ha formado, inconscientemente, en la convicción de que el horizonte de investigación histórica de toda su larga vida académica nunca podrá alejarse mucho de su primera aportación. Él, a su vez, formará a sus alumnos en parecidas convicciones, vistos los buenos resultados de su propia experiencia.

Ello explica que no haya ni bizantinistas ni interés por Bizancio, pero también que a nadie le interese lo más mínimo el mundo lombardo, franco, anglosajón, o la Francia de San Luis. Mientras que es frecuente en las grandes bibliotecas o centros de investigación internacionales encontrar a jóvenes doctorandos de diversos países haciendo tesis sobre temas de este tipo, resulta una rareza la existencia de un joven español haciendo lo mismo. Por tanto, el mundo bizantino no es sino un ejemplo más, quizás algo más extremo, de una alarmante falta de comunicación científica, de intercambio cultural, de un aislamiento empobrecedor e indigno de un país desarrollado.

Quiero explicar al lector el por qué del tratamiento que va a encontrar en este libro, cuando lo más cómodo hubiera sido confeccionar, con mayor o menor acierto, un nuevo libro *in usum scholarum*, un nuevo pequeño com-

pendio más o menos resultado del "refrito" de unas pocas lecturas. En primer lugar, expreso mi convicción de que vivimos una auténtica inflación de manuales, quizás no tan axfisiante en historia medieval como en otras áreas históricas, pero nada desdeñable. En mi opinión, no debería caber en el mercado universitario actual ni una sola serie de nuevos manuales. Por ello, esta colección ha buscado una nueva orientación, huyendo de una mera enumeración de acontecimientos y buscando otros planteamientos, producto de la reflexión y susceptibles de provocar curiosidad e interés en el estudiante.

Por otra parte, el mundo bizantino ha sido muy bien abordado en algunas obras generales que, a pesar de su antigüedad, siguen teniendo vigencia, como la de Vassiliev –quizás demasiado envejecida, aunque siempre interesante y aguda–, y, sobre todo, la de Ostrogorsky que, a pesar de haberse publicado su primera edición alemana en 1940, ha sido varias veces actualizada y traducida, incluso al castellano. Querer decir algo general que Ostrogorsky no hubiera dicho hubiera significado o alejar al alumno de la consulta directa de este libro, proporcionándole "recetas resumidas", o simplemente un atrevimiento intolerable que no estaba dispuesto a afrontar.

He de manifestar, por otra parte, que he comprobado la posible eficacia de una "Introducción" en lugar de un "Manual", al impartir durante varios años una asignatura llamada "Introducción a la Historia" que, al nivel de mis conocimientos, sólo incluía el hasta hace poco vigente plan de estudios de la Universidad de Barcelona. Este, vulgarmente conocido como "plan Maluquer", en recuerdo del profesor que, al parecer, lo inspiró, nació con la sana intención de obligar al alumno de primer curso de historia a enfrentarse con una serie de introducciones a diferentes materias que le permitieran formarse una idea de conjunto de toda la baraja de posibilidades intelectuales que se le ofrecían, para facilitar así su futura opción.

Reconozco que hasta que me tocó impartir la materia, fui tremendamente escéptico sobre la eficacia del planteamiento, sin duda recordando aquella caótica "Historia Universal" que, a los que ya somos algo mayores, nos correspondió estudiar y que, en mi caso concreto, se podía abordar "hacia atrás" –sin que esto tenga que ver nada con la aguda sugerencia de Marc Bloch de "hacer historia hacia atrás"– sino que, simplemente, aquella asignatura podía perfectamente concebirse como compartimentos estancos e iniciar su estudio desde la Revolución Francesa, dependiendo únicamente del azar de la concreta especialización de quien la impartía, que solía dejar en manos ajenas las otras parcelas más distantes de sus conocimientos.

Sin embargo, pronto observé que, alejándose de este planteamiento cómodo y acientífico, se podía –eso sí, con mucho más trabajo e imaginación–, iniciar al alumno en los rudimentos de las concepciones globales de

la historia, de las técnicas más elementales y, en suma, en la simple reflexión histórica, en el planteamiento de los problemas más sencillos que, casi siempre, son los menos susceptibles de obtener una respuesta clara. Comprobé la eficacia, que al menos para una gran parte del estudiantado, tenía un sistema de enseñanza que hiciese difícil la confección de unos apuntes reconfortantes como prolongación de su sistema de trabajo y le orientase hacia constantes referencias bibliográficas capaces de obligarles a darse cuenta de que los libros existen y son algo vivo.

Por ello, el objetivo de esta pequeña y modesta introducción a Bizancio no es que el alumno aprenda mucho con ella, sino que se despierte en él el interés por los grandes problemas de la historia bizantina que le lleve a una labor de consulta suplementaria en obras más sistemáticas y completas. Este modelo, por supuesto, ha tenido ya diversos cultivadores ilustres, como el venerable pero espléndido libro de Diehl *(Grandeza y servidunbre de Bizancio)*, el más reciente coordinado por Baynes y Moss, aunque en este caso eran varios los autores, todos ellos grandes bizantinistas o alguna obra posterior que se encontrará en la bibliografía. La sistemática será muy sencilla. Tras un breve –e imprescindible– recorrido por los grandes acontecimientos, se abordará el estudio de los aspectos más representativos de la historia bizantina, sin perder dentro de cada uno de vista el horizonte cronológico. Generalmente, los problemas están simplemente esbozados en la primera parte de exposición de los hechos fundamentales y encuentran un tratamiento más detallado en la parte más específica. Lo que intento, como antes he dicho, es plantear problemas al lector, por lo que he recurrido, cuando ha sido posible, al ejemplo comparativo en relación con la historia occidental del momento, con la que el estudiante suele estar más familiarizado. Si he conseguido que el lector llegue hasta el final y sienta la curiosidad de ampliar sus conocimientos en otra parte, habré conseguido mi propósito.

La división en capítulos es algo aleatoria y no corresponde en algunos casos más que a criterios de comodidad y de buscar una fragmentación equilibrada. Por otra parte, son tantos los interrogantes que existen sobre la periodización de estos mil años, que no resulta extraño alterar las secuencias más frecuentemente asumidas. Existe un cierto consenso en dividir la historia bizantina en cuatro fases. La primera sería una transición desde las estructuras tardorromanas. Tras ella, los siglos VII, VIII y parte del IX, constituirían la primera fase del mundo bizantino, caracterizada por una reestructuración territorial tras la pérdida de importantes partes del antiguo Imperio romano y por nuevas soluciones políticas y administrativas. Este primer período específicamente bizantino tiene en la óptica historiográfica características de *Dark Ages*, de "época oscura", con menor información y un supuesto o real estancamiento. Sin embargo, permitió una reacción que es

la que constituye el período bizantino medio, correspondiente a los siglos más brillantes de Bizancio, desde mediados del siglo IX hasta fines del siglo XI para algunos o hasta 1204, para otros. Es el período expansivo, de ampliación territorial y de grandes cambios socioeconómicos y culturales. Para algunos, la época Comneno no sería sino un precedente de la gran catástrofe de 1204, en que en el marco de la Cuarta Cruzada, los latinos se apoderaron del Imperio. Pero, como veremos, recientes y valiosos trabajos han reivindicado la época Comneno, desmitificando por tanto la importancia de las invasiones turcas y de la primera cruzada. Finalmente, tras el paréntesis latino, la restauración de 1261 abre el último período, el tardobizantino, que tiene una personalidad y características propias.

Me gustaría advertir que la transcripción de los nombres griegos plantea importantes problemas. He elegido la transcripción más frecuente en las lenguas occidentales, obviando el respeto a los caracteres griegos. Así se hace en estos momentos en la mayor parte de las obras importantes. En algunas ocasiones, he tenido serias dudas sobre conceptos o personajes tan conocidos que se puede dudar sobre su transcripción. Por ejemplo, el lector encontrará que en algunas ocasiones se habla de Alexios Comneno o en otras, simplemente, de Alejo. Aunque el plural correcto de *thema* sería *themata*, me ha parecido que no es excesivamente incorrecto hablar de *themas*. Pido disculpas a quienes estas licencias puedan resultar una ofensa, pero he buscado en todo momento la mayor inteligibilidad posible.

Quiero agradecer, finalmente, la ayuda institucional que me permitió llevar a cabo la primera y fundamental fase del trabajo, la de acumulación de lecturas básicas, que han hecho posible este libro. Una estancia en Atenas, posibilitada por un período sabático concedido por la Secretaría de Estado de Universidades, me permitió llevar a cabo este trabajo de familiarizarme con las fuentes y la principal bibliografía. Desde estas líneas quiero mostrar mi gratitud a quienes pareció interesante mi trabajo y me estimularon a llevarlo a cabo.

1.

Del Imperio romano de Oriente al Imperio bizantino

El primer problema que se nos plantea es situar en el tiempo la aparición de lo que llamamos Bizancio o Imperio bizantino, término reciente y artificioso que, como muy bien ha escrito Kazhdan, sólo ha existido antes de la fundación de Constantinopla y después de su caída. No se trata de una cuestión secundaria, sino que merece alguna reflexión. Por supuesto, hay que dejar bien claro que los grandes procesos históricos no tienen "partida de nacimiento" y que, por tanto, cualquier umbral cronológico concreto que se les atribuya tiene un grado de convencionalidad variable, pero casi siempre muy elevado. Se trata de un acuerdo más o menos explícito a que ha ido llegando la historiografía a medida que la investigación progresaba.

Pero, en el caso que nos ocupa, el problema tiene unas dimensiones más amplias que en otros ejemplos, ya que hasta el 476 subsisten dos Imperios o un mismo Imperio bicéfalo, a pesar de que Constantinopla se había "fundado" hacia el 330 y que en el 395, al morir Teodosio, se había producido una separación más o menos decisiva de ambas administraciones. Y es que, en el terreno de la ideología, de la concepción que de sí mismos tuvieron los bizantinos o al menos los bizantinos cultos, ellos seguían siendo los romanos y su Imperio no era sino la continuación del antiguo Imperio romano, con algunas diferencias. Se llamaban a sí mismo *Romaioi* y el emperador, en muchos momentos se autocalificó comos *autocrátōr* o *basileus tōn Romaiōn*.

Ello llevó a un hombre tan genial e historiador tan ilustre, como el inglés Gibbon, que escribía en el siglo XVIII, a considerar la historia bizantina como una continuación de ese "declive y caída del Imperio Romano", co-

mo él titulaba su extensa obra. Un hombre culto de la Ilustración era mucho más consciente o estaba más seguro de los factores de continuidad y de la trascendental labor de transmisión cultural que el Imperio bizantino había llevado a cabo. Esta visión gibboniana se ha prolongado, aunque sea en casos aislados pero ilustres, hasta nuestros días. Así, Bury, uno de los padres de la bizantinística contemporánea, consideraba que no se habían producido cambios sustanciales más que en el aspecto puramente político-institucional, pero que desde los demás puntos de vista, el Imperio romano se había prolongado a través de Bizancio.

Otros historiadores han expresado también sus dudas respecto a que la fecha del 395, antes aludida, sea la más propicia para el comienzo del nuevo Imperio. Stein, por ejemplo, inicia su espléndida *Histoire du Bas Empire* con el advenimiento de Diocleciano y la prolonga hasta la muerte de Justiniano, en el 565. La tónica dominante en los trabajos más recientes es volver a la tradicional periodización, a pesar de que se sean conscientes de la veracidad de las ideas de Bury o Stein respecto a la continuidad del llamado Bajo Imperio.

No cabe duda de que más que la doble capitalidad desde la época de Constantino, parece decisivo el hecho de que Constantinopla nazca ya como una ciudad cristiana, a pesar de que el paganismo era, sin duda, numéricamente dominante en estos momentos. Pero la *Nueva Roma* será, desde un principio, el símbolo viviente de un Imperio no solamente de estructuras cristianas, sino progresivamente incomprensible al margen de las mismas.

Lo más lógico es, por tanto, considerar el período que se enmarca entre el siglo IV –es irrelevante que tomemos como momento de cambio sus principios o sus finales– y los comienzos del siglo VII, con cambios ya presagiados desde la muerte de Justiniano, como un largo período transicional, una época de profundas evoluciones que van alumbrando una nueva formación histórica, aparentemente poco original, pero quizás cuya más profunda novedad radique en su capacidad de supervivencia sin muchas innovaciones espectaculares y de conservación de elementos clásicos –vamos a llamarles así–, aunque profundamente transformados. Si en el comienzo de la Edad Media occidental, tal y como lo sigue considerando la mayor parte de la historiografía, asistimos a una atmósfera de invasiones exteriores y de formación de nuevas estructuras políticas, en el caso bizantino, sin que falten constantes amenazas de diferentes pueblos, no se producirá esa cesura tan cómoda pero en el fondo tan poco significativa de la "caída del Imperio". Surgirá un *Nuevo Imperio,* una nueva organización y una nueva sociedad como un proceso de reelaboración interna largo y doloroso.

Aludíamos anteriormente a la importancia ideológica que tiene el cristianismo triunfante e intolerante en este nuevo Imperio. Aparte de éste, hay otros factores decisivos en la orientación general bizantina. Stein, al comen-

zar el estudio del reinado de Justiniano (que llena una gran parte del segundo volumen de su obra), los ha sintetizado brillantemente: cristianización, helenización y orientalización serían los tres vectores de evolución que hacen que, entre los siglos VI y VII, el viejo Imperio romano de Augusto, e incluso el de Diocleciano y Constantino, pueda considerarse definitivamente clausurado.

Estos tres vectores están interrelacionados entre sí y no de forma casual o caprichosa. La fuerza de la religión cristiana siempre había sido mayor en Oriente que en Occidente, por razones obvias. El superior peso de la vida urbana en la parte oriental del Imperio, que fue la vía de difusión de cualquier novedad, había provocado una relativamente rápida cristianización de Oriente. El retroceso del paganismo desde tiempos de Constantino fue progresivo y constante. Ya en el siglo IV, la querella arriana y la intensidad con que se vivió en Oriente, demuestra la importancia que habían adquirido los problemas religiosos en el marco cristiano. Este rasgo será constante en toda la historia de Bizancio, como demuestran las querellas nestoriana y monofisita desde principios del siglo V hasta finales del VII, la crisis iconoclasta en el VIII y parte del IX, las relaciones de la Iglesia griega con la romana, o el problema del hesychasmo.

En el mundo bizantino, la religión y la piedad se vivieron como elementos trascendentales, con una pasión rayana en el fanatismo. El apego a la "ortodoxia", a la defensa de la verdadera fe y doctrina llegó a ser una obsesión de tristes consecuencias para la propia supervivencia del Imperio. Como veremos, la Iglesia griega adquirió un protagonismo en la sociedad, que ésta misma le otorgaba, muy superior al de Occidente, donde en todo momento hubo resistencias y oposiciones. Desde determinado momento la Iglesia, de alguna forma, se identificó con la sociedad, preservó su lengua culta y una tradición religiosa y eclesiástica casi intactas que, después de la caída de Constantinopla, se convertirían en el principal elemento aglutinador y de resistencia bajo la dominación turca, prolongándose su influencia claramente hasta la Grecia de nuestros días.

La helenización fue rápida y profunda. De hecho, el latín nunca había sido una lengua popular y conocida en la parte oriental del Imperio, al contrario de lo que había ocurrido con el griego en Occidente, cuyo empleo se había convertido en signo de distinción de los grupos sociales elevados romanos. Durante el Bajo Imperio, el latín fue en Oriente la lengua de la administración y sobre todo, del ejército. Como muy acertadamente señala Dagron (1969, 1984), el griego fue la lengua de la cultura y el latín se convirtió en la lengua del poder y especialmente del ejército. Será en él donde nos encontremos el último reducto del latín y muchas palabras de contenido militar son meras adaptaciones griegas del originario término latino. En la época de Justiniano (527-565), la hegemonía del griego era tan absoluta

que algunos pretendieron, seguramente de forma ingenua, llevar a cabo toda la recopilación jurídica justinianea en lengua griega. El buen criterio de Triboniano, máximo artífice de la misma, y la decisión sensata del propio Justiniano, latino-parlante de origen, hicieron que pudiera preservarse en su lengua originaria esta gran masa jurídica romana que, probablemente, hubiera perdido en una traducción buena parte de sus ingredientes más vitales. Con la promulgación de bastantes *Novellae* en griego, mientras que otras se escribieron en latín o en versiones bilingües, se puede afirmar que la helenización de la administración había alcanzado ya dimensiones considerables.

También el proceso orientalizador era ya antiguo en el mundo helénico. Resulta ya casi un tópico la consideración de que experimentó un positivo incremento con la llegada al poder de Diocleciano, aunque algunos autores consideren que era ya muy fuerte en el siglo III. Sin embargo, en esta época transicional se acentuó de forma sustancial. El contacto constante, bélico o pacífico, con otros pueblos y culturas, persa y armenia como las más significativas, había supuesto un enriquecimiento cultural importantísimo. En este momento, estas influencias parecen acrecentarse. Los especialistas en historia del arte, por ejemplo, pusieron ya de relieve, desde los tiempos de Diehl, la profunda influencia oriental, sobre todo persa, en la arquitectura cristiana del siglo V, como en Qalat Seman, cerca de Alepo, fastuoso conjunto monumental erigido en torno a la milagrosa columna donde el santo estilita Simeón pasó la mayor parte de su vida.

Pero fue quizás en el campo de la ideología imperial, de la concepción del poder, donde esta influencia se dejó notar de forma más profunda. El poder personal del príncipe romano, ejercido a veces de forma despótica y caprichosa, no había sido capaz de hacer olvidar, como puede verse en los grandes juristas de la segunda mitad del siglo II y principios del III que casi llenan el *Digesto*, que tenía una apoyatura "constitucional". El príncipe ejercía el poder, según recordaba Ulpiano, porque el pueblo se lo había cedido y, en último término, ante él era responsable. En el Bajo Imperio, este recuerdo fue borrándose y el príncipe actuó de hecho como un *autocrátōr*, como un déspota absoluto. En este sentido, son muy significativas las palabras de un decreto de Diocleciano, recogido por el *Codex Iustinianus*: "Voces populi non sunt audiendae", aunque la continuación les da un contenido más concreto y jurídico (Cit., por Cameron (1976), 181-82 nota 5). A partir de Justiniano, solamente Dios es quien ha otorgado el poder a esta especie de "elegido" que es el Emperador, que no tiene que dar cuentas a nadie, sino a Él. Los elementos que, vagamente, podamos denominar "orientales" en tal concepción, son evidentes. Progresivamente, se irán ampliando y llenando de contenido jurídico, hasta alejarse completamente de la antigua tradición romana clásica.

Es preciso hacer constar que el término "orientalización" no ha sido unánimemente bien acogido por la bizantinística contemporánea. Mientras que forma parte sustancial de la línea explicativa de Diehl o de Stein, ha sido marginado o criticado por lo que podríamos llamar la escuela inglesa de bizantinistas, lo que es tanto como decir, Bury y sus continuadores. En general, esta importante escuela de historiadores dedicada tanto a los estudios tardoantiguos como a los bizantinos ha valorado sobremanera la singularidad de la herencia clásica pura del "helenismo", tal y como lo acuñara en el siglo pasado Droysen. Este helenismo tiene tanto de griego como de romano, y puede prescindir fácilmente del componente "oriental" como algo autónomo e independiente.

1.1. El Bajo Imperio romano en Oriente

La obra reformadora de Constantino, ese gran "revolucionario" para gran parte de la reciente historiografía, (aunque quizás nadie como Mazzarino haya enfatizado tanto este aspecto), fue importante y global. Continuando los anteriores cambios introducidos por Diocleciano, aunque en los aspectos más decisivos como en la política económica y religiosa se alejara de él, consolidó la nueva organización del ejército, apoyó la anterior reforma administrativa, que había hecho de la *prefectura del pretorio*, la *diócesis* y, en especial, de la *provincia,* sus principales elementos y, aunque en teoría, respetó el sistema tetrárquico iniciado por su antecesor (división del poder geográfica y jerárquicamente entre dos *Augustos* y dos *Césares*), en la práctica lo destruyó, primero con su victoria de Puente Milvio sobre Majencio y, finalmente, con su victoria sobre Licinio en el 324.

Sin embargo, en los aspectos económico y religioso, como se apuntaba anteriormente, sus propias innovaciones personales fueron decisivas. Ante el fracaso de las repetidas medidas, tanto monetarias como de contención forzada de los precios para frenar la inflación galopante que tanto perjudicaba a la economía urbana, Constantino optó por una nueva política. Mientras que Diocleciano (todavía un gran tradicionalista, también al decir de Mazzarino) había seguido aplicando las viejas recetas de intentar sanear las acuñaciones monetarias y contener artificialmente los precios (el intento más significativo es el famoso "Edicto de precios" del 302), ineficaces por las propias leyes del mercado, Constantino decidió dejar la moneda fraccionaria a su propio rumbo, intentando, por el contrario, la fijación de toda la economía al patrón-oro, anteriormente de escasa circulación y, a partir de este momento, destinado a hacerlo con más fluidez.

Esta es la inspiración que parece tener la acuñación de los famosos *solidi* (sing. *solidus aureus*), moneda de unos cuatro gramos y medio de oro puro

que se iba a convertir durante casi toda la vida del Imperio en uno de los símbolos más importantes de la economía bizantina, de su preponderancia e incluso de la *majestas* de quien la acuñaba, su Emperador.

En otro sentido, la dinastía constantiniana, que no se extinguió hasta la muerte de Juliano el Apóstata (363), tuvo que afrontar como problema principal, la época de mayor virulencia de la crisis arriana, de la que hablaremos en otro apartado. A pesar de la atmósfera de enfrentamientos internos y guerras fratricidas entre los herederos de Constantino, que tan bien conocemos gracias a la pluma de ese genial historiador que fue Amiano Marcelino, la *pars Orientis* del Imperio salió del gran bache que había experimentado a lo largo del siglo III y vio su economía fortalecida, con las bases fundamentales de lo que será el sistema económico bizantino. Constantinopla, su capital, acrecentó su importancia, coincidiendo sin duda con la propia decadencia de Roma en Occidente, que ya veía su capitalidad amenazada por el nuevo auge de otros centros urbanos, como Milán y, algo más tarde, Rávena.

La muerte de Juliano frente a los persas, en el 363, considerada milagrosa por las fuentes cristianas, abrió una nueva época. El admirable y anacrónico intento de retroceso protagonizado por el joven emperador, expresaba bien a las claras que una vuelta hacia atrás era imposible y que el nuevo Imperio era inseparable de la fe cristiana. Desde el punto de vista ideológico, parece lógico atribuir al corto reinado de Juliano una significación grande.

Con la crisis arriana como telón de fondo y los problemas endémicos en la frontera persa, que el Imperio arrastraba desde el siglo III, se iba a producir el inicio del período de "grandes invasiones" que, a duras penas, iba a sortear la *pars Orientis* y que, en el plazo de un siglo, acabarían con la estructura política del Imperio romano occidental. La repentina irrupción de los hunos a través de Ucrania iba a producir una ruptura dramática de un precario equilibrio de diversos pueblos, germánicos en su mayoría, en torno a los *limites* de los dos grandes ejes hidrográficos que enmarcaban al Imperio, el Rin y el Danubio.

Los hunos, que se convertirían en uno de los grandes azotes de todo el mundo romano hasta mediados del siglo V, desestabilizaron a los dos grandes reinos godos que, desde el siglo III, convivían de forma más o menos pacífica con el Imperio. El reino ostrogodo de Ucrania se desintegró bruscamente, quedando la mayor parte de este pueblo en sometimiento al nuevo invasor. Los visigodos, asentados a su vez al norte del Danubio, en una parte de la Dacia, solicitaron seguramente en el 376, su ingreso dentro de las fronteras romanas. Los dos emperadores panonios, los hermanos Valentiniano y Valente, que en ese momento compartían la púrpura, no pudieron negarse a la exigencia. El resto nos es bien conocido gracias a diversas

fuentes históricas. El desconcierto general y los probables abusos en el abastecimiento visigodo provocaron una violenta revuelta, que desembocó en la batalla de Adrianópolis, en Tracia (378) y en la muerte del emperador Valente.

Por lo que manifiestan las fuentes, este episodio, como el saqueo de Roma por los visigodos en el 410, conmocionó profundamente a los contemporáneos, que tomaron conciencia de la existencia de una nueva situación, como era la presencia dentro de las fronteras del Imperio, de todo un pueblo germánico, no de contingentes militares aislados, circustancia conocida desde hacía mucho tiempo. Los visigodos, después de Adrianópolis, victoria que, como es lógico, no pudieron ni supieron capitalizar, iniciaron una errática peregrinación por los Balcanes, en una situación jurídica extraña por su misma indefinición. Solamente el genio político y militar del emperador hispano Teodosio (379-395) fue capaz de salvar la situación.

Teodosio fue asociado al poder por Graciano, hijo y heredero de Valentiniano I, en el 379, concediéndosele el gobierno de la *pars Orientis.* Poco después, al morir Graciano, se convirtió en emperador único y significó un hito casi tan importante en la historia del Bajo Imperio como lo había sido Constantino. Su sabia combinación de energía con diplomacia, dentro de una concepción del poder cada vez más autocrática, supo sacar partido de todas las posibilidades jurídicas que ofrecía el derecho romano, dando al pueblo godo un estatuto normativo. Igualmente, puso fin a la querella arriana, que se prolongaba ya durante sesenta años.

Los visigodos pasaron a convertirse en *foederati* del Imperio, a través del establecimiento de un tratado que les concedía obligaciones y derechos. Se producía la contradicción de que un pueblo germánico, en un estado de evolución social aún bastante atrasado y lógico enemigo del Imperio, se convirtiese en aliado suyo, a pesar de las constantes violencias que su presencia en los Balcanes producía. Su caudillo, o rey, se convertiría algo más tarde en alto funcionario del Imperio, mediante una dignidad inexistente anteriormente, como era la de *magister militum per Ilyricum.* Era un título conscientemente elegido, ya que se trataba de la zona donde se situaba la frontera lingüística y cultural entre ambas partes del Imperio y cuya adjudicación a una de ellas iba a provocar tensiones.

La liquidación de la querella arriana, que había desgastado excesivamente los ánimos sin que pudiera arbitrarse una solución teológica de compromiso, se produjo en el llamado Segundo Concilio Ecuménico o Primero de Constantinopla, celebrado en el 381, ratificándose las decisiones del Concilio de Nicea (325). Como se verá más adelante, la teología de los grandes capadocios había facilitado el acercamiento dentro del ámbito cultural griego, en el que la concepción "consubstancialidad" *(homousía)* entre Padre e Hijo, repugnaba vivamente. Se completaba el símbolo de fe y se

volvía a la unidad doctrinal. Al margen, el concilio tuvo su trascendencia desde otros puntos de vista que podrían calificarse de "política eclesiástica" e, incluso, de la propia evolución de la ideología imperial.

Las disposiciones testamentarias de Teodosio, muerto en el 395, suelen considerarse como el verdadero principio del Imperio romano oriental, ya que, de hecho, su hijo primogénito, Arcadio, se convertía en Augusto de la *pars Orientis*, que gobernaba desde Constantinopla, mientras Honorio lo hacía en Occidente, en Rávena. Lo más sensato es interpretar tal actuación como un paso más, aunque quizás de mayor significación, en un largo proceso de fraccionamiento iniciado tiempo atrás. A pesar de tales medidas, mientras duró el Imperio occidental la concepción dominante fue la de una sola estructura imperial, aunque con administraciones separadas. Existía una vinculación familiar entre los dinastas de Rávena y Constantinopla, al menos hasta la extinción del linaje teodosiano, a mediados del siglo V. Las leyes tenían un valor global si eran comunicadas al otro Augusto. A pesar de esta ficción ideológica, en la práctica la incomunicación fue acentuándose. Occidente quedó cada vez más a su propia merced, asolado por las invasiones exteriores y por una tremenda crisis socio-económica.

La dinastía teodosiana en Oriente no fue especialmente brillante. Del reinado del abúlico Arcadio (395-408) pocas cosas recuerda la historia, salvo las tremendas intrigas de palacio que serán ya siempre una constante en la vida posterior del Imperio bizantino, y los enfrentamientos del poder imperial con esa atractiva y poderosa personalidad que fue Juan Crisóstomo. La temprana muerte de Arcadio dejó el poder en manos de su sucesor, Teodosio II, de apenas cinco años, bajo la regencia de su hermana mayor, Pulqueria, personaje autoritario que tendrá un enorme peso a lo largo de todo el reinado.

Teodosio (408-450) tuvo un largo reinado sin grandes problemas militares, ya que durante el mismo se consolidó la efectiva desviación hacia Occidente de los principales enemigos exteriores. Con los visigodos ya en la Galia, tras haber saqueado Roma (410) e intentado pasar a África y los hunos asentados en Panonia, pero también con una tendencia a dirigir sus correrías hacia el oeste, el Imperio oriental, aunque fuera con un esfuerzo financiero importante, consiguió conservar su integridad. A pesar del alejamiento hacia occidente de los pueblos germanos, los importantes contingentes que formaban parte del ejército oriental fueron la base de un poderoso partido germánico, con una fuerza política considerable y con fases de fuerte odio por parte de la población griega, en especial de la capital.

Las dos grandes aportaciones de este reinado fueron de orden diverso. La primera de ellas fue la fortificación terrestre de la capital, con la construcción de las célebres murallas teodosianas, que cerraban el acceso te-

rrestre a Constantinopla; ingente esfuerzo económico, que, sin embargo, sirvió en el futuro para garantizar la virtual inexpugnabilidad de la ciudad, a salvo de los más variados intentos de conquista. El segundo fue la promulgación, en el 438, del célebre *Codex Theodosianus*, el primer gran monumento legislativo de la tardía antigüedad, que recogía las leyes de los emperadores cristianos, desde Constantino hasta el propio Teodosio. A pesar de que su trascendencia quedará minimizada por la promulgación un siglo más tarde del *Codex Iustinianus*, más amplio y con una mejor sistemática, su influencia no será nada despreciable por haber sido adoptado casi literalmente por aquellos pueblos germánicos que promulgaron códigos de derecho romano, como visigodos y burgundios.

No se puede omitir, aunque sea con una breve referencia, la continuación de la efervescencia religiosa durante este período. Superada ya la querella arriana, a pesar de que sus coletazos finales se prolongaron hasta comienzos del siglo V, el nuevo problema planteado girará en torno a las naturalezas de Cristo, con las posiciones enfrentadas de Nestorio, condenado en el 431 en el Concilio de Efeso, y que había puesto el énfasis en la independencia de las naturalezas divina y humana de Cristo, y la monofisita contraria, surgida de la cristología de Cirilo de Alejandría (412-444), gran campeón de la lucha contra Nestorio. La doctrina monofisita que afirmaba la existencia en Cristo de una sola naturaleza (*fysis*, en griego), la divina, no fue formulada abiertamente sino después de la muerte de Cirilo por el archimandrita constantinopolitano Eutiques, quien a su vez será condenado en Calcedonia (en el año 451). Este conflicto, como veremos, no tuvo sólo una naturaleza religiosa, sino que escondió profundas implicaciones sociales y políticas que acentuaron la progresiva separación de Egipto y Siria respecto al Imperio.

La dinastía teodosiana se extinguió en Oriente con la muerte de Pulqueria, en el 453 (Teodosio había muerto en el 450), aunque se suele considerar prolongada hasta la de su marido Marciano, en el 457. Poco tiempo antes, con la muerte de Valentiniano III, había sucedido lo mismo en Occidente, que cayó muy rápidamente en una inestabilidad de la magistratura imperial, síntoma de la nueva situación que se atravesaba y que provocó la desaparición del Imperio occidental, en el 476. El Imperio oriental, por el contrario, no se vio excesivamente afectado por la extinción de la dinastía, ya que los mecanismos electivos tradicionales, al menos en teoría, funcionaron. Hasta el acceso de Justino I, en el 518, no se consolidó una nueva dinastía en Constantinopla.

En la práctica, el nuevo emperador que sucedió a Marciano, el oscuro León apodado "el Tracio", era una criatura del hombre fuerte del momento, el alano Aspar, cabeza del poderoso partido germánico. El nuevo emperador no se mostró tan dócil como había querido Aspar, sino que consiguió

acabar con su vida e incluso con el grupo germánico, aun pagando el precio de introducir en el ejército un nuevo grupo de presión externo. Los contingentes isáuricos (de la región semi-helenizada de Isauria, en Asia Menor) llegaron a Constantinopla al mando de su jefe Tarasicodissa, quien al bautizarse adoptó el nombre griego de Zenón. Tras la muerte de León y de su hijo de corta edad (León II), se convirtió en emperador mediante su matrimonio con Ariadna, hija de León.

De este período final del siglo V, merecen destacarse algunos hechos puntuales como la fallida campaña contra los vándalos del 468 o la política religiosa de Zenón, menos clara que la de sus inmediatos antecesores. Seguramente en el 482 se promulgó por inspiración del patriarca Acacio el *Henótico* (Edicto de Unión), por el que se intentaba solventar el problema monofisita introduciendo una mal disimulada tolerancia hacia el mismo. Mención aparte merece el reinado de Anastasio (491-518), segundo emperador, tras Zenón, encumbrado por Ariadna, la hija de León I, en una extraña legitimación matrimonial que había iniciado Pulqueria y que será relativamente frecuente en la larga vida del Imperio.

Este gobierno del emperador monofisita constituyó un período de estabilidad y prosperidad, de importantes reformas administrativas y financieras que supusieron al tesoro un ahorro hasta entonces desconocido que, sin duda, permitió posteriormente las grandes campañas exteriores de Justiniano, así como su política de construcciones. El aspecto quizás más discutible de la política del honrado y eficaz Anastasio fue su actuación religiosa, teóricamente ceñida al equívoco texto del *Henótico,* pero que, en la práctica, lo superó ampliamente. Las fervientes creencias monofisitas del emperador chocaron con la fuerte "ortodoxia" de la mayor parte de la población del Imperio, a excepción de Egipto y Siria, en el que las creencias calcedonianas eran socavadas por un monacato cada vez más activo. Entre las iglesias romana y griega existía, desde la promulgación del *Henótico,* una situación de cisma fáctico, lo que no impidió la frecuente comunicación epistolar. Precisamente de este período data uno de los documentos más importantes para la futura evolución del pensamiento político occidental, como es la célebre carta del papa Gelasio I al emperador, considerada con razón como uno de los pilares más precoces de un pensamiento "teocrático". En la carta, el papa Gelasio recordaba a Anastasio que existían dos ámbitos de poder, como eran el poder religioso de los sacerdotes y el político de los príncipes, aunque el primero tenía superioridad sobre el segundo. El documento no hacía otra cosa sino dar forma de teoría política al pensamiento teológico de San Agustín.

Con la dinastía justinianea, iniciada con el ascenso al poder de Justino I, tío de Justiniano, en el 518, se produce la culminación pero también el inicio de la crisis de todo este período transicional que conduce desde el Bajo

Imperio hasta el Imperio bizantino. El corto reinado de Justino, hasta el 527, siempre se ha considerado como una especie de prolegómeno del de su sobrino. La elección de Justino, hombre iletrado pero buen militar, se produjo, como tantas otras, por la intervención del ejército. Su primera y casi única medida de gobierno que podamos atribuir a su propia iniciativa, fue la derogación de la vigencia del *Henótico* y la vuelta a la completa comunicación con Roma.

Con Justiniano (527-565), culminaron las estructuras del Imperio romano oriental. No obstante, la investigación más reciente de los expertos en esta época temprana (Dagron, Patlagean, entre otros), ha concluido con la desmitificación de esta época, que presenció, junto a grandes acontecimientos bélicos de resonante éxito, muchas campañas frustradas, una incipiente crisis económica y una serie ininterrumpida de catástrofes como epidemias y terremotos que oscurecen un tanto la pretendida brillantez del período.

El reinado de Justiniano nos es excepcionalmente bien conocido, tanto por fuentes narrativas rigurosamente contemporáneas, especialmente Procopio, como por toda una larga serie de textos indirectos de diferentes tipos. La obra de Procopio, sin duda, sobresale entre todas por su extensión e importancia. Este culto palestino, de Cesarea, ha sido considerado como uno de los últimos o quizás el último de los historiadores clásicos, que habían intentado durante siglos repetir los modelos de Herodoto y Tucídides. En su condición de secretario de Belisario, siguió e historió las guerras de este gran general, tanto en Persia como en África y en Italia. Al margen, también compiló una especie de crónica o más bien libelo, que solemos conocer como las *Anekdota* o *Historia Secreta*, fuente inagotable de detalles relativos a los principales personajes de la corte imperial, empezando por la pareja imperial. La figura de Procopio ha sido objeto de gran atención por parte de los estudiosos. Los recientes trabajos de Averil Cameron han dado una nueva interpretación al supuesto "escepticismo" religioso de Procopio, situando mejor al personaje en una época de transición de valores, pero en la que todavía la fidelidad a los modelos retóricos clásicos seguía siendo muy elevada.

El retrato que Procopio hace de Justiniano y Teodora es inolvidable, aunque haya que despojarlo tanto de la consabida carga retórica como de la propia tendenciosidad del autor. Apoyándose en él, pero aplicando su gran talento de historiador, Stein hace un balance muy agudo e interesante de los personajes y del período. En su opinión, Justiniano fue el último hombre tardoantiguo y, en cierto sentido, el primer bizantino. Su desaforado amor a la Roma de los Césares le llevó a una política exterior muy por encima de las posibilidades reales del Imperio, como se demostró al poco de su muerte. Su búsqueda de la unidad política, religiosa y legislativa a cual-

quier precio, en este objetivo de la *renovatio Imperii Romanorum*, se vio sin embargo contradicha por medidas tan contrarias como la supresión de la institución del consulado, desprovista, por supuesto, de cualquier sentido político-constitucional efectivo, o el cierre de la escuela pagana de Atenas, que había perdido su antigua importancia pero seguía siendo un último baluarte del pensamiento pagano. Las contradicciones inherentes al propio Imperio bizantino se manifestaron claramente en su época.

Justiniano, tras conseguir estabilizar el peligro persa en Oriente, se lanzó a la recuperación de Occidente. La guerra contra los vándalos, que ya no eran los terribles enemigos de la época de Genserico, fue rápida y victoriosa. La conquista de Cartago y también de Sicilia y las Baleares, permitió que el Mediterráneo volviera a ser un dominio imperial. El genio militar de Belisario brilló de forma clara en esta campaña.

Mucho más complicada y menos exitosa fue la larguísima guerra de Italia. Iniciada nada más concluida la campaña de África, por el propio Belisario, parecía prometer los mismos felices resultados de la anterior. Pero, tras una rápida conquista de Roma, Belisario se convirtió en sitiado y la situación comenzó a torcerse. Finalmente, consiguió apoderarse de Roma y parte del norte y venció la resistencia de Vitiges, al que capturó. Cuando todo parecía resuelto, apareció un nuevo caudillo ostrogodo, Totila, que consiguió importantes éxitos y llevó la guerra hacia el terreno social, emancipando esclavos para su ejército, lo que le granjeó la incomprensión y antipatía de la clase dominante itálica, encabezada por el propio pontificado.

Mientras tanto, Belisario había caído en desgracia y tuvo que ser el eunuco Narsés quien acabara, finalmente, con la resistencia de Totila y sus ostrogodos, seguramente apoyados por las capas medias e inferiores itálicas. Lo prolongado de la guerra y la clara división social que se vio en la misma resultan aspectos sumamente instructivos. En algún sentido, se había producido en Italia un cierto sincretismo romano-germánico, inexistente o menos patente en otros reinos. Resulta inolvidable la narración, algo posterior, de Gregorio Magno, sobre el encuentro entre Totila y Benito de Nursia, el gran fundador del monacato occidental. En suma, Italia quedó devastada por una guerra que duró del 535 al 555, y, poco después de la muerte de Justiniano, los lombardos no hicieron sino aprovecharse de esta situación e invadir una gran parte de la península.

Tampoco hay que olvidar, aunque ocupe un lugar menor en la política justinianea, la intervención en *Hispania* para mediar en el conflicto entre los grupos de Agila y Atanagildo. La presencia bizantina en la península, que se prolongará hasta los tiempos de Heraclio y Suintila, no fue, ni mucho menos, simbólica. La ocupación de una parte sustancial del litoral sudoriental peninsular confirió a los bizantinos una privilegiada posición comercial, desde puertos como Cartagena y Málaga. La moderna historiografía ha re-

saltado la importancia de la influencia bizantina en la España visigoda, tanto desde el punto de vista institucional, artístico e incluso ideológico. Recientes excavaciones arqueológicas, como las de Recópolis, han mostrado también este influjo en las concepciones urbanísticas y militares.

Desde el punto de vista de la política interna, el largo reinado de Justiniano cosechó algún éxito indiscutible, como el de su gran recopilación jurídica, de la que nos ocuparemos en otro apartado. Menos éxito tuvo la fanática pero cambiante actuación religiosa de Justiniano. Ortodoxo convencido al principio de su reinado, persiguió todo tipo de desviaciones heréticas, reales o supuestas, con enorme ferocidad. La influencia de su mujer Teodora y la importancia objetiva del problema monofisita, le llevaron a combinar alternativamente respecto a esta tendencia las medidas de fuerza con las de aproximación. El resultado fue una política bastante incoherente, en la que lo único que quedó claro es la evolución que se había producido en la propia concepción imperial que, más que nunca, consideraba la religión como un asunto de estado y al emperador como un verdadero jefe religioso. Esta tendencia absolutista en el terreno religioso, calificada frecuentemente como "cesaropapismo", quedó muy patente en toda la querella de *Los Tres Capítulos* y en el 5° Concilio Ecuménico del 553, auténtico "concilio imperial o de estado".

El contradictorio reinado de Justiniano duró hasta el 565. Dejaba un Imperio engrandecido territorialmente, pero exhausto financieramente y, en algún sentido, con una cierta falta de identidad. La atmósfera de crisis (catástrofes, epidemias de todo tipo) que había llenado los últimos años de la vida del emperador, se prolongó de forma dramática e incluso, en cierto sentido, se acentuó. No es casual, por tanto, que la mencionada obra de Stein, antigua pero siempre rica y vigente, acabe con la vida de Justiniano.

En este período intermedio, que podemos alargar hasta la llegada al poder de Heraclio, en el 610, sucedieron muchas cosas, en general catastróficas. Los lombardos, el último pueblo germánico que se suele incluir en lo que se han llamado "las primeras invasiones", se apoderaron de una gran parte de Italia, creando diferentes entidades políticas, como el reino de Lombardía, al norte, los ducados de Spoleto y Benevento en el centro-sur como algunas marcas o zonas fronterizas de menor importancia. Los bizantinos sólo fueron capaces de conservar una estrecha franja que iba de Rávena a Roma, la Apulia y la Calabria y Sicilia. Una gran parte de la política exterior de Justiniano, por la que se había pagado tan elevado precio, se vino abajo. Comenzaba así estos largos *Dark Ages* (o "épocas oscuras") italianos, que tan bien encontramos reflejados en la correspondencia de Gregorio Magno (590-604), el gran papa evangelizador, antiguo "aprocrisiario" o representante del papa en Constantinopla, donde había conocido a Leandro de Sevilla.

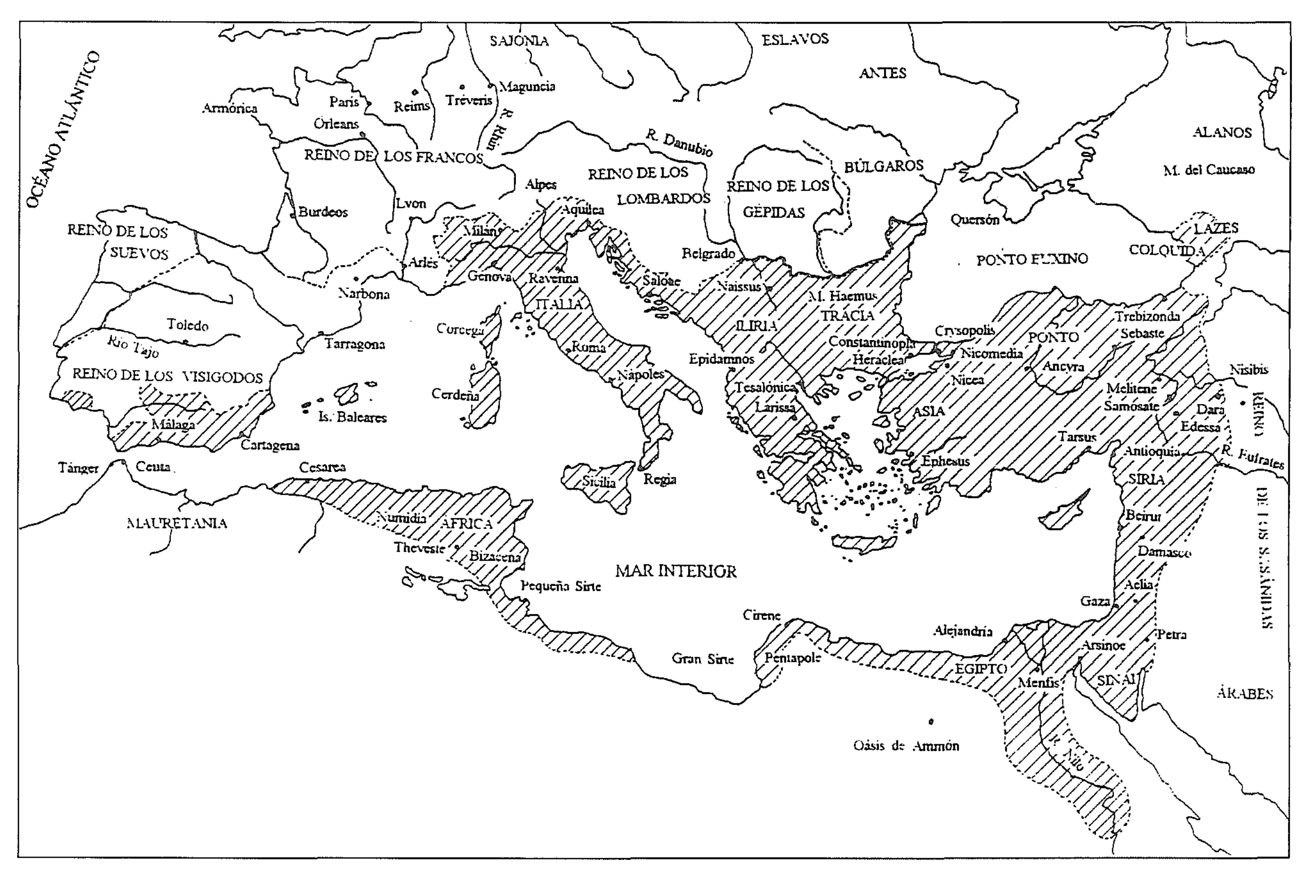


Figura 1.1. Imperio de Justiniano (525-565).

Por otra parte, culminaron en estos años las terribles devastaciones en los Balcanes provocadas por las migraciones-invasiones ávaro-eslavas. Por desgracia, un episodio de tal importancia para la futura vida del Imperio, nos es, en cuanto a su desarrollo, escasamente conocido. Al margen de las pocas y lacónicas referencias de las fuentes narrativas, las hagiográficas dan más cumplida cuenta del alcance del movimiento. Tal es el caso de los Milagros de San Demetrio, patrón de Tesalónica, a cuya providencial intervención atribuyeron su salvación los tesalonicenses en más de una ocasión. Lo que parece seguro es que, a principios del siglo VII, la mayor parte de los Balcanes, especialmente partes de la actual Grecia (que algunas fuentes bizantinas posteriores calificarán como las *Sclaviniai)*, tendrán importantes contingentes eslavos, ya que la huella ávara parece haber sido escasa.

Este episodio, que no debió de ser sino el inicio de un proceso multisecular, ha originado importantes y curiosas discusiones científicas, muchas veces teñidas de nacionalismo. En los años veinte del siglo pasado, la guerra griega de emancipación frente a los turcos fue apoyada entusiásticamente por las nuevas fuerzas de progreso, en un sueño de ilusoria renovación de clasicismo que había sido poderoso a finales del XVIII y había estado incluso presente en la Revolución Francesa. Poco tiempo después, el sueño clasicista se vino abajo y, como había sucedido en Occidente donde el Romanticismo había encumbrado el mito gótico-religioso frente al clásico, igualmente en la nueva Grecia, el interés por lo bizantino desplazó el inicial entusiasmo por la Grecia de Pericles (Mango, 1984, Nº 1).

Indudablemente, en esta mutación de valores tuvo una gran repercusión la publicación, en los años treinta del siglo pasado del famoso libro del alemán Fallmerayer *(Historia de la Península de Morea en la Edad Media)*, en el que planteaba lo ilusorio de esta recuperación asumida de la Grecia clásica. Fallmerayer hacía ver en su obra, en un momento en que predominaban categorías históricas de carácter étnico, que la prolongada y profunda eslavización de los Balcanes medievales había interrumpido cualquier continuidad entre la Grecia moderna, recién recuperada del yugo turco, y la clásica. La polémica que se produjo fue tremenda, pero provocó un fuerte estímulo de los estudios bizantinos. Ni que decir tiene que las tesis de Fallmerayer fueron un gran apoyo para la historiografía bizantina de los países eslavos, que inició su camino moderno en una atmósfera de nacionalismo reivindicativo, comprensible pero no siempre científico, y en alguna medida, todavía no perdido.

De esta época de desolación, en la que todo parecía venirse abajo, vale la pena resaltar la obra de gobierno de Mauricio (582-602), que tuvo mucha trascendencia de cara al futuro. Fue sin duda este emperador quien, ante la nueva situación producida por las invasiones, creó unas unidades

administrativas, en Italia y en África, llamadas "exarcados". Buscando una mayor eficacia en el sistema de gobierno y llevando hasta las últimas consecuencias las ya lejanas reformas de Diocleciano y Constantino, Mauricio concibió unas circunscripciones excepcionales, donde el poder civil y militar se concentraba en las mismas manos y en las que la defensa militar recaía, en gran medida, en una casta de soldados-campesinos, a menudo emigrados de fuera de la zona a guarnecer y que recibían, a cambio de su defensa fronteriza, una parcela de tierra. Estos exarcados estudiados hace ya mucho tiempo ejemplarmente por Ch. Diehl (1888, 1896), constituyeron, sin duda, el precedente más próximo del llamado "sistema themático", que comenzó a aplicarse durante el siglo VII.

1.2. La época heráclida

Tras la terrible tiranía de Focas (602-610), que había acabado sangrientamente con la vida de Mauricio y de su familia y que, extrañamente, no había merecido ningún especial reproche de parte de Gregorio Magno, una nueva era se inició con el golpe de estado de Heraclio, el hijo del exarca de África, en el año 610. Con él se iniciaba una dinastía que se mantendría en el poder durante un siglo y que hizo frente a una de las situaciones más difíciles y convulsas de la historia bizantina. Los grandes avatares políticos del momento explican que la historiografía haya situado en estos momentos de forma bastante generalizada los inicios del verdadero Imperio bizantino. Durante el siglo VII, la ruptura con el mundo tardoantiguo será un hecho incontestable.

Al poco tiempo de apoderarse de la capital, Heraclio fue testigo impotente de la rápida conquista persa de zonas vitales del Imperio, como Palestina, Siria y Egipto. No cabe duda que la desafección de estas zonas, agravada pero no producida por las controversias religiosas, favoreció la penetración persa, como algo más tarde sucederá con la de los árabes. Heraclio, en estas difíciles circustancias, mostró todo su talento militar, el cual le llevó a una guerra larga y victoriosa, que encontró su apologista en Jorge de Pisidia, autor de la *Heraclíada*, poema largo y farragoso que intentaba reproducir los aspectos externos de los antiguos modelos clásicos.

La actuación del emperador fue arriesgada, pero efectiva. Abandonó la ciudad para reclutar un ejército capaz de luchar con éxito frente a los persas. Armenia, de donde al parecer procedía su linaje, fue el punto de partida de sus operaciones. Con una inteligente táctica de hostigamiento y retirada, fue desgastando al enemigo hasta que lo tuvo a su merced. La gran victoria obtenida frente a las ruinas de Nínive le abrió el camino hacia Mesopotamia e incluso desestabilizó al propio Imperio persa, presa de sus

contradicciones internas. Atrás quedaban momentos dramáticos, como el corto asedio de ávaros y eslavos en el 626, con el emperador luchando en Oriente frente a los persas. Fue el patriarca Sergio quien dirigió la defensa de la capital frente a un ataque que puso incluso en peligro la supervivencia del mismo Imperio.

La definitiva victoria en la guerra pérsica, que alcanzó su punto culminante con la entrada de Heraclio y su mujer Martina en Jerusalén depositando la reliquia de la Vera Cruz, marcaron el engañoso apogeo del reinado. Ambos Imperios habían quedado exhaustos tras el prolongado esfuerzo bélico y, en muy pocos años, la expansión árabe iba a producir la definitiva desaparición del Imperio sasánida, convertido en dominio islámico, y la mutilación parcial y casi definitiva del bizantino.

La rapidez y eficacia de la expansión islámica sigue siendo uno de los interrogantes históricos sin respuestas convincentes. Indudablemente, muchos factores contribuyeron a ello, pero no resulta comprensible que en tan pocos años se estableciera una dominación tan eficaz y duradera. Cuando murió Mahoma, en el 632, las mismas tribus árabes estaban parcialmente desunidas y sus inmediatos sucesores tuvieron que hacer frente a la famosa *ridda*, o secesión de las tribus recientemente convertidas. Sin embargo, en el 634 derrotaron por primera vez a los bizantinos, en el 636 se produjo la gran victoria de Yarmuk, que abrió toda Siria a los musulmanes, poco después derrotaban de forma definitiva a los persas y en la década de los cuarenta se apoderaron de todo Egipto. No cabe duda de que también, en esta ocasión, la indiferencia o la colaboración activa de las poblaciones provinciales debió de ser un factor a tener en cuenta.

El control y estabilización del peligro musulmán fue la gran aportación de la dinastía heráclida. Los problemas internos, consecuencia del matrimonio incestuoso con su sobrina Martina, ensombrecieron, juntamente con la enfermedad, los últimos años de Heraclio. El año de su muerte, el 641, es una de esas fechas siempre recordadas como un momento dramático y difícil. Enfrentamientos internos, luchas por el poder entre diversos grupos, hicieron que en el plazo de unos pocos meses varios emperadores se sucedieran en el trono. Finalmente, el nieto de Heraclio, procedente del primer matrimonio imperial, consiguió el poder frente a las pretensiones de Martina y de su hijo Heracleonas.

Constante II (641-668), como así le conocemos, resultó un emperador original y con ideas propias. Fue uno de los últimos, si no el último, que mostró un interés especial por el Occidente latino, como elemento fundamental de las posesiones bizantinas aún no tocadas por los musulmanes. De hecho, vivió gran parte de su vida en Italia y fue asesinado en Sicilia, en el 668. Su famosa visita a Roma, pocos antes de su muerte, se registra como la última de un emperador romano-oriental a la ciudad. Habrá que esperar

muchísimos años para ver una nueva visita imperial a Roma, y tendrá lugar en un contexto muy diferente, con Bizancio prácticamente asediado por los turcos. Por otra parte, en el siglo VII, Roma era casi una ciudad griega y en ella había importantes grupos de presión, tanto laicos como eclesiásticos, que incluso llegarán a controlar el pontificado durante algún tiempo.

La fulgurante expansión musulmana se vio frenada durante algunos años debido a la guerra civil que llevó al poder a los Omeya, en Damasco, tras vencer a Ali, el último heredero directo del Profeta. Pero una vez firmemente asentado en el poder, Muᶜāwiya, el primer califa Omeya, llevó a cabo una inteligente obra de gobierno, adaptando hábilmente los antiguos esquemas administrativos bizantinos de Siria e incluso sirviéndose muchas veces de los mismos funcionarios. Pronto consiguió lo que fue la obsesión de su vida, construir una flota casi tan poderosa como la bizantina para intentar culminar su particular *ŷihād*, o guerra santa, con la conquista de Constantinopla.

Los principales ataques contra la ciudad tuvieron lugar durante el reinado de Constantino IV (668-685), hijo de Constante II. Sobre todo, ha pasado a la historia el gran asedio del 674, que a duras penas consiguió resistir la capital. Sabemos que ya en estos momentos el ejército bizantino poseía la que iba a ser una de sus más temibles armas durante varios siglos: el fuego griego. Este descubrimiento, que se consideró un secreto de estado, como la fabricación de la seda, garantizó la dominación griega de los mares. Consistía en un líquido inflamable que se lanzaba desde unos barcos especiales provistos de grandes cañones *sifonóforos* y que hacía arder cuanto tocaba, con la particularidad de que no se extinguía en el agua, con lo que se podían formar eficaces barreras de fuego. En esta ocasión, como en tantas otras, marcó la diferencia entre la flota bizantina y la musulmana.

Quizás el hecho más significativo del reinado de Constantino fue la convocatoria del 6.º Concilio Ecuménico y 3.º de Constantinopla, celebrado en el 680, en el que se liquidaron definitivamente las últimas secuelas de los enfrentamientos teológicos relativos a las naturalezas de Cristo. Mientras hubo esperanzas de recuperación de los territorios perdidos frente a los árabes, de fuerte raigambre monofisita, como Egipto y Siria, la dinastía heracliana se mantuvo aferrada a ingenuas posturas intermedias, como el monotelismo y monoenergismo, que intentaban llegar a la conciliación a base de concesiones, creando descontento entre unos y sin llegar a satisfacer a otros. La aceptación definitiva de la pérdida de estas provincias condujo a una política más realista, olvidando cualquier veleidad de compromiso y volviendo a la inquebrantable fe de Calcedonia. Esto es lo que se hizo en el 680. El doble reinado de Justiniano II (685-695, 705-711), marcó el final de la dinastía heracliana. La figura de Justiniano ha quedado ensombrecida por los terribles acontecimientos que le alejaron del poder en la

revuelta del 695, en la que le cortaron la nariz, así como por el baño de sangre que se produjo cuando lo recuperó en el 705. Sin embargo, diversos episodios dan fe de una cierta capacidad política. Así, en el 692, se celebró en Constantinopla otro concilio, el *"Trullense"* o de *"Trullo"* (por el templo cupulado en que se celebró), también llamado el *Quinisexto* (porque venía a completar la obra de los concilios quinto y sexto), de enorme trascendencia para la iglesia griega y en el que se adoptaron importantes medidas canónicas y de funcionamiento interno, que venían a demostrar la separación progresiva entre las iglesias orientales y occidentales.

Justiniano fue depuesto y muerto en el 711 en medio de otra ola de violencia. Con él se extinguía un linaje, en cierto sentido, desafortunado, al haber tenido que enfrentarse a una época de convulsiones y problemas externos de una gravedad incontestable. La guerra contra los persas y el enfrentamiento frente a los musulmanes fueron problemas demasiado importantes para una estructura económica en plena crisis y evolución. Sin embargo, se consiguió mantener una situación geopolítica coherente, a pesar de las graves amputaciones del territorio imperial (Palestina, Siria, Egipto, África) con una nueva organización administrativa y militar, con indudables renuncias, pero realista y adaptada a la nueva situación. No cabe duda de que el balance fue positivo. Un nuevo Imperio, asediado por todas partes, conseguía consolidarse de forma muy imaginativa, sacando las únicas conclusiones posibles de los antecedentes existentes. La eslavización de los Balcanes, que alcanzó una dimensión importante en la segunda mitad del siglo VII, no impidió que estos territorios se incorporasen plenamente a lo que, desde este momento podemos denominar con toda propiedad, Imperio bizantino. El sistema *themático*, flexible y con capacidad evolutiva, permitía futuras soluciones. Al mismo tiempo, se acabó con la disidencia religiosa de la única forma posible: acentuando el sentido de la ortodoxia tradicional.

1.3. La época de la iconoclastia

En el 717, tras los efímeros gobiernos de diversos emperadores de escasa relevancia, llegaba al poder León III el Isáurico, con quien se encumbraba en Bizancio una nueva dinastía que se prolongaría hasta el 802, pero con la que se plantearon problemas que no se resolverían definitivamente hasta el 843. Será una dinastía también controvertida y juzgada de forma muy diferente por la historiografía y que coincidió con acontecimientos cruciales de la vida del Occidente medieval, como fueron la consolidación del poder imperial carolingio en Francia, la casi total pérdida de Italia para Bizancio y la consiguiente aparición del *Patrimonium Petri*, germen del futu-

ro Estado Pontifical. También coincide con el último gran empuje de la la expansión árabe. Desde comienzos del siglo VIII y tras la conquista de la Península Ibérica, comenzaría a estabilizarse el poderío musulmán tanto en Oriente como en Occidente.

El golpe de estado del 717, que encumbraba a León III, significaba, en cierto sentido, un reconocimiento de la importancia de la nueva administración *themática*, ya que el nuevo emperador desempeñaba el puesto de *stratēgós* –así se llamaba el jefe político y militar de un *thema*– de la provincia anatólica u oriental. Su fácil conquista del poder en la capital se produjo en un clima de confusión que las fuentes no ocultan. Constantinopla estaba de nuevo asediada por los árabes en uno de los inviernos más difíciles e inolvidables de la historia de Bizancio. La energía y el entusiasmo desplegados por el nuevo *Basileus* hicieron, al parecer, desistir a los musulmanes de la empresa y levantaron el sitio. Constantinopla no volvería a sufrir un asedio árabe en mucho tiempo y así se iniciaba el principio del fin de una fulgurante expansión.

La noticia de la procedencia isáurica de León y, por tanto, de la nueva dinastía, se debe seguramente a una interpolación en la obra de Teófanes, un cronista que escribió a principios del siglo IX. En realidad, León era natural de Siria del norte y debió de vivir, por tanto, en territorio dominado por los musulmanes, lo que explica el calificativo de *sarrakenóphoros* que le dan algunas fuentes. El carácter oriental de la dinastía será un elemento importante, tanto en la evolución de la ideología imperial como en el religioso y jurídico. La concepción del poder autocrático del emperador se expresó perfectamente en la definición que de sí mismo hizo en su famosa carta al papa Gregorio II, a poco de iniciarse la crisis iconoclasta, proclamando su doble naturaleza de jefe político y religioso (*basiléus kai iereus eimí*, "soy tanto emperador como sacerdote"). No cabe duda de que esta dinastía, y en especial sus dos primeros representantes, León III (717-741) y Constantino V (741-775), consiguieron consolidar la nueva situación creada en el siglo anterior, con un territorio más reducido pero más manejable, con una nueva y eficaz administración *themática*, que ellos impulsaron, aunque sacrificando definitivamente, o casi, el occidente. Incluso, desde el punto de vista militar, consiguieron algunos éxitos importantes, como la victoria de Akroinon (740) frente a los árabes por parte de León, que significó su freno en Oriente, o las brillantes campañas de su hijo Constantino frente a los búlgaros, los nuevos grandes enemigos del Imperio.

El principal problema de la época de estos dos destacados emperadores y que ha ensombrecido su memoria histórica fue su postura religiosa en relación con el culto a los iconos o a las imágenes, tan importantes ya en las prácticas rituales bizantinas. La posición radicalmente iconoclasta o contraria a las imágenes de León y Constantino les ha granjeado una mala

imagen ante la historiografía, dominada casi completamente por eclesiásticos. Sólo así podemos comprender el sobrenombre terriblemente despectivo aplicado a Constantino V, uno de los más grandes emperadores griegos, *Coprónimo*, o "nombre de excremento", procedente de una lacerante anécdota surgida en círculos iconodulos, según la cual el desprecio del emperador por lo sagrado se había mostrado ya en la pila bautismal, cuyas aguas habría impúdicamente ensuciado.

El problema de la Iconoclastia y de la imposibilidad para enjuiciarla desde una perspectiva moderna e imparcial es la carencia de fuentes. La victoria de la posición iconodula, primeramente en el 787 (Séptimo Concilio Ecuménico, II de Nicea) y más tarde y de forma definitiva en el 843, trajo consigo una destrucción absoluta de los textos iconoclastas. Sólo nos han llegado algunos retazos aislados del concilio iconoclasta del 754, así como algunas cartas, pero carecemos de fuentes suficientes para comprender la lógica interna de dicha postura, la coherencia de sus planteamientos y los diferentes nexos que daban forma a la totalidad, ya que las condenaciones de sus detractores no son suficiente. No obstante, como más adelante veremos, se puede llegar a conclusiones relativamente verosímiles.

Lo que si está fuera de toda duda es que esta querella desbordó el terreno puramente religioso y produjo una división, unos enfrentamientos y una desestructuración que tardaron mucho tiempo en superarse. En algún sentido, del cierre de las heridas producidas por este secular conflicto arranca la sociedad de lo que será el Imperio bizantino Medio. Estamos, por tanto, ante uno de los grandes episodios de la historia bizantina.

Con la muerte, en el 775, de Constantino, este primer "bulgaróctonos", cuyo nombre aún se invocaba por las calles cuando en el 813 el ejército había sido derrotado y se temía un ataque búlgaro a la capital, terminó la mejor época de la dinastía isáurica. Hasta el 802, fecha en que se extinguió con la muerte de Irene, otra vez asistimos al espectáculo frecuente de las guerras intestinas, lucha entre facciones y crueldades sin límite.

Este cuarto de siglo estuvo dominado por la personalidad de Irene, de origen ateniense y esposa de León IV, hijo y heredero de Constantino y de cuya figura hizo un inolvidable retrato Diehl (1908). León murió pronto (780) e Irene asumió la regencia. Su obsesión, desde un principio, fue acabar con la política iconoclasta de sus antecesores, lo que llevó a cabo en el citado concilio ecuménico de Nicea del 787, aunque no con ello se clausuraba la iconoclastia, como se demostró más adelante.

El enfrentamiento de Irene con su hijo Constantino VI, que llevó a aquélla a cegarle y privarle del trono, provocó una situación insólita en el Imperio ya que, por primera vez, se vio a una mujer actuando directamente como *Basileus* y firmando los documentos imperiales como si de un hombre se tratase. En su corto reinado los acontecimientos occidentales revistieron

una gran importancia, con la coronación de Carlomagno en Roma, en la Navidad del año 800, acontecimiento sin duda trascendental para la historia medieval occidental. Este suceso dejó a los bizantinos algo perplejos, como demuestra la aparentemente aséptica narración que de ella hace Teófanes, aunque adquiere su pleno sentido cuando se compara con las ceremonias del mismo signo de los emperadores bizantinos. Como curiosidad, diremos que hubo momentos de búsqueda de soluciones político-matrimoniales a esta nueva situación en que coexistían dos Imperios, como fue el avanzado proyecto de matrimonio del joven Constantino con una hija de Carlomagno y otro, del que no hay constancia histórica segura, de la propia Irene con el nuevo emperador occidental, en una de sus frecuentes viudedades.

Como cabía esperar, Irene y su extravagante proyecto imperial, una vez depuesto y muerto su propio hijo Constantino VI, no podían durar mucho. Una de las habituales revueltas palaciegas acabó con el trono y la vida de Irene en el 802. Le sucedió el oscuro pero eficaz Nicéforo I, que en el campo religioso mantuvo fidelidad hacia la postura favorable al culto a las imágenes del patriarca Tarasio y del concilio de Nicea del 787. Sin embargo, fue en el campo administrativo y en especial en el sistema impositivo y fiscal donde la obra de Nicéforo I se singularizó y ha sido valorada por los especialistas como relevante. La dureza con que le trata Teófanes se debió, sin duda, a su política de no respetar las inmunidades fiscales eclesiásticas, muy importantes en los tiempos de Irene. A través de lo que sabemos de esta época, la gran virtud de Nicéforo fue el haber intentado una racionalización del caótico sistema financiero y fiscal bizantino para aumentar la recaudación en un momento de graves peligros externos. La generalización del *kápnikon* o impuesto sobre el fuego o el hogar, así como la introducción del temido mecanismo de la solidaridad fiscal, futuro caballo de batalla en el proceso de debilitamiento que la pequeña propiedad agraria experimentará a lo largo del siglo X, fueron dos de sus principales actuaciones. Igualmente, tomó importantes medidas para asegurar la continuidad del funcionamiento regular del ejército *themático*, permitiendo que los gastos de mantenimiento del soldado-campesino o *stratiôtés* se compartieran en el marco de la comunidad campesina, practicando también en este aspecto un sistema de una cierta solidaridad fiscal. Conviene simplemente indicar que se iniciaba con ello una cierta *fiscalización* del servicio militar, proceso que avanzaría en gran medida en épocas posteriores.

La muerte de Nicéforo frente a los búlgaros en el 811 cerraba un corto pero brillante y prometedor reinado. La situación era tanto más grave cuanto que el propio hijo del emperador, Staurakios, había sido herido de gravedad en la batalla, muriendo de las heridas al cabo de unos meses. Su cuñado Miguel I Rangabé ocupó el solio imperial durante un breve período,

en el que sólo destaca como hecho significativo el reconocimiento bizantino del Imperio occidental de Carlomagno, aunque nunca considerado como un *Imperio romano* y siempre en condiciones de inferioridad y sometimiento al único Imperio auténtico.

Con la deposición de Miguel I por León el Armenio (León V) en el 813, comenzaba la época que se ha solido llamar *"segundo período iconoclasta"*. Otra vez la ruptura con la adoración de las imágenes venía propiciada por un emperador oriental, en este caso un armenio, lo que no debe de ser casual. Esta segunda fase, que sólo durará treinta años (hasta la muerte de Teófilo en el 843) será mucho menos dura y conflictiva que la primera, tanto por un cierto agotamiento de la sociedad bizantina ante un problema insoluble como por la mucho mayor capacidad de resistencia de los iconodulos encabezados por el monasterio de Stoudion y sobre todo por su famoso abad Teodoro. Este centro monástico, aunque de fundación antigua, experimentó una nueva vitalidad y fuerza a finales del primer período iconoclasta y se convirtió en el refugio de la iconodulia más recalcitrante.

El acontecimiento más importante del reinado de Miguel II, fundador de la dinastía frigia o amorita, que había depuesto violentamente a León V en el 820, fue la rebelión del eslavo Tomás, que tuvo lugar en el 822 y que se singularizó como un acontecimiento de consecuencias importantes, como ha demostrado un excelente trabajo de Lemerle (1965, reimpreso en 1980), aunque sin llegar a las proporciones que le atribuía Vassiliev (1946, I, p. 343). Este autor, en efecto, llevaba la revuelta de Tomás a un terreno de marcado carácter social, forzando en exceso las fuentes. Insinúa en su obra que en la revuelta (821-823) debieron de participar gran cantidad de pequeños y medianos propietarios de Asia Menor, producto de la propia reforma *themática*, arruinados ante la presión fiscal gubernamental. Su derrota significaría, desde esta óptica, el comienzo del triunfo de una nueva gran propiedad que sería muy pujante algún tiempo más tarde. El trabajo de Lemerle, por el contrario, atempera la interpretación de la revuelta dada por Vassiliev, aunque quizás con una prudencia excesiva a la hora de analizar los planteamientos sociales de la misma.

En estas primeras décadas del siglo IX los peligros externos que acechaban a Bizancio desde antiguo no cesaron. Por una parte los búlgaros aumentaron su presión, en un momento de consolidación de sus estructuras políticas. Al mando de Krum habían infligido terribles derrotas a los griegos, como la del 811. Con León el Armenio, la situación se enderezó momentáneamente y se llegó a una paz de treinta años. En cuanto a los árabes, la tremenda presión de siglos anteriores parece haberse relajado algo, sobre todo teniendo en cuenta que a principios del siglo IX el califato abbasi comenzaba a experimentar graves conflictos internos, tras la época dorada de Hārūm al-Rāsīd. En estos momentos, los problemas para Bizancio

venían sobre todo de los emigrados fugitivos de al-Andalus, que comenzaban a moverse por todo el Mediterráneo. A ellos se debió, sin duda, la pérdida de Creta en la segunda década de este siglo. Esta isla, que controlaba el comercio del Mediteráneo oriental, no se recuperaría hasta casi siglo y medio más tarde y su pérdida significó un importante quebranto para la economía comercial griega. También por estas fechas comenzó la conquista de Sicilia por musulmanes africanos, que culminaría a principios del siglo X.

Teófilo (829-842) parece haber sido el más interesante de los emperadores amoritas y el exponente más brillante y radical del segundo período iconoclasta. Este debatido personaje, héroe para algunos y villano en las fuentes de la iconodulia definitivamente triunfante a partir de 843, parece ser ya protagonista y exponente de un cierto renacimiento, de un despegue general que experimenta Bizancio y que le hace romper con estos terribles *dark ages* iniciados en el siglo VI. Algunas campañas militares de Teófilo tuvieron ya un cierto carácter ofensivo que preludia la expansión posterior. El brillo de su corte, el boato de sus recepciones, rodeado siempre de aparatosos ingenios mecánicos que dejaban impresionados a los asistentes, manifiesta ya una elevada concepción de la autoridad imperial, a lo que contribuyen las construcciones arquitectónicas tanto civiles como religiosas. También el panorama intelectual parece testimoniar una nueva grandeza, con figuras poco conocidas pero indudablemente brillantes como Juan el Gramático, preceptor de Teófilo y auténtico inspirador de su política o León el Matemático, metropolita de Tesalónica, una de las grandes figuras intelectuales del período. La era de Focio parece tener, por tanto, un brillante capítulo previo.

2. Los grandes siglos de Bizancio: el Imperio bizantino Medio

La liquidación de la iconoclastia significó el final de una larga pesadilla, de una crisis que puede considerarse como una de las más profundas a las que hizo frente la sociedad bizantina. Su superación fue lenta y paulatina y coincidió con las primeras manifestaciones de una reacción, si bien una reciente monografía de Treadgold (1988) ha querido ver algo antes de los síntomas de este *byzantine Revival*. El Nuevo Imperio, más modesto y reducido y con una personalidad emergente, experimentó a partir de mediados del siglo IX unos progresos evidentes que le conducirán poco a poco hacia los momentos más brillantes de su historia. La acción de Focio viene a coincidir más o menos con este momento de despegue, que permite denominar esta fase como la época de Focio.

2.1. La época de Focio

Focio ocupa un lugar suficientemente destacado en la historia bizantina como para poder singularizar el largo período en que ejerció una influencia destacada sobre diferentes aspectos de la vida política, religiosa e intelectual del Imperio. Ésta no culmina hasta su promoción al patriarcado en el 858, aunque mucho tiempo antes, Focio era un personaje de gran importancia, tanto como alto funcionario imperial (*prōtoasecretis* o jefe de la cancillería imperial de Miguel III), como destacado intelectual.

En el 843, nada más morir Teófilo, su viuda Teodora había decidido llevar a cabo la vuelta oficial a la iconodulia. Da la impresión de que la iconoclastia había agotado todas sus posibilidades y que en los últimos momen-

tos del reinado de Teófilo resultaba ya una postura claramente contraria al sentir general. De ahí que la vuelta a la ortodoxia se llevara a cabo con toda normalidad, e incluso dentro de una atmósfera alegre, en una ceremonia solemne que tuvo lugar en Santa Sofía el primer domingo de cuaresma del 843, festividad que sigue conmemorando la iglesia ortodoxa como "el domingo de la ortodoxia". Con la superación de la crisis iconoclasta, el *corpus* doctrinal y regular de la Iglesia oriental quedaba completado, de ahí el énfasis que se puso a partir de este momento en el concepto de "ortodoxia" como elemento diferencial.

El largo reinado de Miguel III (843-867) constituye un momento vital en los inicios de este Imperio bizantino Medio. La historiografía ha transmitido una visión peyorativa de Miguel, motivada sin duda por la necesidad de justificación del golpe de estado de Basilio I en septiembre del 867 que trajo consigo la entronización de la dinastía macedónica. El apelativo de "beodo" que se ha dado al emperador ha querido poner el acento sobre su carencia de cualidades personales para explicar su brutal asesinato, del mismo modo que en Occidente, algún tiempo antes, la propaganda carolingia calificaba a los últimos merovingios de inactivos y holgazanes. Hace tiempo que se ha producido ya la completa revisión de este período e incluso de este emperador, y así en la obra de Ostrogorsky, que sigue siendo una guía inexcusable para la introducción en la historia de Bizancio, el período de recuperación y grandeza de Bizancio se hace comenzar en estas fechas.

No obstante, las secuelas de la iconoclastia fueron muy grandes y las heridas abiertas en la sociedad bizantina tardaron mucho tiempo en cicatrizar. Frente a la política conciliadora de la misma administración que había posibilitado la vuelta al culto a las imágenes, muy pronto se hizo presente la posición radical del grupo celota, dirigido por los monjes estuditas, partidarios de una política de dureza y venganza frente a los antiguos iconoclastas. Este grupo se vio apoyado desde el patriarcado al ocupar el solio en el 847, Ignacio, hijo del antiguo emperador Miguel I. Las relaciones de los celotas con la corte imperial fueron siempre tensas, en especial desde el 856 en que Bardas, hermano de Teodora y tío de Miguel III dio un golpe de estado acordado con el joven emperador para asumir el poder. La potenciación del cenáculo intelectual, o universidad de Magnaura, donde enseñaron los hombres más cultos de su época, significaba un desafío para la estrechez de miras del grupo radical, que veía con malos ojos estas veleidades.

En diciembre del 858, el patriarca Ignacio abdicaba o era depuesto por el poder imperial y en su lugar se nombraba al docto aunque laico Focio. Con él se iniciaba la época más brillante pero también más conflictiva de la historia de la Iglesia bizantina, a cuyo frente se situaba a una de las más grandes personalidades de la historia del mundo griego. Focio estuvo más

implicado que nadie en el alumbramiento de una nueva situación de la Iglesia bizantina, fortalecida tras la derrota de la iconoclastia. No hay que olvidar que había sido una posición defendida desde el Imperio y exaltadora de la autoridad del mismo, mientras que la postura de Focio reivindicaba un espacio político y de influencia que no había tenido hasta entonces la jerarquía bizantina, tanto frente al poder laico como frente a la autoridad romana. En otro lugar nos ocuparemos con más detenimiento de sus relaciones con el papado y del cisma.

En este reinado, igualmente, se produjo una cierta estabilización de los diversos frentes militares que tenía abiertos Bizancio. La anterior ofensiva islámica se veía sustituida por unos todavía tímidos contrataques bizantinos en Asia Menor, en Creta y en Egipto, mientras que los búlgaros quedaban provisionalmente neutralizados con la conversión al cristianismo del propio rey Boris, apadrinado por el mismo Miguel. Esta labor evangelizadora de la Iglesia griega fue muy importante en estos años centrales del siglo IX, con las grandes figuras de los tesalonicenses Constantino-Cirilo y su hermano Metodio, creadores de la escritura eslava en alfabeto glagolítico y evangelizadores del efímero reino eslavo de la gran Moravia. Esta política, truncada poco después por otras nuevas invasiones, significaba, sin embargo, un brillante inicio de la asimilación de los diferentes pueblos eslavos.

El asesinato de Miguel III por su favorito, el macedonio Basilio, que tuvo lugar en 867, abre un nuevo período en lo que se refiere a la historia dinástica bizantina, aunque en los procesos más profundos no parece haberse producido ninguna ruptura, ya que la recuperación general, como se ha dicho, se había iniciado ya. Con Basilio se entronizaba, sin embargo, la dinastía que iba a protagonizar el período más brillante de la historia militar y política de Bizancio. La dinastía pudo prolongar su supervivencia hasta 1056, aunque después de la muerte de Basilio II en el 1025 sólo el prestigio acumulado y un cierto sentimiento legitimista arraigado en la población hizo posible una sucesión más o menos pacífica. No obstante esta apariencia de brillantez, como veremos más adelante, los casi dos siglos de vida de la dinastía macedónica fueron testigos de graves contradicciones internas y de gestación de fuerzas disgregadoras de la unidad anterior.

Es poco lo que sabemos de cierto sobre la vida de este aventurero de fortuna que fue Basilio, pues la biografía escrita por su nieto Constantino VII (la *Vita Basilii*, que forma parte de la continuación de Teófanes) tiene muy escaso valor histórico por estar escrita con una finalidad apologética y exculpatoria de la irregular manera en que la dinastía se había apoderado del trono. Parece obvio que el usurpador era un personaje de un inusitado vigor y energía, totalmente carente de escrúpulos y con una ambición sin límites. Fundó una dinastía que sería gloriosa, a pesar de las tremendas dificultades para su estabilización. Con los macedonios, la idea legitimista se

fortaleció enormemente, quizás porque era una dinastía con muchas cosas que legitimar, desde su irregular y brutal advenimiento hasta la probable irregularidad en el nacimiento de su segundo miembro, León VI, al decir de muchos hijo de Miguel III y no de Basilio, ya que ambos compartieron una relación con la cortesana Eudocia Ingerina. Del mismo modo hubo problemas con el alumbramiento de Constantino VII Porfirogéneta –no es casual este apelativo que enfatizaba su dudosa legitimidad–, nacido de un cuarto matrimonio de su padre León, rigurosamente prohibido por los cánones de la Iglesia ortodoxa.

La situación político-militar del Imperio en Oriente, como antes señalábamos, había mejorado considerablemente. Sin embargo, el Occidente estaba escapando de forma muy rápida del control griego. Basilio llevó a cabo importantes esfuerzos por recuperar, al menos en parte, el control sobre los territorios italianos. Sus campañas marítimas en Sicilia no obtuvieron el mismo éxito que las realizadas en la costa dálmata, las cuales consiguieron llevar a la mayor parte de los pueblos eslavos balcánicos a la órbita bizantina. Basilio proyectó una alianza con el carolingio Luis II para hacer frente conjuntamente a los avances islámicos en Italia, pero quedó rota por la inesperada conquista unilateral de la ciudad de Bari por parte de Luis II. Sólo después de la muerte del propio Luis, los bizantinos consiguieron imponer su autoridad sobre la ciudad. Los tímidos intentos de recuperación de la autoridad bizantina en Italia se saldaron, por tanto, con un fracaso parcial y durante el reinado de León VI, los musulmanes terminaron la conquista de Sicilia. El Imperio bizantino se convertía de esta manera en predominantemente oriental, con las importantes consecuencias de todo orden que ello comportó.

Otro problema al que tuvo que enfrentarse Basilio fue el provocado por la poderosa secta herética de los *paulicianos*. Estos herejes dualistas (que aceptaban la existencia de dos principios enfrentados), cuyos orígenes y evolución fueron estudiados de forma muy clara y asequible en un libro de Runciman (1972, 2ª Ed. francesa), recogían una serie de tendencias de este tipo muy vivas desde los primeros tiempos cristianos en las diversas *gnóseis*, cristalizando en un movimiento fuerte en Asia Menor desde mediados del siglo VII y que había alcanzado una gran pujanza debido a la probable protección de los emperadores iconoclastas. Con la victoria iconodula, era obvio que los paulicianos tenían sus días contados, sobre todo por haberse puesto bajo la protección árabe cuando habían comenzado para ellos las primeras dificultades. Como es frecuente en la historia bizantina, elementos políticos y sociorreligiosos estaban fuertemente interrelacionados. Durante el reinado de Miguel III, el movimiento pauliciano, muy radicalizado, había adquirido unos tintes militares y violentos. Encontró un jefe de talento en la persona del griego Juan Chrisocheiros, personaje de relieve suficiente

como para que el mismo Focio mantuviese una relación epistolar con él intentando apartarle de la herejía.

Las tropas de Basilio consiguieron, después de varias campañas, infligir una derrota definitiva a los paulicianos, ya anteriormente combatidos. La destrucción de su capital, la ciudadela de Tefriké, y la propia muerte violenta de su jefe significó el fin de su fase de esplendor. No obstante, los paulicianos no fueron extinguidos y pulularon por diversas partes del Imperio. A fines del siglo X se produjo un trasvase importante de los mismos hacia Tracia, donde debieron de entrar en contacto con los nacientes bogomilitas búlgaros. Poco o nada sabemos de su pensamiento, por la falta de textos escritos, aunque todos los indicios muestran que participaban de algunas ideas compartidas por todos los movimientos dualistas medievales: firme creencia en la lucha entre los principios del bien y del mal, rechazo de la jerarquía eclesiástica y no aceptación de la virginidad de María, entre otras.

Basilio y sus sucesores impulsaron fuertemente la ideología imperial, que se manifestó tanto en una actitud dura y autoritaria respecto a la Iglesia ortodoxa como en una labor legislativa de gran magnitud. El primer acto del usurpador fue deponer a Focio, tanto por su exceso de poder e independencia como por su deseo de granjearse el apoyo romano en momentos tan difíciles. Cuando la tormenta hubo pasado y la situación se consolidó, Focio fue completamente rehabilitado e incluso llegó a ocupar el patriarcado por segunda vez, tras la muerte de Ignacio. En estos años últimos, hasta su nueva deposición por parte de su propio discípulo León VI en el 886, la influencia fociana fue muy marcada en todos los aspectos. Su mano se deja sentir, por ejemplo, en algun texto jurídico como la *Epanagogé* o pequeña introducción a la gran obra legislativa de los macedonios, que se publicará en tiempos de León. La *Epanagogé* es uno de los pocos textos legales bizantinos que intenta definir la actuación imperial y patriarcal en términos de mutuo respeto y no sometimiento, en una concepción casi diárquica que recuerda más a la concepción romana que a la propiamente bizantina. A pesar de la irrepetible personalidad de Focio, como antes decíamos, la concepción del poder imperial alcanza una nueva madurez en estos momentos y se deja sentir muy de cerca tanto en la teoría como en la práctica.

2.2. Consolidación de la dinastía macedónica

La época de León VI (886-912), que tuvo como coemperador a su hermano Alejandro, no estuvo tampoco exenta de problemas de todo tipo, aunque globalmente trajo consigo una consolidación indudable de la reciente

dinastía, al menos desde el punto de vista interno. La obra de gobierno y administración de León es verdaderamente impresionante. Aparte de culminar la obra jurídico-legislativa iniciada anteriormente, con la promulgación de las *Basílicas* o derecho imperial, del que hablaremos en otro apartado, sus casi ciento veinte Novelas o leyes propias testimonian una tarea administrativa ingente. No hubo aspecto del gobierno que no se abordase, desde la administración militar (que mereció además la atención especial del emperador en el último de los manuales militares o *Taktikà*, género clásico bastante cultivado en época bizantina), hasta la puramente territorial, con una culminación del sistema *themático*, o la de estructura del poder imperial.

Sin embargo, el momento no fue fácil ni positivo en las relaciones exteriores. Conjurado de manera casi definitiva el peligro árabe, aunque todavía se produjesen episodios como el asalto a Tesalónica por la flota del renegado León de Trípoli en el 904, se volvía a plantear de nuevo la incómoda vecindad búlgara, a pesar de la reciente conversión al cristianismo del khan Boris-Miguel. Su hijo menor, Simeón, quizás el más grande rey búlgaro medieval, ejerció durante su largo reinado una fuerte presión sobre el Imperio. Al mismo tiempo, un nuevo y grave peligro hacía su aparición por Oriente, el de los magiares o húngaros, pueblo turco de origen asiático asentado al sur de Rusia y al que León mezcló imprudentemente en sus guerras contra los búlgaros. Estas tribus de excelentes y feroces jinetes, una vez derrotados los búlgaros, fueron empujadas por el mismo poder imperial hacia el oeste, como continuación de la multisecular táctica bizantina. Destruyeron, en primer lugar, el floreciente imperio moravo, recientemente cristianizado por obra de Cirilo y Metodio y comenzaron una serie ininterrumpida de campañas hacia Occidente. Hasta su derrota más o menos definitiva en el Lechfeld (955) por Otón I, todos los años las *razias* húngaras saqueaban y aterrorizaban a los países occidentales, llegando hasta la misma Italia y constituyendo un terrible flagelo que se añadía al de los normandos o musulmanes mediterráneos, en este proceso que se ha dado en llamar *"las segundas invasiones"*.

Pero el problema interno que ensombreció todo el reinado fue el de los sucesivos matrimonios imperiales, que llegaron a ser cuatro, por lo que se suele hablar del problema de la *tetragamia* imperial. La legislación canónica de la iglesia griega sobre el matrimonio era mucho más restrictiva que la occidental, ya que prohibía los terceros matrimonios e incluso no veía con buenos ojos el segundo. Esta conducta no era sino reflejo de una antigua actitud de la Iglesia de los primeros tiempos. La casualidad quiso que el emperador fuese enviudando una vez tras otra, sin que llegase el heredero. Finalmente, en el 905 nació Constantino, el hijo de León y su amante Zoe Carbonopsina. El intento de legitimación de este matrimonio encontró la más viva resistencia por parte del patriarca Nicolás el Místico, discípulo

de Focio y otra de las grandes lumbreras intelectuales de la Iglesia bizantina. Todavía se vivía el recuerdo de la actitud patriarcal independiente de Focio, y Nicolás se atrevió a prohibir la entrada al emperador a Santa Sofía. Éste reaccionó deponiendo al patriarca y nombrando en su lugar al más controlable Eutimio. Se iniciaba un cisma, que en la óptica algo exagerada de Dvornik no era sino el último coletazo de la iconoclastia. La dispensa del papa Sergio III, a quien recurrió León, como se hacía en estos casos difíciles, solucionó el problema y permitió la legitimación del joven Constantino, que sucedía a su padre siendo aún un niño, en el 912.

El largo reinado de Constantino VII Porfirogéneta (912-959, aunque hasta el 913, reinó con su tío Alejandro), significó un momento de suma importancia en el Imperio bizantino desde diversos puntos de vista. Por una parte, la situación exterior del Imperio fue mejorando y, en contraste con las guerras defensivas anteriores, comenzó en esta época su brillante ofensiva hacia el Oriente. Pero, al mismo tiempo, empezaba a experimentar problemas internos graves, como era el creciente peso de una aristocracia militar surgida en los *themata* y que iba arrinconando a la pequeña y mediana propiedad campesina, que había constituido la columna vertebral de todo el sistema social, militar y fiscal del Estado. Las leyes agrarias de este período, que tan infructuosa como patéticamente intentaban defender a esta casta de pequeños propietarios, nos dan cumplida cuenta de la gravedad del problema. Estos grupos militares emergentes llegaron incluso a compartir el poder imperial con los propios "porfirogénetas", en condición de emperadores asociados, como fue el caso de Romano Lecapeno y sus hijos, aunque Romano actuó incluso como emperador principal. Este esquema se repetirá, más tarde, con Nicéforo Focas y Juan Tzimisces durante la minoría de los nietos de Constantino VII, Basilio y Constantino.

Los problemas que heredaba el niño Constantino cuando accedió al trono eran muchos y muy graves. La presión búlgara sobre Constantinopla era más fuerte que nunca y al frente del reino búlgaro estaba Simeón, el más enérgico y culto de sus jefes. A diferencia de sus antecesores, Simeón estaba convencido de que no existía ninguna otra posibilidad de exaltación de su reino que la de llegar a compartir el poder en Constantinopla. No se trataba ya de crear un Imperio búlgaro sino de ocupar el antiguo de los romano-bizantinos. El patriarca Nicolás el Místico, que actuaba como regente y que había sido restituido en el solio a la muerte de León, se rindió a las exigencias de Simeón, con quien siempre tuvo una excelente relación. Sólo una nueva deposición de Nicolás, con un cambio de regencia dirigida esta vez por la madre de Constantino, Zoe Carbonopsina, permitió abortar las desmedidas pretensiones de Simeón.

En el 919 se produjo el golpe de estado de Romano Lecapeno, el gran Drungario o almirante de la flota, e hijo de un humilde campesino armenio,

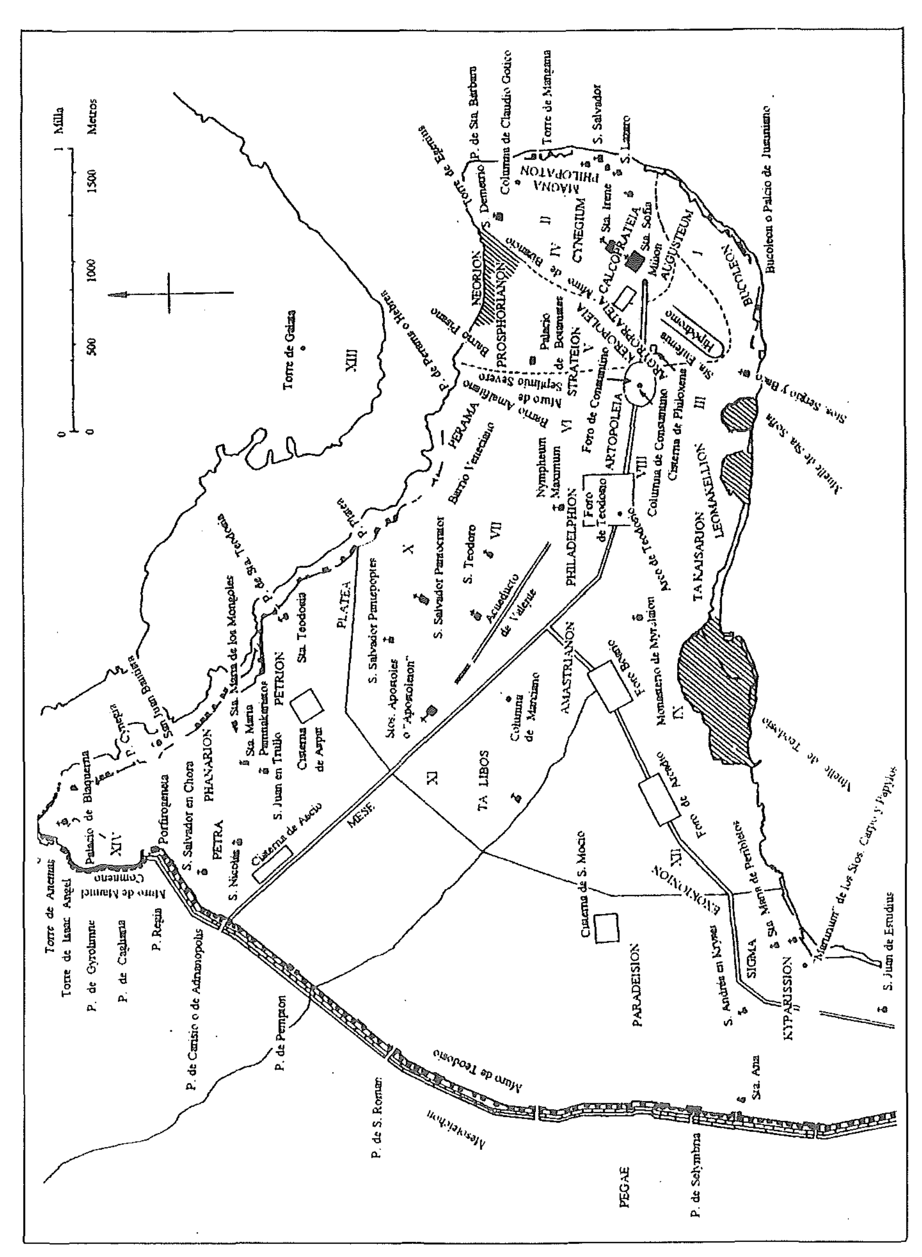


Figura 2.1. Planta de Constantinopla.

sobre cuyo reinado contamos con un espléndido trabajo de juventud del gran bizantinista Runciman (1929, reed. 1988). Romano fue el primero de esta serie de coemperadores que deparó la época macedónica. Hombre de gran talento y frialdad, al decir de Runciman se inspiró en el modelo de Basilio I, pero adaptándolo a las necesidades del momento: en lugar de proceder a la deposición del *Porfirogéneta*, lo hizo miembro de su propia familia y fue usurpando el poder imperial con un tacto y una habilidad exquisitas, que impidieron cualquier tipo de motín popular en nombre de la legitimidad, sentimiento, como ya hemos dicho, de creciente arraigo entre el pueblo.

La situación militar bizantina muy pronto experimentó una mejora espectacular. Todavía la presión búlgara era amenazante, produciéndose constantes ataques en Tracia y frecuentes presencias ante la capital, que demostraba su inexpugnabilidad una vez tras otra. El climax se alcanzó en el 924, cuando tuvo lugar la célebre entrevista entre Simeón de Bulgaria y Romano Lecapeno que recogen con todo lujo de detalles las fuentes griegas. Las narraciones enfatizan el contraste entre el "bárbaro" comportamiento del rey búlgaro (que sin embargo se había educado en Constantinopla y conocía bien la literatura griega) con la actitud piadosa y reverente de Lecapeno, que acudió al encuentro, en uno de estos gestos teatrales que tanto agradaban a los bizantinos, protegido solamente con el *maphorion* o manto sagrado de la Virgen de Blaquerna. El tradicional sentido providencialista de las fuentes medievales insinúa que la actuación de Romano fue, en cierto sentido, premiada con la retirada definitiva de los búlgaros. Obviamente, otras causas explican la momentánea conjuración del peligro búlgaro, como un cierto agotamiento, problemas internos o la creciente presión serbia sobre el reino búlgaro, a la par que una mejor situación político-militar de la estructura imperial. Un matrimonio, el de Pedro, hijo y heredero de Simeón con María Lecapena, nieta de Romano, celebrado en el 927, selló la reconciliación de búlgaros y bizantinos durante casi un siglo.

El momentáneo oscurecimiento búlgaro puso a Bizancio en un contacto más estrecho con otros pueblos respecto a los cuales Bulgaria había actuado tradicionalmente como tapón. Tal es el caso de los petchenegos, turcos bien conocidos del Imperio y muy temidos, los húngaros, basculando generalmente hacia Occidente pero todavía peligrosamente próximos y sobre todo los rusos, confederación tribal de pueblos eslavos vehiculada por una aristocracia varega o escandinava, que estaba llegando ya a una situación de contacto estrecho con el Imperio, debido sobre todo a su importante papel como intermediarios en el rico comercio del norte desde sus factorías, como Novgorod o Kiev. Este encuentro de Bizancio con los rusos tiene una trascendencia histórica que supera al habido con otros pueblos eslavos, ya que en ninguna otra estructura política será tan fuerte y duradera la influencia bizantina, especialmente en el plano ideológico. Aunque los

primeros contactos históricamente evidentes se habían producido en el siglo IX, fue en el siglo X cuando tuvieron importancia. El intento de asalto a Constantinopla, que Runciman (1929, 1988, p. 112) calificó como "ataque vikingo", fracasado como todos los de índole parecida, abrió el camino para un tratado firmado en el 945 entre Igor y Romano Lecapeno. La mujer de Igor, Olga o Helena, fue ya indudablemente cristiana. El proceso de conversión del principado de Kiev tuvo lugar en la segunda mitad del siglo X, lo que convirtió a los rusos en unos importantes aliados del Imperio bizantino en los siglos siguientes.

Desde el punto de vista de la política exterior, lo más relevante de la primera mitad del siglo X fue el comienzo de la ofensiva bizantina en su frontera oriental, tras varios siglos de haberse limitado a defenderse de la mejor manera posible frente a la presión islámica desde diversos frentes. Aunque no sería oportuno responsabilizar de esta nueva situación a un personaje determinado, ya que es mucho más probable que se produjera un cambio de tendencia y un nuevo dinamismo expansivo griego, no puede dejar de relacionarse esta primera ofensiva con las grandes cualidades militares de Juan Curcuas, amigo de infancia de Romano Lecapeno y armenio como él y por ello, buen conocedor de la compleja situación de la frontera nororiental bizantina.

Tras haber colaborado en la guerra armenia contra los últimos restos de presencia islámica en Armenia (Erzerum o Theodosiopolis fue conquistada por primera vez en el 927 y de forma definitiva en el 949), Curcuas, utilizando tropas armenias, inició su ofensiva más al sur. La primera gran ciudad islámica en ser conquistada fue Melitene, que cayó en manos griegas en el 934. La ofensiva culminó a principios de los años cuarenta, cuando el Gran Doméstico Curcuas, al frente de los ejércitos bizantinos, invadió el mismo corazón de Mesopotamia, apoderándose primero de Nisibis. En el 944 obtuvo, a cambio de respetar la ciudad de Edesa, la más famosa reliquia cristiana medieval, el famoso *mandilion*, o sagrado lienzo en que se había milagrosamente impreso la efigie del rostro de Jesús y que habría sido enviada al rey de Edesa, Abgar. La llegada solemne de la reliquia a Constantinopla, en agosto del 944, (donde permanecería hasta la Cuarta Cruzada de 1204) levantó un impresionante movimiento de piedad popular y de esperanzas casi mesiánicas en el Imperio. Sin embargo, esta situación duraría poco, porque al cabo de muy poco tiempo era depuesto Curcuas por los hijos de Lecapeno, que recelaban de su gran prestigio militar. Sin embargo, los bizantinos habían, en cierto sentido, "aprendido" este camino a Oriente, que continuarían recorriendo en la segunda mitad del siglo.

Es, indudablemente, de este primer momento de la ofensiva griega en Mesopotamia de donde proceden los datos históricos, aunque mixtificados, que constituyen el embrión del *Digénis Ákrita*, o gran poema épico bizanti-

no, como han demostrado inequívocamente los numerosos trabajos de H. Grégoire, su mejor conocedor y especialista, agrupados bastantes de ellos en una publicación única (1975). Los manuscritos del texto son, por supuesto, muy posteriores, pero una referencia de uno de ellos a la presencia del *mandilion* en Edesa, llevó a Gregoire a establecer en el 944 la fecha *post quem* del material que constituye esta base más o menos histórica del poema. Lo que nos interesa es simplemente reseñar que se iniciaba una época en la que la "frontera" grecoárabe sería un territorio peculiar en el que ciudades y fortalezas podían cambiar de manos de forma alternativa y en el que se desarrollaba la actividad de estos soldados un tanto especiales, los *akritai*, o literalmente, al margen de la norma, de los que constituía un espléndido exponente el héroe del poema, Basílis Digénis Akrita. Como puede apreciarse, estos rasgos tan característicos de la frontera son también observables en las zonas de contacto cristianas e islámicas de la España medieval.

Aunque nos ocuparemos con detalle en otro apartado, conviene señalar que Romano fue el primer emperador que legisló contra la concentración de propiedad agraria que comenzaba a arruinar la reforma *themática* y amenazaba con volver a un sistema de predominio de la gran propiedad, destruyendo la potencia de la aldea campesina *(jōríon)* que constituía la columna vertebral del sistema económico y fiscal del Imperio. Las dos *Novelas* de 922 y 934, aunque con un vocabulario altamente retórico, dejan traslucir la gravedad de una situación social que amenazaba con arruinar una estructura que había dado frutos positivos para el Imperio. Como se verá, la reiteración de las prohibiciones y el tono crecientemente dramático en las leyes posteriores, muestran a las claras la incapacidad del estado para hacer cumplir sus propias prescripciones y el imparable ascenso de la gran propiedad.

La caída de Romano Lecapeno, en diciembre del 944, se debió a una intriga de sus propios hijos y coemperadores, Esteban y Constantino, temerosos de perder su poder ante la próxima muerte de su padre. Sin embargo, el sentimiento legitimista a que antes aludíamos funcionó entre la población de Constantinopla y salvó el trono al Porfirogéneta. Tras un reparto provisional del poder entre los tres jóvenes emperadores, a finales de enero del 945, los dos lecapénidas eran arrestados y seguían el camino de su padre que, en una divertida versión que nos transmite Liudprando de Cremona, les recibió en el lugar del destierro con un irónico y cruel sarcasmo, pidiéndoles perdón por no estar en condiciones de recibirles como exigía la condición imperial. Acababa una era trascendental de la historia bizantina, en la que en medio de graves contradicciones internas, se había iniciado brillantemente la recuperación militar que llevaría al Imperio a la cumbre de su autoridad en muy pocos años.

Los años de gobierno en solitario del débil y culto Constantino VII (de *libris incumbens*, le calificaba Liudprando de Cremona) fueron, en realidad, una continuación de la política anterior aunque con nuevos protagonistas. Los advenedizos Lecapenos, armenios de origen y sin un importante *pedigree* nobiliario se veían sustituidos por el peso de las nuevas familias orientales que formaban una nueva nobleza con un siglo de antigüedad, las cuales iban a ejercer una influencia determinante en la política imperial durante la segunda mitad del siglo X. Los linajes más poderosos e influyentes fueron los Skléroi, los Argíroi y sobre todo los Focas, siendo éstos últimos los que dominaron el aparato del estado durante bastante tiempo. La legislación contraria a la gran propiedad siguió promulgándose y manifiesta una vez más la creciente importancia del problema y la incapacidad para hacerle frente. Mientras tanto, Constantino se dedicaba a su trabajo intelectual, que le llevaría a ser considerado como un escritor importante del siglo X, aunque lo fundamental de su aportación fue la protección que ejerció sobre las renacidas letras griegas. Fue autor o inspirador de unas cuantas obras de cierta importancia, a las que curiosamente titulaba con nombres latinos *(De thematibus, De administrando imperio* o *De cerimoniis aulae byzantinae)*, lo que contrasta con el pomposo título griego que su contemporáneo Liudprando dio a su principal obra, la *Antapodosis*. Con esta labor, Constantino contribuyó, sin duda, al crecimiento del prestigio imperial, que se reforzó con la brillantez de su actividad diplomática, promoviendo famosas embajadas a la corte del califa cordobés Ābd al-Raḥmān III o a la de Otón el Grande. El emperador bizantino era ya, sin duda, la primera autoridad del mundo entonces conocido.

En el corto reinado de Romano II, hijo y heredero de Constantino, la familia Focas monopolizó el poder político debido a las excepcionales cualidades militares del Gran Doméstico Nicéforo Focas que le llevaron a continuar brillantemente la ofensiva militar anterior. La primera gran conquista fue la de Creta, la isla clave del control tanto militar como comercial del Mediterráneo oriental, que se rindió en el 961. La ofensiva continuó con la conquista simultánea de Cilicia y su capital Tarso, así como de la isla de Chipre, llevadas a cabo después de la prematura muerte de Romano II, que permitió a Nicéforo controlar el poder en nombre de los jóvenes porfirogénetas Basilio y Constantino, en una actuación que recordaba la de Romano Lecapeno anteriormente. Sin embargo, la gran empresa militar de Nicéforo fue la campaña de Antioquía. La ciudad fue sitiada todavía en vida de Focas, aunque la entrada efectiva de las tropas en la gran ciudad de Siria del norte se produjo una vez regresado éste a Constantinopla, donde moriría poco después en una intriga de su propia esposa Teófano, viuda de Romano II y madre de los jóvenes *porfirogénetas* Basilio y Constantino, ayudada por quien le sucedería en este extraño papel de *valido* de los jó-

venes príncipes, el también general armenio Juan Tzimisces. El impulso se prolongó hasta la conversión de Alepo, la gran ciudad comercial de Siria del norte y uno de los centros de poder –el otro era Mosul– de la poderosa dinastía hamdánida, en ciudad-estado dependiente de Constantinopla. Con la muerte de Nicéforo acababa un momento glorioso del Imperio y un extraño personaje, ridiculizado cruelmente por Liudprando en su divertida narración de su viaje a Constantinopla *(Relatio de legatione Constantinopolitana)* para negociar el reconocimiento de Otón I por la corte imperial y un posible matrimonio del heredero alemán, el joven Otón II, con una princesa bizantina. Liudprando cuenta de forma muy gráfica sus peripecias en la capital griega, encerrado en un sórdido aposento, sin poder asearse. Nicéforo tardó tiempo en recibirle y en su primer encuentro no hizo sino insultar al embajador e incluso al bárbaro impostor occidental. Este hombre bajo y rechoncho, al decir del maledicente obispo italiano, fue sin embargo un gran hombre de estado, así como un protector decidido de los monasterios del Monte Athos, que en este momento iniciaban una época de gran brillantez, debido a la acción de San Atanasio Atonita, fundador de la Gran Laura y primer gran organizador del conjunto monástico. En el reinado de Focas, se produjo uno de los escasos intentos de sacralización de la acción militar, en una política semejante a la que llevaría a la cruzada occidental. Sin embargo, su intención de considerar santos a los muertos en las campañas contra los musulmanes, encontró un fuerte rechazo de las autoridades eclesiásticas.

El breve reinado de Juan I Tzimiscés es una continuación del de su antecesor. Lo más destacado del mismo fue la prosecución de la ofensiva griega en Oriente, con la consolidación momentánea de las conquistas anteriores e incluso con incursiones importantes hacia Siria del sur y Palestina, que podían hacer pensar en una posible conquista de Jerusalén, en ese momento en manos de los fatimíes de Egipto. Al mismo tiempo, el emperador consolidó sus fronteras europeas, con una victoriosa campaña contra los rusos de Sviatoslav, quienes se habían apoderado incluso de parte de Bulgaria. Esta campaña, que tuvo lugar en el 971, demostró las grandes cualidades militares de Tzimisces. Su prematura muerte en el 976, frustró una más que posible continuación de las conquistas bizantinas y sumió al Imperio en unos años de enfrentamientos civiles de importancia, que no terminaron hasta la efectiva consecución del poder imperial por parte del primogénito de Romano II, el porfirogéneta Basilio II, conocido familiarmente con el apelativo de *Bulgaróctonos* o "matador de búlgaros".

Con Basilio alcanzaba el Imperio bizantino sus momentos más brillantes, en el que el emperador era reconocido como la máxima autoridad del mundo civilizado. Con él, la dinastía legítima recuperó su viejo prestigio, tras los difíciles años de predominio de los miembros de las aristocracias nobi-

liarias orientales, que habían llevado a los macedonios a una situación muy parecida a la de los últimos francos merovingios. El prestigio acumulado por la dinastía en los cincuenta años de gobierno de Basilio fue suficiente para mantenerla en el poder otros cuarenta años, tras su muerte acaecida en el 1025. Conviene destacar el magnífico retrato que de él nos ha dejado Psellos en su *Chronographia* (I, 36). La obra de Psellos, a pesar de sus inexactitudes y parcialidades resulta de imprescindible manejo para esta época.

Los primeros años de Basilio vieron sucederse constantes rebeliones contra el poder imperial, en una dinámica que no era sino continuación de la anterior. Las grandes familias no querían, como es comprensible, renunciar a la sustanciosa prebenda que significaba el control imperial. Los dos rebeldes permanentes fueron Bardas Skleros y Bardas Focas, sobrino de Nicéforo. La rebelión conjunta de ambos a partir del 987 significó el momento de mayor peligro, que sólo se pudo conjurar por la aparición en apoyo de Basilio de la *druzhina* varego-rusa en Constantinopla, en el 988. La gran victoria imperial en Abydos, en abril del 989, significó el final de esta prolongada época de turbulencia y contribuyó a estrechar los lazos ruso-bizantinos, simbolizados en el famoso matrimonio de Vladimir de Kiev con la propia hermana del emperador, la porfirogéneta Ana. Esto contrastaba con lo practicado hasta el momento, ya que las princesas bizantinas entregadas en matrimonio no pertenecían al linaje imperial legítimo, considerado inaccesible para cualquier pretendiente. Esta Rusia cristiana de Kiev será un fuerte baluarte del Imperio en su frente norte.

Las dificultades que atravesó Basilio para asentar su autoridad marcaron, sin duda, su carácter, que se hizo sombrío y agresivo, así como agudizaron sus recelos hacia esta nobleza militar oriental de que venimos hablando. Su reinado representó el último e infructuoso intento por poner coto al creciente poder de estas familias y su actuación legislativa no debe de interpretarse solamente como una venganza personal, sino también como un esfuerzo denodado por mantener una estructura estatal que se había mostrado muy eficaz durante varios siglos, pero que estaba periclitando. Merecida fama ha alcanzado la *Novela* del 996 a la que más tarde nos referiremos. Poco tiempo después, Basilio ampliaba este intento de frenar el poder nobiliario mediante la imposición del llamado *allêlengyon* o principio de solidaridad fiscal y económica a los poderosos respecto de los impuestos dejados de pagar por los pobres. Se trataba de una medida dura y eficaz, que arrancaba del viejo principio de solidaridad fiscal dentro de la comunidad campesina y lo llevaba hacia esta casta de compradores de parcelas a la baja. Psellos cuenta que fue una obsesión de las altas capas bizantinas, apoyadas incluso por el patriarca, acabar con este expediente. No lo consiguieron en vida de Basilio, pero la primera actuación del emperador Romano III Argyros, fue abolir el odiado *allêlengyon*.

La gran empresa de política externa de este reinado fue la lucha tenaz y despiadada contra el imperio búlgaro, que acabó siendo aniquilado completamente, tras varios siglos de alternativas muy diferentes. El acceso al trono de Basilio coincidió con el de Samuel en Bulgaria, hombre enérgico y fundador de una nueva dinastía. Las hostilidades fueron dilatadas y terribles y terminaron con la victoria definitiva de los griegos en el 1014, seguida por el célebre episodio del cortejo de miles de prisioneros ciegos y encadenados guiados por unos cuantos tuertos intercalados. No es de extrañar el apodo de "matador de búlgaros" con que la historia recuerda al Emperador. Esta destrucción del primer imperio búlgaro marcó el final de una época. Una gran parte de Bulgaria quedaba convertida en *thema* bizantino, aunque con gran autonomía. Los griegos se hacían momentáneamente con el control casi absoluto de los Balcanes.

2.3. La decadencia macedónica y la inestabilidad política

La muerte de Basilio en el 1025, fue seguida en el 1028 de la de su inoperante y casi inexistente hermano Constantino VIII. El viejo Basilio no había contraído matrimonio, por lo que los derechos de la dinastía legítima recaían en las dos hijas, ya no jóvenes, de Constantino, Zoe y Teodora.

Esta época, hasta la extinción de la dinastía en el 1056, encuentra una viva descripción en la mencionada obra de Psellos. Es un período marcado, aparentemente, por el encumbramiento de los amantes y maridos de Zoe, que vienen a refrendar hasta dónde había llegado la fidelidad popular a estas porfirogénetas, que tuvieron el suficiente reconocimiento como para transmitir la autoridad imperial a cinco emperadores, tres de ellos por matrimonio y otros dos más por adopción. Pero también es la época en que las graves contradicciones de la sociedad bizantina empiezan a aflorar de forma inequívoca, una vez terminada la engañosa expansión militar anterior y desaparecido el firme y austero gobierno de Basilio II.

Conviene señalar la absoluta falta de acuerdo en el diagnóstico y análisis global de este interesante y complejo período. No es fácil resumir las diferentes posturas al respecto, pero no parece exagerado afirmar que oscilan entre quienes han intentado una aproximación de la evolución de la sociedad bizantina a los parámetros de la occidental y han visto en el fondo de todos los cambios una evolución hacia un "feudalismo bizantino" y quienes han negado la posibilidad de llevar a cabo este tipo de aproximaciones. Muchos son los que pueden englobarse en el primer grupo, desde Vassiliev, que fue un verdadero pionero en la materia hasta Ostrogorsky pasando por toda una pléyade de historiadores. Los detractores del feudalis-

mo bizantino están, sin duda, encabezados por P. Lemerle (1977) y sus principales discípulos, sobre todo H. Ahrweiler.

Uno de los ejes sobre el que gravitan estas diferencias interpretativas radica en las reales o supuestas tensiones entre una aristocracia civil constantinopolitana y cortesana y una nobleza militar, en su mayoría oriental, de la que ya hemos venido hablando. Las constantes referencias de Psellos en el libro VII de su *Chronographia* avalan esta interpretación. Según Psellos, se habría producido una oposición frontal entre lo que califica *tó politikón* y *to stratiōtikón*, que hay que traducir sin duda como grupo civil y militar respectivamente. No cabe duda de que esta simplificación, si no se matiza convenientemente, carece de operatividad, pues resulta difícil imaginar coincidencias y unanimidades entre *toda* la burocracia civil o los diferentes cuerpos de ejército, tanto asiáticos como europeos.

Aunque en otro apartado nos ocuparemos de ello, hay que hacer una rápida mención del cisma del 1054, que separó de forma definitiva a las Iglesias griega y latina, a pesar de los repetidos intentos de vuelta a la unidad. La ruptura se produjo por un conjunto de causas que luego analizaremos, pero conviene poner de relieve que tuvo lugar entre un Imperio con una excesiva seguridad en sí mismo, que no se correspondía con el efectivo momento histórico que atravesaba, y una jerarquía romana en un período de importante reforzamiento de su autoridad y prestigio dentro de un proceso global de reforma de sus estructuras. El acontecimiento dejó un importante reflejo en las fuentes latinas, mientras que casi pasó desapercibido para sus contemporáneas griegas.

Lo que parece obvio es que la extinción biológica de la dinastía macedónica en el 1056 significaba una ruptura muy importante. Rota cualquier posibilidad de mantenimiento de una legitimidad, se quebraba una tradición larga de sucesión imperial ordenada y sin grandes sobresaltos, a pesar de la existencia que antes se señalaba de los "coemperadores". Muy pronto se vio que resultaba difícil entronizar a una nueva dinastía y que los enfrentamientos entre diferentes grupos nobiliarios eran inevitables. El más emblemático fue, sin duda, el de la familia paflagonia de los Comneno, que irrumpen en el primer plano político con el breve reinado de Isaac Comneno (1057-1059), y los Ducas, que también detentarán el poder algo más tarde, con Constantino X y Miguel VII. Los dos grupos familiares se unieron finalmente y con el acceso al poder de Alejo Comneno en 1081, se iniciaba una nueva época en la historia de Bizancio. Como muy bien ha puesto de relieve Lemerle (1977, p. 251), el nuevo Imperio había perdido una tercera parte de su territorio y sacrificado sus más acendradas concepciones de derecho romano en relación con el poder público, pasando todo lo relacionado con la autoridad imperial a ser casi "un asunto de familia". En este sentido y siguiendo esta línea de análisis, el período Comneno se ha inter-

pretado a veces como un precedente de la época de los Paleólogo, tras el brutal y dramático paréntesis del Imperio latino.

Muchas fueron las causas de este cambio, que Lemerle califica de muy brusco, inesperado y debido casi exclusivamente a incontrolables factores externos, como la conjunción de presiones militares sobre el Imperio, en un intento tenaz de alejar la posible sombra de una "evolución de tipo feudal". No obstante, como se verá, creemos que se puede aceptar, sin pecar de ningún tipo de exceso, que en toda la gran "crisis" del siglo XI existen profundas causas internas de evolución multisecular y que tampoco se puede despachar todo el diagnóstico con la responsabilidad única sobre las invasiones turcas en Oriente y la presión normanda sobre la parte occidental, como hace Lemerle. No cabe duda de que turcos y latinos fueron enemigos de nuevo cuño, más peligrosos y tenaces que los que anteriormente había conocido Bizancio, pero encontraron escasa resistencia organizada y un ejército dividido en pleno proceso de transformación, una vez producida la liquidación casi completa de las tropas themáticas. Se había recurrido a toda prisa al viejo expediente de los mercenarios de diverso origen, entre los que destacaron algunos aventureros normandos como Crispin o Roussel de Bailleul, deseosos de forjarse sus dominios en Anatolia y que aprendieron el camino de Oriente, que seguirán otros en la primera Cruzada.

La derrota de Mantzikert (1071) frente a las tropas turcas de Alp Arslan es generalmente considerada como un acontecimiento de características excepcionales, tanto por las fuentes contemporáneas como por la historiografía moderna. Recuerda mucho, desde diversos puntos de vista, a lo que había significado la batalla de Yarmuk, en los inicios de la expansión islámica. En Mantzikert, las tropas bizantinas al mando del emperador-soldado Romano Diógenes fueron completamente destrozadas por los turcos, en medio de deserciones y traiciones sin límite. Andrónico Ducas y sus tropas abandonaron la batalla, mientras que los contingentes turcos que luchaban al lado de los griegos cambiaron de bando, como habían hecho los árabes en Yarmuk. Romano fue hecho prisionero por el sultán, que lo trató con caballerosidad e incluso utilizó la posterior traición y muerte de Romano como excusa para proseguir su avance por Anatolia (Cahen, 1974).

El segundo acto de la tragedia se desarrolló en Constantinopla. Tras la traición en la misma batalla de Andrónico Ducas, hijo del césar Juan Ducas, Romano fue hecho prisionero y brutalmente cegado por el mismo Juan Ducas, quien se apresuró a poner en el trono a su propio sobrino Miguel VII Ducas, el hijo de Constantino X. En este reinado, el papel de Psellos como favorito imperial fue relevante. Sin embargo, los problemas tanto internos como externos del Imperio eran excesivos para una estructura debilitada. Los turcos, tras Mantzikert, conquistaron la mayor parte de Asia Menor, pri-

vando al Imperio de lo que durante siglos había sido su principal y más vital componente. En el Occidente, los normandos ejercían una fuerte presión desde el Epiro, cortando la *Via Egnatia*, que unía Dyrrachium con Tesalónica a través de toda la Península Balcánica y que constituía el principal camino de comunicación del Imperio con Occidente. La situación económica del Imperio se convirtió en dramática. El Estado dejó de garantizar el aprovisionamiento de grano en la capital y el intento de estatalización completa del *phoúndax* o almacén de trigo de Rodosto, por parte del ministro Nikephoritzes, falló rotundamente. En el 1078, Nicéforo Botaniates depuso a Miguel e hizo volver al poder a la aristocracia militar oriental. No duró mucho en el trono, ya que en el 1081 fue a su vez depuesto por Alejo I Comneno, hijo de un Comneno y casado con una Ducas. Terminaba así el período de gobierno de la aristocracia civil y se encumbraba esta ya mencionada nobleza militar anatolia, si bien el matrimonio de Alejo I con una Ducas hacía participar a este importante linaje civil de los beneficios que conllevaba el control del Estado y del gobierno.

2.4. La época Comneno: hacia el primer gran desastre

La dinastía Comneno se mantuvo en el poder durante un siglo, consiguiendo una relativa aunque engañosa estabilización de la situación militar y política, a costa de apoyos tan poco gratificantes para los griegos como los que proporcionaron las primeras cruzadas. Sin embargo, sobre este siglo XII, todavía bastante mal conocido a pesar de que en ella vivieron algunos de los más grandes historiadores bizantinos, se está lejos de llegar a un consenso en su interpretación global. Para muchos, incluso para los más, la época Comneno no sería sino un preludio del gran hundimiento del 1204 ante los "cruzados" latinos, como si esta conquista de la capital y de gran parte del Imperio hubiera sido inevitable debido a una evolución de la sociedad bizantina hacia determinadas formas de feudalismo que habrían acabado con la poderosa estructura centralizada anterior. Este análisis, muy matizado, sería, por ejemplo, el de Vassiliev Sin embargo, obras recientes han llevado a cabo un replanteamiento de esta época, haciendo ver los puntos oscuros de la interpretación anterior. Fue el trabajo de Kazhdan-Epstein (1985) el que propuso un posible modelo alternativo, apoyándose a su vez en los estudios económicos y numismáticos de Hendy. Otro libros aún más reciente como los de Harvey y Magdalino han profundizado en estas ideas. La época Comneno no sería, en esta nueva visión, el período de decadencia que se nos ha querido mostrar, sino que se produjo una razonable remodelación, aunque ésta fuera desde planteamientos y soluciones próximas a las del feudalismo occidental. Las campañas de Alejo I y de su

hijo Juan II consiguieron reincorporar la zona costera de Asia Menor, reafirmar la autoridad bizantina en los Balcanes y frenar la peligrosa ofensiva normanda. La economía recuperó una parte de su brillantez anterior y no cabe dudar de que el siglo XII fue una centuria de gran brillantez cultural y artística. Estamos, por tanto, ante un problema historiográfico abierto y susceptible de discusión.

Si juzgásemos el reinado de Alexios o Alejo I (1081-1118), fundador de la dinastía, siguiendo la obra de su hija Ana, la *Alexíada*, obtendríamos una imagen engañosa y probablemente injusta, cercana a una visión hagiográfica. La *Alexíada*, que constituye sin duda una de las cumbres de la literatura histórica bizantina, no se distingue, sin embargo, por la precisión de los datos o la equidad de sus valoraciones. Siguiendo de forma algo mimética las obras de exaltación a un personaje de la tradición clásica, tiene como objetivo fundamental la justificación e incluso la desaforada alabanza de la actuación política de Alejo I. Sin embargo, los estudios más recientes no dan una imagen tan grandiosa del fundador de esta dinastía. La administración interior quedó casi en su totalidad en manos de su familia, de la *bassilissa* Ana Dalassena, personaje clave, y de su propio hermano Isaac, ya que las relaciones familiares fueron un elemento importante en el control de la administración en época Comneno. Todo parece indicar que en el reinado de Alejo se asiste a un gran cambio en la organización administrativa, más sencilla y menos especializada.

En el momento del golpe de estado de Alejo I, el Imperio bizantino se encontraba asediado por múltiples y poderosos enemigos, y, en especial, por los normandos de Roberto Guiscardo en su flanco occidental y por los diversos emiratos turcos, más o menos unificados, en Asia Menor. Al mismo tiempo, continuaba la presión constante de otros pueblos de origen turco, como los pechenegos, uzos o cumanos. Ello explica que los primeros años de gobierno del nuevo emperador fueran una auténtica pesadilla. Hizo falta toda la parsimonia y capacidad diplomática y militar del nuevo emperador para hacer frente a tantas amenazas. Los normandos, que se habían apoderado de Dyrrachium, el punto de partida de la *Via Egnatia*, la perderán tras la muerte de Guiscardo en el 1085. Su hijo Bohemundo de Tarento, que heredó muchas de las cualidades de su padre, no pudo sin embargo continuar ejerciendo la misma presión sobre Bizancio. No obstante, la presencia normanda en el Epiro siguió siendo preocupante para los griegos durante algún tiempo.

En Asia Menor, todavía centro neurálgico del Imperio y sobre todo para un anatolio como era Alejo, la política griega fue la tradicional de aprovechar los enfrentamientos internos entre los diferentes principados turcos. Hacia el 1095, Alejo había conseguido conjurar los principales problemas, sobre todo tras la brillante y sangrienta victoria bizantina, con ayuda de los

cumanos, sobre los pechenegos en el monte Lebunion en abril de 1091. Es muy probable que Alejo pensase en la reconquista de Anatolia, a la que seguramente no había renunciado. Es en ese momento cuando se produce el encuentro bizantino con la Cruzada occidental, uno de los choques culturales más grandes que le tocó vivir al Imperio y uno de los acontecimientos que más marcó su posterior evolución.

No es fácil llegar a una conclusión sólida acerca del papel imperial en relación con la primera cruzada, ya que existe una divergencia en las fuentes contemporáneas que se ha visto trasladada a la historiografía reciente. Según algunos, la convocatoria de la cruzada supuso una sorpresa absoluta para los griegos, que nunca llegaron a comprender un fenómeno de estas características, mientras que otras fuentes nos hablan de la presencia de embajadores bizantinos en el concilio de Piacenza, que sirvió de preparación al de Clermont, de noviembre del 1095, en el que Urbano II llevó a cabo la convocatoria formal de la expedición a Oriente. Resulta obvio que los bizantinos nunca comprendieron el fenómeno de la guerra religiosa como tal, ya que los pocos intentos aislados por llevar las cosas en esta dirección habían sido un rotundo fracaso. Sin embargo, no es descabellado pensar que Alejo, con su pragmatismo oportunista, buscó sacar provecho de la cruzada, aunque no siempre obtuvo de ella los beneficios esperados. Una vez estabilizada la situación tras la conquista de Jerusalén y la formación de los principados latinos, el Imperio bizantino fue consciente de la imposibilidad de la recuperación total de Anatolia y buscó una forma de convivencia más o menos pacífica con los latinos, obteniendo algún señalado éxito parcial, como el sometimiento de Antioquía a la condición de principado vasallo de Constantinopla. Alejo supo aprovechar sabiamente el fenómeno del vasallaje, desconocido en sus características institucionales para los griegos, pero asimilable a otras tradiciones autóctonas. Y ello sucedió antes de la llegada de los cruzados, pues tenemos algún episodio de juramento de fidelidad al emperador bizantino antes del inicio de la Cruzada. Sin embargo y como balance de este encuentro entre latinos y griegos, se puede afirmar que no sirvió sino para agudizar más aún las desconfianzas previas, que tanto tendrán que ver en el futuro. Los sentimientos antilatinos de la sociedad bizantina se fortalecieron considerablemente y la opinión que sobre ellos profesaba la "elite" intelectual son perceptibles en la *Alexíada*. La imagen que Ana Comneno nos transmite de los latinos no es nada favorable, en especial del clero, cuya rapacidad y ambición no aprobaba. Igualmente, no comprendía la duplicidad de la jerarquía religiosa latina que podía, a un tiempo, ocuparse de las cosas divinas y empuñar un escudo y una lanza.

Como se verá en otro apartado, y a pesar de todas las matizaciones que puedan introducirse debido a los planteamientos de algunos trabajos

recientes, el Imperio parece haber perdido a fines del siglo XI su gran hegemonía económica anterior, coincidiendo con los grandes progresos de las potencias occidentales. En último término, inició un proceso de tranformación en una potencia secundaria. La fuerte devaluación monetaria del reinado de Alejo no era sino un reconocimiento de la imposibilidad de seguir manteniendo firme ese supuesto "dólar de la Edad Media" de que nos hablaban algunos famosos trabajos de López (1951 y 1978). La moneda de oro bizantina había perdido su característica de punto de referencia monetario en el comercio internacional pues este mismo comercio ya no estaba en manos griegas. Fue en efecto en este período cuando los bizantinos dejaron prácticamente todo su comercio en manos venecianas a través del tratado comercial firmado, seguramente, en el 1082, que permitía el libre comercio de los venecianos en todo el Imperio y otorgaba a la antigua colonia bizantina unas prerrogativas desconocidas hasta entonces. Otras repúblicas italianas participarían de este botín (Pisa a partir del 1112) y todo el gran comercio mediterráneo del que hasta entonces Bizancio había sido principal intermediario, escapaba definitivamente a su control.

La *Alexíada* nos manifiesta, con cierta ingenuidad, la realización de cambios administrativos de cierta relevancia, que Ana Comneno, como cabría esperar, juzga grandes aciertos de su padre. Casi toda la titulatura de las principales dignidades del Imperio cambió. El título de césar deja de ocupar el segundo lugar en el orden jerárquico, tras el de *basileus*, siendo sustituido por el de *sebastocratōr*, compuesto de los anteriores de *sebastós* y *autocratōr*, que fue concedido a Isaac Comneno, hermano mayor de Alejo, que sin que sepamos por qué había quedado excluido del acceso al Imperio en el momento del golpe del 1081 (*Alexíada*, III, 4, Ed. Leib, 113). Por otra parte, el antiguo título de *strategos* prácticamente desapareció, como expresión de la vieja administración themática. Sigue existiendo la denominación de *thema*, pero al frente del mismo aparece generalmente un *dux*. Resumiendo el sentido de estas reformas, parece obvio que se produjo una simplificación de la misma en una clave de reparto familiar y, si se emplea la expresión con sentido lato, con un cierto sentido "feudalizante".

Alejo consiguió transmitir el poder a su hijo primogénito Juan II (1118-1143), a pesar de las intrigas de la primogénita Ana y de la propia madre de ambos, Irene Ducas, que querían el poder para Nicéforo Bryennios, marido de Ana. Se consolidaba, en el 1118, la nueva dinastía, que viviría momentos brillantes hasta la muerte de Manuel I, hijo de Juan II, en 1180. La situación militar del Imperio se estabilizó y se consiguió un control que, aunque poco profundo y efímero, funcionó durante un breve período. No obstante, el panorama internacional a que se enfrentaba el Imperio bizantino se había hecho enormemente complejo, debido tanto a la consolidación de las monarquías feudales occidentales que buscaban su acceso, tanto

económico y comercial como político, al teatro de operaciones mediterráneo, como a la irrupción de nuevos protagonistas en el mundo eslavo balcánico.

Muy poco sabemos del reinado e incluso de la personalidad de Juan II, cuyo período de gobierno ocupa un brevísimo espacio en las historias de Juan Kinnamos y Nicéforo Choniates, en contraste con la atención dedicada al de su hijo Manuel. Sin embargo, en torno a la figura de Juan se había fabricado un cliché estereotipado que nos lo presentaba como el representante más eficaz y positivo de la dinastía Comneno, visión que aún transmitía la gran síntesis de Ostrogorsky. Sin embargo, trabajos más recientes no comparten este optimismo acerca de la obra política del segundo emperador Comneno. En efecto, Juan II intentó la vuelta a los viejos esquemas consagrados en la política exterior de Bizancio y que habían cambiado ya de forma decisiva. Anatolia y la política oriental parecen haber sido sus principales objetivos, sin tener en cuenta la imposibilidad de llegar a un restablecimiento total de la situación en Asia Menor, como sabiamente habría reconocido ya su padre Alejo. De esta forma, puede concluirse que se consumieron inútilmente las escasas y preciosas fuerzas que aún tenía el Imperio. A pesar de lo sugestivo de este planteamiento, no parece estar sustentado del todo en la realidad y da la impresión de ser producto de lo que podríamos llamar una "profecía" *ex eventu*, ya que las escasas fuentes que se refieren a Juan Comneno nos hablan de sus frecuentes expediciones en los Balcanes, sobre todo su definitiva victoria sobre los pechenegos en 1122, de resonancia parecida a la de su padre Alejo. Es cierto que la obsesión del segundo Comneno parece haber sido la recuperación del control sobre el principado de Antioquía, interrumpido años después de la total sumisión de Bohemundo a Alejo en el 1108 , ya que la ciudad siria tenía un interés estratégico e ideológico de primera magnitud después del desarrollo de la Primera Cruzada. Parece por tanto que lo más que se puede afirmar es que estamos ante un momento histórico de difícil enjuiciamiento.

Este desconcierto no existe en lo que se refiere al reinado de su hijo y sucesor Manuel I (1143-1180), objeto de una brillante monografía reciente (Magdalino, 1993). Las fuentes coinciden en presentarle como un personaje interesante, *latinófilo* al decir de las fuentes griegas, admirador de muchos aspectos culturales occidentales y, en cierto sentido, el último emperador bizantino en llevar a la práctica una política de altos vuelos. Ya en un principio, el peligro normando que había acechado al Imperio desde hacía muchos años, llegó a ser agobiante. La unión de los territorios continentales normandos con Sicilia en la persona de Roger II, convertían a este reino en uno de los más poderosos de Europa y en una amenaza para Constantinopla, que seguía considerando suyos los territorios de Italia meridional. Esta situación forzó a Manuel a aliarse con el emperador alemán Conrado III, a

través del matrimonio del propio emperador con la cuñada de Conrado, Berta de Sulzbach. Sin embargo, este acercamiento de los primeros tiempos se vio bruscamente frustrado por la Segunda Cruzada. El fracaso de la misma permitió la reanudación de los contactos, a pesar de la desconfianza surgida entre los occidentales que acusaban al emperador bizantino de haber pactado secretamente con los musulmanes. El sobrino y sucesor de Conrado III, Federico I Barbarroja, nunca llegó a tener con Manuel relaciones fluidas. Ambos consideraban su poder como exclusivo y único. En el caso de Manuel, no hacía sino seguir la tradición bizantina que consideraba su Imperio como el único heredero del romano. Pero, en el caso alemán, con Barbarroja la idea imperial germánica ganó en ambición y coherencia. El conocimiento y utilización del derecho romano fortaleció la teoría política imperialista. No obstante, a ambos les unió durante mucho tiempo el odio y temor comunes al reino normando.

En este sentido, la diplomacia de Manuel vivió un momento especialmente intenso en el 1155, poco después de la muerte del gran Roger II de Sicilia. Los agravios bizantinos contra los normandos habían incluso aumentado, en virtud de la ofensiva normanda contra el Imperio en medio de la Segunda Cruzada, conquistando la isla de Corfú y, sobre todo, las ricas ciudades sederas griegas, Tebas y Corinto, de donde llevaron a Sicilia expertos en esta manufactura que reforzaron en la isla la incipiente actividad. Cuando se produjo la muerte del rey, Manuel consideró llegado el momento de intervenir directamente en Italia. Sus tropas, que desembarcaron en Ancona en el 1156, consiguieron rápidos éxitos con el apoyo de barones normandos rebeldes, apoderándose de casi toda Apulia y Calabria, antiguas posesiones bizantinas a las que el Imperio no había renunciado nunca. Parecía estar cerca el viejo sueño, desfasado ya como enseguida se vio, de conseguir una unidad imperial en torno al único Imperio de los romanos y que todavía Juan Comneno había reivindicado en sus relaciones con el papado. Sin embargo, la multiplicidad de intereses que se oponían al triunfo de cualquier idea unitaria, desbarató rápidamente el proyecto. La hostilidad veneciana a este desmedido proyecto bizantino provocó una derrota completa de Manuel en Brindisi, la firma de un tratado con Guillermo de Sicilia en el 1158 y la retirada vergonzante de los contingentes griegos de Italia. Nunca más volvería a producirse una intentona de estas características. El fracaso de la expedición bizantina en Italia de 1156-58 fue un punto de inflexión importante no sólo en el reinado de Manuel I, sino en la historia general del Imperio.

El resultado de la expedición y el papel jugado por Venecia en todo el asunto, junto con una constante preocupación imperial por la influencia veneciana sobre la economía del Imperio, alejaron a Manuel de la señoría. Tuvieron lugar negociaciones muy estrechas con Génova, erigida ya en la

gran competidora de Venecia, para disponer de alternativas. En el 1171, el emperador llegó a medidas mucho más drásticas mandando detener a los venecianos del Imperio y confiscar sus bienes. Esto abrió un período de enfrentamiento entre ambas potencias que seguramente no se resolvió hasta el reinado de Andrónico I, en que se debió de firmar un nuevo tratado. El problema era que Bizancio ya no podía dar marcha atrás en sus relaciones con las ciudades-república italianas.

Los mayores éxitos de Manuel tuvieron lugar en los Balcanes y en Hungría, agitados desde hacía tiempo y finalmente estabilizados provisionalmente bajo la dominación bizantina. Manuel, como hijo de una princesa húngara que era, prestó un interés especial a este territorio que quería someter. Intervino en las luchas sucesorias que tuvieron lugar cuando murió Geza II, apoyando a candidatos alternativos, en la mejor tradición diplomática griega. Finalmente apoyó a Bela, uno de los hijos del monarca muerto, al que casó con su propia hija e incluso destinó a ser su heredero. El nacimiento de un hijo propio de su segundo matrimonio con María de Antioquía le hizo cambiar de planes, pero Bela fue entronizado como rey de Hungría y se mantuvo fiel a Bizancio.

En Serbia se estaban produciendo significativos avances hacia la creación de una monarquía nacional unificada y con vocación de independencia. En los últimos años del reinado de Manuel vivió Esteban Nemanya, que suele ser considerado como el precursor de este movimiento de independencia serbia. Como *gran zupan* de Rascia, una parte de Serbia dirigió un levantamiento victorioso contra el emperador que éste pudo detener finalmente, consiguiendo desligar a Hungría de los intereses de Serbia. Nemanya se rindió finalmente a Manuel en el 1172 y fue obligado, de forma muy teatral, a formar parte del cortejo triunfal de entrada de Manuel en Constantinopla. Serbia se mantuvo quieta hasta después de la muerte de Manuel, en que las fuerzas centrífugas mostrarán toda su potencialidad aprovechando la creciente debilidad bizantina.

Más compleja y difícil fue la política de Manuel en Oriente. A pesar de que terminó con el inmenso fracaso de la humillante derrota de Miriocéfalon, en el 1176, anteriormente los éxitos conseguidos fueron muchos, siguiendo la habitual agudización de la enemistad entre los diferentes grupos turcos, los seljúcidas del sultanato de Iconium y los danishmenidas o grupos nómadas turcomanos. Al mismo tiempo, había ido consiguiendo convertirse en el aliado y protector natural de los diversos principados latinos de Oriente y en especial de Antioquía, cuyo príncipe Reinaldo se sometió totalmente a fines de la década de los cincuenta, llegando a aceptar incluso el nombramiento de un patriarca ortodoxo en la ciudad. Sin embargo, su derrota frente al decadente poder seljúcida constituyó una expresión de la incapacidad bizantina para llegar más lejos en este control de Asia Menor. Muy pronto,

diversos acontecimientos en el mundo islámico produjeron cambios sustanciales en Oriente próximo, a los que en seguida nos referiremos.

Todas las fuentes coinciden en darnos una imagen simpática y atractiva de Manuel I, persona de indudable capacidad militar y diplomática, amante de las costumbres occidentales –introdujo los torneos como forma de diversión en su corte– y con quien continuó el imparable proceso de feudalización que experimentaba la sociedad bizantina, con la generalización de las concesiones en *prónoia*, que era una institución con ciertas semejanzas con el feudo occidental. La gran nobleza gozaba ya de una casi virtual independencia en sus tierras, muchas de ellas obtenidas del estado en esta forma de *prónoia*, a cambio de servicio militar al emperador. El campesinado había caído ya en una dependencia casi absoluta –*paroikía*– respecto a esta nobleza y realizaba prestaciones, con lo que había roto su lazo de derecho público con el estado.

2.5. La extinción de los Comneno, los Ángel y la Cuarta Cruzada

Con la muerte de Manuel I en el 1180 se abrió una época de inestabilidad política acentuada en el Imperio bizantino. Alejo II, el único hijo y heredero de Manuel, ejerció el poder bajo la regencia de su madre, María de Antioquía. Muy pronto se levantó una frontal oposición a la regente y su supuesto "occidentalismo", que no era sino un reflejo tardío del resentimiento que había provocado la política de Manuel. La dependencia económica y comercial creciente respecto a Venecia y el recuerdo de los frecuentes episodios violentos que habían protagonizado los cruzados fue acentuando los sentimientos antilatinos del pueblo griego, avivados convenientemente por influencia eclesiástica.

El conflicto abierto estalló en el 1182. En la capital se produjo un levantamiento más o menos espontáneo contra los latinos, que provocó una matanza indiscriminada y, sin duda, magnificada por la propaganda occidental. Pero no cabe duda de que los resentimientos venecianos estaban todavía presentes cuando se lleva a cabo la Cuarta Cruzada. Pocos días después, hacía su entrada en Constantinopla, Andrónico Comneno, primo de Manuel I y, por tanto, tío del joven Alejo II. Andrónico era una personalidad muy interesante que mereció un retrato inolvidable de Diehl (1908, II, pp. 68 y ss.), en el tradicional tono retórico y apasionado de sus *Figures byzantines*. Sus tres años escasos de gobierno constituyen una auténtica pesadilla en la trayectoria del Imperio.

En este corto período, parece posible atisbar algunos rasgos políticos de fondo en medio de las narraciones terribles de las fuentes que enfatizan la crueldad y el auténtico régimen de terror impuesto por Andrónico. A tra-

vés de la narración de Nicetas Choniates, el principal informador para este período, podemos ver que Andrónico fue quizás el último emperador consciente de la necesidad de acrecentar su poder personal y frenar la creciente influencia de la aristocracia feudal. Esto es lo que encubrían sus intentos de cortar la corrupción, los abusos fiscales o la compra y venta de cargos públicos, inveteradas prácticas de la sociedad bizantina. Se trataba del último acto de un viejo conflicto que llevaba siglos produciéndose. La llegada al poder de los Comneno, un siglo antes, había constituido una gran victoria de la aristocracia feudalizante, aunque la propia acción política de la dinastía contribuyó a retardar algo el proceso que en el fondo iba socavando las raíces anteriores de la sociedad bizantina. Como se ha indicado, la *prónoia* y el *charistíkion* o cesión de bienes eclesiásticos, se habían convertido en instituciones habituales de la vida político-administrativa bizantina. Las fuerzas disgregadoras estaban triunfando definitivamente sobre las antiguas estructuras centralizadas.

En este período que conduce hacia la Cuarta Cruzada, uno de los acontecimientos clave de la época medieval y uno de los más dramáticos episodios de la historia bizantina, los enemigos tradicionales de Bizancio consiguieron éxitos espectaculares. El complejo equilibrio logrado en los Balcanes, principal activo de la política megalómana de Manuel I, se vino abajo como un castillo de naipes. Bela de Hungría, el protegido de Manuel, abandonó su neutralidad utilizando precisamente como excusa la fidelidad a su antiguo aliado y a su familia, depuesta y asesinada por Andrónico. Esteban Nemanja de Serbia actuó de la misma forma y proclamó su independencia total respecto a Bizancio, sin ningún tipo de sujeción de vasallaje. Los normandos, al mismo tiempo, protagonizaron una invasión que recordaba la de un siglo atrás, con Roberto Guiscardo, pero con éxitos mucho más espectaculares, ya que esta vez no había resistencia bizantina. La conquista normanda de Tesalónica en agosto del 1185, la brutalidad del comportamiento latino y la escasa resistencia griega encontrada no era sino un patético aviso de lo que sucedería en la capital unos años más tarde.

No es el momento de realizar una exposición detallada de los acontecimientos que culminaron con la conquista cruzada de Constantinopla en el 1204 y la creación del Imperio latino. Simplemente haremos alusión al contexto general en que estos acontecimientos tuvieron lugar. Con los emperadores de la dinastía Angel *(Angelos)*, el enfrentamiento civil en Bizancio aumentó de forma considerable. Isaac II (1185-1195), el primero de ellos, intentó en la medida de lo posible hacer frente a la catástrofe que amenazaba, aunque no pudo detener el imparable proceso de independencia de los Balcanes, con la total autonomía de Serbia y la formación del llamado Segundo Imperio búlgaro. Su deposición y cegamiento por parte de su hermano Alejo III (1195-1203), inició una virtual guerra civil que conducirá

indefectiblemente a los acontecimientos del 1204. El conflicto interno se agudizó e internacionalizó con el matrimonio de Felipe de Suabia, hijo de Barbarroja y hermano de Enrique VI, con una hija del depuesto Isaac II. A partir de este momento, los Staufen se convertirán en reivindicadores de la condición del depuesto emperador y en algún sentido en aspirantes al trono imperial en Bizancio. Hay que tener en cuenta que Enrique VI, que fue el Staufen con una visión más clara y profunda de su posible condición de emperador único, recibió por matrimonio y extinción biológica de la dinastía de Guiscardo el propio trono sículo-normando, con lo que también heredaba la política exterior de esta monarquía que tenía como piedra angular el odio hacia Bizancio y la obsesión de acabar con el Imperio. La coronación de Enrique como rey de Sicilia, celebrada en Palermo en Navidad del 1194, a los pocos días del nacimiento de su hijo Federico, marcó un momento culminante en este riesgo de desaparición del Imperio bizantino.

Sin embargo, la lotería de la muerte acudió en auxilio del exhausto Iimperio. La inesperada muerte de Enrique en el 1197 relajó momentáneamente la presión, ya que significó el comienzo de una virtual guerra civil en Alemania. Quedó marginado en Alemania el niño Federico y la jefatura del partido gibelino recayó en el hermano de Enrique, Felipe de Suabia, al que se enfrentó Otón de Braunsweig como aspirante al poder imperial en nombre de los güelfos y apoyado finalmente por el papa Inocencio III. Este Papa, que había accedido al solio pontifical en el 1198 y que es sin duda una de las máximas figuras del pontificado medieval, llegaba con la firme idea de la Cruzada, como casi todos los papas de estos momentos. La Tercera Cruzada había fracasado parcialmente debido a muchos factores, pero sobre todo a la inesperada y prematura muerte de Federico Barbarroja en el 1190. Ricardo de Inglaterra había conseguido algunos éxitos, más espectaculares que efectivos, pero estaba aun muy vivo el recuerdo de la reciente pérdida de Jerusalén a manos de Saladino en 1187.

Este personaje, tan odiado y temido en las fuentes occidentales, había conseguido éxitos espectaculares en la lucha contra los cristianos de Oriente, insuflando a los suyos un sentido religioso a imitación del occidental que los musulmanes habían ya perdido. Saladino fue el último y el más brillante de una serie de grandes caudillos militares que crearon un poder nuevo en el norte de Siria y de Mesopotamia, zonas muy relacionadas de siempre. El creador de este principado había sido el turco Zengi, gobernador de Mosul y poco tiempo después señor de Aleppo, rehaciendo este antiguo binomio Mosul-Aleppo de la época Hamdānī. En el 1144 se había apoderado de Edessa, acontecimiento que había servido de pretexto para la convocatoria de la Segunda Cruzada.

Con su hijo y sucesor Nūr al-Dín, la guerra contra los cristianos orientales adquirió una mayor intensidad y una clara tonalidad religiosa. Al mismo

tiempo, este principado sirio-mesopotámico empezó a intervenir en los asuntos internos de Egipto, presa de guerras civiles y con un califato fatimí virtualmente extinguido. Fue precisamente en Egipto y como jefe militar de las tropas de Nūr al-Dín donde inició su brillante carrera el genial kurdo Salah al-Dín ibn Ayyūb, conocido en Occidente como Saladino. Con paciencia y tenacidad consiguió apoderarse de Egipto, que se convirtió en el centro de su principado y que estaría gobernado por sus sucesores ayyūbíes hasta la época mameluca. La riqueza de Egipto era un punto de partida sólido para continuar la lucha contra los cristianos iniciada por su protector Nūr al-Dín. La muerte de éste en el 1174 significó la desintegración del principado sirio-mesopotámico, pero con el triunfo de Saladino se conformó otro sirio-egipcio, más coherente y peligroso para los latinos.

La victoria de Hattin en el verano del 1187, abrió a Saladino las puertas de Jerusalén, que cayó en sus manos a fines del mismo año. La conmoción que produjo este acontecimiento en Occidente es sobradamente conocida. La apresurada convocatoria de la Tercera Cruzada constituía el más ambicioso intento en este sentido, frustrado como se ha dicho, por la muerte de Barbarroja. Las tropas cruzadas, fundamentalmente inglesas, sólo consiguieron la conquista de Acre, que garantizaba la posesión de la franja costera mediterránea. En el 1192, un tratado reconoció las conquistas de Saladino y garantizaba, al menos en teoría, la posibilidad de la peregrinación pacífica a Jerusalén. Pero la ciudad no sería ya cristiana y las cruzadas dejerían muy pronto de tener como objetivo su recuperación.

La Cuarta Cruzada ha constituido, como es sabido, uno de los puntos de mayor debate historiográfico de todos los tiempos y en el que más elementos ideológicos se han introducido. Todo parece indicar que se produjeron una serie de factores concomitantes que desembocaron en el fatal resultado del 1204: la ambición veneciana de controlar de forma absoluta y sin ambages el comercio bizantino, los particulares deseos de los diferentes feudales por tallarse un dominio en Oriente, la obsesión pontifical por llegar a una unidad religiosa al precio que fuera y los propios problemas internos del debilitado Imperio bizantino. El breve asedio y el gran saqueo que los occidentales hicieron en Constantinopla fue el último episodio que terminó con la época más brillante del Imperio bizantino.

3.

Los últimos siglos de Bizancio

3.1. El Imperio latino de Oriente (1204-1261)

La formación del Imperio latino en torno a Constantinopla fue una secuela directa de la Cuarta Cruzada, que sería en expresión de uno de los mejores conocedores de este período, A. Carile (1978, p.29), una consecuencia de "la expansión colonial del occidente católico y feudal en el oriente musulmán y cristiano ortodoxo". Nada más ser conquistada la ciudad, sin un asalto ni batalla formal y tras el terrible saqueo a que fue sometida, los vencedores empezaron a plantearse la forma de hacer frente a los problemas que tenían que resolver. En primer lugar, había que elegir un emperador mediante un sistema previamente establecido en el *pactum* de marzo del 1204, antes de la conquista.

Los venecianos, que contaban con la mitad del número de electores de la comisión, eran los árbitros del procedimiento y siguiendo el parecer del *dux* Dandolo, eligieron al candidato más inexperto y menos "político", Balduino de Flandes, que era coronado solemnemente en Santa Sofía el 16 de mayo de 1204.

Como cabía esperar, la primera decisión del nuevo emperador, expresada en su solemne carta a Inocencio III, consistía en acabar con la separación de las Iglesia y someter a la bizantina a la completa voluntad del papa. El reparto territorial que siguió a la elección imperial se hizo respetando los criterios que se habían fijado en el *pactum* previo a la conquista: un cuarto de los territorios quedaban para el Emperador, que los fraccionó en feudos, tres octavos para el ejército cruzado y otro tres octavos para los ve-

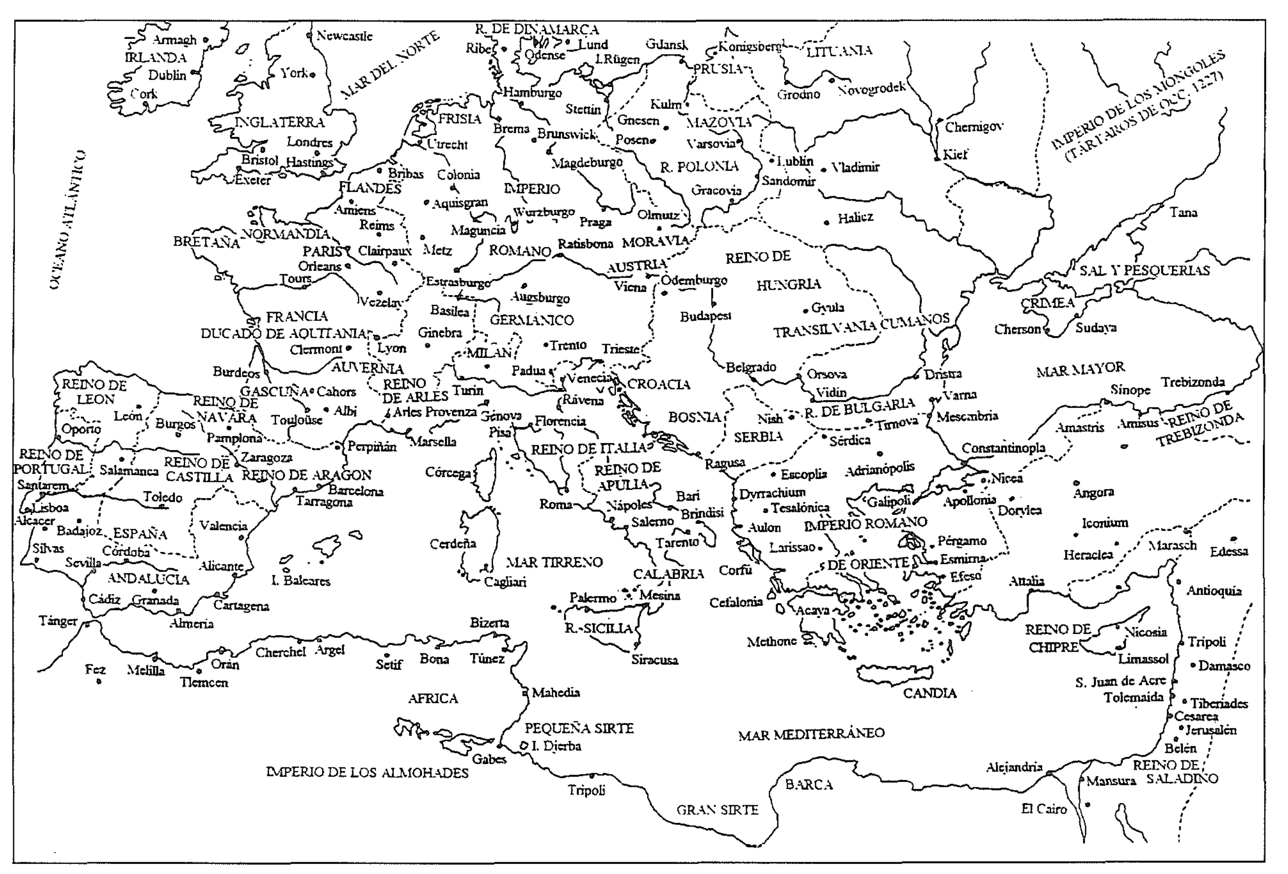


Figura 3.1. El Imperio de Oriente y Europa en el 1270.

necianos, que eligieron la parte occidental del Imperio, la más cercana a Venecia, y los principales puntos estratégicos en el control del comercio.

Como es lógico, la imposición forzada y mecánica, sin ninguna concesión y con la idea de la obtención de beneficios rápidos, de una organización político-administratriva diferente, provocó disfunciones violentas y abiertos choques con la población griega. Todas las fuentes coinciden al hablar de los abusos y rapiñas de los primeros momentos de la implantación latina. El sistema a que se llegó, aunque era muy ecléctico, tenía un predominio de elementos institucionales del feudalismo occidental, manteniendo en muchos casos expresiones y denominaciones griegas, tanto de personas como de instituciones.

La elección de un patriarca y la creación de una organización eclesiástica propia constituyeron también un hecho importante en la nueva estructura. En el *pactum* del 1204, ya se reservaba a los venecianos la elección del patriarca y el control de Santa Sofía, como parte excluida del control imperial. Un capítulo recién creado procedió inmediatamente a la elección como patriarca del monje Tomás Morosini. Al mismo tiempo, se produjo una rapidísima *latinización* de las capas superiores de la estructura eclesiástica, sustrayendo grandes recursos a la anterior organización y convirtiéndose en un elemento importantísimo del "gobierno colonial" (Carile, 1978, pp. 218 y ss.). Inocencio III aceptó la persona elegida, pero rechazó el procedimiento y toda su actuación se dirigió hacia el recorte de las prerrogativas venecianas en el control de la política eclesiástica. Los primeros intentos de acercamiento entre las comunidades latina y griega fracasaron ante la irrenunciable exigencia occidental de la aceptación de la supremacía pontifical.

Los avatares de la conquista fueron muchos. La falta de habilidad diplomática e incluso militar de Balduino provocó que fácilmente se fueran consolidando principados griegos de tamaño y fuerza variables. El más importante y que aglutinó a aquellos que mantuvieron un cierto espíritu de resistencia, fue el Imperio de Nicea donde se aliaron los *arcontes* griegos de Anatolia y los huidos de Constantinopla. Los hermanos David e Isaac Comneno, sobrinos de Andrónico I, crearon un sólido principado en torno a Trebizonda, en la costa del Mar Negro, que llevó una vida propia hasta su caída en manos turcas a mediados del siglo XV. Otro Angelos-Comneno, Miguel, creó en la parte occidental de la Península Balcánica otro principado que también mostró pretensiones reivindicativas, el despotado de Epiro. El resto del territorio fue siendo conquistado y repartido entre diversos señores occidentales, como Bonifacio de Montferrato en el norte de Grecia, con Tesalónica como centro, o los Villehardouin en el Peloponeso. La nueva estructura feudal jerarquizada, con una sólida estratificación y fijación de derechos y deberes coexistió en mayor o menor medida con los

restos de la antigua organización griega, también con fuerte tendencia feudalizante.

El reinado de Balduino fue muy efímero, debido a su propia incapacidad militar y su imprudencia frente al poder emergente de los búlgaros, que independientes y bien gobernados bajo el mando del último de los tres hermanos boyardos creadores de este Segundo Imperio búlgaro, Kaloyan, amenazaban la frontera septentrional del Imperio. En abril del 1205 se produjo la trágica derrota latina de Adrianópolis, en que el propio emperador cayó prisionero y murió al cabo de algún tiempo. Le sucedió en el trono imperial su hermano Enrique de Hainaut. Una serie de sucesos afortunados permitieron al nuevo emperador conjurar el peligro búlgaro, que parecía poder acabar con el recién creado Imperio. La repentina muerte de Kalojan hizo que los búlgaros se sumieran en terribles luchas intestinas, lo que facilitó la victoria latina en el 1206.

La conquista latina y su consiguiente consolidación significaron un paso importante en la instauración de un sistema feudal a la occiental. Se podría decir que las tendencias previamente existentes en la propia sociedad bizantina hacia el triunfo de tal tipo de organización social encontraron la oportunidad apropiada para consolidarse. Incluso, como había ocurrido en los estados francos de Siria y Palestina después de la Primera Cruzada, la situación histórica permitió el establecimiento de una especie de "feudalismo de laboratorio" o, en la acertada expresión de Marc Bloch, de "feudalismo de exportación". De este modo, se aprecia una indudable evolución de la institución de la *prónoia* (o concesión de un bien público a un particular de forma temporal) hacia su asimilación con la del feudo occidental; de la *paroikía* o forma de cierta sujeción campesina hacia la servidumbre, así como de una evolución del sistema fiscal bizantino en una dirección más opresiva y en la que los lazos de derecho público se iban debilitando de forma progresiva e inequívoca. Se mantuvo en todo momento la distancia existente desde el primer momento entre conquistadores y conquistados y éstos últimos quedaron divididos en las claras categorías occidentales de libres o siervos.

El Imperio latino muy pronto mostró su incapacidad y la inviabilidad de su existencia. El desastre de Adrianópolis no fue sino un aviso de cuanto más tarde sucedería. Por el contrario, la posición del débil imperio de Nicea se vio fortalecida con este descalabro. Teodoro I Láscaris, que hasta el momento había asumido el humilde título de déspota fue coronado solemnemente como *basileus* en el 1208 por el patriarca, convirtiéndose en el verdadero heredero del Imperio anterior. Los esfuerzos de Enrique de Hainaut, hermano y sucesor de Balduino en el trono de Constantinopla, no bastaron para asentar un Imperio que en ningún momento fue decididamente apoyado por las mismas potencias occidentales. Con la muerte de

Enrique, en el 1216, desaparecía el único emperador capaz y con voluntad de consolidar el poder latino. En adelante, el rango imperial fue más honorífico que otra cosa y sus detentadores no se distinguieron ni por su capacidad ni por sus medios económicos y militares.

En Nicea, a la muerte de Teodoro Láscaris heredó el poder su yerno Juan III Vatatzès (1222-1254), hombre de indudable capacidad y con cuya acción el principado de Nicea supo, con fortuna, conjurar la amenaza del despotado de Epiro en el intento de ser el heredero destinado a sustituir el poder latino. El segundo déspota, Teodoro Angel, llevó a cabo una ambiciosa política, iniciada con un golpe de mano que hizo caer en su poder al nuevo emperador latino Pedro de Courtenay, cuando viajaba desde Francia a Constantinopla en el 1216. En el 1222 Teódoro de Epiro se apoderó fácilmente de Tesalónica, la segunda ciudad del Imperio y centro del efímero reino formado por Bonifacio de Montferrato. La conquista fue seguida de una solemne coronación imperial, con unción incluida, que le colocaba como serio aspirante a la restauración y rival de Juan III de Nicea. El sueño epirota quedó destruido bruscamente en la importante batalla de Coclonitsa, en el 1230, donde las tropas búlgaras de Juan Asen II, que aspiraba a un control pacífico del Imperio latino, destrozaron a las de Teodoro. A partir de este momento y con la separación del Epiro y Tesalónica, sólo quedaron como enemigos de los latinos los griegos de Nicea y los búlgaros de Asen.

El poder de Nicea no hizo sino consolidarse en vida de Juan III. Al mismo tiempo, su autoridad encontró el importante respaldo de la alianza con el emperador alemán Federico II, cuyas relaciones han dejado un interesantísimo epistolario. Ambos compartían su odio al pontificado, aunque por diferentes razones, y sus ámbitos de poder estaban demasiado alejados como para provocar rivalidad entre ellos. Tan estrecha fue su relación que sabemos que en las campañas de Federico en Italia en los años treinta, contra la liga lombarda, participaron tropas griegas enviadas por Vatatzès –Kantorowicz, E., 1927 (ed. alemana), 1976 (ed. italiana), p. 463 ed. italiana–. La alianza culminó con el aberrante matrimonio de Juan III, ya maduro y viudo, con la hija de doce años de Federico, Constanza, consecuencia de sus amores con Blanca de Lancia, que fue duramente condenado por el papa.

El pequeño imperio de Nicea vio su posición consolidada con la muerte de Asen II y el oscurecimiento del reino búlgaro (1241). Con Juan Asen II desaparecía el último de los grandes reyes de Bulgaria y fracasaba el último de los intentos búlgaros de sustituir al Imperio griego por el propio. En el futuro, el protagonismo en los Balcanes corresponderá a otros pueblos eslavos. Juan III pudo conquistar al poco tiempo gran parte de Tracia y su impulso le llevó hasta la recuperación de Tesalónica en el 1246, lo que le situaba en lugar destacadísimo para el futuro.

Al acontecer la muerte de Juan III (1254), el Imperio latino estaba virtualmente acabado y la restauración se veía próxima. El corto reinado de Teodoro II Láscaris (1254-58), supuso un breve período transitorio, debido sobre toda a la presencia en Anatolia de la importante amenaza mongola. Los mongoles o tártaros habían irrumpido desde Oriente en la década de los cuarenta, con apariciones tan peligrosas como esporádicas. Habían derrotado a las tropas selyuquíes del sultanato de Iconium, mientras que la política de Nicea había sido prudente y contemporizadora. Una brillante embajada mongola fue recibida en Magnesia con la acostumbrada teatralidad bizantina que las fuentes de la época han registrado, y con la habilidada diplomática tradicional, el Imperio de Nicea consiguió conjurar el peligro de una ulterior penetración mongola hacia Occidente.

Sin embargo, la fortuna no quiso que la restauración del Imperio, ya indudablemente en manos de Nicea, recayera en un Láscaris. A la muerte de Teodoro II heredaba el Imperio su hijo, aun niño, Juan IV, bajo una regencia. En el reinado de su padre y mucho más en estos momentos, destacó por su ambición y su capacidad militar Miguel Paleólogo, de linaje antiguo y brillante y lejano pariente de los Láscaris, que ostentó importantes cargos en medio del temor general a un golpe de mano. Consiguió ser aceptado como coemperador, en una tradición como hemos visto no inusual en Bizancio, comprometiéndose a devolver el poder único a Juan IV en su mayoría de edad. Su hermano el *sebastocratōr* Juan, fue quien mandaba el ejército de Nicea en la extraña e importante batalla de Pelagonia (1259), frente a una sorprendente coalición formada a instancias de Miguel déspota de Epiro y con tropas enviadas por sus dos yernos, Manfredo Hohenstaufen –que había trocado sorprendentemente la tradicional amistad de su padre con Nicea– y Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya. Casi de forma casual, el ejército de Nicea obtuvo la victoria y deshizo la confederación, lo que abrió el camino de Constantinopla al afortunado Miguel Paleólogo.

La recuperación de la ciudad se produjo también de una forma casi casual, en julio de 1261. Poco antes, Miguel Paleólogo había firmado un tratado con Génova en Nimpheon que tuvo una importancia extraordinaria, ya que era el comienzo de la ruptura de la hegemonía veneciana en Oriente y la alianza genovesa se convertiría en piedra angular del restaurado Imperio bizantino. Las tropas de Nicea que se dirigían al norte entraron en Constantinopla merced a la traición a los latinos llevada a cabo por la población de los suburbios. Las tropas venecianas estaban ausentes de la ciudad en una expedición en el Mar Negro y el emperador Balduino II, que para subsistir se había visto obligado a vender reliquias a San Luis e incluso el plomo de las cañerías de los tejados de la ciudad –Runciman, 1979 (I[a] ed. inglesa, 1958), pp. 44–, fue sorprendido durmiendo en su palacio de Blaquerna. Pudo escapar a Occidente, fue recibido amistosamente por Manfredo de Sici-

lia, quien se mostró dispuesto a ayudarle a recuperar su Imperio, pero se convirtió en un aspirante eterno y errante. Terminaba así, tan oscuramente como había existido, el Imperio latino. Se iniciaba, al mismo tiempo, la última etapa bizantina, la de la restauración de los Paleólogo.

3.2. Un Imperio mutilado y asediado (1261-1453)

Al asomarse someramente a la compleja época de los emperadores Paleólogo, parecen faltar adjetivos para calificar con precisión a una estructura política cuya desaparición definitiva en el 1453 constituye uno de los acontecimientos más importantes de toda la historia universal. Podría aceptarse como válido el calificativo de "imperio provincial" que algunos historiadores han dado a este conjunto mutilado de territorios que había perdido el soporte fundamental de gran parte de Anatolia y que se veía rodeado de enemigos por todas partes. Sin embargo, no pueden despacharse de un plumazo y sin matizaciones estos dos importantes siglos de la historia bizantina, en los que se presenció un renacimiento intelectual y cultural importante, con personajes tan atractivos como Chrisolaras o Gemisto Plethon, que tanto influyeron en la transmisión del helenismo al mundo occidental. No puede dejar de reconocerse la tenacidad bizantina en medio de la adversidad, la perseverancia con que defendieron su débil posición, sin dejar por ello de caer en los viejos comportamientos de enfrentamientos civiles y tensiones religiosas. Todo ello confiere a este período un cierto morboso atractivo, de lo inevitablemente decadente cuyo final pudiera conocerse de antemano.

Sin embargo, estas profecías *ex eventu* nunca tienen valor histórico. Nada indicaba a la altura del 1260 que los turcos iban inevitablemente a conquistar Constantinopla de forma más o menos definitiva. Incluso puede afirmarse que en ese momento no atravesaban su mejor momento. Más apremiante parecía la amenaza tártaro-mongola que en una serie de oleadas había puesto en peligro el siempre precario equilibrio del Oriente próximo. La historiografía occidental suele dejar de valorar en lo que merece la fecha de 1258, en que las tropas de los mongoles de Persia destruyeron y arrasaron de forma total y sin precedentes la ciudad de Bagdad, en la que prácticamente no dejaron nada en pie. El final del nominal califato 'abbāsí y la aniquilación total del gran mito que era Bagdad significan mucho y marcan, sin duda, el final de una época. Por fortuna para los turcos selyuquíes de Anatolia, que pagaban ya tributo a los mongoles, éstos no prosiguieron su ofensiva hacia Occidente y el peligro mongol pronto pasó. Los turcos tuvieron un terreno más o menos libre para continuar su expansión.

En Occidente, esta década de los sesenta estuvo marcada por la extinción completa, incluso biológica, de la familia Hohenstaufen y con ellos de la posibilidad de un Imperio romano-germánico digno de tal nombre. En el 1266 Manfredo Hohenstaufen, hijo ilegítimo de Federico II, caía derrotado ante Carlos de Anjou cerca de Benevento. Dos años más tarde, en el 1268, Conradino, hijo de Conrado IV y último vástago de la dinastía sufría la misma suerte ante el mismo Carlos en Tagliacozzo y era ajusticiado poco después en Nápoles. El nuevo hombre fuerte era hermano menor de San Luis y había recibido en vasallaje y en ominosas condiciones, la investidura de Nápoles y Sicilia por parte del papado. Para el Imperio bizantino restaurado, Carlos de Anjou significó un peligro muy grande, ya que muy pronto asumió la herencia política de la dinastía normanda y con ello la fuerte enemistad hacia el Imperio de Oriente.

Miguel VIII Paleólogo, primer emperador restaurador por el golpe de fortuna que antes explicábamos, no perdió el tiempo y muy pronto mandó cegar a su teórico colega Juan IV Láscaris, con lo que desaparecía la dinastía de Nicea y se consolidaba la nueva. Se mostró como un gobernante astuto, tenaz y buen soldado, siendo quizás el último de los emperadores que tuvo un cierto poder. Supo navegar con sabiduría en las aguas turbias de las intrigas de su época, consiguiendo parcialmente romper la aparentemente inquebrantable alianza de papado y monarquía angevina, utilizando cuantas veces quiso el señuelo de la unión de las Iglesias, aspiración máxima del pontificado. En el 1274 se celebró el Segundo Concilio de Lyon en que pareció alcanzarse un acuerdo para la unión, aunque su aplicación concreta encontró dificultades y resistencias. En el 1281, Carlos de Anjou consiguió imponer su influencia sobre la elección pontifical que recayó en Martín IV, absolutamente entregado a la causa angevina. Se rompieron las negociaciones para la unión y se planteó, por primera vez de forma amenazadora, el asalto a Constantinopla.

La situación se salvó de forma harto afortunada por el estallido en marzo de 1282 de un violento levantamiento popular en Sicilia, las llamadas "Vísperas Sicilianas", convenientemente azuzado por la diplomacía aragonesa y los restos del poder Staufen y al decir de muchos, financiado parcialmente por el todavía poderoso oro bizantino. El ya citado libro de Runciman (1979) ha planteado desde una óptica moderna y aséptica la cuestión de la significación del levantamiento, sacado de su contexto por la historiografía romántica. Al fin y al cabo, los sicilianos no querían más que, con algún retraso, acceder a un autogobierno comunal del que hacía largo tiempo que disfrutaban las ciudades del norte. En Sicilia, un sistema feudal rígido y ya anticuado en el panorama general europeo, había sido eficaz para frenar el fenómeno comunal. La monarquía aragonesa, emparentada con los Staufen, supo garantizar esta libertad urbana y asentarse firmemen-

te en la isla, separándola de la *Terra ferma* continental, lo que significó un debilitamiento importante del poder de Carlos de Anjou. El tratado de Caltabellotta, a principios del siglo XIV, confirmó la nueva situación.

La hábil política de Miguel VIII para salvar a su Imperio de la destrucción se vio acompañada de una necesaria política religiosa, basada en el acercamiento al papado y poniendo siempre como concesión posible la unión de las Iglesias, que no llegó sin embargo a realizarse más que nominalmente. Como es comprensible, esta política pro-latina provocó fuertes tensiones en la sociedad griega, que no había olvidado aún las humillaciones de la etapa del Imperio latino y de la propia Cuarta Cruzada. La enérgica actuación imperial no pudo frenar este resentimiento, que se unía al existente en algunos medios por la crueldad mostrada por Miguel respecto al legítimo emperador Láscaris. Se había hecho precisa la deposición del patriarca Arsenio quien, sin embargo, aglutinó a los descontentos que comenzaron a tomar el nombre de "arsenitas". Como veremos, las tensiones religiosas que no hacían sino reflejar problemas políticos y sociales, se acrecentaron en momentos posteriores.

El Imperio bizantino quedaba momentáneamente salvado en el mismo año en que moría Miguel VIII y le sucedía en el trono su hijo Andrónico II (1282-1328). Este largo reinado fue testigo de innumerables conflictos internos y en él se plantearon los problemas que condujeron más adelante a las guerras civiles. Desde el punto de vista exterior, a fines del siglo volvió a plantearse con toda crudeza el problema turco, aunque en esta ocasión desde otras perspectivas. Con el cese de la presión mongola en Asia Menor, fueron los turcos quienes tomaron el relevo, pero en especial un grupo de ellos que se había instalado en la zona de los estrechos aprovechando el hundimiento del sultanato selyuquí de Iconium. Se trataba de un grupo del Turquestán recientemente desplazado a Anatolia, que es conocido como otomano u osmanlí por el nombre de su primer gran jefe, Otman. La fortuna quiso que fuera este grupo turco, que empezó en estos momentos a plantear serias dificultades al Imperio, quien consiguiera la supresión del Imperio bizantino siglo y medio más tarde.

A principios del siglo XIV Andrónico volvió al viejo sistema bizantino de contratación de contingentes militares extranjeros, en esta ocasión para luchar contra la creciente amenaza otomana. Se contrataron los servicios de unas compañías procedentes del reino aragonés y conocidas como las "Compañías catalanas", dirigidas por un aventurero llamado Roger de Flor. Estas bandas militares habían actuado eficazmente en las campañas para instaurar el control catalanoaragonés en Sicilia, tras la intervención de dicho reino en la isla en las Vísperas Sicilianas. Tras la paz de Caltabellotta del 1302, estas compañías, compuestas por mercenarios de diversa procedencia (Aragón, Cataluña, Navarra o Mallorca), a los que se conoció con el

nombre genérico de "almogávares", quedaron sin empleo, por lo que eran potencialmente peligrosas. Se presentaba, por tanto, una ocasión muy apropiada para consolidar esta alianza natural que se había formado entre el Imperio bizantino y la lejana monarquía aragonesa.

La evolución y el desarrollo de los principales hechos relativos a la actuación de la Compañía son sobradamente conocidos, aunque conviene señalar la disparidad existente entre las fuentes. Las de los expedicionarios y sobre todo, la magnífica *Crónica* de Ramón Muntaner, insisten en todo momento en las traiciones e incumplimientos bizantinos. Por el contrario, las fuentes griegas ponen el acento en la ambición y la codicia de la Compañía y de sus principales jefes. Lo que es indiscutible es que Roger de Flor quería conseguir un territorio en el que asentarse en Asia Menor, como recompensa a sus primeras victorias frente a los turcos osmanlíes que, como se ha dicho, se habían convertido en la primera amenaza. Los contingentes catalanes fueron trasladados a Gallípoli, en el territorio europeo, y Roger de Flor fue asesinado por Miguel IX, el hijo de Andrónico y coemperador. Allí comenzó un largo éxodo de los almogávares, acompañado de un saqueo constante que no se detendría hasta la conquista de territorios francos en Grecia y la creación del Ducado de Atenas, que estuvo vinculado a la corona de Aragón durante más de sesenta años. Lo más importante para el Imperio bizantino es que se había perdido una de las mayores oportunidades para frenar el poder de los otomanos todavía en fase inicial y por ello más susceptible de ser detenido a tiempo. El avance y las conquistas turcas no dejarán de consolidarse a partir de ese momento.

La actitud abiertamente antilatina de Andrónico II, en contraste con la de su padre, había contribuido eficazmente a la pacificación de la situación en la Iglesia y en la sociedad bizantinas. Durante su reinado se cerró el cisma arsenita, a la vez que desaparecían las reivindicaciones de los antiguos partidarios de los Láscaris, a medida que el antiguo Imperio de Nicea iba cayendo en manos de los turcos. Por otra parte, el emperador tomó inteligentes medidas que le granjearon el favor de la Iglesia, como la de dejar en manos del patriarca el control y gobierno último de las comunidades monásticas del monte Athos, cuyo papel e influencia en la sociedad bizantina eran crecientes. En adelante, el *prōtos* o representante supremo del monacato de la Montaña Sagrada *(Agíos Óros)* tendría que entenderse solamente con el patriarca.

La segunda parte del largo reinado de Andrónico acentuó la atmósfera de creciente enfrentamiento civil, que no hacía sino reflejar la creciente debilidad del Imperio. Tras la muerte de Miguel IX, heredero del viejo Andrónico, un grupo de jóvenes aristócratas agrupados en torno a Andrónico, futuro Andrónico III, impulsó a éste a llevar a cabo una renovación e incluso a enfrentarse abiertamente con su abuelo, en una atmósfera de guerra civil

más o menos larvada. Este grupo, dirigido por el influyente e inteligente Juan Cantacuceno, era partidario de una renovación política de la que creían incapaz al viejo emperador Andrónico. En el 1328 dieron un golpe de estado que obligó a Andrónico II a huir de la ciudad y refugiarse en un monasterio, donde moriría en el 1332.

Durante el breve reinado de Andrónico III (1328-1341) no se consiguió pacificar la situación, sin duda porque los problemas de fondo eran muchos e importantes. El avance de los turcos otomanos continuó con Orján, hijo y sucesor de Otmán, muerto en el 1326, y en el 1331 las tropas de Orján se apoderaban de Nicea, la antigua capital del imperio lascárida, situada a muy pocos kilómetros de Constantinopla, con lo que la presión física y psicológica sobre la capital era casi agobiante. Las tropas imperiales eran ya incapaces de frenar a los turcos, como había quedado demostrado en la gran derrota de Pelekanon, en el 1329, por lo que no hubo más remedio que la firma de la paz con Orján en el 1333, iniciándose así una humillante etapa en la que los bizantinos dependieron siempre de una equívoca alianza con los turcos, quienes constantemente aspiraron a la propia exterminación del Imperio. No obstante, los griegos desconfiaban todavía más de los occidentales, a los que sin embargo no cesaron de pedir ayuda.

Momentáneamente, la situación pareció aliviarse un tanto en el frente europeo con las recuperaciones tan inesperadas como afortunadas de Tesalia y del Epiro, en la década de los treinta del siglo XIV. Sin embargo, esto no sería sino un espejismo, ya que no fue posible iniciar una reacción desde este punto de partida balcánico-europeo, como parece haber sido el designio político de Juan Cantacuceno, el hombre más sensible de su época y consejero de Andrónico III. Los problemas internos muy pronto terminaron con cualquier posibilidad de recuperación desde esta base europea.

En el 1341, moría inesperadamente Andrónico III dejando un hijo pequeño, Juan, que sólo contaba nueve años. Muy pronto se iniciaba una oscura y devastadora segunda guerra civil, en la que no quedan claros los propósitos del propio Juan Cantacuceno, ya que él mismo nos ha transmitido una versión muy benevolente en sus memorias, una de las principales fuentes para el estudio de esta época. Se produjo una importante intervención extranjera, que hizo a esta guerra civil mucho más destructiva que la primera. Tanto serbios como turcos, que participaron activamente en la guerra, cobraron un elevado precio por su apoyo a uno u otro grupo. El grupo contrario a Cantacuceno, que defendía los derechos del emperador legítimo Juan V, estaba dirigido por la madre de éste, Ana de Saboya, quien odiaba a muerte a Cantacuceno y por el hábil Alejo Apocaucos, que supo explotar con habilidad el resentimiento popular contra este partido "aristocrático" del propio Cantacuceno, aunque no cabe pensar que la regente y Apocaucos defendiesen puntos de vista más avanzados socialmente. La tensión lle-

gó a su paroxismo en Tesalónica, donde en medio de la guerra civil tomó el poder una revolución dirigida por los "celotas" o puros, los radicales religiosos herederos en parte del partido arsenita, ferozmente antilatino. Por desgracia, no conocemos a fondo los planteamientos de esta revolución de la segunda ciudad del Imperio, ni hasta donde llevaba este grupo celota sus planteamientos antioligárquicos y de aspiraciones a un gobierno comunal.

También se asoció a este terrible conflicto uno de los más profundos debates religiosos y teológicos de la historia bizantina, el de la *hēsycastia* o *hēsycasmo*, que marcó con una impronta indeleble la vida religiosa griega del período. No era la primera vez, como se ha visto, que tensiones sociales y políticas se expresaban en manifestaciones religiosas e incluso teológicas en el mundo bizantino. Aunque haremos una exposición detallada en otro apartado, diremos simplemente que el hesicasmo (que proviene de la palabra griega *hēsyjía* –tranquilidad, paz, quietud–) era la expresión de tendencias muy profundas de la religiosidad bizantina, procedentes de la incorporación del platonismo cristiano a través del pensamiento del Pseudo-Dionisio, y que se habían convertido en un signo de la religiosidad monástica del monte Athos, cuya influencia religiosa y política era creciente. Este "quietismo religioso" preconizaba unas prácticas peculiares, que recuerdan a las del yoga y defendía la necesidad de alcanzar por parte del iniciado espiritual una iluminación especial, en la línea de las muchas tendencias místicas de la religiosidad medieval. Lo que nos interesa desde el punto de vista de la historia general es que el hesicasmo fue un instrumento de ampliación de la división política, ya que Cantacuceno protegió a Gregorio Palamas, monje del Athos y más tarde arzobispo de Tesalónica, principal teórico del movimiento hesicasta, mientras que la regencia y el grupo de Apocauco defendían el punto de vista contrario, cuyo principal portavoz era el monje calabrés Barlaam.

También la guerra civil se relacionó con otro intento importante de creación de un Imperio balcánico, esta vez no ya en manos búlgaras como en el pasado, sino de los serbios de Esteban Dusan. Este pueblo eslavo había alcanzado ya su total madurez, se había impuesto al decadente poder búlgaro y había heredado de éste toda la ideología de búsqueda de un Imperio cristiano que sustituyera al griego, asumiendo sin embargo toda su herencia. Ambos grupos contendientes en el conflicto civil intentaron apoyarse en los serbios, con escaso éxito ya que las pretensiones de Dusan iban mucho más allá de una simple participación en un conflicto interno bizantino. La intentona serbia fracasó debido a la superioridad militar turca, pero es difícil saber qué hubiera ocurrido sin la presencia de este creciente poder otomano.

La guerra civil había tenido unos inicios muy desfavorables para Cantacuceno, que había salido de Constantinopla en septiembre del 1341 y ha-

bía sido depuesto y excomulgado inmediatamente por el partido de la regencia. Todo parecía indicar que Cantacuceno no podría enderezar la situación, aunque finalmente no fue así. Aparte del apoyo espiritual de los monjes del Athos, apegados a la misma posición teológica que Cantacuceno, fue definitivo el apoyo turco para sus intereses. En el 1346, una hija de Cantacuceno casaba con el propio sultán turco Orján, provocando un más que hipócrita escándalo en sus enemigos, que recurrían a prácticas semejantes no tan fuera de tono en estos momentos. En el 1347, Cantacuceno conseguía entrar en Constantinopla, donde era de nuevo coronado emperador. Su actitud de generosidad en la victoria, evitando tomar represalias, parecía garantizar una rápida pacificación. Sin embargo, las heridas eran demasiado profundas, ya que esta guerra civil había sido consecuencia de problemas de fondo de la sociedad bizantina.

Los pocos años de gobierno de Juan VI Cantacuceno como emperador principal (1347-1354), quedando Juan V como segundo emperador, constituyen un momento interesante. Se trataba, sin duda, de un hombre con una gran visión política y una cierta grandeza y sentido de estado. Fue consciente de algunos de los problemas claves del Imperio, como la insoportable dependencia económica y comercial respecto a los genoveses, a los que odiaba. Ello le llevó a tomar partido por los venecianos en los conflictos entre ambas repúblicas y a favorecer la construcción de una flota griega que permitiera una cierta capacidad de maniobra respecto a los genoveses. La flota fue efectivamente construida pero la inexperiencia de sus mandos provocó su rápida destrucción. Bizancio no podía seguir siendo una potencia marítima y hacía tiempo que había perdido una de sus características más importantes y perdurables.

Igualmente, la política exterior de Cantacuceno fue en el fondo más realista que la de sus contemporáneos. Consciente de la imposibilidad griega de hacer frente a todos sus enemigos a un tiempo y de que los turcos otomanos eran los más poderosos de entre ellos, eligió la alianza con éstos como forma de sujetar a los demás. Ya hemos dicho que incluso había emparentado con Orján. Sin embargo, esta actuación fue odiada y despreciada por la población y constituye uno de los principales motivos de desafección popular, junto con su sentido y su actuación claramente proaristocráticos. El enfrentamiento con el Islam seguía siendo un principio indeleble de la política bizantina y la propaganda del partido contrario no encontró dificultades para poner a la "opinión pública" contra Cantacuceno.

En el 1354 Juan V volvía a Constantinopla, de donde había sido desalojado por Cantacuceno y obligado a gobernar primero en Tesalónica y luego en Tracia. Con suma rapidez y facilidad se apoderó de la ciudad y al cabo de muy poco tiempo Cantacuceno abdicó y se hizo monje. Como tal vivió primero en Constantinopla y luego en Mistra, donde murió en el 1383.

Durante este período monástico Juan VI mostró sus grandes cualidades literarias e incluso teológicas, legando a la posteridad junto a sus memorias diversos tratados teológicos a favor del hesicasmo. Finalizaba así, con un triste balance, uno de los períodos más trágicos de la historia bizantina, en el que se habían mezclado el odio y el resentimiento social, la guerra exterior, la peste y, en suma, el debilitamiento creciente del Imperio.

3.3. Los últimos cien años de Bizancio

Utilizando una frase hecha, podríamos decir que esta última fase de la vida del Imperio bizantino no fue sino "la crónica de una muerte anunciada". Cabe preguntarse por los sentimientos de la población bizantina respecto a la posible dominación turca, pero diversos detalles indican que existía una mezcla de resignación e indiferencia, que explican que el choque de la conquista no fuera tan grave. Tras mucho tiempo de contacto con el futuro dueño, da la impresión de que existía el convencimiento de que el dominador no sería tan terrible como podría pensarse a primera vista.

En el mismo año de la abdicación forzosa de Cantacuceno (1354), los turcos establecían su primera cabeza de puente en Europa, en Gallipoli, aunque perderían momentáneamente la ciudad hasta su definitiva posesión. En el futuro, su presencia europea se haría cada vez más firme. Un año más tarde moría Esteban Dusan, el rey serbio, único rival de cierta entidad para la expansión turca. Su Imperio se fraccionaba rápidamente presa de sus propias contradicciones. La política de Juan V como único emperador (1354-1391) rompió radicalmente con la de Cantacuceno. Volvió a la solución de la alianza latina, ofreciendo la unión de las Iglesias, en condiciones incluso humillantes, como único señuelo posible, a lo que siempre se había negado el piadoso Cantacuceno.

Sin embargo, la alianza latina animada por el el papado aviñonense, resultó ser muy poco eficaz, como ocurrió durante todo el siglo siguiente. Sólo una pequeña expedición organizada por Amadeo de Saboya consiguió recuperar Gallípoli de manos turcas durante un breve período. Las tentativas de unión culminaron con la humillante conversión del propio emperador en Roma, en el 1369, sin la presencia de un solo eclesiástico griego y que el propio pueblo griego siempre consideró como un mero acto privado de su *basileus*. En su viaje de vuelta hacia Constantinopla quedó retenido en Venecia de donde tuvo que rescatarle su segundo hijo Manuel, pagando una cierta cantidad de las elevadas dedudas imperiales, lo que en realidad constituía el pago de un rescate encubierto.

El fantasma de la guerra civil volvía a aparecer mezclándose con la creciente amenaza turca. En el 1369 los turcos se habían apoderado de Adria-

nópolis, que les sirvió de capital europea durante algún tiempo. En el 1371 las tropas del capaz sultán Murad, derrotaron a los serbios en la batalla de Cirnamen, a orillas del rió Maritza, episodio de incalculable importancia porque significaba la destrucción del ya dividido Imperio serbio y el bloqueo casi completo de Constantinopla. Juan no tuvo otra alternativa que hacerse vasallo de Murad (1373). En medio de esta situación, Andrónico IV, hijo primogénito de Juan, protagonizó una extraña rebelión contra su padre en alianza con un hijo del sultán turco. Ambos jóvenes fueron hechos prisioneros, pero Andrónico escapó de prisión y siguió conspirando contra su padre, al que llegó a hacer prisionero. Será una constante amenaza hasta su muerte en el 1385.

En el 1387 los turcos se apoderaron de Tesalónica, la segunda ciudad del Imperio. La conquista supuso una considerable desmoralización y en el 1389 los turcos ratificaban su victoria del río Maritza sobre los serbios con otra definitiva en Kossovo. Los serbios pasaron a depender del Imperio turco, quedando sometidos al *jarāŷ* o impuesto territorial. Otro acontecimiento algo anterior de grandes repercusiones había sido el total y voluntario sometimiento al sultán turco de los monasterios del Monte Athos, que también quedaron sujetos al *jarāŷ*.

Manuel II (1391-1425) heredaba un imperio casi completamente sitiado y mutilado. La década de los noventa presenció una presión enorme sobre la ciudad, mientras caían poco a poco las principales ciudades (Atenas en el 1395). Ello no era obstáculo para el mantenimiento de los símbolos ideológicos de autoridad universal y suprema en la coronación de Manuel en 1392, tal y como sabemos por una carta del patriarca Antonios al Gran Duque de Moscú. En el 1396, el sultán Bayaceto derrotaba en Nicópolis a uno de los últimos grandes contingentes occidentales llegados a oriente para ayudar al reino cristiano de Hungría y relajar la presión sobre Constantinopla. El papa llegó incluso a calificar esta expedición como cruzada y la aplastante victoria otomana hizo sentir a los occidentales la magnitud del peligro que se cernía también sobre Occidente. Poco después llegaba a Oriente con un pequeño contingente de 1.200 hombres el mariscal francés Baucicaut, que convenció a Manuel para acompañarle a occidente en busca de ayuda. Sabemos del gran atractivo que despertó en Francia e Inglaterra el culto Manuel, en un momento de inusitado interés en occidente por la cultura griega. Sin embargo, a pesar de las buenas palabras, la promesas occidentales no se concretaron de forma efectiva.

Cuando todo parecía perdido y era inminente la entrada turca en Constantinopla, un acontecimiento hasta cierto punto fortuito retrasó la victoria turca. En los primeros años del siglo XV, el antiguo Imperio mongol, fraccionado desde finales del siglo XIII, entró en una nueva ebullición unitaria bajo el liderazgo de un legendario caudillo medio turco medio mongol, llamado

Timur Leng (el Cojo), o para nosotros, Tamerlán. Desde su capital en Samarcanda, que embelleció con unos edificios insólitos en el arte islámico anterior, dirigió constantes expediciones en todas las direcciones. En el 1402 invadió Anatolia y el ventiocho de julio, no lejos de Ankara, se produjo la decisiva batalla contra las tropas de Bayaceto. La victoria de Timur fue absoluta, el sultán turco fue hecho prisionero y murió en cautiverio y casi toda Asia Menor cayó en manos mongolas. Su dominación fue muy efímera, pues el nuevo Imperio se desintegró con la misma velocidad con que se había constituido tras la muerte de Tamerlán en el 1405. Pero tuvo como efecto desarticular momentáneamente el poder otomano, abrir en él un período de disensiones y enfrentamientos civiles y permitir un respiro al cansado y débil Imperio bizantino. Sin embargo, éste no fue capaz de una reacción, ya que no contaba con fuerzas suficientes para ello, aunque los turcos se vieron obligados a devolver una parte de sus conquistas anteriores, que serían bizantinas de forma muy fugaz, como Tesalónica.

Manuel y su sobrino Juan VII (hasta su muerte en 1408) jugaron con cierta habilidad con las rivalidades de los hijos de Bayaceto. En el momento oportuno, Manuel supo apostar por el futuro vencedor, Mehmet I (o Mŏḥammad), que respetó a los bizantinos en sus años de gobierno (1413-1421). Esta breve paz permitió un pequeño renacimiento bizantino, que se hizo especialmente visible en Morea, sobre todo en Mistra. Allí se formó un interesante foco de helenismo, en el hermoso marco del Peloponeso y de las estribaciones del Taigeto, donde destacó la gran figura de Jorge Gemisto Plethon, uno de los últimos grandes filósofos griegos, excelente conocedor de Platón y con peculiares ideas religiosas que le granjearon la enemistad de la jerarquía ortodoxa.

Juan VIII reinó como único emperador desde el 1425, fecha de la muerte de su padre Manuel, hasta el 1448. El episodio más importante de su reinado fue el desesperado intento de salvar el Imperio mediante la unión de las Iglesias. Ésta se convirtió en una realidad en el 1439, en el concilio de Florencia, que había continuado la obra iniciada anteriormente en Ferrara. Los negociadores bizantinos defendieron con cierta dignidad sus posiciones teológicas. Sin embargo, la unión dejó indiferente a la población bizantina y sólo sería proclamada a nivel popular en los momentos finales del sitio turco, en un acto tan oportunista como inútil. Entre las capas populares –y no sólo entre ellas– se había extendido la idea de que era preferible la dependencia política respecto a los turcos, los cuales habían mostrado ya un talante generalmente tolerante, que el sometimiento a los fánaticos y odiados latinos. En este sentido, se hizo célebre la afirmación de Lucas Notaras, en estos últimos momentos de vida del Imperio, de que prefería ver por las calles de Constantinopla el turbante de los turcos que la cogulla de un monje latino.

El pago a la unión fue, efectivamente, la organización de un tímido intento occidental de rebajar la presión de los turcos. Los contingentes papales iban dirigidos por el cardenal Cesarini, y reforzaban a los húngaros, serbios y del voivoda de Transilvania, Juan Hunyadi. Las tropas griegas no participaron en la batalla. Los ejércitos de Murad II destrozaron a la expedición cristiana en Varna, en el 1446, muriendo en la batalla sus más importantes jefes. Esta victoria abría al sultán las puertas de Constantinopla, aunque la fortuna quiso que fueran otros los protagonistas de los acontecimientos finales. En el 1448 moría sin descendencia y casi sin Imperio Juan VIII y le sucedía su hermano Constantino (Constantino XII Dragasês, 1448-1453), el gobernante de la feliz Mistra. A principios de 1449 moría igualmente el sultán Murad II y le sucedía su hijo Mehmed II, que será apodado El Conquistador.

Muy pronto comenzaron los preparativos para el asalto definitivo. Nuevos medios têcnicos entraron en liza, como la artillería pesada de los turcos, que sería definitiva en el último momento. En la orilla europea del Bósforo los turcos construyeron una fortaleza desde la que organizaron las operaciones. El asalto final se inició en abril de 1453, con el traslado de las naves turcas dentro del Cuerno de Oro y a fines de mayo, concretamente en las primeras horas de, veintinueve de mayo de 1453, las viejas murallas de Teodosio no eran capaces de resistir el último embate turco, a pesar de la valentía demostrada por los defensores, dirigidos por el propio emperador que murió sin duda en el combate, si bien su cadáver no fue localizado. Siguió un saqueo que duró tres días y, tras la entrada solemne del joven sultán, la situación comenzó a normalizarse en la nueva capital turca. En los años siguientes los otomanos culminaron la conquista con los últimos enclaves griegos.

Pocos acontecimientos históricos han tenido la repercusión real que tuvo esta caída de Constantinopla. Al mismo tiempo, pocos han sido también tan magnificados y tan llevados al terreno legendario. Para hacerse una idea de la repercusión de la "noticia" en todo el mundo, basta hojear los dos volúmenes de una preciosa antología de noticias relativas a los acontecimientos del 1453 reunida por A. Pertusi (1976). Sorprende en ellos comprobar la diversidad y variedad de testimonios contemporáneos sobre la caída de la vieja ciudad.

No caeremos en la tentación de hacer grandilocuentes valoraciones finales. Simplemente, abogaremos una vez más por la necesidad de desdramatizar todo acontecimiento histórico, incluido éste. No parece haberse producido una inadaptación violenta entre las dos comunidades que, en general, vivieron de forma bastante pacífica. Los turcos, como los árabes, no tuvieron ningún afán religioso proselitista y supieron crear un sistema en el que cabían diversas comunidades culturales y religiosas. No obstante, pronto se manifestaron ciertas formas de "patriotismo" nostálgico de Bizan-

cio, que hicieron de la lengua griega y de la religión ortodoxa sus palancas fundamentales. La jerarquía eclesiástica fue la guardiana de las esencias bizantinas, sobre todo en Grecia y en las islas. Todos estos componentes servirían siglos más tarde de puntos de arranque para una "liberación", del mismo modo que lo habían sido antes como elementos para evitar ser completamente absorbidos.

4.

La evolución económica y social

Intentaremos mostrar en este capítulo los grandes rasgos de la evolución económica y social del Imperio bizantino, con la voluntad de sistematizar al máximo los cambios que se fueron produciendo. Como es lógico, no resulta fácil llevar a cabo esta tarea en un reducido espacio, sobre todo teniendo en cuenta que estamos ante problemas, como muchos de la historia bizantina, abiertos y susceptibles de interpretaciones muy variadas.

Hay que comenzar intentando desterrar posibles puntos de partida equivocados. Frecuentemente existe en muchos historiadores una tendencia a considerar el sistema económico bizantino como mucho más avanzado respecto a los de la Europa occidental del momento. Conviene dejar claro que muchos de los grandes rasgos de la organización económica y social de Bizancio vienen a coincidir con los del Occidente y que frecuentemente las diferencias existentes entre uno y otro ámbito son más bien de matiz. Por ejemplo, se puede afirmar rotundamente que la economía bizantina tuvo un carácter *eminentemente agrario,* como ocurre con todos los sistemas económicos preindustriales, no hay que dejarse impresionar por el peso de un sistema monetario que, cuando nos acercamos un poco a los detalles de su funcionamiento, vemos que era mucho más "tradicional" de lo que a primera vista parece. Por tanto, rechacemos cualquier tipo de "modernismo" al analizar la economía y la sociedad bizantinas.

Por el contarrio, cabría afirmar que la nota socioeconómica característica del mundo bizantino es la del tradicionalismo y hasta un cierto conservadurismo y refractariedad a la innovación. Los elementos fundamentales, la espina dorsal de este mundo tan complejo que es Bizancio proceden, sin duda, de lo que el Bajo Imperio romano aportó y significó en su *pars Orien-*

tis. Y fue muy lenta la evolución hacia algo específicamente nuevo a lo que pudiéramos individualizar y calificar de "bizantino". Y, en general, hubo rasgos distintivos que se prolongaron durante siglos, sin duda como herencia del Antiguo Imperio romano. Tal fue, por ejemplo, la impronta del *intervencionismo estatal* en la vida económica y social del Imperio bizantino, en una pauta semejante a la del Bajo Imperio romano.

Esta tremenda fuerza del Estado fue, en efecto, un rasgo distintivo de la sociedad bizantina, por todos aceptado y asumido. A pesar de la sacralización de la figura e institución imperiales, nunca se produjo una confusión entre lo público y lo privado, o al menos hasta fechas muy avanzadas. Y cuando se atisban signos de cambio, de predominio de grupos aristocráticos o nobiliarios, éstos tenderán siempre a hacerse con los resortes del poder público, sin lo cual no podía ejercerse adecuadamente una dominación política. El Estado intervino activamente en la vida económica y social bizantinas, fijó precios y salarios, controló y reglamentó actividades, y un largo etcétera, lo que tuvo consecuencias variadas. Por una parte sirvió a veces de escudo protector contra los grupos más débiles, en especial de población urbana, garantizándoles precios bajos y estables y cierto nivel de prestaciones sociales, en recuerdo del *evergetismo* de la época helenístico-romana. Pero, por otra parte, el intervencionismo estatal fue un cierto factor de freno de un posible progreso o despegue económico que sí tuvo lugar, por ejemplo, en el mundo cristiano occidental a partir del siglo XI. Las corporaciones artesanales y comerciales, controladas por el Estado, no pudieron ser un factor dinamizador de la vida económica y social bizantinas, como lo fueron sus homólogas occidentales.

4.1. De la Antigüedad tardía al mundo bizantino

Al empezar a concretar y tratar las numerosas cuestiones que se nos plantean, conviene ocuparse aunque sea de forma breve del problema de *la transición desde el punto de vista socio-económico* desde el Imperio romano-oriental o Bajo Imperio al Imperio bizantino. No cabe duda de que con ello se hace referencia a un rico debate historiográfico, planteado en los últimos años y que ha alcanzado una cierta relevancia dentro de la bizantinística actual. Hasta hace no más de treinta años, circulaba de forma bastante generalizada la idea de que el Imperio bizantino constituía una simple prolongación de la tardía antigüedad, con algunos cambios y evoluciones, pero con un factor básico de continuidad. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de quienes han trabajado en historia bizantina se han formado como filólogos clásicos y en muchos casos y muy a su pesar, esta impronta les ha condicionado en su trabajo. Mucho más matizada era la vi-

sión que transmitía la obra de Ostrogorsky, todavía referencial en la bizantinística, que, con su gran talla de historiador, había apreciado cambios sociales y políticos importantes en los convulsos acontecimientos del siglo VII.

Ha sido en fechas recientes cuando ha comenzado una revisión importante de esta teoría de la continuidad y desde diferentes frentes. Un reciente trabajo de Treadgold (1990) –que se cuenta entre los continuistas– ha aportado un completo estado de la cuestión de las principales aportaciones historiográficas relativas al problema de la continuidad o ruptura. Las primeras ideas claras de carácter rupturista proceden de arqueólogos americanos que ya en los años treinta excavaron Antioquía, en una célebre misión de la Universidad de Princeton. Fueron ellos y sobre todo Downey, en su famoso libro sobre esta ciudad publicado en 1961, quienes, considerando la ruptura de la vida urbana como elemento característico de la no continuidad respecto a la Antigüedad, propusieron la idea de una clara ruptura con la misma hacia el 540, sin que se produjera una pronta recuperación posterior. Este punto de partida fue profundizado por otros arqueólogos o historiadores que también realizan excavaciones, como Foss (1990, aunque se trata de una recopilación de trabajos anteriores), Kennedy y Liebeschuetz (1985, 1988) o Haldon (1985). Todos estos autores han llegado a conclusiones muy parecidas, aunque con matices diferenciadores. La vida urbana de Asia Menor y Siria parece haber experimentado un estancamiento muy fuerte ya en el siglo VI, un siglo antes, por tanto, de las definitivas invasiones persas y árabes (aunque hay que tener en cuenta que hubo importantes penetraciones persas en territorio bizantino en el mismo siglo VI). Las invasiones del siglo VII no hicieron sino asestar el golpe definitivo a un proceso iniciado anteriormente. En algunos casos, como en Antioquía, se produjo un esfuerzo importante y deliberado de reconstrucción de la ciudad por parte de Justiniano, que sin embargo fue efímero. En todas las ciudades excavadas y estudiadas parece haber tenido un impacto enorme la peste bubónica iniciada en el 542 (la llamada "Peste de Justiniano"), aunque sea difícil llevar a cabo una evaluación precisa. Y en todos los casos estudiados, la antigua *polis*, la ciudad clásica, se verá sustituida por un pequeño núcleo amurallado y fortificado, por una ciudad-fortaleza (en principio un *kastron)*, a la que podríamos calificar, con todos los reparos posibles, de "medieval". Así lo afirma continuamente y la da como un hecho asumido el reciente e importante estudio de Durliat (1990), que puede considerarse como la monografía decisiva sobre la transición desde el punto de vista económico.

Ha habido otros autores que han incidido en sus trabajos en el tema de la ruptura y de la discontinuidad desde diferentes puntos de vista. Los del bizantinista francés Dagron (1984), por ejemplo, han puesto de relieve la importancia de este corte desde el punto de vista cultural, mientras que

Kazhdan y Cutler (1982), habían intentado llegar a un planteamiento globalizador del problema, considerando la ruptura como un fenómeno que se podía rastrear desde diferentes puntos de vista. Reafirmaban la idea de otros investigadores de que la decadencia de la vida urbana y, en definitiva, el fin de la *polis* era un elemento fundamental de "discontinuidad" entre mundo tardoantiguo y bizantino.

De igual modo, se habría producido un cambio sustancial en la estructura de la propiedad y en consecuencia en la propia organización social. La esclavitud fue declinando y cambiando de orientación y se fue produciendo una simplificación en la estructura social y una determinada evolución hacia formas feudales del tipo de las occidentales. La antigua aristocracia senatorial de la tardía Antigüedad había desaparecido hacia el siglo VII, dejando paso a nuevas formas de grupos dominantes. La familia nuclear se fortaleció de forma muy importante, rompiendo con el frágil esquema familiar romano. El fin de la *polis* condujo, inevitablemente, hacia un sistema económico con menor empleo de la moneda. Igualmente, en estos *Dark Ages* se produjo una decadencia intelectual y literaria muy marcada, que llegó a afectar incluso a la literatura hagiográfica. Cuando se inició un pequeño renacimiento intelectual, a comienzos del siglo IX, se produjo desde una perspectiva diferente, como demuestra la personalidad del cronista Teófanes, completamente distante de los modelos clásicos y muy cercano a la *analística* occidental.

La rotundidad y seguridad transmitida por el trabajo de Kazhdan y Cutler es muy grande, por lo que ha encontrado un consenso bastante generalizado. No obstante, ha habido voces discordantes e incluso muy lejanas a las propuestas de estos autores. El ya citado trabajo de Treadgold (1990) hace algunas precisiones igualmente sólidas a las afirmaciones de Kazhdan-Cutler e insiste en la existencia de una esquematización excesiva y una idea de la ruptura demasiado radical. Admitiendo una cierta discontinuidad, ésta afectaría fundamentalmente a las superestructuras. El nuevo Imperio bizantino abandonaría, desde este punto de vista, un aparato urbanístico y administrativo demasiado caro para sus nuevas posibilidades y se reduciría a un tipo de ciudad más modesta y financiable, volviendo a lejanos tiempos de la misma historia de la *pólis*. Pero habría un elemento importante de continuidad. Como se ve, las propuestas de Treadgold no dejan de tener cierto fundamento y, sobre todo, están planteadas y expuestas con una enorme inteligencia. En un contexto semejante, aunque se explicitan de forma menos sugestiva, se mueven las aportaciones algo anteriores del trabajo de otro "continuista", como es Whittow (1990), que se centra en el fenómeno de la desaparición de las curias, interpretando que se trata simplemente de un "arreglo institucional". El título del trabajo deja claramente traslucir sus puntos de vista.

De todas formas, parece claro que no se puede negar una cierta ruptura y discontinuidad con el mundo clásico en Oriente, no de forma tan evidente como en Occidente, pero indudable. Seguramente, signos de este cambio fueron ya visibles en la lejana "crisis del siglo III", aunque luego se produjera una recuperación a partir del siglo IV, a la que tampoco fue ajena el mundo occidental. En resumidas cuentas, sólo un mejor conocimiento de la propia economía romana nos permitirá ir matizando de forma progresiva y desterrar algunas de las afirmaciones que machaconamente se han ido repitiendo hasta convertirse en lugares comunes. Lo que resulta claro en el estado actual de la investigación es que no se puede seguir defendiendo un modelo socioeconómico clásico estático y, por ello, convertido en un simple estereotipo.

4.2. La situación socioeconómica en los siglos de transición

Una vez admitida la existencia de una cierta discontinuidad y por tanto de una transición, iremos viendo qué es lo que podemos dar por seguro, dentro de las limitaciones de nuestros conocimientos y de las dificultades interpretativas de los mismos. Comencemos por los escasos datos que tenemos sobre la población bizantina, recapitulados en un trabajo de Charanis (1967), en que discute y comenta las aproximaciones hechas a la cuestión desde los tiempos de Andreades, en el 1935, las de Stein o las más recientes de Russell (1958), el demógrafo histórico general más respetado de nuestros días. Las estimaciones de Russell nos hablan, de forma inequívoca, de un descenso demográfico muy acentuado en los primeros siglos medievales, ya que la población global del Imperio habría disminuido desde una total de unos veinticuatro millones en el 350, a diecinueve en el 600 y a unos once millones en el 800. En cuanto al número de habitantes de Constantinopla, las estimaciones son muy variables, aunque, con contadas excepciones, no se suele aceptar una cifra superior a cuatrocientos o quinientos mil habitantes en tiempos de Justiniano. Ocasionalmente la cifra podía ascender, pero raramente descendería hasta los últimos siglos del Imperio. Más notable parece haber sido la disminución de población en otras ciudades importantes del Imperio, como Antioquía y Alejandría, sobre todo en la primera, que de haber sido una gran metrópoli en los siglos IV y V, con unos doscientos mil habitantes, se convirtió en una ciudad relativamente pequeña, de unos treinta o cuarenta mil habitantes en el siglo XI.

Lo que parece universalmente aceptado es que en el Imperio oriental, tras los graves problemas del siglo III y parte del IV, la población parece haberse recuperado durante el siglo V, en una expansión que duró hasta el estallido de la gran peste bubónica en el reinado de Justiniano. Fueron, sin

duda, importantes las consecuencias de este fenómeno demográfico sin parangón con ninguna otra enfermedad o epidemia, pues este nuevo azote, tanto en su variedad bubónica como en la neumónica o pulmonar (ya distinguidas por Procopio), provocaba inmensas mortandades, aunque quizás no tan devastadoras como nos quiere hacer creer el gran historiador. Parece seguro que estamos ante la primera aparición en Europa de esta enfermedad que, como es sabido, tiene en la pulga y la rata sus soportes biológicos habituales y que se hará famosa en el mundo europeo occidental por el brutal estallido de la misma en 1348. Los efectos en el Imperio oriental en el siglo VI fueron igualmente devastadores, aunque menos pregonados. Sus diversas oleadas que duraron toda al segunda mitad del siglo VI provocaron, según algunos expertos, una despoblación máxima en la Península Balcánica (un 40 por 100 aproximadamente), mientras que en Egipto y Siria la mortandad alcanzaría solamente el 10 por 100.

Las consecuencias de esta catástrofe demográfica fueron de diferente tipo. La despoblación balcánica debe de ponerse en relación con las migraciones eslavas en la Península durante la segunda mitad del siglo VI y comienzos del VII, e igualmente pudo ser la causa que provocó los traslados de contingentes de población, por ejemplo armenios, a los Balcanes por parte del emperador Mauricio. En cuanto a otras zonas, un famoso artículo de Le Goff y Biraben (1969), consideraba que la peste de Justiniano podría ser uno de los factores que explicase la rapidez y facilidad de la expansión islámica en el siglo VII. Sin embargo, no existe una total unanimidad sobre la valoración de la peste y entre las voces discordantes que han hecho una valoración menos catastrófica de la enfermedad, destaca la de Durliat (1989), aunque sus observaciones escépticas encuentran una réplica adecuada de Biraben en la misma publicación citada.

La conquista árabe de Siria, Palestina y Egipto, puede considerarse como el acontecimiento más importante de esta primera fase, que alejó de la obediencia política de Bizancio importantes contingentes de población, y por tanto de contribuyentes, así como una riqueza y prosperidad que se habían mostrado decisivas para la articulación económica global del Imperio romano oriental. Como antes decíamos, esta conquista que siguió a la persa, algo anterior, debe de contextualizarse y no analizarse como una variante absolutamente externa, pero sus consecuencias fueron muy grandes y no deben minimizarse. Un nuevo Imperio, más restringido y pobre, sustituyó al antiguo y, como veremos, una nueva organización político-administrativa enterró al menos en parte el esquema de funcionamiento heredado de Roma.

Al referirnos a la *vida agraria* en esta primera fase de la historia bizantina, hay que comenzar haciendo notar la debilidad del volumen de investigación dedicado a este aspecto en comparación con la cantidad de traba-

jos que hacen referencia al comercio y a la vida urbana. Y ello sin olvidar, como antes se señalaba, que el mundo bizantino es *esencialmente agrario a lo largo de toda su historia* y que no conviene dejarse llevar por el espejismo urbano. La vida agraria y el campesinado aportan menos datos y por ello es mucho más atractiva la investigación sobre ciudades. Sin embargo, contamos con algunos trabajos muy sólidos, unidos a los nombres de dos grandes bizantinistas contemporáneos: el de Lemerle (1958), trabajo ya veterano pero muy importante, y las recientes investigaciones de Kaplan (1982, 1986, 1992).

Sabemos poco de los aspectos generales de la economía agropastoril bizantina en los primeros tiempos, ya que la información más importante proviene de fechas más tardías. Esto nos lleva a suponer que pocas cosas habían cambiado respecto a lo que era el sistema de economía mediterránea del Bajo Imperio, con un clima muy definido, con escasas precipitaciones en general y veranos muy cálidos, y unas condiciones del suelo bastante precarias que impedían la obtención de elevados rendimientos agrarios. Sabemos que, como es habitual en la economía agraria mediterránea, predominaban los cultivos de cereal, vid y olivo. Las fuentes nos transmiten la existencia de los principales cereales conocidos ya en época romana, como el trigo, la cebada y el centeno y, en fechas algo más tardías, la avena.

Algunos datos parecen manifestar que se produjo un cambio en la dieta alimenticia bizantina en estos siglos iniciales de su historia, en el sentido de una reducción del consumo de cereal en relación con el de época romana, con un consiguiente aumento de las leguminosas. Esto es, al menos, lo que afirmaba hace algunos años Patlagean en su importante estudio sobre la sociedad de los primeros siglos bizantinos (1977). Es muy posible que ello se debiera a la pérdida traumática de tierras productoras de cereal, como eran Egipto y África y, más tarde, Sicilia. No obstante, los cultivos de cereal de secano fueron siempre un elemento importantísimo de la economía bizantina, con unos rendimientos bastante altos al decir de esta misma historiadora, que los sitúa entre 6,75 y 7,2 (Patlagean, *ibídem*, p. 247).

La vid y el olivo completaban la tríada mediterránea por excelencia. El vino más famoso, como ocurría en época romana, era el griego, aunque se producía en todas las zonas del Imperio. En cuanto al olivo, determinadas informaciones testimonian que la fabricación de aceite era una actividad fundamental y que el consumo de aceitunas y la condimentación con aceite de oliva estaban completamente generalizados. Un famoso trabajo de Tchalenko sobre los pueblos de Siria del Norte, publicado en 1953, puso de relieve que en la zona del macizo calcáreo de esta región existía una serie de aldeas dedicadas de forma casi exclusiva a la producción de aceite, tanto para la venta en zonas próximas como para la exportación en todo el Mediterráneo. Este monocultivo aceitero habría llegado a unos niveles muy

altos de especialización y su prosperidad, nos dice el autor desde planteamientos muy "pirennianos", se prolongaría hasta el "cierre comercial" del Mediterráneo por los árabes. Sus hipótesis han sido muy debatidas e incluso se ha discutido el alcance de ese supuesto "gran comercio", pero lo que nos interesa resaltar es la importancia de la producción de aceite.

La ganadería era un elemento fundamental y no solamente complementario de la economía bizantina. Carecemos de trabajos específicos sobre la misma, pero también en este terreno tenemos la impresión de que en los primeros tiempos se produjo una continuidad con cuanto sabemos de la época tardoantigua. En todo caso, podríamos apuntar, siguiendo a Kazhdan (1992, p. 61), que la importancia de la ganadería debió de acrecentarse, a juzgar por la relevancia que alcanza su tratamiento en el *Nómos geôrgikós* o Ley Agraria de finales del VII o comienzos del VIII. Por lo que sabemos, sólo se puede asegurar que el caballo, como ocurrió en Occidente, era crecientemente utilizado, tanto para el ejército como para la vida cotidiana, pero que era la ganadería lanar el factor dominante en el paisaje agrario bizantino, como lo ha sido siempre en el Mediterráneo oriental.

La economía agropastoril nos transmite una imagen algo engañosa de atraso tecnológico. Es cierto que los pocos datos que tenemos, provenientes sobre todo de iluminaciones de códices, muestran un instrumental relativamente primitivo, con escasas novedades respecto a la poco desarrollada tecnología agraria romana. No veremos surgir en Oriente el sofisticado arado pesado de las tierras húmedas del norte de Europa, pero tampoco las tierras mediterráneas exigían su utilización. Sin embargo, diversos testimonios nos presentan una actividad agrícola cuidadosa, a veces con una actuación intensiva, una horticultura y arboricultura muy desarrolladas, unas técnicas de riego bastante avanzadas y un abundante equipamiento de molinos.

En el campo romano oriental y protobizantino, parece haber predominado el *habitat* agrupado y concentrado, siendo el aislado la excepción. En este período, las fuentes manifiestan una transición desde el término clásico *Kômê* al término que poco a poco se va consolidando y convirtiendo en preferentemente utilizado, el de *chôrion* o *jôrion*. En el siglo VI, la significación de ambos términos había llegado a equipararse, aunque su significado anterior era diferente: la *kômê* es la aldea, el pueblo, mientras que el *chôrion* designaba al gran dominio, al *fundus* latino (Kaplan, 1982, pp. 202-203). Poco a poco, el término *chôrion* irá designando al núcleo fundamental del *habitat* de la comunidad campesina libre, solidaria en sentido económico y más adelante (seguramente después de esta primera fase) también en sentido fiscal, aunque este elemento aún no está explicitado en la Ley Agraria o *Nómos Geôrgikós*.

Resulta difícil saber si en esta primera época predominaba la gran propiedad o la pequeña y mediana. Está muy claro que la tendencia será la del fortalecimiento de la pequeña y mediana propiedad, pero las fuentes jurídicas y hagiográficas entre los siglos IV y VI, dan muchas menciones de gran propiedad, con frecuencia de formas de patrocinio o encomendación (*prostasía* en griego). Sin embargo, aunque estas encomendaciones que conocemos por diferentes fuentes (hay un importante tratado del retórico Libanio dedicado a ellas), pero sobre todo por las leyes imperiales que intentaban atajarlas, parecen haber sido más frecuentes en algunas partes del Imperio, como Egipto, cuya evolución histórica fue muy peculiar.

Tradicionalmente, se venía considerando que Egipto había evolucionado de forma parecida al mundo occidental, es decir, con unos fuertes elementos lejanamente "prefeudales", como son el debilitamiento de la propiedad pública (imperial o municipal) y la usurpación de las funciones públicas por los grandes propietarios virtualmente independientes del estado. Estos puntos de vista, que encontraron una exposición muy detallada en el gran libro de Stein y que desde entonces se habían venido considerando como verdades innegables, se han visto muy matizados e incluso contradichos por las más recientes investigaciones de los papiros, que parecen hacernos volver hacia una realidad de una persistencia mucho mayor de los poderes públicos incluso en el Egipto bajoimperial y protobizantino.

Por tanto, parece haber tenido una gran importancia la pequeña y mediana propiedad, sin negar la existencia de grandes latifundios cultivados por unos colonos *(geôrgoi)*, muchos de ellos adscritos a la tierra, o por esclavos, que conservaban todavía cierta importancia. De esta manera, la potenciación de la pequeña propiedad a partir del siglo VII y sobre todo con la "reforma thematica", de la que más adelante hablaremos, no se debió de hacer sobre el vacío o, lo que es lo mismo, sobre una situación de predominio de la gran propiedad, de una gran propiedad que se da por desaparecida debido a las turbulencias del momento. Tiene más sentido histórico pensar que la política de los emperadores heráclidas, que aceptaba y respondía a la situación de un Imperio restringido, tenía un fundamento en el que apoyarse.

Haremos finalmente una breve referencia en este apartado al problema de la existencia de un "feudalismo bizantino" en estos momentos, aunque nos ocuparemos del problema más extensamente en páginas posteriores. Digamos únicamente que la tendencia más generalizada en la bizantinística ha sido la de negación de la existencia de un feudalismo bizantino, viendo sólo algunos rasgos aislados en fechas muy tardías. Algunos historiadores, mayoritariamente aunque no todos, materialistas, han ido introduciendo la noción de un peculiar feudalismo bizantino que se gestaría en el siglo X y se haría patente a partir de la segunda mitad del XI. Sin embargo, un con-

junto de bizantinistas alemanes y de países eslavos ha adelantado estas fechas y nos ha hablado de esta formación social ya desde el siglo VII, con algunas manifestaciones precoces anteriores (Köpstein-Winkelmann, 1976). Diremos solamente que parecen algo extemporáneas estas tempranas fechas de manifestación de elementos feudales en la sociedad bizantina, y que parece más sensato aceptar las fechas más prudentes de otros autores.

Antes planteábamos ya el problema de la *decadencia de la vida urbana* que estaría en la base del inicio de estos *Dark Ages* o época oscura bizantina. Aunque se trata de un tema capital a la hora de estudiar la economía comercial del período, basta con volver a repetir que la historiografía reciente tiende a relacionar esta decadencia de la vida urbana con una disminución de la importancia del artesanado y del comercio dentro del conjunto de la economía bizantina, lo que sería considerado como el acta de defunción del sistema socioeconómico clásico, del viejo sistema de la *polis*. Sin embargo, también indicábamos que muy recientemente se han producido matizaciones y precisiones a los puntos de vista más extremos de Foss y sus continuadores, por obra de algunos investigadores como Treadgold (aunque sus puntos de vista eran esencialmente continuistas), por Haldon y por Hendy. Este último historiador es autor del libro más importante escrito en los últimos años sobre la moneda bizantina y, en general, la economía monetaria bizantina (1985). Se trata de una obra producto del trabajo de muchos años y que ha supuesto una profunda revisión de cuanto se venía escribiendo sobre la economía bizantina, desde una óptica muy crítica y unos conocimientos empíricos sobresalientes. En lo relativo a este total oscurecimiento de la economía urbana y monetaria bizantina en los supuestos *Dark Ages*, Hendy es enormemente escéptico, pero desde una perspectiva nueva. Más que negar esta crisis, plantea que hay que revisar, como él hace, la supuesta "brillantez" y "modernidad" del sistema económico tardoantiguo que hereda Bizancio. Desde un principio, Hendy deja clara su convicción de que el mundo tardorromano y bizantino no conoció un *sistema económico y monetario tal y como lo consideramos en tiempos modernos*, sino que el intervencionismo estatal era un factor predominante en toda la organización económica. Por tanto, en la época de crisis o declive, más que producirse un hundimiento de un sistema, en el que no cree, piensa que se produjo un mero "repliegue" hacia posiciones más tolerables para un estado más débil y con un territorio mucho más reducido. La ciudad clásica, la heredada por los romanos del mundo helenístico, con su ideología propia, sus edificios públicos, se transforma en un recinto amurallado y militar. Más que de una desaparición habría que hablar, por tanto, de una transformación de la vida urbana.

La actividad artesanal y comercial de las ciudades de los primeros siglos de la vida de Bizancio resultaba relativamente desarrollada, heredera como era de la economía bajoimperial. El artesanado de las ciudades de la

pars Orientis había sido siempre importante y seguía existiendo un pujante aparato comercial tanto de zonas próximas como de los que podríamos llamar "comercio internacional", sobre todo con el mundo cristiano occidental. Los mercaderes griegos o sirios, pero en definitiva súbditos de este Imperio, comerciaban con todo tipo de productos, tanto fabricados en el propio mundo bizantino como con otros de cuyo comercio sólo actuaban como simples intermediarios.

Dentro de la artesanía bizantina merece un lugar aparte la manufactura de la seda, que fue objeto de un brillante y documentado trabajo de R. S. López (1945), convertido ya en clásico. La utilización de los tejidos de seda fue mucho más que un asunto meramente económico y revistió también una consideración ideológica, ya que era el distintivo de la pertenencia a un determinado nivel social y, en algunos casos, la utilización de determinadas telas quedó restringida al *basileus* y su familia. Esto confirió a la seda una importancia extraordinaria, por lo que Justiniano, con quien todos los aspectos relacionados con el protocolo revistieron enorme importancia, convirtió en *monopolio imperial* la fabricación de los más importantes brocados. Toda una legislación específica se ocupaba, con la conocida obsesión reglamentista bizantina, de todo el proceso de fabricación y distribución del tejido.

En la historia de la manufactura de la seda tiene una importancia muy grande la recepción y aprovechamiento en Bizancio del descubrimiento del mecanismo del gusano de seda y su alimentación con la hoja de morera. Hasta el siglo VI y más en concreto hasta el reinado de Justiniano (seguramente hasta el 552), llegaba a Constantinopla la seda china en crudo, donde era elaborada y distribuida. La dependencia constante en la importación de una materia prima tan costosa y cuyo transporte acarreaba tantas dificultades a través de la antiquísima ruta comercial de la seda comportaba muchos inconvenientes, sobre todo porque atravesaba territorios muy diferentes y dependía siempre de la benevolencia del último intermediario, el Imperio persa, que podía emplear el producto como un arma de presión. Por ello, resultó providencial el ofrecimiento de algunos monjes nestorianos de traer subrepticiamente de China capullos de gusano en sus báculos para poder reconstruir todo el proceso biológico del gusano y de esta forma vitalizar la industria sedera griega. La operación fue un éxito y, desde mediados del siglo VI, la manufactura imperial de seda fue uno de los mayores símbolos de prestigio y fuerza económica de todo su sistema. Sigue siendo muy recomendable, a pesar de su venerable antigüedad, la lectura de la versión que de todo el acontecimiento nos transmite E. Gibbon en el libro IV de su *Decline and Fall of the Roman Empire*.

Aparte del comercio de productos de seda, Constantinopla era un lugar de llegada y de redistribución de otros muchos productos de lujo, des-

de la mayor parte de las especias del Oriente, tan necesarias para la condimentación y conservación de los alimentos, como las pieles, armas y esclavos del norte de Europa. Los puertos del Mar Negro, especialmente Querson, eran lugares de arribada de todos estos productos. Mientras Egipto siguió vinculado al Imperio, Alejandría fue también otro importante centro de distribución de muchos productos de lujo, mientras que la flota siria llevaba a cabo la mayor parte del comercio con Occidente. Como es sobradamente sabido, las fuentes occidentales abundan en menciones a la presencia de mercaderes sirios tanto en el sur de la Galia como en la España visigoda. Ni que decir tiene, que la pérdida de Egipto y Siria a manos de los árabes en el siglo VII constituyó un duro golpe para el gran comercio bizantino y sus nuevas estructuras económicas tuvieron que adaptarse a una nueva situación mucho más restringida.

4.3. Las estructuras socioeconómicas plenamente bizantinas

Hemos venido repitiendo que, al nivel de la investigación actual, parece demostrada la existencia de un estancamiento demográfico y económico en sus diferentes sectores, así como una profunda reorganización social en estos siglos oscuros, que trajeron consigo, sin embargo, la aparición de una nueva estructura política, basada en una formación social peculiar, conjunto al que denominamos Imperio bizantino. No se puede caer en la simplificación de atribuir los cambios a las invasiones exteriores, tanto de los eslavos en los Balcanes desde el mismo reinado de Justiniano, como de persas y poco después de los árabes en Palestina, Siria y Egipto, aunque sea muy fácil sucumbir a la tentación de una interpretación "pirenniana" en el inicio de esta "Edad Media oriental". Parece más razonable un planteamiento no muy diferente a lo que había ocurrido en la *pars Occidentis*, según el cual la crisis, consecuencia del agotamiento del sistema esclavista, se habría iniciado en el siglo III; los siglos IV y V habrían sido una época de una recuperación provisional y los síntomas de un cambio definitivo se habrían hecho ya muy visibles en el contradictorio reinado de Justianiano. Las invasiones del siglo VII no serían sino el momento final de un largo proceso histórico.

Aunque los datos concretos que tenemos son muy escasos, parece haberse producido una inequívoca *crisis de la gran propiedad*. La sociedad tardoantigua había presenciado un espectacular incremento de la gran propiedad agraria de carácter privado, tanto laica como eclesiástica, generalmente a expensas de la disolución de la propiedad estatal o municipal. Los conocidos mecanismos de la *adjectio sterilium* (o *epibolê tôn aporôn*; en griego), que permitían la explotación de las tierras abandonadas al propietario más próximo que se hiciese cargo de los impuestos de las mismas,

había concentrado en manos de los grandes *patroni* enormes masas de tierra. Aunque el proceso había sido más visible y profundo en Occidente y en Egipto, no cabe duda que tampoco el Oriente había escapado al mismo. Muchas son las leyes que nos indican la existencia de estos grandes fundos privados en Oriente, así como conocidas son las medidas de algunos emperadores contra los azotes de esta gran propiedad, que tendía a sustraer ingresos fiscales de las arcas del Estado. Como antes mencionábamos, el gran retórico de Antioquía, Libanio, fue uno de los que con más energía denunció los excesos de estos *patrocinia* o encomendaciones que llevaban a cabo los grandes propietarios.

A lo largo del siglo VII y sin que podamos seguir con precisión el proceso, la mediana y pequeña propiedad parece haberse convertido en económica y socialmente predominante, en el marco de la reforma militar y administrativa que trajo consigo la implantación de los *thémata*, de los que más tarde nos ocuparemos. Este nuevo sistema se ve articulado casi plenamente en las prescripciones del *Nómos Geôrgikós* o Ley Agraria, seguramente del final de la dinastía heracliana. La comunidad campesina se ha convertido en la unidad económico-social y fiscal fundamental, sin que puedan verse en ella signos de una gran propiedad dominante. Es significativo, también, que algunos textos hagiográficos de estos siglos presentan como una virtud la tendencia tradicional de la comunidad familiar y doméstica bizantina hacia la autosuficiencia *(autarkeía)*, que hace al *oikos*, a la comunidad doméstica, independiente del mercado y le impulsa a practicar una política que evite, en la medida de lo posible, la producción de excedentes.

Durante algún tiempo, la bizantinística de los países eslavos intentó responsabilizar de estos cambios a los pueblos eslavos conquistadores de parte de los Balcanes y al parecer transferidos en contingentes nada despreciables a Anatolia. Resultaba además tentador suponer que una organización social igualitaria de las comunidades eslavas podría haber sido la causa de esta nivelación social. Hoy día esta explicación nacionalista y romántica no encuentra ya adeptos. Más bien, la nueva situación es consecuencia de un proceso global de reorganización de una nueva estructura política con un territorio más reducido y rodeada de potenciales enemigos en casi todos su frentes, utilizando sabiamente antiguos precedentes administrativos del Bajo Imperio y combinándolos acertadamente con soluciones más novedosas.

El *Nómos geôrgikôs* es una fuente muy poco expresiva para deducir de ella un cambio social tan profundo como el que se ha apuntado. Resulta impensable que la gran propiedad agraria hubiera desaparecido totalmente sin dejar ningún rastro, al margen de algunos testimonios aislados, principalmente de tipo hagiográfico. Es más verosímil suponer que la reforma themática, al relacionar gran parte de la actividad militar con la propia vida

agraria a base del sistema de soldados-campesinos, habría provocado que el nuevo aparato estatal pusiera todo el énfasis en la protección y defensa de esta pequeña y mediana propiedad campesina de donde procedía una parte sustancial de los contingentes militares bizantinos y de sus ingresos fiscales.

No cabe duda de que la presencia islámica en algunas zonas del Antiguo Imperio romano oriental que, al contrario de lo que había ocurrido anteriormente con los persas, pronto mostró una clara voluntad de permanencia, significó un rudo golpe para la estructura económica y comercial del Imperio. Sin embargo, tampoco hay que pensar que el control árabe de Egipto y Siria significará el final de toda relación comercial con estos territorios. No obstante, la pérdida de Egipto y Siria debió de repercutir negativamente en el aprovisionamiento de Constantinopla en productos alimenticios tan importantes como el trigo y el aceite. El Imperio parece haberse adaptado con cierta facilidad a la nueva situación, ya que las fuentes no nos dan una sensación de una situación dramática. Sin duda, los territorios que quedaron dentro del Imperio fueron capaces de hacer frente a una demanda reducida por un más que probable descenso demográfico. El trigo de Tesalia o Tracia y el aceite griego sustituyeron con éxito a los mismos productos de Egipto y de Siria.

La economía artesanal y comercial del Imperio no desapareció drásticamente en estos *Dark Ages*. Las famosas "desapariciones" de que hablaba Pirenne en su *Mahomet et Charlemagne* (1937) para justificar el fin de una época por la invasión árabe no tienen mucha razón de ser, como han mostrado posteriores trabajos de R. S. López o de M. Lombard, entre otros. Durante bastante tiempo, el *basileus* bizantino siguió empleando en su cancillería el papel especial *(basilikê chartê)* que provenía de las factorías de papiro egipcias. Fueron otras causas de fondo las que redujeron el tráfico comercial Mediterráneo y no el hecho concreto, por importante que fuera, de la pérdida de Egipto. Como antes hemos dicho, los trabajos recientes de los bizantinistas de Birmingham y sobre todo de Hendy nos han hecho romper con los espejismos de un sistema económico y monetario moderno y desarrollado en el mundo romano. A partir del siglo VII, los caracteres más visiblemente arcaicos de este sistema se hacen más patentes. La administración y el ejército son quienes demandan y emplean el oro, que apenas circula entre el común de la población. El término *nomisma* parece designar muchas veces más una unidad de cuenta que una moneda física. La ciudad, en el sentido clásico del término, declina. Deja de ejercer el papel director que antes tenía sobre la vida económica y social, conservando una función de protección y convirtiéndose en un núcleo que se confunde a veces con el agrario. Sin embargo, como muy bien ha señalado Haldon (1985), esto no significa en absoluto la vuelta a una supuesta *economía na-*

tural, concepto que no tiene ya valor en ninguna organización económica medieval, y menos aún en la bizantina.

4.4. La recuperación y "la expansión bizantina": los progresos de la gran propiedad agraria

Las grandes reformas iniciadas en el siglo VII y que se prolongaron durante los siguientes, tuvieron unas repercusiones positivas con relativa rapidez. Tras las grandes invasiones, que se pueden considerar cerradas con el último gran asedio de Constantinopla en el invierno del 717 al 718 (en el momento en que acababa de hacerse con el poder León III el Isáurico), la situación externa parece haberse estabilizado. No obstante, en el siglo VIII, el Imperio experimentó la terrible convulsión interna de la iconoclastia que, sin duda, desgastó energías y abrió un foso en la sociedad bizantina de difícil superación posterior.

La reacción y el cambio de coyuntura se empezó a hacer patente en el siglo IX. Algunos indicios muestran una cierta reacción demográfica y económica desde los inicios del siglo y, más en concreto, durante el reinado de Nicéforo I (802-814), momento de cierta importancia. Sin embargo, resulta más cómodo retrasar al menos la consolidación de la reacción hasta la segunda mitad del siglo, cuando se empiezan a cerrar las heridas abiertas por el iconoclasma y coincidiendo con el advenimiento de la dinastía macedónica en el 867.

Parece claro que en el siglo IX se dan ya en la sociedad bizantina algunos de los rasgos característicos de una sociedad de tipo feudal. Tras la desaparición de la antigua aristocracia senatorial tardorromana, la reforma themática había producido la aparición de una nueva aristocracia de funcionarios civiles y militares que habían ido haciéndose con grandes cantidades de tierra, en un nuevo régimen de gran propiedad. Resulta muy significativo que sea el cronista Teófanes (hacia el 820) quien hable por primera vez de forma clara de la existencia de los *paroikoi* o campesinos en dependencia *(paroikía),* que existían sin duda desde tiempos bastante anteriores, aunque con un insignificante reflejo en las fuentes. Este campesinado dependiente que, a diferencia del occidental, no ha roto sus lazos de dependencia fiscal con el Estado, es un rasgo muy característico de este "feudalismo bizantino".

Entre los historiadores que han aceptado la existencia de determinados rasgos feudales en la sociedad bizantina ha destacado por su importancia el siempre citado Ostrogorsky, que atribuía a estos rasgos feudales la "decadencia" bizantina a partir del último tercio del siglo XI. Según este análisis, el triunfo de la gran propiedad, sobre todo en Anatolia, en manos de

una nueva nobleza militar, habría producido un debilitamiento del Estado y del control del mismo sobre los recursos económicos. Como señalábamos anteriormente, el enfrentamiento entre una aristocracia civil y una nobleza militar feudalizada habría conducido a la ruina del Imperio y sería la causa fundamental de su debilidad militar frente a las invasiones turcas que encontraron el camino abierto en Anatolia tras el desastre de Mantzikert en el 1071.

Este punto de vista, tan aparentemente razonable y renovador, está siendo contradicho por trabajos muy recientes de bizantinistas ingleses, como Haldon y sobre todo, por el importante libro de Harvey (1989). Aceptando la existencia de un tipo de feudalismo bizantino, aunque incompleto, e incluso de una "formación social bizantina" de características homologables a las feudales, huyen de cualquier mimetismo con el mundo occidental y, sobre todo, rechazan el efecto negativo de este tipo de organización social sobre la evolución del propio Imperio. Harvey, incluso, (1989, p. 121 y más adelante constantemente repetido en toda la obra), considera que esta presencia de rasgos feudales fue un estímulo para la propia expansión económica bizantina, al ser los grandes señores militares los únicos capaces de dedicar sus ingresos a la mejora de las explotaciones para aumentar una productividad que hiciera frente al incremento de una demanda provocada por el crecimiento demográfico. La tradicional economía agraria bizantina surgida de la reforma themática, que había canonizado el ideal de la autosuficiencia *(autarkeía)*, era incapaz de cambiar de mentalidad e incrementar la oferta. Sólamente el excedente conseguido de la población de *paroikoi* o dependientes, fue capaz de elevar la oferta. Como se ve, se trata de un planteamiento sugestivo aunque discutible y que habrá de ser confirmado por posteriores investigaciones.

Para Harvey, la implantación de estos rasgos feudales y su influencia sobre el crecimiento agrario, e incluso económico general, se prolongó más tiempo del habitualmente considerado. Rechaza categóricamente el supuesto estancamiento del siglo XI, uno de los dogmas más enraizados en la bizantiística, que veía en las invasiones turcas una simple consecuencia de la decadencia militar y económica anterior. Harvey piensa que la coyuntura expansiva se mantuvo hasta, por lo menos, finales del siglo XII, exceptuando un breve paréntesis en algunas zonas de Asia Menor, como consecuencia de la invasión turca. Relaciona este crecimiento agrario con la puesta en cultivo de fértiles llanuras aluviales debido a cambios geológicos y climáticos, ya estudiados en el explosivo libro de Vita-Finzi *(The Mediterranean valleys. Geological changes in historical times)*, publicado en 1969, que situaba entre los momentos finales del mundo romano y los primeros siglos bizantinos los comienzos de la explotación de los valles aluviales con fortísimos aumentos en los rendimientos agrarios. En el análisis de Harvey, los

fenómenos "naturales" vendrían a unirse a los sociales, en una consideración y valoración positivas de la formación feudal bizantina.

De todas formas no se puede negar que el triunfo de la gran propiedad a costa de la ruina de la pequeña y mediana que la reforma "themática" había potenciado, no se produjo de forma tranquila, sino por el contrario, de forma muy traumática. En este sentido, basta hacer alusión a la *legislación agraria* para intentar frenar esta gran propiedad y sobre la que han corrido auténticos ríos de tinta. Los emperadores del siglo X quisieron detener estos progresos de la gran propiedad, no por motivos altruistas sino de defensa de una estructura social que facilitaba la responsabilidad fiscal de la comunidad campesina y, en este sentido, de un fisco estatal autónomo. Se podría afirmar que, con las variantes que quieran verse, recuerda mucho a la lucha desaforada e inútil del Estado romano tardío contra la gran propiedad y contra los "patrocinia", que podemos seguir a través de las leyes contenidas en el *Codex Theodosianus*. Nos fijaremos en este punto en los datos contenidos en el importante trabajo de Lemerle (1958), aunque no siempre en sus conclusiones.

La primera de las grandes *Novelas* de autenticidad indiscutible es la promulgada por Romano Lecapeno en el 934, ya que una anterior del mismo emperador, del 922, en la que se define la *protímêsis*, plantea graves problemas críticos, puestos de relieve por Dölger y Lemerle. En la del 934 se hace referencia a la situación creada como consecuencia del hambre provocado por la dureza del invierno del 927 al 928, que ha quedado registrado en la memoria histórica bizantina con una gran nitidez. El legislador denuncia las compras fraudulentas llevadas a cabo por los poderosos *(dynatoi, isjyroteroi)* de las parcelas de los pobres *(pénêtes)*, forzados por la necesidad. Especifica quiénes son estos poderosos en una lista de enorme interés que deja patente que eran los funcionarios civiles y militares los que abusaban de las duras condiciones del campesinado. Permite al propietario injustamente tratado retrotraer su venta y volver a recuperar su parcela. Aunque no se refiere en concreto a este problema jurídico, la *Novela* parece confirmar el derecho de compra preferencial o *protímêsis* en el caso de venta de una parcela de una comunidad campesina, que recaía en los miembros de la propia comunidad, de quienes pagan conjuntamente impuestos al Estado, para que éste no pierda impositores.

Las *Novelas* posteriores vuelven a hacer alusión a la misma situación, reforzando las prescripciones anteriores y endureciendo el tono de los calificativos hacia los abusos de estos poderosos. La reiteración de unos términos parecidos demuestra claramente que la legislación no se estaba cumpliendo y que el emperador tenía que reiterarla de forma cada vez más enfática y exigente. Así, Constantino VII en sus años de gobierno tras la caída de los Lecapénidas, volvió a la política de su suegro con una ley de mar-

zo del 947 en la que prácticamente reproducía las prohibiciones de las *Novelas* anteriores. Otra ley de este emperador, que Lemerle piensa que puede ser de su hijo Romano II, se ocupaba de las ventas de las parcelas militares y en ella se generaliza en cuarenta años el plazo de prescricpión de la enajenación de la parcela. Sin embargo, se admite la enajenación si el comprador de la parcela se hace cargo de la *stratêía*, en principio el servicio militar, pero que se ha fiscalizado y convertido en un impuesto que se satisface en un pago. La legislación de Nicéforo Focas sobre la gran propiedad se ha solido interpretar como favorable a la gran aristocracia oriental, a la que por familia estaba vinculado el coemperador, aunque Lemerle, siempre contrario a cualquier presencia de rasgos feudales en Bizancio, ha intentado darle la vuelta. Lo que parece evidente es que Basilio II, cuando llega al poder tras la muerte de Juan Tzimisces, encontró una situación prácticamente irreversible.

La ley más importante y famosa fue la promulgada por este emperador en el 996, en la plenitud de su poder personal. Dejando a un lado la posible retórica en la formulación externa, la dureza con que se pronuncia contra los progresos de la gran propiedad es extrema. Sin duda, los difíciles años iniciales de su reinado, en que había tenido que hacer frente a sucesivas rebeliones de miembros de los grandes linajes, pesaron fuertemente en su ánimo. En ella se refiere directamente a las familias Skleros, Focas y Maleinos como potenciales enemigos del Estado e incluso ejemplifica la situación creada por el enriquecimiento desmesurado de algunos miembros de las comunidades campesinas, mencionando a un tal Philocales que se había adueñado poco a poco de todas las tierras de su *jôrion*, obligándole el emperador a devolverlas a sus antiguos propietarios. En una actuación legislativa posterior (1001), Basilio impuso con todo rigor el sistema del *allêlengyon* o de solidaridad fiscal entre los miembros de la comunidad, por lo que se podía exigir a los poderosos el pago de los impuestos que no podían ser satisfechos por los menesterosos de la misma comunidad, medida odiada como ninguna por los grupos nobiliarios, que consiguieron su abolición solamente a la muerte de Basilio. No se trataba de ninguna novedad, ya que el *allêlengyon* había sido ya impuesto por el emperador Nicéforo I a principios del siglo IX, sino de la exigencia de su cumplimiento.

Tradicionalmente se había interpretado la actuación de algunos emperadores del siglo X en especial la de Basilio II, como antiaristocrática y partidaria de la protección a la pequeña propiedad. Tal fue el punto de vista de historiadores tan importantes como Charanis, Ostrogorsky o Karayannopoulos. Sin embargo, este planteamiento fue ya seriamente cuestionado por Lemerle y otros historiadores posteriores. En el momento presente predomina una visión que matiza ambas interpretaciones y que considera que, aunque pudo haber una actuación protectora respecto a los pequeños pro-

pietarios, ésta fue exclusivamente debida a motivos fiscales y de salvaguarda de la supervivencia de la comunidad campesina, sin que hubiera en ningún momento una voluntad antiaristocrática.

4.5. Evolución de la economía comercial

En este aspecto, también existen planteamientos claramente diferenciados e incluso antagónicos. Se consideraba que la fase expansiva de la economía urbana y comercial llegaba hasta fines del siglo XI, produciéndose después un estancamiento relacionado con las penetraciones turcas y normandas y que tendría su más claro exponente en la devaluación monetaria de las últimas décadas del siglo, culminadas con la reforma de Alejo I, en el 1092. Frente a este enfoque, que podríamos ejemplificar en los trabajos de Svoronos (1978) o Grierson desde el punto de vista monetario (1954), quien había a su vez corregido algunas conclusiones de López (1950, 1951), los ya mencionados trabajos de los bizantinistas del grupo de Birmingham, encabezados por los de Hendy, han llegado a conclusiones diferentes.

Lo que subyacía a toda la interpretación que podríamos llamar "clásica" es que la devaluación del *nomisma* no podía interpretarse sino como un signo de estancamiento e incluso de decadencia de la economía comercial bizantina en el siglo XI. López situaba el inicio del proceso de devaluación con Nicéforo Focas y Juan Tzimisces, pensando que la acuñación de los famosos *tetártera* del primero (monedas con una disminución de un doceavo de peso en relación con el *nomisma* anterior, que en contraste con el *tétarteron*, comenzó a ser llamado *histaménon)* era ya el inicio de la crisis, que habría tenido un segundo acto unos cien años más tarde, cuando en medio de los graves problemas de los años setenta del siglo XI ya habría producido el comienzo de la quiebra definitiva de este "dólar de la Edad Media" de que muy gráficamente hablaba. Grierson había corregido algo la cronología, lanzando la ingeniosa hipótesis de que estas nuevas monedas acuñadas por Nicéforo Focas, con un peso reducido, no eran sino expresión de una hábil política de acercamiento a las nuevas poblaciones islámicas recién incorporadas por conquista, que de esta forma podrían utilizar una moneda de muy parecida metrología y características a las del *dinar* islámico al que estaban habituadas. Para Grierson, la verdadera crisis de devaluación, reflejo de una decadencia económica innegable, se iniciaría en el reinado de Constantino IX (1042-1055) y se continuaría con sus sucesores.

Un trabajo de Morrison (1976), fue el primero en plantear una posible interpretación diferente, proponiendo que esta primera devaluación del siglo XI estaba realizada en un momento de coyuntura económica en ascen-

so, de prosperidad e incremento del comercio y no de contracción o inicio de la misma. Habría permitido a la sociedad contrarrestar los efectos negativos que sobre la expansión económica podría haber tenido la falta de elasticidad de la oferta de metales preciosos y la ausencia de un sistema eficaz de préstamo, por lo que puede interpretarse como algo más positivo que negativo. Hendy, aunque aceptando algunas de las ideas generales subyacentes a la interpretación "monetarista" de Morrison, ha matizado bastante sus conclusiones, considerando un exceso suponer que en el siglo XI la administración bizantina pudiera tener una capacidad conceptual tan elevada (1985, p. 236). Sin embargo, y esto es lo más importante, considera que la fase económica expansiva del Imperio bizantino se prolongó incluso durante el siglo XII, una vez superada la gran crisis de finales del siglo XI merced a las victorias militares de Alejo I Comneno y a su política de reformas económicas y fiscales.

La reforma monetaria de Alejo I, llevada a cabo a partir del 1092, es considerada por Hendy como la más importante desde los tiempos de Diocleciano. El sistema monetario bizantino había sido hasta el momento trimetalista, tal y como se había ido articulando a través de las actuaciones de Diocleciano y Constantino respecto al oro, de Anastasio respecto al cobre y de León III el Isáurico en lo concerniente a la plata, pero con unas monedas, las de los tres metales, fuertemente devaluadas desde mediados del siglo XI. La base de la reforma de Alejo fue la utilización de aleaciones de metales para la fabricación de monedas. El sistema comprendía cuatro tipos de monedas: un tipo de oro casi puro, de unos veinte kilates y medio, una de aleación de plata y oro, con un fino de oro entre cinco o seis kilates; una de aleación de plata y cobre, con un 6 ó 7 por 100 de plata y, finalmente, una moneda de cobre con un submúltiplo de la mitad de su valor. La moneda de oro, destinada a una circulación menor y en la que el Estado aspiraba percibir los impuestos, se llamó *nomisma hyperpyron*, haciendo alusión a su elevado contenido de oro. Las dos monedas de aleación recibieron el nombre de *aspra trakhea*, con que se indicaba su blancura por la aleación así como su forma convexa, aunque la de la aleación oro y plata también recibió an algunas fuentes el nombre de *to deuteron* o segundo, aludiendo a la primaciía del *hyperpyron*. La denominación de cobre recibió, por su parte, el nombre de *tétarteron*.

A pesar de la estabilidad y duración de esta reforma, que conformará la historia de la moneda del Imperio hasta el final de sus días, la actuación de Alejo I fue muy impopular y criticada en algunas fuentes históricas. El mayor realismo de unas acuñaciones de acuerdo con una situación económica determinada chocó con el proverbial apego popular al metal puro y el consiguiente desprecio a la aleación monetaria, sobre todo a la de oro y plata, que en general no fue admitida. La política fiscal de Alejo I, que siste-

matizó y reorganizó los impuestos entre el 1106 y el 1107, también se resintió con estos cambios monetarios. Como había ocurrido en el Bajo Imperio, el Estado intentó fijar y percibir sus impuestos en oro puro y realizar los pagos en la nueva moneda. El poder creciente de la aristocracia le obligó a fijar unas rebajas considerables si el pago se hacía en oro, aunque nunca llegaron a la auténtica diferencia de metal existente entre ambas monedas. La consecuencia, según el mecanismo de la Ley de Gresham, fue que la nueva moneda devaluada circuló profusamente, mientras se producía una tesaurización de la moneda de oro casi puro. No obstante, para una economía monetaria en expansión, esta mayor circulación monetaria representó un claro beneficio. Por lo que sabemos, la estabilidad monetaria se prolongó durante todo el siglo XII y se mantuvo incluso después de la Cuarta Cruzada, al menos en los territorios griegos de los Balcanes y Asia Menor. Un estudio de Angold (1975), nos presenta, de esta manera, un Imperio de Nicea en pleno florecimiento económico y comercial, que contrastaría con un real o supuesto "caos" del Imperio latino sometido a todo tipo de presiones y disensiones.

Tampoco resulta fácil valorar la importancia y el alcance del tratado con los venecianos del 1082 en el que el emperador les concedía enormes privilegios comerciales, aunque quizás se ha exagerado su trascendencia. Se ha solido atribuir a este tratado la virtual pérdida del control bizantino sobre el gran comercio mediterráneo, que quedó en manos venecianas. En realidad, el papel de Venecia había ido acrecentándose a medida que Bizancio se alejaba del Occidente por diversas razones. No cabe duda de que el tratado acentuó esta presencia italiana, especialmente veneciana, en el comercio entre Oriente y Occidente y que la riqueza de sus mercaderes y comerciantes provocaba el resentimiento de la población griega. Los acontecimientos del 1182, justamente un siglo después de la firma del acuerdo, cuando la población de Constantinopla en medio de una gran irritación llevó a cabo una matanza indiscriminada de extranjeros, muestran claramente el alcance de este odio a los codiciosos italianos, acentuado por la política latinófila de Manuel I. Pero, al mismo tiempo, las valoraciones tradicionales sobre esta virtual dependencia del comercio griego respecto de las ciudades-repúblicas italianas, proceden de una visión excesivamente modernista de la misma estructura comercial medieval y de una idealización excesiva del edificio económico bizantino, como antes afirmábamos.

Señalaremos, finalmente, que las fuentes de los siglos X y XI nos transmiten la impresión de una gran vitalidad entre las clases urbanas de este período. El *Libro del Eparca*, escrito en el siglo X, nos da cumplida cuenta de la importancia de las corporaciones profesionales bizantinas o, mejor dicho, de Constantinopla. Sabemos, además, que en el siglo XI, estos elementos intermedios o *mésoi*, como los conocen las fuentes y en especial

Psellos, tuvieron un papel político de primera fila en los propios destinos del Imperio. Les vemos intervenir activamente en la revuelta del 1042 contra Miguel V, lo que se vuelve a repetir en algunas ocasiones posteriores. Con la llegada al poder de Alejo I y la consolidación de un nuevo poder imperial, parece haber desaparecido esta intervención de los gremios en la vida política en un proceso contrario al del Occidente del momento, ya que fue durante este siglo cuando comenzó a producirse la conquista de autonomía jurídica de las corporaciones municipales, lo que les llevaría a asumir el poder municipal durante el siglo XIII. En Constantinopla el nuevo debilitamiento del poder central tras la muerte de Manuel I (1180) volvería a liberar las energías de estos grupos, pero serán otros quienes se aprovecharán de este fenómeno, como se podrá comprobar en el 1204. Las gildas bizantinas no habían conseguido liberarse del control del Estado a tiempo para poder intervenir decisivamente en el cambio político. Como muy brillantemente ha escrito Harvey, la tardía disolución de las relaciones sociales antiguas en el marco de una nuevas, predominantemente feudales, impidió en Bizancio sentir a tiempo el efecto beneficioso del mismo feudalismo, capaz de liberar fuerzas de cambio y progreso.

4.6. Economía y sociedad del Imperio en descomposición (1261-1453)

Si, como se ha visto, existe una falta de acuerdo en el debate historiográfico relativo a la situación socioeconómica del Imperio durante la segunda mitad del siglo XI y el siglo XII, existe un casi total consenso en el diagnóstico de que el nuevo Imperio surgido tras la caída del Imperio latino se movió siempre en un clima general de estancamiento económico y de creciente empobrecimiento. El Imperio de los Paleólogo fue ya una potencia de segundo orden, a mucha distncia de la creciente prosperidad y poder de algunas monarquías y repúblicas occidentales.

Tenemos bastante información de este período bajomedieval bizantino, procedente tanto de fuentes narrativas generales como de una abundante documentación de carácter socioeconómico fundamentalmente monástica y, en particular, de los diversos monasterios del Athos. La documentación atonita, abrumadora para algunos momentos, está en avanzado proceso de estudio y ha ido produciendo un efecto revitalizador sobre la historiografía relativa a este período. El único problema que se puede plantear es el del grado de credibilidad general, de valor global, que es posible atribuir a una documentación de procedencia monástica. Su confrontación con fuentes de otro tipo se hace precisa para aclarar la situación, pero todo parece indicar que es bastante representativa de la realidad general y que la gestión de los patrimonios monásticos no difería en gran medida de la llevada a cabo por la aristocracia laica.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que el nuevo Imperio restablecido en el 1261 era una entidad territorialmente disminuida respecto a lo que había sido el anterior al 1204. Importantes territorios, como el Epiro o la zona a orillas del Mar Negro, en torno a Trebizonda, no se integraron en el Imperio de los Paleólogo. Al mismo tiempo Grecia siguió en este período un camino bastante autónomo respecto de las directrices de Constantinopla. Por tanto, los Paleólogo solo controlaban una pequeña parte de Asia Menor, y algunas zonas balcánicas, en especial Tracia y Macedonia. Por supuesto, la población sometida al poder de Constantinopla se había reducido considerablemente en número. Por si esto fuera poco, en los últimos siglos de vida del Imperio bizantino, las exigencias de orden militar fueron un factor de constante deterioro de la propia situación general. Tras unos primeros momentos en que pareció quedar algo del antiguo esplendor, pronto la cruda realidad demostró que la restauración se había llevado a cabo en condiciones bastante precarias.

Todo parece indicar que la nueva sociedad, tras la restauración de Miguel VIII, tuvo unas características muy semejantes a las de las sociedades feudales occidentales, como queda claro a partir de los trabajos de una de las mejores estudiosas de este período, A. Laiou (1977, 1980-81). La gran propiedad laica y eclesiástica había alcanzado una gran vigencia y los extensos "Estados" aristocráticos de las grandes familias y de los principales monasterios eran la fuerza económica dominante. En ellos existía una agricultura relativamente desarrollada, con una gran variedad de cultivos cerealísticos y de huerta, y las grandes familias poseían impresionantes ganados, como los Cantacuceno, que llegaron a tener setenta mil ovejas.

El campesinado de la época Paleólogo era en su mayor parte dependiente, tanto económica como jurídicamente, de los grandes propietarios. La *paroikía* se había convertido, por tanto, en la condición socio-jurídica habitual del campesinado. Sin embargo, la situación de los *paroikoi* o parecos no era exactamente igual a la del mundo occidental. Sus lazos de dependencia nunca fueron tan opresores y duros como los que sufrían sus homónimos del mundo latino.

La unidad fundamental de la vida agraria seguía siendo, en el Imperio bizantino final, la aldea *(jôríon)*, término que ya conocemos desde tiempos muy antiguos. Se había producido una evolución de la estructura de la aldea en una dirección claramente feudal. El gran propietario o señor *(Kyrios)* era quien recibía gran parte de las cargas fiscales cuya percepción recaía anteriormente en el Estado. Al mismo tiempo, habían también evolucionado otras características de la antigua comunidad de aldea bizantina que el Estado macedonio había intentado proteger, como se veía anteriormente. Ciertos elementos colectivos desde el punto de vista económico (y también fiscal), quedaron preservados en la época tardía, pero en una di-

rección diferente. Por ejemplo, el derecho de compra preferente *(protímêsis)* de las tierras vacantes, que antes recaía en la misma comunidad, quedó reconocido en estos momentos al señor, laico o eclesiástico. Al mismo tiempo, el Estado había cedido a estos grandes propietarios gran parte de su patrimonio, generalmente en forma de *prónoia*, fórmula que ya conocemos de tiempos anteriores. Finalmente, diremos que la documentación demuestra que gran parte del campesinado dependiente seguía poseyendo, al menos parcialmente, la propiedad de la tierra que cultivaba, aunque también son frecuentes las cesiones al señor de la propiedad, obteniendo a cambio el uso y disfrute de la misma. Lo que no cabe duda es que, desde el siglo XIII, el proceso de feudalización bizantina alcanzó una profundidad e importancia nuevas y que muchos rasgos del mismo recuerdan a lo acaecido en Occidente algún tiempo antes.

A pesar de las matizaciones que la reciente investigación ha introducido, hay que seguir afirmando que la economía artesanal y mercantil bizantina experimentó un importante retroceso en la época Paleólogo, en consecuencia con su conversión en una potencia mutilada y económicamente de segundo rango. A pesar de este estancamiento económico, siguieron exportándose a Occidente algunos productos como granos, aceite o esclavos. Al mismo tiempo, la aristocracia griega gastaba inmensas sumas en la importación de paños occidentales, sobre todo italianos. En cierto sentido, la economía bizantina evolucionó hacia lo que suele llamarse una "economía colonial".

La presencia italiana en el Mediterráneo occidental se convirtió en casi opresiva. Tanto venecianos como genoveses (que fueron quienes más activamente colaboraron en la restauración del 1261) conservaron factorías y una sólida estructura organizativa que les permitió, a pesar de sus fuertes enfrentamientos, monopolizar virtualmente el comercio marítimo de productos griegos. Esta dependencia con respecto a las potencias italianas fue progresiva y se acentuó incluso desde la segunda mitad del siglo XIV. A partir de estos momentos todo el gran comercio internacional estuvo controlado por Génova y Venecia, quedando en manos bizantinas un activo e interesante comercio interior de redistribución de productos en un área limitada, particularmente entre el Mar Negro y diferentes áreas del Mediterráneo oriental. Resulta significativo que la aristocracia bizantina, todavía económicamente muy poderosa, invirtiera importantes sumas en este tipo de actividad comercial.

Estos cambios influyeron sobre el papel desempeñado por Constantinopla en estos siglos de lenta decadencia. Los viajeros occidentales de comienzos del siglo XV, como Pero Tafur o Bertrandon de la Broquière, nos transmitieron sus impresiones al respecto. Eran conscientes de que Constantinopla seguía siendo una ciudad importante e incluso "la ciudad" por

antonomasia, pero sus habitantes estaban "tristes y empobrecidos", al decir de Tafur, mientras que venecianos y genoveses controlaban completamente la vida de la ciudad, con sus barrios casi autónomos y su peso en la vida económica y social.

Esta situación económica tuvo su consiguiente reflejo en la moneda. En época Paleólogo se fue progresivamente desintegrando el sistema monetario bizantino, que tan eficazmente había reformado y adaptado Alejo Comneno. El imperio de Nicea mantuvo todavía una cierta estabilidad monetaria, en correspondencia con su positiva situación económica, en una fase relativamente expansiva. Tras la restauración la moneda fue progresivamente perdiendo su pureza, tanto por las difíciles condiciones de un Imperio mutilado y debilitado, como por los grandes gastos que exigía la situación militar, cada vez más negativa. Sabido es que Miguel VIII empleó grandes sumas en intentar frustrar la posible intervención de Carlos de Anjou en Bizancio y que el oro bizantino corrió profusamente para financiar el levantamiento de las *Vísperas Sicilianas* del 1282.

El sistema monetario bizantino inició un declive imparable durante el largo reinado de Andrónico II. El antiguo *hyperpyron*, que todavía tenía una proporción muy apreciable de oro, fue evolucionando hacia su conversión en una moneda con fuerte aleación de cobre, y no de plata como las monedas de Alejo I. Durante el largo reinado del nieto de Andrónico, Juan V, jalonado de guerras civiles y usurpaciones, la moneda de oro prácticamente desapareció, conservándose sólo algún ejemplar aislado. Parece haberse producido una transferencia progresiva, pero que llegó a ser casi completa, desde el oro a la plata, e incluso la antigua denominación de *perperon* (en boca de algunos comerciantes italianos) se empleó para designar a la moneda de plata (Hendy, 1985, pp. 536 y ss.). Al mismo tiempo la moneda occidental había penetrado en Bizancio en un proceso inverso al de siglos anteriores. Sabemos por diversos testimonios que se siguió acuñando moneda hasta la misma caida del Imperio (Constantino XI con la ciudad sitiada y a punto de caer fundió objetos preciosos de las Iglesias para acuñar moneda con la que pagar a los defensores de las murallas de la Ciudad), pero los hallazgos monetarios de los últimos veinte años de vida del Imperio son casi insignificantes. La desaparición del mítico oro bizantino podría interpretarse únicamente como un símbolo vivo del hundimiento monetario, si no fuera como muy bien advierte Hendy, que otras razones más generales de orden económico y monetario habrían estado también en la base de la transferencia desde el oro a la plata en determinadas áreas económicas europeas durante la baja Edad Media, al mismo tiempo que en otras se producía la emergencia de la moneda de oro como principal patrón monetario.

5.

La evolución política e institucional

Intentaremos mostrar en este capítulo los grandes rasgos de la evolución política e institucional del Imperio bizantino, conscientes de la importancia que en esta formación social tuvo la organización estatal. En efecto, si algo puede ser considerado como un exponente de la civilización bizantina es, sin duda, su estructura política en torno a una sólida concepción estatal heredada del Bajo Imperio romano, en constante evolución y encontrando siempre las fórmulas más adecuadas para cada situación. En cierto sentido, la historia de Bizancio puede compendiarse en la historia de la evolución de su Estado, desde las complejas y centralizadas realidades iniciales hasta su total desintegración en los últimos tiempos, pasando por la sólida e interesante fase themática, desde el siglo VII en adelante. Bizancio conservó, entre otras muchas cosas, un recuerdo muy vivo de las concepciones jurídicas helenístico-romanas con una noción muy clara del derecho público, en contraposición con el derecho privado *(ius civile)*, la sujeción del Estado, la antigua *res publica*, a estas normas del derecho público, la importancia de las relaciones contractuales entre los ciudadanos y entre éstos y el Estado.

Como directamente heredero del romano, el Imperio bizantino asumió las principales premisas "constitucionales" anteriores (perdónese el modernismo en aras de la claridad). La principal de ellas consiste en la convicción de que el emperador, sea cual fuere el nombre que recibiese *(Imperator, autocratōr* o *basileus)*, aunque en la práctica ejerza un poder absoluto, lo hace siempre en forma de delegación del pueblo, que es el depositario último de este poder. Por eso, el emperador bizantino, como antes el romano, no considerará hereditaria su magistratura, aunque en la

práctica se formasen y consolidasen dinastías en momentos de prestigio personal, utilizando habitualmente el sistema de asociación al trono del hijo designado para la sucesión, que no siempre era el primogénito. Por ello y, a pesar de la tendencia progresiva hacia un poder absoluto por parte del emperador, siempre se salvaguardó este principio teórico. Senado y ejército eran estructuras u *ordines* en la vieja terminología, que jugaban un papel importante en la designación imperial. El pueblo se limitaba, generalmente, a una simple ratificación de la elección realizada. Conviene observar que, a pesar de esta tendencia a la consolidación dinástica, nunca dejó de haber una cierta "movilidad" en el acceso a la magistratura imperial, que hizo posible que la ostentasen simples advenedizos, como ocurrió con Basilio I, el fundador de la dinastía macedónica en el 867. La práctica forzaba la teoría en muchas ocasiones y la fuerza militar, como había ocurrido por otra parte en el Imperio romano, permitía estas situaciones. Las viejas instituciones no hacían más que refrendar aquello en cuya gestación, con toda seguridad, habían participado.

Para concluir estas generalidades iniciales diremos que, un factor diferenciador importante en las concepciones político-estatales bizantinas respecto de las romanas, será el elemento religioso. El *imperator* romano era divinizado desde los tiempos de Augusto, en una operación tanto de prestigio para la nueva situación como de búsqueda de elementos de cohesión para un Imperio tan extenso y multiforme. El culto imperial romano constituyó, en general, un gran fracaso. La creencia en la divinidad del emperador difunto no caló en la población, mucho más apegada a sus viejos cultos ancestrales que a las formas oficiales de religiosidad. Los elementos unificadores o centrípetos no consiguieron imponerse a la larga a los disgregadores o centrífugos en una estructura tan compleja y difícilmente manejable con unos procedimientos técnicos tan rudimentarios.

La cristianización progresiva fue produciendo unos efectos de incalculable importancia. La Iglesia cristiana, aunque muy minoritaria en época de Constantino, adquirió un peso político inusitado. El estado grecorromano bajoimperial se cristianizó a velocidad muy superior que la misma población. Tras el Edicto de Milán la legislación constantiniana fortaleció la capacidad económica y administrativa de las iglesias cristianas. Graciano renunció al título de *pontifex maximus* que siempre habían ostentado los emperadores y Teodosio adoptó ya una posición intolerante con el maltrecho paganismo. Mientras que en Occidente se producía alguna reacción pagana de consideración, el nuevo imperio y sobre todo su capital, una creación virtualmente *ex nihilo*, reforzaba sus características de ciudad y de imperio específicamente cristianos.

El Imperio oriental o prebizantino asumió esta situación con firmeza. Los problemas religiosos se abordaron como problemas de Estado. Cons-

tantino estuvo presente en algunas sesiones del concilio de Nicea (325), como más tarde Marciano y Pulqueria presidirían alguna en el de Calcedonia (451). Era el delegado imperial quien presidía los concilios universales y el emperador quien los convocaba. El patriarca constantinopolitano, a pesar de las teóricas regulaciones que se fueron imponiendo, era nombrado por el emperador. Un hombre de la talla humana e intelectual de Juan Crisóstomo fue depuesto por el débil e ineficaz Arcadio y el clamor popular no fue capaz de conseguir su reinstauración. Se consolidaba una tradición de sometimiento del poder patriarcal al imperial que nunca se rompería, en una evolución contraria a la del mundo latino, en el que el progresivo debilitamiento del Imperio y su posterior caída propiciarían, junto con una teoría muy bien manejada, la potenciación del obispo de Roma.

Estas circunstancias condujeron a la sacralización de la figura imperial, a su "hierocratización". No hay más que pensar en el papel que los problemas religiosos juegan en la legislación justinianea o en la orgullosa proclamación de León III el Isaúrico en su correspondencia con el pontífice romano, según la cual él era emperador y sacerdote *("basileus kai ieréus")*. El emperador, sin ser un Dios, cosa que impedía la tradición cristiana, era su principal instrumento en la tierra, su representante y, desde luego, era el principal jefe y cabeza de la Iglesia.

5.1. El Estado bajoimperial, base del Estado bizantino

Resulta un tópico la afirmación de que en la época bajoimperial se produjo una profundísima reorganización administrativa que configuró una nueva forma de estado. Ni que decir tiene que no se trató de una creación *ex nihilo*, sino que Diocleciano y Constantino, los grandes impulsores de la nueva estructura, supieron aprovechar sabiamente los precedentes que encontraron en una sistema bastante unitario y homogéneo. Las reformas de ambos emperadores tuvieron una cierta continuidad, aunque en algunos aspectos divergieron. En cierto sentido, se podría afirmar que fue Constantino quien promovió los cambios fundamentales que dieron personalidad propia a la época tardorromana y, en consecuencia, a la primera época bizantina. Buscando un resumen muy rápido, podríamos afirmar que el nuevo Estado bajoimperial tuvo unas características muy intervencionistas y, si se permite la expresión, incluso totalitarias, frente a una organización política y administrativa anterior más espontánea y descentralizada sin ningún afán aparente de control.

Esta actuación reformista se refirió a todos los aspectos. Una nueva organización militar procuró una protección especial de las fronteras, potenciando las tropas de soldados *limitanei*, que vivían con sus familias cerca de

los *castella* o *burgi* de la frontera, constituyendo una forma de defensa localizada que tanta importancia tiene como precedente lejano de las actuaciones bizantinas posteriores. Lo interesante es señalar que Diocleciano amplió esta práctica a otras zonas cuya estructura fronteriza era menos clara, como la propia África o Asia. Sin embargo, estas medidas de Diocleciano, que a la larga se configurarían como uno de los ejes de política militar del nuevo Imperio, encontraron resistencias. El mismo Constantino abandonó momentáneamente el interés por la situación fronteriza y volvió a preocuparse preferentemente por las tropas *comitatenses* o móviles, dirigidas por el mismo emperador o por los diferentes *magistri militum*. Destaquemos finalmente que los emperadores del siglo IV fueron todos importantes jefes militares, en la tradición del siglo III. La situación se invertirá tras la muerte de Teodosio en el 395 y la teórica división del Imperio. El hijo primogénito de Teodosio, Arcadio, inauguró una línea de emperadores no militares que, con alguna pequeña excepción, se prolongará hasta Heraclio, a comienzos del siglo VII.

Junto al Emperador, la administración central de Constantinopla conoció siempre la presencia de un senado (*sinkleton*, entre otras, es la palabra que lo denomina). El mimetismo ideológico que hacía de Constantinopla una "nueva Roma" exigía en ella la presencia de tan ancestral institución. Durante toda la historia bizantina o por lo menos hasta fechas muy tardías, existirá siempre un senado. Como es lógico suponer, la tendencia hacia el absolutismo monárquico de las concepciones políticas del Bajo Imperio hizo que el senado de Constantinopla tuviera unas atribuciones muy limitadas, mucho más que las de su homónimo romano, el cual conservaba el peso de una larga historia y el que le conferían las crecientes ausencias del emperador, quien prefería Milán o luego Ravena como lugar de residencia habitual. El senado constantinopolitano fue una creación, en cierto sentido, artificial. Era un organismo casi muerto, meramente consultivo, con escasas facultades administrativas, predominantemente honorífico y *ad maiorem gloriam* de una todavía poderosa clase dominante, el tradicional *ordo* senatorial. Sin embargo, al menos en teoría siempre conservó un papel importante en la designación del nuevo emperador, aunque como hemos visto, se trataba de una prerrogativa más teórica que práctica.

La administración central del Imperio oriental, en sus primeros tiempos, fue dependiendo cada vez más del emperador y su entorno más directo. Durante el siglo IV, la tradición de los emperadores-soldados hizo más móvil y menos estable este conjunto de organismos administrativos. Poco a poco y de manera clara a la muerte de Teodosio, el aparato de gobierno se fue fijando en Constantinopla, como capital indiscutible del Imperio. Como ha mostrado Dagron en uno de sus grandes trabajos (1974, cap. II, pp. 76 y ss.), el que Constantinopla se convirtiera en capital de un nuevo Imperio e

imitase a la antigua Roma fue un proceso paulatino que sólo se vio completado en el reinado de Teodosio, auténtico "segundo fundador" de la ciudad. En este incremento del peso político de la capital tuvo gran importancia la creación en el 359 de la *prefectura* de la ciudad. El prefecto o *eparca*, funcionario de la clase senatorial y virtual representante de la misma, encarnaba una institución de gran importancia en Roma y surgida con el mismo Imperio. En la historia bizantina el papel del eparca, al que en algunos momentos se le calificó de "padre de la ciudad", será fundamental en la historia económica, social e incluso política de la capital. Y, como es sabido, la capital desempeñó un papel crecientemente importante en el conjunto del territorio del Imperio. El prefecto parece haber gozado, desde un principio, de independencia respecto a la administración provincial y haber tenido una consideración y rango semejantes a los de un prefecto del pretorio. Normalmente ejercía la presidencia del senado y estaba al frente de un complejo *officium*, compuesto por unos mil funcionarios que se encargaban de la gestión directa de los principales problemas de todo orden que tenía la ciudad.

Gran importancia tuvo en el Imperio oriental desde un principio la participación popular, del *populus*, en las decisiones políticas de carácter general. Desde el punto de vista constitucional el papel del pueblo resulta muy difícilmente valorable, siendo una especie de idea general aceptada desde siempre que la soberanía global residía en el mismo, anteriormente reunido en sus asambleas y comicios y en la época imperial progresivamente convertido en una caja de resonancia de las decisiones imperiales en sus períodicos encuentros en el circo. En el nuevo Imperio, el lugar de participación popular fue el hipódromo, ya que los cambios que la influencia cristiana introdujo convirtieron a las carreras de carros en el espectáculo dominante de la vida lúdica del mundo oriental. Constantino, en el momento de la fundación de la ciudad, concedió al futuro pueblo de la capital tanto el alimento gratuito a través de la *annona*, como un espacio de reunión y de participación, el hipódromo. Paralelamente y siempre imitando el ejemplo de Roma en la concepción urbanística de la nueva ciudad, el circo-hipódromo se sitúa al lado del propio palacio imperial y comunicado con él, ya que se trata del lugar de encuentro y diálogo del príncipe con su pueblo. Poco a poco el hipódromo de Constantinopla se fue equiparando en valor ideológico al *Circus Maximus* romano. El palacio imperial y el hipódromo, próximos y comunicados, fueron los polos ideológicos de representación de los dos pilares básicos sobre los que siempre reposó la concepción constitucional romano-bizantina: el poder imperial y el refrendo popular. Ambos centros tuvieron sus colaboraciones, pero también sus graves contradicciones. En el hipódromo el pueblo de la ciudad solía refrendar la elección imperial, inspirada por Dios y teóricamente aprobada por el se-

nado y ejército, que no era otra cosa sino el pueblo en armas. Pero también en el circo-hipódromo se iniciaban revueltas contra el poder imperial (la más famosa, sin duda, fue la revuelta *Nika* del 532, contra Justiniano) o tenían lugar ejecuciones de personajes importantes. Su papel fue, por tanto, fundamental en la historia del Imperio.

Ha habido durante mucho tiempo una profusa producción historiográfica relativa a esta participación popular en la vida social y política a través del circo y, más en concreto, de los llamados grupos o "partidos" del circo. Desde fines del siglo IV, las fuentes atestiguan la división de la ciudad en dos grupos, denominados verdes y azules por los colores o distintivos que lucían en el hipódromo los participantes en las carreras. En las fuentes posteriores se observa que su importancia fue aumentando. Algunos trabajos han atribuido a estos partidos un papel relevante en la vida social y política de la ciudad e incluso les han relacionado con grupos económicos y religiosos determinados (Manolovic, Maricq). Quizás el caso más extremo de esta orientación ha sido el de Dvornik, que ha hecho llegar las repercusiones de su actuación nada menos que hasta la crisis iconoclasta y el cisma fociano (Dvornik, 1950, p. 35). La reacción contraria se ha debido a la pluma de un gran experto en mundo tardoantiguo, como A. Cameron (1976). Cameron, oponiéndose a los excesos de Dvornik, ha protagonizado una postura opuesta e igualmente radical. En su opinión, es imposible ver en los grupos del circo cualquier tipo de implicación que no sea la pasión deportiva, semejante, dice él, a la de los grupos de *hooligans* en la actualidad. Cualquier otra interpretación proviene, para el autor, de una mala lectura de las fuentes.

Fueron Diocleciano y Constantino, en este aspecto tampoco siempre coincidentes, quienes crearon el resto del pequeño armazón de la administración central del Imperio, encargado de la gestión y vigilancia de la compleja administración territorial y municipal. Se fue diseñando un gran *comitatus*, así llamado por el carácter de acompañamiento móvil a que obligaban los constantes desplazamientos del emperador, con los funcionarios más próximos a la dignidad imperial, como el *cubicularius* y diferentes oficinas o *scrinia*, que se ocupaban de los asuntos más relevantes de la administración, al frente de las cuales había un *magister*. En tiempos de Constantino se creó el cargo de *magister officiorum* o jefe supremo de este núcleo administrativo imperial, que se convertiría en uno de los funcionarios con más poder. Igualmente, debió de aparecer hacia finales de la época de Constantino o algo después el *quaestor sacri palatii*, encargado de la promulgación de la legislación imperial, de acuerdo con los funcionarios de la más importante de las oficinas, la de los *notarii*. Había también una serie de funcionarios de las finanzas centrales, encargados de la percepción de todo tipo de ingresos y del control de los mismos respecto de los

funcionarios territoriales del igual signo. Estos funcionarios financieros estaban controlados por un *magister* o *comes rei privatae* (o en plural, *rerum privatarum*) que se encargaba de la gestión de los ingresos de los bienes imperiales, y un *magister* o *comes sacrarum largitionum* que gestionaba los de carácter público.

La potenciación de la administración central fue paralela a una profunda reorganización de la territorial. Tampoco en este punto está clara la cronología de las reformas, muchas iniciadas por Diocleciano y continuadas por Constantino y sus sucesores. La pieza maestra de todo el proceso fue la multiplicación del número de provincias (Lactancio acusaba a Diocleciano de haber casi desintegrado las antiguas provincias), que superaron las cien, duplicando virtualmente su número. El principio que estuvo presente en toda la reorganización administrativa fue el de la *separación del poder civil y militar,* por los que el *praesses* o *iudex* (gobernador) de la provincia solamente tuvo poder civil y administrativo. Esta ruptura de la tendencia anterior hacia una frecuente concentración de poder se debió tanto a un afán imperial por jerarquizar y controlar el poder militar como a las necesidades concretas, ya que la carrera militar había dejado de ser una aspiración en grandes sectores de las clases dominantes.

Una gran novedad bajoimperial fue la aparición de una circunscripción que agrupaba a un conjunto de provincias con una coherencia entre ellas, la *diócesis*, que tanta importancia tendrá para la organización eclesiástica cristiana. Al frente de la misma estuvo un *vicarius* que, como su nombre indica, sustituía y hacía las "veces" del prefecto pretoriano en la circunscripción. La *prefectura del pretorio*, por su parte, pasó a ser la circunscripción administrativa máxima, experimentando un gran proceso evolutivo la figura de su responsable, el *praefectus praetori*. Este alto funcionario, que había sido el personaje más importante de la antigua administración imperial, sufrió una territorialización en fecha para nosotros desconocida. Parece seguro que todavía con Diocleciano no se había producido este gran cambio y que sus *praefecti* tuvieron aún un carácter único y central. Fue con Constantino (según Zósimo) o, más probablemente, algo después cuando se produjo la división del Imperio en las cuatro grandes prefecturas (Galia, Italia, Illyricum y Oriente), que luego se reducirían a tres. El prefecto pretoriano se convirtió, de esta forma, en un funcionario civil de una enorme importancia en este proceso de cambio administrativo que combinaba elementos de centralización con otros descentralizadores.

Los aspectos de la reforma administrativa bajoimperial que más influencia tuvieron y más perduraron en el futuro Imperio bizantino fueron los fiscales y monetarios. En otro apartado hemos ya hecho ver la importancia de la reforma monetaria constantiniana, siguiendo parcialmente los pasos de la de Diocleciano pero llegando mucho más allá y creando el *solidus aureus*,

moneda de cuatro gramos y medio de oro, destinada a ser un símbolo económico e ideológico del Imperio romano oriental y y más tarde del bizantino. La reforma fiscal fue obra, en su mayor parte, del genio organizativo de Diocleciano, aunque fuese completada e incluso modificada por las nuevas exigencias que el paso del tiempo y los cambios coyunturales iban exigiendo.

El principio básico inspirador del planteamiento de la nueva situación fiscal fue el de la consagración de la hegemonía del impuesto directo, así como la racionalización del mismo, buscando un reparto más equilibrado de las cargas. Se fue procediendo a una reorganización del Imperio, tomando como unidad básica las nuevas diócesis, en una serie de circunscripciones fiscales de carácter territorial y dependiendo de los cultivos *(iugum,* pl. *iuga)*, que venían a coincidir con otras circunscripciones en las que se incluían los seres vivos, tanto personas como animales de labor *(caput,* pl. *capita)*. Se trataba de la unión del sistema de la *annona*, destinada fundamentalmente al ejército, con la *capitación* en el sistema de la *capitatio-iugatio*, impuesto agrario directo y único que podía ser satisfecho en especie o en moneda (Mazzarino, 1973, II, pp. 588 y ss). Hay que decir que durante el siglo IV predominó el pago de impuestos en especie, mientras que a lo largo del siglo V se fue imponiendo el pago en oro, en el nuevo oro constantiniano. Este proceso de conversión en pagos metálicos de antiguos pagos en especies se reguló a través del mecanismo de la *adaeratio* (metalización), que fue más rápido y precoz en el mundo occidental que en el oriental. Para contarrestar los posibles efectos negativos del sistema, que podían dejar sin aprovisionamiento al ejército, el Estado procedía a un mecanismo de compra forzosa a los particulares, que se denominaba *coemptio*.

Este modelo impositivo, como se puede apreciar, fue bastante racional y evolucionado. Conseguía unos ingresos estables y, lo que es más importante, facultaba por primera vez a una organización estatal a hacer algo parecido a un presupuesto, calculando los posibles gastos globales de la administración y adecuando los ingresos a estos gastos. Por supuesto, esta primacía del impuesto directo no significó la supresión de los indirectos, más injustos pero generalmente más fáciles de recaudar. Siguió habiendo una serie casi inacabable de impuestos indirectos que variaban de una zona geográfica a otra. Lo negativo del sistema, que heredará y hará evolucionar el mundo bizantino, es que esta reforma llegaba en un momento de coyuntura económica recesiva con evidentes descensos de productividad y de estancamiento comercial lo que hizo que significase muchas veces una carga casi insportable para la población campesina. También se enfrentaba al problema, casi insoluble a tenor del desarrollo técnico de la época, de la ausencia de recaudadores eficaces y competentes. Se intentó hacer recaer la recaudación en los *curiales* o miembros de las curias municipales, con

los consiguientes efectos negativos sobre esta clase y sin un éxito claro. La presión fiscal, consecuencia de la racionalización, llevó consigo aparejada todo un mecanismo de fraude y colaboró significativamente a la grave crisis social de estos siglos. Muchas fuentes nos transmiten la impresión de que la población campesina apenas si podía hacer frente a esta incrementada presión fiscal, produciéndose un fenómeno generalizado de huida de la condición originaria por parte de estos contingentes sometidos al impuesto.

Esta sólida organización político-administrativa, que caracteriza a la época bajoimperial, fue la que recibió el nuevo Imperio y se fue modificando en toda esta época de transición, adaptándola a nuevas necesidades. Los retoques administrativos más sustanciales fueron los llevados a cabo por Anastasio (491-518), especialmente en el terreno fiscal. Este emperador dejó a su muerte unas finanzas saneadas y una suma ahorrada de 320.000 libras de oro, cantidad que nunca sería superada en toda la historia del Imperio bizantino. Esta suma permitirá más adelante a Justiniano su ambiciosa política tanto militar (guerras de África e Italia), como la de construcciones. Sin embargo Anastasio, lejos de aumentar los impuestos, llegó a suprimir alguno como la gravosa y odiada *auri lustralis collatio*, que afectaba a las transacciones mercantiles. Igualmente, parece haber disminuido el montante de la propia *capitatio* en momentos de dificultades de la población campesina.

Parece que Anastasio consiguió estos brillantes éxitos con una política de control y racionalización del gasto, de acertada inversión del dinero público y de aplicación sabia y controlada de algunos expedientes administrativos, como la ya mencionada *coemptio*, o compra forzosa por parte del Estado de productos agrarios para compensar la monetarización de antiguos impuestos en especie. La *coemptio* parece haberse aplicado frecuentemente en época de Anastasio, pero de forma mesurada y bajo estricta vigilancia de la propia administración imperial. Se trataba de un expediente imprescindible en algunas ocasiones, pero que exigía una aplicación muy cuidadosa para que no derivase en una forma de opresión institucionalizada. La política de Anastasio es testimonio de una actitud de intervención y control estatal en la vida económica y social bizantinas a través de un aparato administrativo cada vez más eficiente.

Hasta llegar a la gran reforma themática del siglo VII, se produjeron algunos cambios significativos que preludiaban el nuevo tipo de organización estatal. Así, Justiniano creó la figura del *Quaestor Iustinianus exercitus*, de forma temporal y sólo para algunas circunscripciones, pero con la novedad de que este funcionario, contraviniendo el principio general de la administración tardorromana, concentraba en sus manos el supremo poder militar con la jurisdicción civil. Igualmente, tras la reforma administrati-

va de Egipto que llevó a cabo Juan de Capadocia, el *dux Aegypti* había acumulado toda la autoridad, desbancando en importancia al antiguo *praefectus*.

El cambio principal se registra en época de Mauricio (582-602), el más notable de los emperadores de este período intermedio entre la muerte de Justiniano y el advenimiento de Heraclio (565-610). Mauricio, que era un excelente militar, dio un paso más en este proceso de concentración de poderes típico del estado themático del siglo VII. En el 584 se registra en los textos la primera aparición de un *exarca* en Italia, con residencia en Rávena y que estaba destinado a convertirse en la máxima autoridad imperial en una Italia atormentada y fraccionada como resultado de la invasión lombarda poco después de la muerte de Justiniano. El *exarca* coexistía con otras autoridades civiles y militares, como los diferentes *duces* y *comites* o *magistri*, o incluso con el *praefectus pretorii* de Italia, que siguió existiendo durante algún tiempo. Aunque de forma todavía menos clara, sabemos que también el África bizantina, amenazada siempre por la presión bereber, registró una reforma parecida y oímos hablar de un *exarca* residente en Cartago y coexistiendo también con los antiguos funcionarios. Fueron los interesantes trabajos de Diehl (1888, 1896) los que sacaron a la luz esta importante reforma que se sitúa como precedente directísimo de los grandes cambios iniciados por Heraclio.

5.2. La gran reforma themática: hacia un nuevo tipo de Estado

En la bizantinística actual existe consenso en que fueron los grandes cambios de carácter administrativo, iniciados en el siglo VII y continuados posteriormente, los que crearon una nueva estructura política que nos permite hablar de un auténtico Estado bizantino. Sin embargo, conviene no olvidar que hasta que Rambaud escribiera su libro, hacia 1870, no se hablaba ni se sabía nada de estos cambios tan cruciales. Así, Gibbon, a pesar de sus vastos conocimientos sobre el mundo oriental, no supo calibrar las diferencias existentes en el nuevo Imperio en relación con el antiguo. Hay una razón sencilla que explica esta tardanza de la historiografía en estudiar y valorar un aspecto tan importante del nuevo Imperio, éste es el silencio casi completo de las fuentes. Como sucede en casi todos los grandes cambios que se produjeron siguiendo un largo proceso, las fuentes históricas no fueron conscientes de ellos, por lo que no los explicaron sistemáticamente. Resulta muy revelador que en la *Chronographia* de Teófanes, escrita a principios del siglo IX, todavía se hable de *tōn logomenōn thématōn* (los llamados temas) para referirse a las nuevas circunscripciones militares y administrativas.

Fue Pertusi (1978), el autor de la mejor edición y estudio sobre el *De thematibus* de Constantino Porfirogéneta (mediados del siglo X), quien estudió con más precisión la evolución del término *thema*, desde una simple masa documental o archivo referido a un ejército hasta una circunscripción administrativa en la que estaba asentado este cuerpo de ejército, pasando por la denominación del mismo cuerpo de ejército. En los *themata* se daba, de forma generalizada ya, la combinación de los dos principios que hasta el momento sólo se habían unido en condiciones excepcionales: los soldados-campesinos como realidad social y militar básica y la concentración del poder militar y civil, fundamentalmente el fiscal, en manos del *strategos* o general en jefe de la circunscripción. Como se ha ido viendo, el precedente más remoto de la nueva solución era el de la concepción de los *limites* en las reformas de Diocleciano, pero los exarcados de Mauricio constituían un precedente mucho más claro y directo para generalizarlo todavía más a gran parte del Imperio.

No existe un acuerdo claro ni una seguridad completa sobre la cronología de la reforma themática. Tradicionalmente se ha atribuido a Heraclio la implantación de esta reforma o al menos el inicio de la misma. Incluso, la ingeniosa pero poco verosímil teoría de Stein, fijaba la fecha de las guerras pérsicas como el momento del inicio de los cambios, ya que dicho autor quiso ver influencias del sistema administrativo persa en la organización adoptada por Heraclio. Sólo se puede afirmar y con reservas que debió de ser este emperador quien amplió a algunas zonas la solución exarcal y, si hacemos caso del *De thematibus*, creó el *thema* de Armenia. Lo que sí parece evidente es que en el reinado de Justiniano II existían ya cinco circunscripciones de estas nuevas características ya que, en una carta al papa Juan V, le habla de cinco *exercitus* (no emplea el término *thema*): el *Anatolikōn* o ejército de Oriente, el *Armeniakōn*, o de Armenia, el *Thrakesikōn* o ejército de Tracia, el *Opsikiōn* o ejército acantonado en la costa asiática cercana a Constantinopla (formado por las antiguas tropas *comitatenses* que estaban *in obsequio* del propio emperador) y el *karabisianôn* o flota de los estrechos.

Parece obvio que en estos años ochenta del siglo VII la reforma del estado o la auténtica creación de un estado bizantino estaba en marcha, y el proceso seguiría completándose con posterioridad. Fueron creados nuevos *themata* (como el de la Hélade, creado por Justiniano II tras sus campañas militares contra los eslavos en los Balcanes) y otros surgieron por fragmentación de los enormes territorios anteriores, como sucedió a principios del siglo VIII con la división del *Anatolikôn* en varias unidades, así como el marítimo o *Karavisianôn*. Esta partición hizo a las nuevas circunscripciones más manejables, aunque también aumentó los gastos de la burocracia.

En las nuevas unidades administrativas, los soldados poseedores de parcelas militares *(stratiôtikē gē* o *ktēma)*, cumplían un servicio militar a caballo cuando eran convocados a las campañas militares mediante el *adnomion* o leva. El resto del tiempo cultivaban sus parcelas en el seno del *jôrion* o aldea, donde convivían con los pequeños y medianos propietarios civiles. El ya citado *Nómos geōrgikós* o Ley Agraria nos da cuenta de la situación de dicha aldea, donde existía una solidaridad económica y fiscal. Parece claro que la reforma themática fortaleció en gran medida a la pequeña y mediana propiedad campesina. El general en jefe del *thema*, el *stratēgos*, detentó la suprema autoridad militar, pero también tuvo a sus órdenes a la burocracia civil, tanto judicial como fiscal, con lo que su poder era enorme. Los generales y oficiales themáticos percibían salarios muy elevados que, unidos al botín de las campañas militares, les convirtieron en muy ricos. Este enriquecimiento provocaría la progresiva inversión de sus ganancias en tierras en el mismo *thema*, a pesar de los intentos de prohibición en los primeros momentos. Este sería el origen de unas castas militares nobiliarias destinadas a destruir desde dentro el propio sistema del que habían surgido.

La administración central bizantina tuvo por fuerza que reformarse como consecuencia de estas actuaciones, en el sentido de una cierta simplificación. De la misma manera que las antiguas provincias fueron desapareciendo ante los nuevos *themata*, la descentralización producida provocó la ruina de la prefectura del pretorio, de la que no se oye hablar desde mediados del siglo VII. En Constantinopla una especie de oficinas al mando de unos funcionarios de nuevo cuño, los *logothetes*, controlaban los principales aspectos administrativos y fiscales. Los *logothetes* fueron, sin duda, el exponente más importante de la administración central del nuevo Imperio bizantino. Desde las diferentes oficinas o negociados se intentaba un control lo más estrecho posible de los *themata*, aunque éste era más teórico que real. El *sacellarius*, finalmente, era el más alto funcionario civil de la administración central del Gran Palacio de Constantinopla, encargado de la coordinación general y control de los diferentes negociados.

La organización themática, por tanto, fue una excelente solución para la nueva situación del Imperio. Proporcionó una defensa bastante eficaz frente a las penetraciones árabes, a las que consiguió estabilizar, y un esquema administrativo sencillo. La organización militar nunca reposó únicamente en las tropas de los *themata*, sino que siempre siguieron existiendo las tropas móviles o "tagmáticas" (de *tagma*, cuerpo móvil de ejército) acantonadas cerca de Constantinopla y a disposición del propio emperador. Muchas campañas contra los búlgaros, a lo largo del siglo VIII, fueron llevadas a cabo con estas tropas tagmáticas, muy reorganizadas y fortalecidas por Constantino V.

El nuevo sistema militar y administrativo fue sufriendo retoques y adptaciones en la dirección antes citada de creación de nuevos *themata*. Particular relieve tuvo la obra reformadora de Nicéforo I (802-811), que en sus años de reinado llevó a cabo una serie de cambios, como la creación de los *themata* del Peloponeso, desgajado del antiguo de la Hélade y con capitalidad en Corinto, así como el de Tesalónica. Estas nuevas circunscripciones supusieron un paso más en la reorganización de los Balcanes, tras las victorias militares contra los eslavos, seguidas de una política de nuevos asentamientos agrarios. Nicéforo intentó también una reorganización fiscal a base de la generalización de un impuesto sobre el hogar *(kāpnikon)*, previamente existente. Igualmente, llevó a cabo un nuevo censo fiscal para racionalizar y hacer más efectiva la percepción de los impuestos (Treadgold, 1988, cap. 3, pp. 127 y ss.).

En la época de Teófilo (829-842), segundo emperador de la dinastía amorita, existían ya en el Imperio veintitrés provincias, de las cuales veintiuna eran *themata*,tras la reciente división del enorme *thema* armenio. Este emperador organizó también las fronteras más conflictivas con los árabes, con los que se habían reanudado las hostilidades, en forma de *cleisurai* o clisuras, así llamadas porque se trataba de la defensa de pasos montañosos. Las tres clisuras de Teófilo (Charsianon, Capadocia y Seleucia) defendían los puertos de las montañas del Tauro que limitaban con las posesiones califales de Cilicia y Siria del norte. Igualmente, subdividió los *drunga* o unidad militar inferior de los *themata*, creando los *banda* (singular, *bandum*), que comprendía una conjunto de doscientos soldados. Como había ocurrido con los *themata*, los *banda* ampliarían su contenido desde una simple circunscricpión militar a una unidad administrativa básica, del tipo de los condados anlosajones (Treadgold, 1988, p. 346). Todas estas medidas colaboraron en la gradual mejora de la situación militar bizantina en Anatolia frente a los árabes.

5.3. Estado y administración en el Imperio bizantino Medio

No cabe duda de que las épocas macedónica y comneno presenciaron importantísimos cambios militares, políticos y administrativos que configuraron un tipo de Estado de difícil catalogación, con muchos elementos que, con cautela y en sentido amplio, hemos venido calificando de feudales. Como suele suceder en una fase demográfica y económicamente expansiva, la información que tenemos sobre este período es muy superior a la de otros momentos del Imperio bizantino. La historiografía bizantina vivió en estos siglos una época dorada y complementó eficazmente cuanto nos han hecho conocer otro tipo de textos de carácter más oficial, como las obras

de Constatino Porfirogéneta y, en especial, el *De thematibus* y *De cerimoniis*.

La administración central experimentó desde fines del siglo IX una reorganización en un sentido centralizador. La información que nos da el *Libro del Eparca*, texto del siglo X y que recoge materiales desde la época de León VI hasta la de Juan Tzimisces, es muy reveladora sobre el control que el Estado bizantino ejercía sobre la vida económica y sobre las actividades artesanales y mercantiles. Refleja una organización económica fuertemente controlada e intervenida por el Estado, representado en este caso por el eparca, antiguo prefecto que se había convertido en el principal funcionario del Imperio, ya que en estos momentos la capital tenía, como se ha expuesto, una importancia decisiva en el panorama global. En el *Libro de las Ceremonias* de Constantino VII se le llama retóricamente "el padre de la ciudad". Al mismo tiempo, se consolidaron las funciones de los diferentes *Logothetas* o altos funcionarios administrativos centrales, entre los que destacaba el *logothetes tou dromou*, que a veces ejercía un poder parecido al de un primer ministro moderno. La cancillería también se reorganizó y reestructuró. A su frente estaba el *prôtoasecretis*, personaje de la máxima confianza imperial. El patriarca Focio, por ejemplo, ocupó este cargo antes de su promoción al primer puesto de la jerarquía eclesiástica.

La organización militar, muy ligada y relacionada con la administrativa, también experimentó sustanciales cambios en esta época. Se consolidó finalmente la reforma themática (aunque el número de *themata* siguió siempre en aumento), pero al mismo tiempo aumentó el número de soldados móviles profesionales, acuartelados en la capital y a directa disposición del Emperador. Estas tropas, que constituían los *tágmata,* fueron haciéndose cada vez más necesarias en época de la dinastía macedónica, sobre todo cuando comenzó la ofensiva contra los árabes en Oriente y contra los búlgaros en el norte. Los contingentes estables de campesinos soldados o tropas themáticas no eran adecuados para una guerra de invasión, y fueron sustituidos por las unidades que podríamos llamar "tagmáticas". Esta "tagmatización" militar, en acertada expresión de Ahrweiler (1960, 1971, p. 35) se convirtió en un proceso continuado de alistamiento de tropas móviles, recurriendo incluso a los mercenarios, práctica que había estado ausente durante unos siglos de las costumbres militares bizantinas. El *doméstico de las scholae* o general en jefe de estos cuerpos móviles pasó a ser uno de los más importantes jefes militares de la jerarquía funcionarial bizantina. Fueron apareciendo nuevos *tágmata*, algunos tan famosos como los *azanatoi* o inmortales, creado por Juan Tzimisces y que llegaría a tener un renombre de valor en combate casi legendario.

En relación con estos cambios militares también la organización provincial temática fue desvirtuándose. Desde el siglo VIII las fuentes nos dan

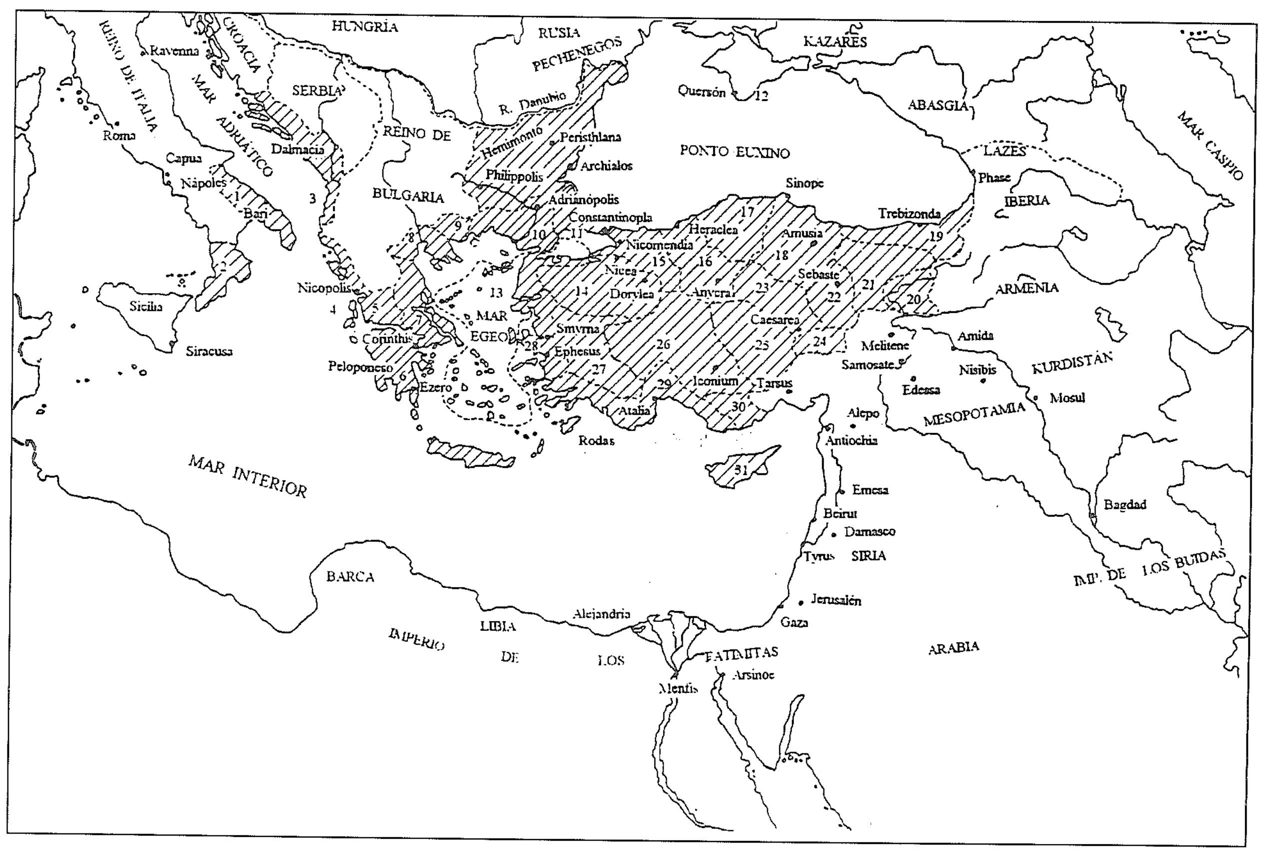


Figura 5.1. Themas del Imperio de Oriente (hacia el año 1000).

cuenta de la aparición de una nueva nobleza militar terrateniente, con vocación militar y política y surgida de la nueva estructura themática. Desde dentro, como antes explicábamos, se fue destruyendo y desvirtuando el propio sistema y desde principios del siglo XI las nuevas circunscripciones que aparecían no siempre se hacían en el marco de esta estructura, sino que fue frecuente la creación de ducados o catepanatos. La solución themática había contribuido a la estabilización del Imperio, pero no era la adecuada para una nueva fase expansiva. A lo largo del siglo XI, esta grave contradicción fue acrecentándose y la gran derrota de Mantzikert no fue sino una manifestación del fracaso militar de una situación envejecida.

En el Imperio bizantino Medio alcanzaron gran desarrollo instituciones que tienen algunos rasgos de las instituciones feudales occidentales, aunque también existen diferencias. De entre todas ellas hay que destacar la importancia del *charistíkion* y de la *prónoia*, en sus diferentes versiones, ambas iniciadas en la época macedonia final o en la transicional y generalizadas en la de los Comneno, de cuya organización política fueron un importante puntal. El *charistíkion* es una forma de concesión casi siempre –pero hay excepciones– de un bien religioso, frecuentemente un monasterio, a un laico que solía ser un gran dignatario o un miembro de la familia imperial. La tradición religiosa opuesta a esta práctica atribuía sus orígenes nada menos que a la época iconoclasta y, más en concreto, a la nefasta política del odiado Coprónimo. Probablemente no es cierto un origen tan lejano, pero esta serie de concesiones de bienes religiosos, efectuadas por el emperador o por el patriarca, son ya muy frecuentes en la segunda mitad del siglo XI: sabemos que Miguel Psellos poseyó varios monasterios en *charistíkion*, al igual que el todopoderoso ministro de Miguel VII, Nikephoritzes. Alejo I y sus descendientes emplearon muy frecuentemente este expediente para conseguir o recompensar la especial fidelidad de estos magnates respecto al poder imperial.

La *prónoia* por su parte es una institución que recuerda en algun sentido a la relación vasallático-beneficial occidental, sobre todo cuando se trataba de una *prónoia* militar *("stratiotikê")* que implicaba la concesión de un bien a cambio de servicio militar, caso ya muy frecuente a partir del siglo XII. La diferencia con Occidente estribaba, fundamentalmente, en que quien concedía el bien en *prónoia* (*eis tēn prónoian*, a la atención, al cuidado, originariamente) podía ser desprovisto del bien, ya que la propiedad eminente seguía siendo imperial. Tampoco las concesiones fueron en principio vitalicias y aún menos hereditarias, aunque muy pronto, al menos ya en el siglo XII, frecuentemente lo eran. Tras las primeros y aislados ejemplos de mediados del XI, Alejo I llevó a cabo concesiones de este tipo con suma frecuencia, especialmente a miembros de su familia, y a base no de bienes imperiales privados, sino con otros de carácter público, creando incluso

auténticos *appanages* o distritos enteros cedidos en casi completa independencia al beneficiario. Tampoco se creó una jerarquía vasallática como en occidente ni fue corriente la práctica de la subinfeudación. Ahora bien, no cabe duda de que la *prónoia* en su fase más desarrollada constituía un exponente de una sociedad e incluso de unas instituciones fuertemente feudalizadas, aunque el estado mantuviera todavía un poder económico y político importante. Tampoco cabe duda de que Alejo I aprovechó y utilizó en su beneficio las instituciones feudales más enraizadas en el mundo occidental con las que entró en contacto directo a lo largo de la Primera Cruzada, como viene demostrado por los vasallajes exigidos, y en algunos casos obtenidos, por parte de algunos jefes cruzados y que tan gráficamente nos cuenta la *Alexiada* de su hija Ana.

La dinastía que se mantuvo en el trono durante los últimos años del siglo XI y casi todo el siglo XII, la Comneno, en la última época de brillantez y prestigio del Imperio, llegó a crear un nuevo entramado político-administrativo, lo que Magdalino (1993, p. 180 y ss.) ha denominado "el sistema Comneno". Se trataba de una sabia combinación institucional que permitió hacer frente con éxito a la difícil situación externa y consolidar unas estructuras capaces de seguir controlando un Imperio algo más pequeño pero todavía considerable. La base de este sistema, dentro de una arraigada concepción de carácter patrimonialista, era el fortalecimiento de un amplio grupo aristocrático, que casi se puede llamar nobiliario, de carácter militar y muy relacionado por parentesco y otras relaciones con la propia familia gobernante. Estos *sebastoi* o *augustos*, que en época de Manuel I llegaron a ser cincuenta personas, dirigían la estructura de gobierno y detentaban el máximo poder económico. Su *oikos*, su patrimonio personal, estaba fuertemente vinculado con el del Estado, que fue perdiendo muy rápidamente su carácter público. Dependían continuamente del favor imperial en una estructura fuertemente centralizada y poseyeron un poderoso sentido de grupo que vinculaba sus propios intereses a los de la dinastía reinante y, en último término, a los del Estado. Como es comprensible, el aparato estatal se debilitó fuertemente en este período a medida que la "elite" aristocrática dominante se iba consolidando y se iba produciendo la aparición de nuevas personas por herencia o escisión de los reducidos grupos anteriores. Las reclamaciones de derechos de sucesión a todos los niveles, incluido el solio imperial, desestabilizaron gravemente la situación, que explotó en el reinado de Andrónico, primo de Manuel y epígono de la poderosa dinastía.

El viejo sistema themático, que tanto había contribuido a la gloria del Imperio bizantino Medio, siguió desvirtuándose durante el siglo XII. Las fuentes de la época Comneno siguen hablando de *themata*, incluso en algunos casos, con los mismos nombres anteriores, pero las circunscripcio-

nes habían perdido algunas de sus características fundamentales. El antiguo *strategos* aparece substituido por un *doux*, que frecuentemente concentraba el poder civil y militar, aunque en algunas provincias había junto a él un *praitor*, que era el principal funcionario de carácter judicial. Lo importante es que en el siglo XII prácticamente ya no había tropas thematicas, sino que el proceso de "tagmatización" a que antes se hacía alusión estaba virtualmente concluido. Las tropas móviles estaban asentadas en la capital o en las diferentes provincias, pero sus componentes ya no recibían tierra a cambio de su servicio militar. Habían ya desaparecido los *stratiotika ktēmata* o parcelas militares. Los soldados recibían soldada y algunos jefes y oficiales recibían sustanciosas *prónoiai* militares, que les permitían recibir unos ingresos que antes pertenencían al fisco. Paralelamente, desde el siglo XI se había vuelto a la práctica militar del mercenariado, tan importante y frecuente en el Bajo Imperio pero abandonada posteriormente. Tanto el ejército como la armada de los emperadores Comneno estaban en gran parte en manos de contingentes extranjeros, de procedencia muy variada. La misma guardia imperial era la famosa guardia varega, creada por Basilio II y que persistió en tiempos posteriores.

La administración central de la época Comneno se resintió de la quiebra del sistema thematico. En todo el sistema administrativo se combinó sabiamente un proceso centralizador con otro de signo contrario, siendo facilitada la función de la administración palatina por el mecanismo de cesión de bienes e ingresos en forma de *prónoia*. La idea central fue la de la racionalización y supresión de la inflación administrativa anterior, creando un sistema más restringido pero al mismo tiempo más eficaz. Se mantuvo el sistema de *sekreta* u oficinas para diferentes cuestiones, militares, administrativas o fiscales. Igualmente, siguieron existiendo los tres grandes apartados de gobierno, cancillería, correo *(drómos)* y Prefectura de Constantinopla, pero algunos *sekreta* desaparecieron como consecuencia de los cambios en la propia administración provincial. Un nuevo funcionario, el *megas logariastēs* coordinaba los principales *sekreta*, en cada uno de los cuales se gestionaban diferentes aspectos administrativos y fiscales. En principio, se conservó la diferenciación entre finanzas públicas y privadas, aunque no está claro que en la práctica no se confundieran. Destacaremos, finalmente, que en época Comneno parece haber habido algo parecido al cargo moderno de primer ministro o primer funcionario de la administración del Imperio, el *mesazon*. En las fuentes aparece el término y los nombres de algunas personas que actuaron como *mesazontes* entre el 1081 y el 1185, aunque sin una completa regularidad y estabilidad y debieron de ser un paso más en esta racionalización de la administración, aunque también del peso de los miembros del *oikos* imperial o cercano al mismo en el conjunto de la administración.

5.4. Estado y administración en los últimos siglos del Imperio

La casi total descomposición del Estado y la quiebra del sistema administrativo anterior son los rasgos dominantes de este último período de la historia bizantina. La mutilación territorial fue haciendo de la capital prácticamente el único activo de todo el conjunto anterior. Por ello, la administración central conservó todavía cierta importancia. Sin embargo, el avance de las fuerza aristocráticas feudales fue espectacular en esta fase y las zonas agrarias estuvieron a merced de su poder. Los grandes magnates de las regiones que aún conservaban cierto peso, como Tesalia, Tracia o Macedonia, fueron aumentando su autoridad de forma constante. Las concesiones de *prónoiai* se multiplicaron y además se hicieron hereditarias, con lo que el Estado iba perdiendo sus escasas posesiones. Los magnates ejercieron en el Imperio final funciones judiciales en sus estados, como ocurría con los señores feudales occidentales. Pero además tenían un control casi completo sobre muchas ciudades del Imperio, ya que las burguesías urbanas de las ciudades griegas tuvieron una importancia decreciente.

En estos siglos finales bizantinos la antigua potencia militar se vino abajo de forma absoluta. La tendencia a depender de la contratación de mercenarios aumentó de forma importante y tuvo consecuencias negativas, como ocurrió con la Compañía Catalana a comienzos del siglo XIV, que llegó a formar un ducado catalán en Atenas, el cual duraría bastante tiempo. Las cada vez más débiles finanzas del Imperio no podían hacer frente a estos pagos debidos a los mercenarios, con los consiguientes levantamientos e instalación *in situ* de los propios mercenarios. La flota bizantina, tras un efímero intento de reconstrucción a finales de los años veinte del siglo XIV, terminó por desaparecer, con lo que se dependió de la potencia naval de las repúblicas italianas y, en especial, de Génova, la gran inspiradora y beneficiaria de la restauración del 1261.

Andrónico II intentó también restablecer y fortalecer el aparato financiero y fiscal del Imperio, tras los grandes dispendios de Miguel VIII, para conseguir mantenerse en el trono ante la presión occidental y en especial siciliana. Las pérdidas territoriales y el avance de la feudalización habían drenado la recaudación en las arcas imperiales, ya que muchos grandes magnates gozaban de inmunidades fiscales de hecho o de derecho. Andrónico intentó aumentar la imposición del campesinado, pero gran parte del mismo, como hemos dicho, estaba ya en condiciones de dependencia o *paroikía*, por lo que frecuentemente no pagaba sus cargas, aunque teóricamente estuviese obligado a hacerlo. Este sentido tiene la creación de un impuesto en productos agrarios (el *sitokrizón*), consistente en una parte de la cosecha obtenida tanto en trigo como en cebada. Esta solución es indicativa de la pobreza estatal en el siglo XIV. Sabemos que Andrónico consi-

guió recaudar una cantidad cercana al millón de *hyperpyra* (eso sí, de oro devaluado) anuales, cuando las cifras de otras épocas habían sido hasta diez veces mayores. A pesar de la escasa información que las fuentes han dejado, da la impresión de que estos intentos reformadores tuvieron muy poca eficacia y el empobrecimiento resultó una constante en avance.

Fue también Andrónico II quien emprendió una reforma de la justicia, en un sentido centralizador, dejando toda la responsabilidad de los juicios en un alto tribunal con sede en Constantinopla, al principio formado por doce jueces y posteriormente por cuatro, dos laicos y dos eclesiásticos. Junto a este alto tribunal, cuyas decisiones no admitían apelación, unos jueces locales impartían justicia en diferentes territorios del Imperio. Es de señalar el importante papel de la Iglesia en la administración de los Paleólogo.

El Estado y la administración bizantinos se fueron apagando conforme el Imperio se iba desgajando. La expansión turca en Asia Menor y la serbia en los Balcanes fueron reduciendo el territorio imperial hasta prácticamente limitarlo a la capital. En los últimos años de supervivencia de Bizancio no se puede hablar ya de una administración imperial propiamente dicha, sino de una serie de principados más o menos vinculados con Constantinopla. La administración central fue limitándose al palacio imperial, con unas finanzas inexistentes y un aparato de gobierno anquilosado.

6. Formación de la civilización bizantina

Al principio de este libro, definíamos como un elemento fundamental del Imperio bizantino su fortísima impronta cristiana. No es ocioso enfatizarlo de nuevo en este momento. La rápida cristianización, la conversión masiva de la población de la *pars Orientis* del Imperio a partir del siglo IV, permitió la pronta asimilación de los valores clásicos y la consecución de una poderosa síntesis intelectual y religiosa. Una nueva concepción del mundo, una nueva cultura se fue dibujando. Un helenismo cristiano sirvió de base a esta concepción del mundo que podemos denominar "bizantina". En un primer momento puede atisbarse una diferencia entre lo que se podría calificar como cultura y religiosidad de "elite", con el poderoso movimiento de una patrística griega heredera en muchos sentidos del pensamiento clásico, y una cultura y religiosidad más populares, que también arrancaba de elementos preexistentes. La hagiografía sería su consecución más importante y el monacato uno de sus vehículos más poderosos. Ambas corrientes fueron interpenetrándose e influyéndose hasta formar un todo armónico, que constituirá desde el siglo VII en adelante el sustrato específicamente bizantino. Por tanto, la cristianización de valores clásicos transformados y asimilados constituyó el punto de partida sobre el que se erigirá este nuevo edificio.

Resultó esencial la adopción por parte del cristianismo oriental de la *paideia* griega, del concepto de educación, formación y asimilación del mundo helenístico, tal y como han mostrado los sugestivos trabajos de W. Jaeger (1965). El penetrante análisis de este autor ha mostrado cómo la evolución degenerativa del viejo pensamiento especulativo griego, tanto platónico como aristotélico, permitió un acercamiento a los diferentes movi-

mientos religiosos extraños. La reacción ante la *skepsis* representada por epicúreos y estoicos, se produjo en el contexto de un platonismo medio y un neoplatonismo henchidos de religiosidad y susceptibles de un rápido acercamiento al cristianismo culto. Esta interacción comenzó a producirse en el siglo II y culminó en épocas posteriores. Permitió la aparición de un neoplatonismo cristiano que fue clave en este proceso de fusión de valores de pensamiento, al mismo tiempo que el cristianismo oriental culto acuñó un fuerte respeto a los métodos de reflexión y exposición heredados del clasicismo pagano.

6.1. Pensamiento y cultura en la época de transición

Durante el siglo IV, una vez que la política de Constantino situó al culto cristiano en un plano de igualdad respecto a los paganos, se llevó a cabo una fecunda y rápida tarea de creación de un *corpus* de doctrina y pensamiento. Aunque el paganismo seguía siendo preponderante desde el punto de vista numérico, la nueva religión fue capaz de producir un pensamiento original al calor de las grandes controversias teológicas que se fueron planteando. A pesar de la victoria momentánea y parcial contra las tesis arrianas, que discutían la consubstancialidad de Cristo respecto al Padre y por tanto negaban su divinidad, conseguida en el primer concilio ecuménico de Nicea (325), casi todo el resto del siglo IV fue testigo de una tensión filosófico-teológica enormemente fructífera, que se resolvería con la victoria definitiva de la posición niceísta en el Segundo Concilio Ecuménico, de Constantinopla, celebrado en el 381. El siglo IV está dominado por la presencia de fuertes personalidades religiosas y culturales, como Atanasio de Alejandría, el más ferviente partidario de la doctrina de la consubstancialidad y los llamados "eusebianos", partidarios del pensamiento de los dos personajes de tal nombre (Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia), que defendían una postura más sutil y matizada, próxima a posiciones semiarrianas. Eusebio de Cesarea, heredero de la tradición y enseñanzas del gran Orígenes en su destierro de Cesarea de Palestina, fue, al mismo tiempo, el primer gran historiador cristiano. Su *Historia Ecclesiastica* marca un hito importantísimo en la creación de una historiografía cristiana y constituye una decisiva fuente de información, no siempre fidedigna, sobre los primeros siglos de la Iglesia.

También en el siglo IV aparece un género histórico-literario muy característico del mundo medieval, tanto oriental como occidental: la hagiografía. Las biografías de santos, que son una fuente de información sustancial en algunos momentos, se iniciaron en oriente con la vida de San Antonio abad,

el gran monje egipcio de fines del siglo III, escrita por Atanasio de Alejandría y traducida al latín poco tiempo después. El mismo Eusebio había escrito algo antes una biografía de Constantino en la que presentaba al emperador romano con algunos tintes del nuevo género.

El monacato fue también un elemento religioso y social de particular importancia para la *pars Orientis* durante estos siglos de transición. Como es sabido, el monacato fue en sus orígenes un fenómeno oriental, aunque su difusión desbordara muy pronto sus primitivos ámbitos. Tanto Antonio abad como Pacomio fueron egipcios y en Egipto el monacato se convirtió pronto en un elemento fundamental de la vida religiosa y social. Antonio, el campesino copto, representó una línea de observancia monacal de tipo eremítico, en la que los monjes vivían aislados sin prácticas comunes; mientras que Pacomio, algo más joven, organizó las primeras comunidades cenobíticas, en las que los monjes practicaban una vida más comunitaria. El monacato egipcio tuvo desde un principio un importante significado social, ya que sustraía a la vida económica y fiscal del Imperio importantes contingentes de población. La *anajōrēsis* (o retiro, aislamiento) era una forma de marginación respecto a la vida social de la propia comunidad campesina, una forma de aislamiento. Como muy agudamente ha observado P. Brown, el anacoreta renunciaba a lo más primario de la vida social campesina, como era la familia y la reproducción, y representó una de las más completas imágenes del *holy man*, el hombre santo con poderes taumatúrgicos, una de las claves ideológicas de la tardía Antigüedad. La identificación del monacato egipcio con la masa campesina copta no helenizada fue siendo progresivamente importante y su coincidencia con los objetivos del patriarcado de Alejandría se hizo patente desde los tiempos de Atanasio, aunque se fortaleció posteriormente.

Desde Egipto el monacato se difundió a otras partes de la *pars Orientis*, adquiriendo en los diferentes territorios connotaciones y particularismos muy claros. En algunos lugares, como en Siria, donde también existían poderosas comunidades no helenizadas y de habla aramea, el monacato adquirió la extravagante forma de los monjes estilitas que vivían en columnas. Uno de ellos, Simeón, se convirtió en otro expecional *holy man* y su influencia se irradió poderosamente sobre toda la Siria del norte e incluso sobre todo el Imperio oriental. Su santuario no lejano a Alepo, el actual *Qalat Seman*, constituye un impresionante conjunto monumental donde se produjeron importantes innovaciones artísticas y al mismo acudían mandatarios civiles y religiosos a buscar su santificación personal.

Los últimos años del siglo IV y comienzos del siglo V fueron muy importantes desde el punto de vista cultural e ideológico. Se ha repetido hasta la saciedad y aunque sea un tópico encierra una evidente realidad, que la época teodosiana fue la de la "refundación" de Constantinopla y de toma

de conciencia de la nueva realidad que significaba un nuevo "Imperio". Culturalmente también fue un momento clave. Estos años fueron los del apogeo de la gran patrística griega, con los padres capadocios y San Juan Crisóstomo, entre otros. También en el mundo latino contemporáneo asistimos a un momento especialmente brillante, con personalidades tan destacadas como Ambrosio, Jerónimo o Agustín. Los capadocios (Basilio de Cesarea, su hermano Gregorio de Nysa y el amigo de ambos Gregorio Nacianceno), no solamente fueron teólogos de gran relevancia, sino elementos claves en la nueva síntesis del helenismo cristiano. Como teólogos, sus aportaciones fueron decisivas para la definitiva superación de la querella arriana y para abrir un fecundo camino en las disputas trinitarias. Su pensamiento sutil y matizado supo recoger lo más fecundo de las aportacione de Orígenes e introducirlo en el acervo de la teología oficial.

Como hombres de cultura fueron un exponente maduro de la síntesis antes aludida. No hay que olvidar que defendieron la necesidad de la formación cultural clásica como elemento importante de la nueva *paideia*, actitud muy distante de la de su contemporáneo Jerónimo que intentaba arrancarse violentamente su inclinación por las letras paganas. Los tres escribieron además en un hermoso griego, en un momento de consolidación de esta lengua como la de la cultura. El griego se estaba convirtiendo en la lengua del pensamiento, por su mayor riqueza y capacidad de aportar matices semánticos, aunque el latín mantenía todavía parte de su prestigio como lengua de la administración y del ejército, pero también de los grandes acontecimientos religiosos, como los concilios generales (Marciano se dirigió en latín a los padres de Calcedonia, en el 451). Los capadocios y Crisóstomo, famoso por su elocuencia y por su dignidad ante la voluntad de la corte imperial de Arcadio, fueron los principales exponentes de esta nueva intelectualidad eclesiástica. Finalmente, los capadocios y sobre todo Basilio fueron grandes organizadores. Basilio consiguió un importante incremento de poder para su sede episcopal de Cesarea de Capadocia y fue el primer gran difusor del monacato en el mundo religioso griego, con la redacción de un *Typikon* o regla monástica que supo atemperar los aspectos más rigoristas de las reglas egipcias, adaptándolas con éxito a la mentalidad griega y siendo un punto de referencia fundamental para el posterior monacato bizantino. Si los monjes egipcios o sirios, exponentes de las comunidades no asimiladas a la cultura helénica oficial, habían exaltado esta *anachōrēsis* o marginación, el nuevo monacato griego, vocacionalmente cenobítico, recogió la herencia de los cultos y civilizados capadocios e hizo del estudio y exégesis de las Escrituras una de las principales dedicaciones de la vida monástica.

Los siglos V y VI fueron clave para la maduración de la base ideológica y cultural bizantina. Fue la época de las grandes controversias cristológicas,

que no se solucionarían hasta finales del siglo VII, pero también de la gran compilación jurídica justinianea y de la culminación de la historiografía griega, con la figura de Procopio. Asimismo, estos dos siglos fueron testigos de la gestación y maduración de las nuevas formas artísticas que podemos considerar específicamente bizantinas. Momento histórico, por tanto, interesante y fructífero en el que la huella de lo antiguo perdura, pero ya en un nuevo conjunto armónico y novedoso.

Las controversias teológicas, dedicadas especialmente a la discusión del problema de las naturalezas de Cristo una vez que ya su divinidad había quedado definitivamente aceptada con la condena última del arrianismo, fueron un factor clave en este proceso de maduración cultural. En los fragores de los primeros enfrentamientos la huella de los capadocios se depositó en los escritos de Cirilo, patriarca de Alejandría (412-444), el gran enemigo teológico de Nestorio y el engrandecedor de su sede patriarcal hasta límites insospechados. Al mismo tiempo, el platonismo cristiano se enriqueció en este período con el conocimiento y difusión del *Corpus Dyonisiacum*, o conjunto de escritos apócrifos, de autor desconocido y atribuidos a un supuesto discípulo de San Pablo, Dionisio el Areopagita. Los conoció ya Severo de Antioquía, a principios del siglo VI, aunque su gran comentarista y glosador fuera Máximo el Confesor, en época de la dinastía heracliana, en la fase última de la querella cristológica.

Las discusiones sobre las naturalezas de Cristo son algo mucho más complejo que un enfrentamiento entre dos escuelas de pensamiento, la de Alejandría de la que Cirilo fue su gran exponente, partidaria de la interpretación alegórica de la escritura, frente a la de Antioquía con Juan Crisóstomo y Nestorio, que interpretaba los textos de una manera más literal y más histórica. Se ha podido ver que se sumaron a las posiciones teológicas complejos planteamientos de otro orden y que el movimiento monofisita, heredero del pensamiento ardientemente antinestoriano de Cirilo, llegó a ser casi la posición religiosa de las comunidades no helenizadas de coptos y de arameos, mientras que la posición contraria, la nestoriana, sólo se difundió entre medios cultos.

Nestorio, antioqueno y patriarca de Constantinopla desde el 428, defendió en la capital los puntos de vista de su escuela, que se basaban en la creencia de que las naturalezas de Cristo divina y humana eran plenamente independientes. La consecuencia más grave de esta doctrina radicaba en la afirmación, lógica con estos presupuestos, de que la Virgen María no era madre de Dios, sino simplemente de Cristo-hombre. Esta negación de la condición de *Theotokos* a María significaba un ataque frontal a una de la las más arraigadas creencias populares en el mundo griego. Cirilo de Alejandría, en sus cartas a Nestorio, atacó frontalmente sus puntos de vista con la inteligente acusación de que Nestorio dividía sacrílegamente la persona

de Cristo. La posición radicalmente antinestoriana de Cirilo fue el punto de partida lejano del futuro monofisismo, ya que ponía el acento fundamentalmente en la divinidad de Cristo.

El Tercer Concilio ecuménico, celebrado en Efeso (431), significó una victoria completa de Cirilo y sus posiciones cristológicas, a las que también se había sumado el papado romano. Nestorio fue condenado, depuesto y desterrado. Por curiosas casualidades, su doctrina, que tan escasa acogida popular había tenido dentro del Imperio, alcanzó un éxito notable en las cristiandades sometidas a la dominación del Imperio persa. El nestorianismo quedó como una doctrina importante en comunidades cristianas de Asia central y, como comentábamos en otro apartado, fueron al parecer monjes nestorianos quienes en el siglo VI trajeron subrepticiamente gusanos de seda desde Oriente a Constantinopla.

La victoria de Cirilo de Alejandría abrió el camino a la doctrina monofisita, viraje teológico éste en sentido contrario al nestoriano. Fue Eutiques, un constantinopolitano, quien por primera vez llevó el pensamiento de Cirilo hasta sus últimas consecuencias afirmando que, en el momento de la encarnación, la naturaleza (en griego, *physis*) divina de Cristo absorbía a la humana, por lo que en Cristo sólo había una naturaleza (que es lo que significa monofisita), la divina. Eutiques fue apoyado por el sucesor de Cirilo en el patriarcado de Alejandría, Dióscoro, y ambos comparecieron ante un nuevo concilio de Efeso, celebrado en el 449, en el que consiguieron ver aceptadas sus proposiciones. La postura enérgica del papa de Roma León Magno, así como la inesperada muerte de Teodosio II en el 450 y el acceso al trono de su hermana Pulqueria y su marido Marciano, permitieron la anulación de este concilio de Efeso que, borrado de la lista de concilios ecuménicos, se ha solido conocer con el apelativo que el propio San León le habría dado, el de *latrocinium* de Efeso.

En el 451 se celebró el Cuarto Concilio Ecuménico, el de Calcedonia, que ha pasado a la historia como uno de los más importantes, tanto por la numerosa participación de padres, como por las decisiones adoptadas. En él se condenó la doctrina de Eutiques y Dióscoro, aunque para evitar cualquier peligro se exigió una nueva condenación de la posición nestoriana. Se adoptó la doctrina poco antes proclamada por San León en su *Tomus Leonis*, aunque matizada. Se trata de la doctrina de la "unión hipostática", que proclama la presencia de dos naturalezas en Cristo *(physeis)*, indisolublemente unidas en una misma persona *(hypóstasis)*, con lo que se abría un camino intermedio entre las posiciones nestoriana y eutiquiana o monofisita. Bien es verdad que, desde el punto de vista filosófico, la posición de Calcedonia fue prontamente criticada por su dudoso manejo de los términos empleados, ya que no estaba tan clara la distinción entre los conceptos

sobre los que giraba. No obstante, proporcionó un símbolo útil y eficaz para el futuro.

El concilio de Calcedonia fue también importante desde otros puntos de vista. El canon 3 abordaba por primera vez el problema del monacato, que tan importante papel estaba desempeñando en las querellas cristológicas, y ponía a los monasterios bajo la dependencia canónica y jurisdiccional de los obispos, impidiendo que siguieran actuando anárquicamente y constituyendo un cuerpo extraño dentro de la Iglesia. También el concilio intentó seguir recortando las diferencias jurisdiccionales entre las sedes de Roma y Constantinopla, la "nueva Roma". El Concilio de Nicea (325), celebrado antes de la constitución formal de la nueva capital, había afirmado de forma categórica la primacía romana y la labor de los concilios posteriores, donde la influencia griega era abrumadora, y trató de iniciar el recorte de estas diferencias. El canon 28 de Calcedonia, en un lenguaje astuto y alambicado, venía a reconocer a Roma una simple primacía honorífica, pero equiparaba a las dos sedes principales desde el punto de vista jurisdiccional.

El concilio de Calcedonia, lejos de acabar con las querellas cristológicas, abrió un foso insalvable entre ortodoxos (designados por sus adversario con el epíteto despectivo de "calcedonianos") y monofisitas. Todas las actuaciones posteriores buscando un acercamiento al monofisismo se estrellaron siempre con este muro. La más importante de estas medidas fue la promulgación del *Henotikon* o edicto de unión por parte del emperador Zenón (seguramente en el 482), aunque inspirado por el patriarca Acacio. El *Henótico* buscaba la conciliación o unión desde el poder político, no mencionando al concilio de Calcedonia sino episódicamente, y permitiendo una actuación incluso abiertamente promonofisita. Quedó corto para algunos, como suele suceder con estas medidas conciliatorias que no tienen en cuenta el fondo del problema, y provocó la total oposición romana, lo que originó un corto cisma que se prolongó hasta la llegada de Justino I al poder en el 518. Anastasio (491-518) fue, como se ha dicho, ardiente monofisita aunque gobernó siempre bajo la cobertura legal del decreto de su antecesor. En su reinado, los monofisitas gozaron de total libertad y autonomía y Severo de Antioquía, amigo personal y consejero religioso del emperador ocupó la sede del Siria del norte que, de esta manera, se unió a Alejandría en su vinculación con este movimiento religioso. Sin embargo, la falta de oposición externa provocó que se hicieran patentes las contradicciones internas dentro del propio monofisismo, entre una población que tenía en los monjes sus más genuinos representantes y unos grupos dirigentes y un patriarcado con sus propios intereses de clase.

La situación cambió radicalmente con la muerte de Anastasio y la llegada al poder de Justino I (518), que practicó una política procalcedoniana sin

fisuras que sería continuada por su sobrino Justiniano en sus primeros momentos. Justiniano tuvo veleidades de teólogo e incluso ciertas aptitudes para ello. Su actitud en política religiosa fue inequívoca e incluso fanáticamente ortodoxa en relación con todo tipo de movimientos religiosos, aunque oscilante y dubitativa en relación con el monofisismo. Fue de los pocos emperadores bizantinos que mantuvo una actitud intransigente con el judaismo, persiguió tenazmente los pocos restos de paganismo aún existentes (cerró, por ejemplo, la escuela filosófica de Atenas) y condenó iguamente cualquier otro tipo de movimiento religioso.

La influencia de su mujer Teodora, así como la importancia objetiva que el movimiento monofisita había cobrado en Egipto y Siria, le condujeron a bandazos religiosos significativos. Llevó a cabo más de un intento de aproximación religiosa al movimiento eutiquiano, con una fase de durísima represión intercalada. La primera aproximación, al principio del reinado, culminó con la celebración de una especie de pequeño concilio en Constantinopla, con la esperanza de conseguir conversiones pacíficas que, como era lógico, no se produjeron. En estos momentos de comienzos de los años 30 del siglo VI, el mismo Severo de Antioquía llegó a visitar la capital imperial en condición de huésped de la pareja imperial. Esta nueva tolerancia alarmó a muchos y un rápido viaje del papa Agapito a Constantinopla en el 536 salvó la situación, ya que Justiniano planeaba en estos momentos su desembarco en Italia y su guerra contra los ostrogodos, para lo que precisaba imperiosamente el apoyo papal.

La situación experimentó un rápido viraje. Comenzó un breve período de fortísima represión del monofisismo, con actuaciones político-religiosas coherentes, dirigidas por el genio administrativo del prefecto Juan de Capadocia. La política de persecución religiosa se vinculó a una concesión de mayores poderes político-administrativos al patriarca de Alejandría, que se convirtió momentáneamente en la máxima autoridad imperial en Egipto. Por primera vez desde hacia muchos años, un calcedoniano ocupaba la sede de San Marcos. Se trata de Paulo de Tabennesi, figura odiada por las comunidades monofisitas, que le acusaban de todo tipo de crueldades. Sin embargo, esta dura represión lanzó a todas las fuerza que apoyaban la religión nacional egipcia unas en brazos de otras y el papel de los principales monasterios fue crucial en estos momentos. El monofisismo se identificaba definitivamente con el monacato. En estos mismos años, un sirio llamado Jacobo Baradeo llevó a cabo una profunda reorganización de los cuadros monofisitas de tal importancia que uno de los nombres que la Iglesia egipcia monofisita ha detentado desde entonces más frecuentemente es el de *jacobita.*

La represión no podía durar mucho debido tanto a la constante presión de Teodora como a la evolución de los asuntos de Italia, que exigían en me-

nor medida el apoyo pontifical, en un momento además en que el absolutismo imperial estaba evolucionando hacia una sacralización de persona y magistratura, incompatible con una política de sumisión al obispo romano. El acontecimiento que hizo cambiar a Justinino de idea fue la deposición, en el 541 de Juan de Capadocia, el todopoderoso prefecto, en una intriga urdida por Teodora y que Procopio refiere con todo lujo de detalles. A partir de este momento, el emperador volvió a su política anterior de propiciar acercamientos a través de una atemperación de las posturas teológicas y de nuevas condenaciones a reales o supuestos nestorianos, buscando de esta manera la aprobación monofisita. Este fue el sentido que tuvo la famosa *querella de los Tres Capítulos*.

Se llama de esta forma a un decreto que promulgó Justiniano en 543, a imitación del anterior contra el origenismo, que apenas había causado conmoción en la Iglesia griega. En el decreto de los Tres Capítulos se condenaban los escritos de tres grandes padres de la Iglesia siria, Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibbas de Edesa, que habían sido considerados ortodoxos por el concilio de Calcedonia, a pesar de las nuevas condenaciones a Nestorio que había hecho esta asamblea. Se trataba de una maniobra arriesgada, ya que dejaba demasiado a las claras la concepción cesaropapista del emperador, que se atrevía a pasar por encima de las decisiones de un concilio ecuménico. Como era de suponer a los monofisitas les dejó más o menos indiferentes, mientras que levantó una oleada de oposición en las diferentes Iglesias.

Los años que siguieron fueron turbulentos desde el punto de vista religioso, como lo fue en general toda esta década, en medio de pestes y terremotos. El papa romano Vigilio fue trasladado de forma forzada a Constantinopla, donde residió como virtual prisionero imperial durante más de siete años. La actitud del pontífice osciló desde una oposición feroz a la voluntad imperial hasta una sumisión casi obligada ante la presión de la misma, que se concretó en la aceptación matizada de la condena de los Tres Capítulos en el *Iudicatum* del 548. Todavía faltaban algunos años para que las cosas se resolvieran, al menos parcialmente, lo que sucedió en el Quinto Concilio Ecuménico y Segundo de Constantinopla, convocado y presidido por Justiniano en el 553.

Este concilio rompió todos los moldes anteriores en lo relativo a la consecución de un relativo consenso y fue un exponente claro del peso que había adquirido en estos momentos la omnímoda voluntad imperial. Sin embargo, no ha sido suprimido de las listas de concilios ecuménicos, tanto por la parcial presencia del papa en el mismo, aunque fuera en condiciones de virtual rehén imperial, como por que no alteró sustancialmente el *corpus* dogmático que a la larga ambas tradiciones eclesiásticas aceptarían como ortodoxo. Sin embargo, su desarrollo fue muy diferente a los otros y

el concilio se limitó a actuar como caja de resonancia de los deseos de Justiniano. Volvió a condenar a los Tres Capítulos, aunque reconocía de forma matizada las resoluciones del concilio de Calcedonia. Abrió un foso enorme entre diferentes Iglesias, y por ejemplo, la visigótica tardó mucho tiempo en reconocer como válidas sus disposiciones. La situación de Italia explica la sumisión papal a la voluntad imperial, que sería una constante en los siglos posteriores, en los que el obispo de Roma actuó virtualmente como un destacado funcionario imperial en Italia. Sin embargo, los problemas teológicos siguieron vivos y reaparecieron violentamente en el siglo VII, hasta que la pérdida definitiva en manos árabes de Egipto y Siria permitió una solución definitiva.

En esta época transicional la Iglesia griega fue conformando su identidad y su propia personalidad, cada vez más alejada de las Iglesia latinas. Desde el punto de vista litúrgico, fue desarrollando géneros específicos que fueron diferenciando la liturgia oriental de la latina. Uno de estos géneros fue el sermón. La oratoria religiosa se desarrolló de forma importante en la liturgia griega, indudablemente como consecuencia que la relevancia que el arte retórico había tenido en Oriente en épocas anteriores. La predicación era una función inexcusable de los ministros eclesiásticos y el arte oratorio podía granjear popularidad sin límite, como había ocurrido con Juan Crisóstomo y en menor medida, con Nestorio. Pero no eran únicamente los eclesiásticos quienes practicaban el arte oratorio sacro sino que, a través de la historia bizantina, muchos laicos destacaron por estas mismas habilidades y, entre ellos, diversos emperadores. El otro género específicamente griego fue el himno, que cumplió en esta Iglesia un papel parecido al que más adelante cumplirá en la latina la salmodia o canto llamado gregoriano. Los padres capadocios habían compuesto abundantes himnos, pero será en el siglo VI cuando el género quede definitivamente consagrado, con la figura de Romano el Meloda, algo anterior a Justiniano, que escribió un número muy elevado de himnos que se hicieron clásicos. En adelante el género no hizo sino enriquecerse.

Al mismo tiempo, la Iglesia oriental acentuó su carácter monástico, que tuvo importantes consecuencia prácticas. El celibato monacal, en contraste con el mantenimiento del matrimonio en las filas del clero secular, dio una especial relevancia al monacato, que servía de vivero fundamental para reclutar entre sus filas a los obispos, lo que confirió a las Iglesias griegas una fuerte impronta monástica. La influencia de los monjes en la vida social griega fue también muy grande, como demuestra el peso creciente del género hagiográfico, que tuvo muy frecuentemente a monjes como protagonistas.

Aludíamos antes a la recepción del platonismo cristiano a través del *corpus Dyonisiacum* y conviene hacer en este momento algunas precisio-

nes. Se trata de un conjunto de escritos, formado por cuatro tratados y once cartas que debieron de comenzar a circular a fines del siglo V o comienzos del siglo VI, y que se atribuyeron a la pluma de un discípulo de San Pablo, el mítico Dionisio Areopagita. Con el *corpus* triunfaba definitivamente en el pensamiento religioso de Oriente el complejo y difuso neoplatonismo griego, con su carga mística y contenplativa, con su preferencia por la alegoría y por la exposición rigurosamente retórica. La inspiración divina, el *jārisma*, convertía al elegido de Dios en un ser capaz de adorarle y contemplarle y llegar a ver su luz. No tiene nada de extraño que fuera en círculos monásticos donde el *corpus* tuviera una mayor difusión e influencia, en especial el *Tratado sobre la Jerarquía Celeste*. Parte del *corpus* pasará a Occidente en el siglo IX, siendo traducido al latín en la corte de Carlos el Calvo.

Al hablar de la cultura no eclesiástica en este primer período de transición, es preciso hacer una referencia a la trascendental codificación jurídica justinianea, cuya valoración es difícil exagerar. Esta compilación supuso nada menos que la preservación del derecho romano para la posteridad, ya que es fácilmente imaginable que de no haberse llevado a cabo se hubiera perdido la mayor parte del mismo. La obra justinianea se fue gestando sin ninguna vocación de unidad, aunque en tiempos modernos las ediciones han solido agrupar todas las partes, dándosele al conjunto el nombre global de *Corpus Juris Civilis*. La primera parte realizada fue el *Codex* o Código de leyes, que venía a sustituir y mejorar el *Codex Theodosianus*, promulgado por Teodosio II en el 438. Mientras que éste último sólo contenía leyes del período cristiano del Imperio, es decir, desde Constantino, el *Codex Iustinianus* incluía leyes anteriores y en especial una parte de la ingente masa legislativa atribuida a Diocleciano. Al mismo tiempo, la compilación de Justiniano se hizo con mucha más libertad y con criterios más flexibles, permitiendo la supresión de contradicciones y el retoque del material, cosa que no había ocurrido en la teodosiana. Conservamos sólamente la segunda edición del *Codex*, la del 534.

Los *Digesta* o *Pandektai* constituyen la parte más importante de todo el conjunto, ya que contienen una gran masa jurisprudencial o de doctrina jurídica. Es una compilación no abordada anteriormente y cuya realización ha sorprendido incluso a la ciencia contemporánea, que ha intentado desentrañar los complejos mecanismos de la misma. En solamente tres años, entre el 530 y el 533, se llevó a cabo la compilación de este inmenso material de jurisprudencia romana, los cincuenta libros del Digesto, que comprende doctrina desde los tiempos republicanos –aunque muy escasa– y que se va haciendo progresivamente más omnicomprensivo a medida que se refiere a fechas próximas. La gran masa del Digesto está dominada por los grandes juristas tardíos, de mediados del siglo II en adelante, como Ga-

yo, Paulo o Ulpiano. La ordenación principal del Digesto está hecha por Títulos o partes de los diferentes libros y su preservación ha sido responsable de que el derecho romano no se perdiera nunca en Oriente y pudiera recuperarse en el mundo occidental a partir de determinados momentos o circustancias. Los *Instituta*, que se completaron antes de la terminación del Digesto, constituyen una especie de pequeño manual introductorio y explicativo, en la línea de los que se habían escrito anteriormente y, en especial, las *Institutiones* de Gayo, que constituyeron su principal fuente de inspiración. Finalmente, todo el numeroso material legislativo justinianeo posterior a la segunda edición de *Codex* se fue agrupando en un cuerpo de *Novellae* o leyes nuevas, algunas de ellas muy importantes como las 118 y 125, que se ocupaban del sistema de herencia y sucesión que prevalecería a partir de entonces.

La compilación fue realizada por una comisión de juristas y profesores presidida por Triboniano, *magister officiorum* y luego *quaestor sacrii palatii* de Justiniano, personaje sobre cuya honestidad lanzó serios reproches Procopio. Conocemos algunos nombres más, como el de algunos profesores de las dos grandes escuelas de derecho del momento, la de Berito (Beirut), ciudad que quedaría completamente destruida por un terremoto en el 551, y la de Constantinopla. Teófilo y Doroteo debieron de ser los autores de los *Instituta*. En cuanto a la lengua empleada, a pesar de las presiones para llevar a cabo una traducción global de todo el material al griego en un momento en que ya muy poca gente hablaba latín, la energía de Triboniano y del propio Justiniano permitió la preservación en latín, evitando de esta manera la irreparable pérdida que hubiera supuesto la traducción de todo el material.

Como decíamos antes, es difícil exagerar la trascendencia de la compilación justinianea. En el mundo oriental la obra de Justianiano siguió en plena vigencia hasta la desaparición del Imperio, aun con las consiguientes adaptaciones que fue experimentando. En Occidente su repercusión fue más tardía, a excepción de algunas zonas de Italia, donde siempre se conoció. Sin embargo, a partir del siglo XI, el mundo occidental fue conociendo el *Corpus* y en especial el Digesto, que sirvió de bagaje jurídico para todo tipo de instituciones, la Iglesia, las monarquías, el Imperio o el nuevo mundo urbano, ya que el derecho romano aportaba soluciones y orientaciones para todos los gustos, con lo que cada uno lo empleó en su beneficio. A pesar de las ingenuas prohibiciones de Justianiano de comentar el Digesto, éste fue glosado profusamente en todas partes, constituyendo un componente de primera magnitud en toda la evolución social y política europea.

Dentro del resto de las manifestaciones culturales de este período ocupa un lugar especial la historia y en especial la figura de Procopio de Cesa-

rea, contemporáneo de Justiniano e historiador del período desde su posición de secretario de Belisario. Destaca entre una serie de historiadores y analistas del siglo VI, como Juan Lydus o Agathias, tanto por la belleza y pureza de su lengua como por su afán de profundizar en las causas de los acontecimientos, aunque no siempre con objetividad e imparcialidad. Ya nos hemos referido en otro capítulo a sus principales obras, siempre vivas y palpitantes, con situaciones narradas con una gran agudeza, cualidades todas ellas que le colocan muy por delante de los otros historiadores de esta época transicional. Agathias continuó su obra, aunque su estilo es mucho más ampuloso y retórico. La historia de esta época se cierra con Teofilacto Simocattes, un egipcio de estilo florido que narró el reinado del emperador Mauricio sin un gran interés por los acontecimientos que describía y mucho más por llevar a cabo sus ejercicios retóricos.

Especial consideración merece en esta breve aproximación a la cultura del período la obra de un monje viajero llamado Cosmas Indicopleustes, o el "viajero hacia el Índico", egipcio de nacimiento y que escribió su *Topographia christiana* en la época de Justiniano. En su compleja obra escrita en un griego pulido, este viajero intenta presentar una geografía del mundo conocido en consonancia con lo que la Biblia establecía. Para él, la tierra era un disco plano con un firmamento superpuesto. Resulta interesante su versión de las causas de los terremotos, tan frecuentes en el momento en que escribía su obra, a mediados del siglo VI. Cosmas, entre otros, abandonó la explicación aristotélica del terremoto producido por el calentamiento de la tierra y se alinea con quienes pensaban que era la voluntad divina quien ocasionaba la catástrofe por culpa de los pecados de los hombres. No cabe duda de que en este momento se asistía al nacimiento de una nueva tradición cultural, lejana de los principios racionalistas del mundo clásico.

Al hacer una breve referencia al arte protobizantino o de la época transicional, hay que señalar que toma como punto de partida los precedentes romanos, con todos los elementos propios y característicos de cada uno de los componentes prerromanos o indígenas de los diferentes territorios que constituyeron la *pars Orientis*. Como ha señalado Grabar (1967, p. 306), la cristianización supuso en lo relativo a las formas y al programa artístico un *claro proceso de simplificación,* de abandono de muchas formas artísticas que habían tenido un amplio desarrollo en la época pagana. Este proceso limitativo se habría iniciado incluso antes de Constantino y habría alcanzado su punto culminante a fines del siglo IX.

El reconocimiento de la nueva religión acentuó, desde el punto de vista artístico al igual que en otros aspectos, tendencias que habían comenzado a dibujarse en fechas algo anteriores. El ritual cristiano se contagió del ceremonial civil pagano, de la misma forma que el obispo, piedra angular de

la organización eclesiástica, se asimiló en todas sus manifestaciones externas a un alto funcionario laico (Krautheimer, 1984, p. 44). Igualmente, la Iglesia triunfante recurrió a la tradición arquitectónica civil, hizo de la *basílica* o sala de reuniones, generalmente rectangular y con varias naves, su edificio emblemático para un culto religioso destinado a amplias comunidades, ya que los precedentes de la arquitectura religiosa pagana no servían para las nuevas necesidades.

Aunque se utilizaron elementos arquitectónicos anteriores, fue en la época constantiniana cuando la basílica cristiana comenzó a adquirir su esplendor e importancia. Herederas de las basílicas imperiales, las cristianas constantinianas adoptaron formas variadas, aunque con unos elementos comunes. La iluminación era un elemento primordial, ya que Cristo se identificaba en alguna forma con el *Sol invictus*. Se adaptaba a las necesidades litúrgicas, como la que exigía la separación de los catecúmenos respecto a los fieles, ya que una parte del sacrificio era solamente para éstos últimos o la situación privilegiada y preeminente del clero respecto de la comunidad. La basílica de Letrán, edificada por Constantino para la nueva comunidad en Roma, llegó a ser la más emblemática de las basílicas cristianas, aunque otras alcanzaron una importancia similar.

La basílica lateranense se levantó en tierras familiares del propio Constantino, en un lugar excéntrico de Roma, muy cerca de los muros aurelianos en su parte oriental. Como muy bien ha puesto de relieve Krautheimer (1987, p. 42), la debilidad de la posición cristiana en la capital del Imperio, a pesar del nuevo y ferviente apoyo imperial, llevó al emperador a no querer molestar la susceptibilidad de un paganismo todavía preponderante. Sin embargo, en *su* ciudad, en la nueva Roma, situó la primitiva basílica de Santa Sofía en un lugar central y muy cercano al conjunto formado por el palacio imperial y el hipódromo, centros ideológicos de la nueva capital. La actuación en una ciudad que nacía ya con vocación cristiana fue mucho más libre y menos sujeta por compromisos anteriores.

En algunas basílicas constantinianas se unieron, aunque fuera de forma excepcional, las dos tradiciones arquitectónicas más importantes en los primeros tiempos cristianos, la de la basílica y la del *martyrium* o forma más primitiva y común de arquitectura funeraria. También estaba en Roma el *martyrium* más famoso y primitivo, el de San Pedro en el Vaticano, donde la tradición situaba ya en el siglo II los restos del apóstol supuestamente muerto en Roma. Constantino conservó al *martyrium* de San Pedro en la nueva y monumental basílica romana que mandó erigir al final de su reinado. Igualmente sucedió en los dos grandes centros religiosos de Tierra Santa, que el emperador embelleció a instancias de su madre Elena, ferviente peregrina a los Santos Lugares. Las basílicas de la Natividad y del Gólgota conservaban los dos lugares de adoración previa, la gruta donde

se habría producido el nacimiento de Cristo y el lugar de su primitivo y fugaz enterramiento.

Muy poco se conserva de las construcciones constantinianas, que debieron de ser importantes y numerosas, aunque las descripciones y algunos restos arqueológicos nos han permitido hacernos una pequeña idea. Del programa constructivo de Constantinopla sólo se conservan algunas descripciones de Eusebio, que nos permiten valorar la profunda intencionalidad ideológica que tuvieron. Tal fue el caso de la famosa Iglesia de los Apóstoles (o *Apostoleion*), donde el mismo emperador fue sepultado, rompiendo espectacularmente con las tradiciones de los ritos funerarios imperiales (Arce, 1988, pp. 111 y 165). La situación del sarcófago imperial bajo la cúpula del crucero, rodeado de unos supuestos nichos de los doce apóstoles, hacía del emperador el decimotercer apóstol y convertía esta construcción en una especie de *heroon-martyrium* imperial. Nada ha quedado del *Apostoleion*, pero sabemos que fue muy imitado, al igual que la famosa Rotonda de la *Anástasis* o Resurrección, de Jerusalén, edificio emblemático de la nueva Iglesia, también desaparecido, pero cuyo recuerdo llegó a mitificarse en toda la cristiandad. La Rotonda de la Anástasis venía a resumir y simbolizar a los numerosos *martyria* circulares, que se habían convertido en edificios representativos de la arquitectura funeraria paleocristiana.

Antes de Justiniano, hay que destacar la importancia que tuvo la erección de las murallas teodosianas entre el 412 y el 413, poco después de la conquista de Roma por los visigodos y bajo el efecto emocional de la misma. La muralla teodosiana, que se mostraría inexpugnable hasta la conquista cruzada del 1204, significaba una innovación arriesgada en el campo de la arquitectura militar, que tendría profundas influencias en el futuro. Abandonando la tradición de la muralla sencilla con foso, los muros de Teodosio iniciaban la práctica del doble muro o doble recinto, mucho más seguro e inexpugnable, que sería imitado a partir de entonces en las principales obras de fortificación militar.

Antes de ocuparnos brevemente de las construcciones justinianeas, conviene mencionar la actuación decidida del emperador Zenon (474-475, 476-491) en Siria, con una serie de monumentales construcciones, auténticas "catedrales", entre las que destaca por sus proporciones y su conservación la de Qalat Seman, en el norte de Siria, no lejos de Alepo. Este monumental *martyrium* se construyó en torno a la columna en que había pasado los últimos años de su vida el famoso anacoreta estilita, San Simeón. Constituye un complejo conjunto de edificios de proporciones enormes, destinados a acoger una gran cantidad de peregrinos. Los rasgos arquitectónicos generales testifican una deliberada vuelta al clasicismo, en contraste con otros edificios en los que se habían producido importantes innovaciones.

El programa constructivo de Justiniano llegó a alcanzar suficiente importancia dentro de su acción general de gobierno como para merecer un libro entero dentro de las obras históricas de Procopio. La construcción de edificios, tanto en Constantinopla como en el resto del Imperio, formaba parte del aparato ideológico de la autocracia imperial. Además, los arquitectos justinianeos crearon o al menos generalizaron una nueva arquitectura religiosa, que abandonaba las tradicionales plantas basilicales y prefería las plantas centrales con bóvedas de ladrillo y cúpula. Significaba un hito importante en la creación de una específica arquitectura bizantina, en contraste con el continuismo occidental y que duraría en Oriente más de un milenio.

La construcción de Santa Sofía, consagrada en el 537 y cuya cúpula se rehizo al final del reinado del emperador, culminaba un amplio programa arquitectónico en la misma capital, iniciado con las iglesias dedicadas a San Polyeucto y a los santos Sergio y Baco. Su descripción ha sido hecha tantas veces que resulta ocioso realizarla una vez más. Remito al lector a las interesantes páginas de Krautheimer (1984, pp. 242 y ss.), en que pone de relieve la audacia e innovación de la construcción, dirigida por dos personajes, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, que más que arquitectos eran matemáticos y geómetras. Glosando la descripción clásica de Procopio en su *De aedificiis*, Krautheimer insiste en la complejidad de la intencionalidad de sus inspiradores, en la mezcla de afirmaciones y negaciones que implicaba esta construcción, auténtica joya de la arquitectura bizantina en sus primeros albores.

Con el programa constructivo de Justiniano quedó consagrada definitivamente la arquitectura religiosa bizantina con su prototipo de iglesia de planta de cruz griega con cúpula sobre pechinas, con soluciones arquitectónicas sencillas, lejanas a las complejidades técnicas de la emblemática Santa Sofía. Este modelo fue combinándose con el de la antigua basílica paleocristiana, desembocando en muchos casos en las "basílicas con cúpula", tan típicas de la arquitectura bizantina posterior (Krautheimer, 1984, p. 287 y ss.). Hay que decir finalmente que Justiniano llevó a cabo también numerosasa construcciones fuera de la capital imperial, tanto de arquitectura religiosa como civil. La defensa del imperio engrandecido hizo necesaria la construcción de un tipo de pequeñas ciudadelas fortificadas, con iglesia dentro del recinto y construidas en lugares estratégicos, tanto en Siria como en el norte de África o en el Sinaí.

Entre las artes figurativas de la época transicional fue mucho mayor la importancia de la pintura y el mosaico que de la escultura, por las fuertes reminiscencias paganas de ésta última. La pintura paleocristiana y protobizantina ha dejado escasas huellas en la *pars Orientis*, a excepción de los frescos de Dura Europos en Siria o las pinturas egipcias de algunos mo-

nasterios coptos. El mosaico nos ha dejado más ejemplos de la fuerza de las artes figurativas de esta fase, desde los magníficos mosaicos de San Jorge de Tesalónica hasta los de la época justinianea, tanto en Santa Sofía como, de forma muy destacada y aunque no sean únicamente de tradición protobizantina, en los mejores ejemplos de mosaicos de los edificios de Rávena.

6.2. Los inicios de una religiosidad y cultura bizantinas: la época heráclida y la crisis iconoclasta

Con el fracaso del proyecto de Justiniano se inició una nueva época. Como se ha dicho reiteradamente, se inauguraba la verdadera época bizantina. En medio de un panorama bastante desolador, de invasiones externas, pérdida de territorios y olvido de la tradición clásica, se gestaban nuevos valores y nuevas concepciones del mundo, aunque en una atmósfera atormentada y en un panorama nada brillante. Los *Dark Ages* o "época oscura" de los inicios del Imperio bizantino lo fueron no sólo en los aspectos económico y político, sino también en el religioso y cultural. La aparición de un nuevo orden, de una nueva estructura, no fue tranquila y sosegada.

La época de la dinastía heracliana fue un período que combinaba restos importantes del período transicional con otras aportaciones y planteamientos. Hemos ya visto cómo la mutilación del territorio imperial, consecuencia de la invasión islámica, configuró un imperio más reducido pero también más coherente, con su centro de gravedad en Anatolia. Desde el punto de vista religioso, la situación se simplificó de forma extraordinaria con la pérdida de los territorios más conflictivos y allí donde se habían producido movimientos religiosos y teológicos de profundo alcance que, como también se ha dicho anteriormente, sirvieron de recubrimiento a graves problemas sociales y políticos y colaboraron en el indudable apoyo que sus poblaciones dieron a la penetración islámica.

No obstante, la solución definitiva a los viejos problemas sobre las naturalezas de Cristo, que se alcanzaría en el Sexto Concilio Ecuménico del 680-81, estuvo precedida de momentos complejos, con intentos imperiales y patriarcales de aproximación al monofisismo moderado a través de posturas intermedias que, como había ocurrido anteriormente, tampoco tuvieron ningún éxito. Da la impresión de que la realista solución del 680 fue una consecuencia del convencimiento de que las pérdidas territoriales de finales de los años treinta y de los cuarenta (Siria, Palestina y Egipto) eran ya irreversibles y que resultaba inútil seguir haciendo concesiones en el vacío.

Este último esfuerzo de aproximación estuvo protagonizado por Heraclio y el patriarca Sergio y materializado en forma de un edicto imperial, conocido como la *Ekthesis* (promulgado en el 638), en el que se proclamaba que las dos naturalezas *(physeis)* de Cristo, estaban unidas en una sola operación *(energeia)* y en una sola voluntad *(zélēma)*, de donde viene el nombre de monotelismo que ha recibido dicha doctrina. Esta postura, que adoptaba una visión calcedoniana moderada así como la del monofisismo más templado que había tenido como principal exponente a Severo de Antioquía, tenía su punto de partida remoto en el pensamiento de Cirilo de Alejandría. La posición monotelista consiguió algunos éxitos discretos y nada espectaculares y se mantuvo la división anterior.

El principal defensor de la ortodoxia calcedoniana más estricta fue el monje Máximo el Confesor (580-662) que, según Meyendorff (1975, p. 52), "puede ser considerado, desde muchos puntos de vista, el verdadero padre de la teología bizantina" y ocupó junto con Orígenes, los Capadocios y el Pseudo-Dionisio un lugar preferente en toda la historia del pensamiento oriental. Su ardiente apego a la fe de Calcedonia le obligó a refugiarse en África, que se convirtió en el baluarte de la ortodoxia dentro del Imperio. Sus escritos constituyeron la base sobre la que se articuló la respuesta pontifical a la promulgación en el 648 del *Typos*, un nuevo decreto de Constante II por el que se reafirmaba el monotelismo y se prohibía cualquier tipo de discusión teológica al respecto. Lejos de obedecer, el papado romano llevó a cabo un importante concilio lateranense en el 649 que mostró inequívocamente la oposición occidental a la postura religiosa oficial. El papa Martín, que presidió el concilio, pagaría caro su enfrentamiento con Constante, ya que poco después fue enviado a Oriente y recluido en Querson, en Crimea, donde moriría al cabo de poco tiempo. La existencia del exarcado de Rávena garantizaba al emperador un efectivo control sobre Italia. Máximo también sería juzgado, mutilado y finalmente moriría como mártir en el 662.

Como antes decíamos, Constantino IV, hijo y sucesor de Constante II, adoptó una política más realista y dejó de defender las posturas intermedias. En noviembre del 680 y tras una cuidadosa preparación, se reunía en Constantinopla un concilio que duraría casi un año y en el que participaron representantes de las cinco grandes sedes patriarcales, incluida una nutrida delegación romana enviada por el papa Agatón, requisito indispensable para que fuera considerado ecuménico. Tras una cuidadosa labor de depuración de textos, el concilio condenó el monotelismo y alcanzó la deseada unión en las últimas sesiones de septiembre del 681 (Herrin, 1987, pp. 277 y ss.). Se cerraba de esta manera un capítulo muy largo de búsqueda de soluciones teológicas al problema capital de las naturalezas de Cristo, que había provocado un sinfín de posturas encontradas. La teo-

logía cristiana había dado un importante paso hacia su definitiva constitución.

La historia religiosa de la dinastía heracliana culminó con la celebración de otro concilio de gran importancia, entre el 691 y el 692, durante la primera fase del reinado de Justiniano II, al que se le suele llamar el Quinisexto o el concilio trullense. Se trata de una reunión que nunca alcanzó el sentido técnico de *concilio ecuménico*, ya que la Iglesia romana se negó a reconocerlo como tal y, por ello, es considerado como un concilio de la Iglesia griega. La finalidad de su convocatoria era la de completar la obra de los concilios quinto (553) y el recientemente celebrado Sexto Concilio Ecuménico. Si los anteriores se habían dedicado a cuestiones dogmáticas, por lo que no habían promulgado cánones o normas disciplinares, los 102 cánones del Quinisexto tenían un alcance puramente disciplinar y organizativo. La trascendencia de sus decisiones radica en el hecho de que quedaron patentes, e incluso explicitadas en los textos, las profundas diferencias que existían entre las iglesias de Roma y Constantinopla en aspectos disciplinares básicos, como son la cuestión del celibato clerical, o en el ayuno en sábado o domingo, que practicaba la iglesia romana y la griega prohibía. Los cánones del quinisexto acusan ya a la Iglesia romana de desviaciones respecto a la tradición, argumento que estará siempre presente en las disputas entre ambas sedes. La trascendencia para la Iglesia bizantina radicó en que se convirtieron en la base sobre la que evolucionó en el futuro el derecho canónico ortodoxo.

La situación de distanciamiento religioso que el quinisexto no había hecho más que hacer patente, en un momento de control político y militar de Italia desde Constantinopla, no pudo resolverse por la visita del papa Constantino a la capital imperial en el 710, la última de estas características. A pesar de que el papa se avino a firmar una copia de los cánones del Quinisexto y a aceptar sus decisiones, este arreglo fue meramente teórico y sin repercusiones concretas, como los avatares de la crisis iconoclasta se encargaron de demostrar.

6.3. La crisis iconoclasta (726-843)

Pocos momentos como éste de la historia bizantina fueron testigos de una situación tan conflictiva. Se trata, sin duda, de una de las crisis más profundas por las que atravesó Bizancio, hasta el punto de que casi podría afirmarse que, desde el punto de vista ideológico, fue en el marco de la misma cuando se consolidó su verdadera entidad histórica. No obstante su importancia, no resulta fácil llevar a cabo una reconstrucción cabal de los acontecimientos, lo que explica que se siga escribiendo con bastante frecuencia

sobre un tema con escasa información, en busca, sin duda, de una posible interpretación explicativa. Nombres muy ilustres de la bizantinística o incluso de la historia tardoantigua, como Haldon o Brown se han contado entre quienes han hecho aportaciones al problema de la Iconoclastia.

Parece haber un acuerdo en que el culto a los iconos fue generalizándose y alcanzando una dimensión e importancia nuevas en Oriente desde la segunda mitad del siglo VI. En las difíciles épocas de las invasiones exteriores, persas y árabes, las imágenes milagrosas e intercesoras eran adoradas como potenciales soluciones de salvación. Tal ocurrió con San Demetrio y su milagrosa intervención en la defensa de Tesalónica o el papel desempeñado por los sagrados iconos en el ataque a Constantinopla del 626. Para Brown, este aumento del interés por los iconos que representan y defienden a una ciudad es consecuencia de un incremento del *patriotismo cívico* en el Imperio (Brown, 1973, p. 17), así como del hecho de que el icono era la representación del *holy man*, del santo hombre que protegía a su comunidad de cualquier peligro y cuya importancia había ido acrecentándose desde la tardía antigüedad.

Tanto Brown como Herrin (1987, pp. 330 y ss.) han apuntado que a fines del siglo VII se produjo una profunda crisis espiritual en la sociedad bizantina como consecuencia del incremento de la presión árabe sobre diferentes partes del Imperio, en una atmósfera de inestabilidad política que caracterizó a los ultimos años de la dinastía heracliana. Los enérgicos y muchas veces exitosos ataques árabes fueron creando un ambiente de desmoralización colectiva a la vez que de pérdida de fe en el valor de los iconos, que no eran capaces de salvar a la comunidad de tales ataques, con lo que fracasaba su poder de intercesión con la divinidad. La tradicional creencia bizantina en que estos males eran un castigo de Dios por las faltas colectivas desviaba la atención hacia un posible pecado de idolatría, que vendría a sumarse a los más habituales. Brown conecta además esta crisis de valores relacionados a los iconos con la más general y definitiva del mundo urbano tardoantiguo que él sitúa de forma algo mecánica en relación con las invasiones islámicas, cuando se ha visto ya que tal crisis era anterior, fue más paulatina y no se conectaba necesariamente con las crisis externas. Esta nueva situación exigiría una nueva religiosidad más propia de un estado más centralizado y modesto, el de los Isáuricos, que volvería su vista hacia el Antiguo Testamento y se centraría en unos símbolos religiosos más reducidos que la adoración de una multiplicidad dispersa de iconos.

Este tipo de explicaciones sobre la Iconoclastia son hoy día predominantes en la investigación acerca del tema, frente a otro tipo de razonamientos anteriores que habían puesto un énfasis preferente en causas de carácter externo, como la posible influencia islámica o judía sobre una po-

sición contraria al culto a los iconos. Parece indudable una cierta influencia sobre Bizancio de la posición islámica, cuya oposición tradicional a cualquier tipo de representación iconográfica de carácter religioso se había acentuado recientemente, pero son más importantes las causas internas dentro de la sociedad bizantina que no posibles influencias externas. Pensemos además que el gran campeón del culto a las imágenes fue Juan de Damasco, el monje palestino que escribió sus *Orationes* o tratados a favor del culto a los iconos desde tierra islámica. No había por tanto una uniformidad al respecto. Del mismo modo, tienen hoy menor acogida las tesis que presentaban la Iconoclastia como una creencia específica de las partes orientales del Imperio, frente a la posición iconodula de las posesiones occidentales. Sin embargo, no hace mucho tiempo todavía se manifestaba proclive a estas explicaciones basadas en causas externas una persona de la talla de A. Grabar (1984, 2ª Ed., pp. 111 y ss.), lo que debe de servirnos de aviso para no dejar de lado con frivolidad este tipo de factores, que pueden perfectamente combinarse con explicaciones más internas y de fondo.

Desde los inicios de la nueva dinastía inaugurada por León III, la atmósfera contraria a la adoración de las imágenes se hizo patente. Fueron dos obispos anatolios, Constantino de Nacoleya y Tomás de Claudiópolis, los primeros en hacer solemnes proclamaciones iconoclastas, rechazadas enérgicamente por el patriarca Germán. A fines de los años veinte del siglo VIII, este ambiente iconoclasta se hizo patente en la misma capital, posiblemente en relación con la gran erupción volcánica subterránea en el Egeo, acaecida en 726, que podría relacionarse con la noticia de la destrucción del venerado icono de Cristo en la puerta de bronce *(chalkē)* del palacio imperial. Igualmente, el emperador en su condición de poder político máximo en Italia dió órdenes al papa de retirar los iconos de la ciudad de Roma, lo que ha sido interpretado como un primer edicto iconoclasta. La respuesta del papa Gregorio II no se hizo esperar y fue de enérgica oposición a la postura imperial y de reivindicación de independencia de la autoridad romana para fijar una postura religiosa. En el 730 la actitud iconoclasta de León era ya muy clara, como se demuestra por la deposición del patriarca Germán y la promulgación de un edicto imperial general contra el culto a las imágenes.

Con la abierta práctica de una política iconoclasta, las relaciones entre el Imperio de Constantinopla y el papado se hicieron mucho más tensas. Los intereses militares y políticos del Imperio gravitaban progresivamente hacia el este, con lo que la presión lombarda ponía de manifiesto la debilidad del exarcado y, en consecuencia, del propio ducado de Roma. La política de León III en Italia consistió en aplicar en la Península y en Sicilia la actuación administrativa y fiscal que la reforma themática había significado. Al

mismo tiempo, el anterior control jurisdiccional que el papado había ejercido sobre la organización eclesiástica de zonas de habla griega, como Calabria, Sicilia y el Illyricum, llegó a su fin, lo que significó un considerable debilitamiento de la posición pontifical y acentuó mucho más el foso que separaba ya a Roma y Constantinopla. La situación desembocó en la famosa petición de apoyo de Gregorio III a Carlos Martel, en el 739, que momentáneamente no tuvo ninguna consecuencia, pero que sirvió de precedente a la posterior alianza del papado y la monarquía franca, uno de los hechos capitales de toda la alta Edad Media y que, no conviene olvidarlo, tuvo lugar en el marco y en el contexto de la querella iconoclasta.

La postura imperial en contra de las imágenes fue todavía más firme con el hijo y sucesor de León III, Constantino V (741-775). Aparte de las convicciones personales del nuevo emperador y de su indudable capacidad teológica, las circustancias favorecieron el triunfo iconoclasta. Los últimos años del reinado de León habían presenciado un cierto cambio de tendencia en la relación militar y política con los árabes, que había culminado con la gran victoria bizantina de Akroinon (740), tan próxima en el tiempo y en la significación con la victoria franca de Poitiers. La nueva postura de los griegos contra la idolatría habría así merecido la aprobación y el apoyo divinos en esta lucha secular. Por otra parte, Constantino para asentarse firmemente en el trono había tenido que sofocar la rebelión de su cuñado Artabasdo, que había asumido la bandera de la iconodulia. En todos los sentidos salía fortalecida, por tanto, la posición iconoclasta.

Tras un silencio que duró toda la agitada primera década del reinado de Constantino V, el propio emperador escribió unos pequeños tratados, de los que sólo se han conservado dos, fijando con mayor precisión la posición teológica de la Iconoclastia, que conducirían a la convocatoria de un concilio ecuménico. La posición imperial es de gran sutileza teológica, buscando demostrar la irrepresentabilidad iconográfica del Cristo Dios y Hombre y volcando hacia la Cruz y hacia el rito de la Eucaristía los símbolos externos de la fe religiosa. Es una lástima que los textos básicos de esta teología iconoclasta imperial sólo hayan llegado a nosostros por las refutaciones del Concilio de Nicea del 787, por lo que resulta casi imposible captar toda la lógica interna de la posición de Constantino V.

El Concilio Iconoclasta de Hierea se reunió a lo largo del año 754, con una participación exclusivamente oriental. Se han preservado algunos cánones y el *Hóros* o proclamación final a través de la condenación hecha en el 787. La supresión de los iconos como testimonio de idolatría fue clara y completa, afirmándose que su adoración había sido una incorporación tardía, lejana al espíritu de la Iglesia de los primeros tiempos. La reacción pontifical no sabemos muy bien cual fue, pues ya en esos momentos el papa Esteban II había llevado a la práctica el gran giro de la política papal, al

viajar a Francia y establecer un acuerdo de enormes consecuencias con el nuevo rey de los francos, Pipino III, al que coronó en Ponthion en enero del 754. Esta había sido la respuesta papal a la conquista lombarda de Ravena, acaecida en el 751. Las diferencias religiosas, aunque muy importantes, pasaban así a un segundo plano.

Tras el concilio del 754 y con la Iconoclastia más firmemente asentada, tuvieron lugar algunas persecuciones e incluso algunos martirios de iconodulos cuyas fuentes se encargaron más tarde de magnificar. La última parte del reinado de Constantino V fue testigo, por tanto, de una actuación religiosa más enérgica, paralela a una magnificación de la figura imperial. Sin embargo, en estos momentos el Imperio perdió definitivamente cualquier oportunidad de volver a recuperar el control sobre Italia. Las relaciones del papado con la nueva dinastía carolingia se estabilizaron y la famosa Falsa Donación de Constantino *(Constitutum Constantini)*, empezó a cumplir su función de instrumento que legitimaba las pretensiones pontificias sobre gran parte de Italia y que impedía, por tanto, una eventual recuperación del exarcado de Rávena por parte de Bizancio. Los problemas teológicos sirvieron claramente de excusa al papado para justificar su alejamiento de Bizancio, cuando las razones profundas eran otras.

La primera vuelta a la Iconodulia tuvo lugar con cierta facilidad en el Segundo Concilio de Nicea y Séptimo ecuménico, del 787, en el gobierno conjunto de Irene y su hijo Constantino VI, tras el corto reinado de León IV (775-780). La preparación del concilio fue muy cuidadosa y en ella jugó un papel destacado el patriarca Tarasio, pariente y precusor de Focio y, como él, laico y alto funcionario imperial *(protoasekretis)* en el momento de su promoción al patriarcado. El concilio tuvo que trasladarse a Nicea, la capital del *thema* de Opsikion, tras el fracaso de su reunión en la misma Constantinopla, por la intervención armada de las tropas de los *tágmata* o cuerpos móviles creados por Constantino V.

El concilio fue un brillante éxito de Irene y Tarasio que, de forma muy hábil, evitaron una condenación abierta y formal de la Iconoclastia como herejía, en contra de la voluntad de los legados pontificales y de un grupo de monjes recalcitrantes que anunciaban la que iba a ser la postura monástica en el futuro. A lo largo de sus siete sesiones fueron admitidos a la ortodoxia una serie de personajes importantes, sin tomar represalias contra ellos. La astucia de Tarasio permitió responsabilizar de las "desviaciones" de los iconoclastas a la manipulación interesada de los textos o a la influencia islámica en otros casos. Se procedió a una refutación sistemática de las decisiones del concilio de Hierea del 754, lo que nos ha permitido conocerlas, al menos parcialmente. Al mismo tiempo, tampoco se aceptaron las inequívocas proclamaciones de supremacía que los legados romanos intentaban que el concilio asumiera. No se produjeron grandes venganzas ni condenaciones, la

paz parecía conseguida, pero como se comprobaría algún tiempo más tarde, las heridas en la sociedad bizantina no estaban ni mucho menos cerradas. Tampoco fueron muy positivas las reacciones del lejano reino franco, quizás frustrado por su falta de participación en el concilio, que encuentran un reflejo muy claro en los llamados *Libri Carolini*, texto atribuido habitualmente a Teodulfo de Orleans, uno de los consejeros religiosos de Carlomagno.

6.4. Segundo período iconoclasta

La vuelta a la iconoclastia se produjo también impulsada por los *tágmata* de la capital, en el momento de las derrotas bizantinas frente a las hordas búlgaras de Krum, aunque sería excesivo responsabilizar a la coyuntura militar y al ejército de los acontecimientos. Seguramente, la solución del concilio de Nicea había sido prematura y las heridas estaban todavía sin cicatrizar. El recuerdo de Constantino V como gran general victorioso frente a los búlgaros estaba todavía vivo, sobre todo en los *tágmata* creados por el mismo emperador. No es de extrañar que fuera un armenio, León V (813-820), antiguo oficial tagmático y luego *estrategos* del *thema* Anatolikôn, quien diera el golpe de estado que depuso a Miguel I Rangabé, en nombre del viejo espíritu militar y de la oposición al culto a los iconos.

La restauración iconoclasta tuvo lugar en un concilio celebrado en la capital en el 815, que se apoyaba fielmente en el recuerdo del 754 y todo el proceso se hizo buscando símbolos de acercamiento al pasado, como fue la nueva sustitución del icono de la puerta de bronce del palacio imperial por el símbolo de la cruz, como se había hecho en tiempos de León III. Sin embargo, estos treinta años de persecución de las imágenes, no tuvieron la trascendencia ni la eficacia de la primera fase. Ni los tres emperadores tuvieron la talla y autoridad de León y Constantino ni el partido iconodulo estaba tan poco preparado y organizado como en los antiguos tiempos. El monacato bizantino y especialmente el de Constantinopla, liderado por el combativo monasterio de Stoudíon, con su enérgico abad Teodoro al frente, organizó una eficaz resistencia que dio sus frutos. Ni León V ni su sucesor Miguel II, éste último enfrascado en su lucha contra la rebelión de su viejo compañero de armas Tomás el Eslavo, pudieron impulsar con fuerza el espíritu iconoclasta. Solamente Teófilo (829-842), el más capaz de los emperadores de este período, pudo, con la ayuda del inteligente patriarca Juan el Gramático, conseguir una cierta anuencia, aunque empleando episódicamente la violencia.

El gran beneficiado del Segundo Período iconoclasta fue el papado romano, ya que recibió una adhesión inusual y desconocida anteriormente de iconodulos que miraron a Roma en busca de apoyo. Tras la victoria mo-

ral que había significado para Roma la "restauración" del Imperio de Occidente con la coronación imperial de Carlomagno en el año 800, el pontificado romano veía acrecentada su autoridad, siempre cuestionada en Bizancio por el fanatismo del partido monástico bizantino. Todo ello explica la facilidad con que se produjo la definitiva vuelta a la "ortodoxia" en el 843, poco después de la muerte de Teófilo, así como las consecuencias de tan larga querella, tan claras y visibles en el cisma fociano, del que más adelante nos ocuparemos.

6.5. La vida cultural en las épocas heracliana e iconoclasta

Resulta lógico que los siglos VII y VIII constituyan una época de gran silencio e incluso de estancamiento del espíritu bizantino en fase de formación. Las graves crisis generales por las que atravesó el Imperio tuvieron su lógica contrapartida en los aspectos relativos al pensamiento y desarrollo intelectual y artístico. El siglo VII, en particular, constituye una época de escasez excepcional de testimonios escritos, expresión de una gran decadencia cultural. Solamente los escritos filosóficos y teológicos de Máximo el Confesor, que en otro apartado hemos comentado, y la obra narrativa y poética de Jorge de Pisidia se salvan de este panorama general.

La época iconoclasta, a pesar de que esta tendencia al estancamiento cultural siguió vigente, significó un revulsivo para el debate y la búsqueda de nuevos caminos. La obra de Juan Damasceno, el monje del Sinaí que escribió en defensa de las imágenes en la primera fase del conflicto, se sitúa entre las principales aportaciones del naciente pensamiento bizantino. Aparte de sus apologías en favor de los iconos, Juan de Damasco escribió una obra que iba a dejar una fuerte impronta, la *Fuente del Conocimiento (Pēgē Gnōseōs)*. Con ella culminaba toda una búsqueda filosófica y teológica iniciada siglos atrás y quedaba definitivamente establecida una visión completa y coherente de la teología ortodoxa bizantina. No obstante, conviene tener en cuenta que Juan escribía en una región dependiente del poder islámico, aunque su pensamiento haya que considerarlo bizantino. Desde el lado iconoclasta, los puntos de vista teológicos del emperador Constantino V que nos han llegado parcialmente, denotan una gran sagacidad y una cierta formación filosófica que sorprende en un emperador-soldado como él.

En torno a la segunda época iconoclasta parece registrarse un importante movimiento de renacimiento cultural, cuyos primeros síntomas habían estado en el círculo culto formado en torno al *prôtoasecretis* y luego patriarca Tarasio. El monasterio de Stoudíon, que desempeñó un papel preponderante en la vuelta a la ortodoxia del 787, también lo fue después como foco de resistencia y de una cierta actividad intelectual. Dentro del

círculo iconodulo surgió también una nueva cronística cuyo mejor representante fue el monje Teófanes Confesor, que escribió hacia el 815 una *Chronographía*, que continuaba a su vez la de Jorge Sincelo, secretario de Tarasio. La obra de Teófanes tiene una gran importancia para un mejor conocimiento de estos siglos oscuros bizantinos e inicia un género historiográfico que ha roto con los modelos clásicos y que nos recuerda algo a la cronística occidental de la época. La obra de Teófanes será más tarde continuada en época macedónica (el llamado *Teophanes Continuatus*), proporcionándonos una importante secuencia cronológica.

En los momentos finales del Segundo Período iconoclasta surgió una brillante generación, cuyos principales exponentes fueron el patriarca Juan el Gramático y sobre todo, León el Matemático, ambos representantes de un nuevo espíritu y curiosidad intelectuales que nos anuncian ya a Focio. Son testimonio de ese "Renacimiento bizantino" que nos describe el reciente libro de Treadgold (1988). En relación con la personalidad de León el Matemático, sabemos que sus conocimientos eran tan amplios que el califa de Bagdad intentó atraerlo hacia la capital abásida, negándose a ello Teófilo, quien le puso al frente de una escuela, la de Magnaura, en el propio palacio imperial que, aunque vivirá posteriormente sus días más brillantes, fue fundada en estos momentos. Fue también León quien dirigió la construcción del famoso telégrafo óptico, que informaba a Constantinopla con gran rapidez de los acontecimientos de la lejana frontera árabe, a través de un sistema de señales luminosas sucesivas provocadas por fuego.

Hay que hacer una breve mención de la trascendencia que tuvo la llegada a Occidente en el 827 del manuscrito en uncial griega de la obra del Pseudo-Dionisio Areopagita, en una embajada de Miguel II a Luis el Piadoso y que poco tiempo después fue trasladado, en medio de grandes prodigios, a la abadía de Saint Denis, cercana a París. Inmediatamente se identificó al autor del manuscrito con el Dionisio primer obispo de París y fundador de la propia abadía, mito de cuya autenticidad dudó siglos más tarde Pedro Abelardo. Tras una primera traducción muy literal, el famoso Escoto Erígena llevó a cabo una segunda mejorada. Ésta fue la vía de penetración en Occidente del platonismo cristiano del Pseudo-Dionisio que estará destinado a ejercer más adelante una influencia importante en la evolución del pensamiento occidental.

Son muy escasos los testimonios artísticos que ha dejado la época de la querella iconoclasta y según Grabar (1984, p. 190) ello se debió más a los problemas internos y externos por los que atravesó el Imperio que a una actitud determinada por la querella religiosa. Son muy pocas las construcciones de este período y solamente se puede citar, con reserva, la reconstrucción de Santa Irene de Constantinopla en la época de León III o Santa Sofía de Tesalónica en la de Irene y Constantino VI. Solamente a finales de este período, en el reinado de Teófilo, que como hemos visto supone un

momento de clara recuperación política y económica, parece haberse llevado a cabo una serie de construcciones, de las que nada ha llegado a nosotros. Las fuentes narrativas posteriores, sobre todo el *Theophanes continuatus*, se refieren a un palacio en Bryas, en el lado asiático del Bósforo, que intentaba imitar y superar la suntuosidad de las construcciones abbasís del momento. Iguamente, hacen mención a la afición de Teófilo por los ingenios mecánicos accionados seguramente por medios hidráulicos, destinados a realzar el ceremonial de la corte, en un intento claramente magnificador de la figura imperial.

Este renacimiento intelectual en torno a Teófilo era reflejo, como hemos visto, de un cambio de tonalidad general que conducirá hacia los siglos culminantes del Imperio bizantino. En este aspecto, la vida y figura de Focio tuvieron una importancia suficiente como para individualizar toda su época y situarla al frente de una nueva fase.

7.

La culminación de la civilización bizantina

7.1. La época de Focio y el conflicto con Roma

En pocos momentos de la historia bizantina se puede relacionar un período con un personaje de forma tan adecuada como en estos años centrales del siglo IX. La figura de Focio emerge como la de un coloso en su época, siendo sin duda el personaje más representativo de todo el siglo IX e incluso de la historia bizantina en general. Su figura intelectual, como veremos, tuvo una importancia capital, siendo el máximo artífice de este renacimiento bizantino que Lemerle (1971) ha calificado acertadamente como "el primer humanismo bizantino". Como hombre de Iglesia, su actuación dejó una huella imborrable, marcó toda un época e influyó fuertemente en todo el estamento eclesiástico. Nada volverá a ser igual después de Focio.

La figura de Focio ha sido siempre muy controvertida. Para los orientales y luego para los expertos en historia bizantina, Focio aparecía como un personaje de características notables y positivas. Sin embargo, la historiografía occidental, durante muchos años en manos eclesiásticas, ha llevado a cabo una completa satanización de su figura, faltando incluso a la verdad histórica. Quizás el exponente más importante de esta tradición esté en la figura, por otra parte importante, del cardenal católico Hergenröther, que escribía en la segunda mitad del siglo pasado. No ha sido hasta este siglo cuando ha habido una visión precisa y exacta sobre el cisma, en relación con una cierta rehabilitación de su figura. La importante y abundante obra del checo Dvornik ha aportado a la bizantinística y a la historiografía en general una versión más ajustada a la realidad y más equilibrada, culminando con su gran libro del 1950.

El protagonismo de Focio en la vida política bizantina era muy anterior a su promoción al patriarcado en el 858. Miembro de una familia ilustre, emparentada al patriarca Tarasio, de indudable tradición iconodula, había participado desde el principio en los intentos de recuperación cultural de la escuela –luego llamada Universidad– de Magnaura. Su formación fue todo lo sólida de que era posible en su época. Conocía bien tanto la filosofía como la especulación teológica y la literatura clásica y tardía, como se puede ver a través de su *Bibliotheca*. En su juventud había viajado y se le atribuye haber formado parte de una embajada a Bagdad, ciudad del máximo prestigio cultural en estos momentos. Su brillante carrera administrativa le llevó al cargo de *prôtoasecretis* o jefe de la cancillería imperial, como había sucedido con su pariente Tarasio años atrás.

Nada hacía presagiar el nombramiento de Focio como patriarca y sólo se comprende en el complejo panorama religioso que la liquidación de la Iconoclastia, con la vuelta al culto a los iconos en el primer domingo de Cuaresma del 843 (el domingo de la *orthodoxía*, para la Iglesia oriental). No fue nada fácil volver a la normalidad o más bien resultó imposible. Se reprodujeron las divisiones que habían tenido lugar tras el concilio del 787. Existía un grupo monástico radical, encabezado por los monjes de Stoudíon, fortalecidos por su victoria y por su anterior papel de guardianes de la ortodoxia y resistentes en su nombre. Este grupo intransigente o *celota* (puro), como será calificado, preconizaba el mantenimiento de una política vigilante y vengativa, defendiendo la promoción de los antiguos iconodulos. Frente a ellos, existía en la corte y en la ciudad un grupo más moderado y liberal, que pretendía una verdadera reconciliación y que representaba los nuevos aires culturales a los que hemos hecho alusión, frente al desprecio monástico por todo aquello que no fueran textos religiosos. Esta defensa de la *oikonomía* o moderación era considerada un insulto por parte de los celotas. El patriarcado de Metodio (843-847), antiguo perseguido por sus creencias iconodulas pero hombre culto y liberal, desembocó en un conflicto religioso abierto y violento con los monjes estuditas.

A la muerte de Metodio, fue elegido por la corte y por el partido radical Ignacio, hijo del antiguo emperador Miguel I Rangabé, persona de escasas capacidades y cercano al partido intransigente. Su elección no fue precedida de la consulta preceptiva a un sínodo eclesiástico por parte de la emperatriz, lo que más adelante se utilizará como excusa para deponerle. Lejos de calmar la situación, el patriarcado de Ignacio no hizo sino agravarla, sobre todo por sus actitudes de abierto desprecio hacia las ciencias profanas, cuyo estudio se iba acrecentando en los círculos cultos de la corte. Los partidarios de la *oikonomía* hicieron al patriarca blanco de todas sus antipatías y desprecios.

La deposición o dimisión de Ignacio se produjo en el marco de un golpe palaciego que tuvo lugar en el 856, en el momento en que Miguel III llegaba a su mayoría de edad. Bardas y el joven emperador consiguieron apartar del poder a Teodora, en un ambiente que recuerda en algo a lo acaecido años atrás entre Irene y su hijo Constantino, aunque en este caso la emperatriz no fue la vencedora. Teodora fue encerrada en un convento y se inició el reinado de Miguel, bajo la dirección general de todos los asuntos en manos de Bardas. Los intelectuales liberales habían conseguido momentáneamente apartar del poder al fanático partido monástico.

La elección de Focio para el patriarcado tuvo lugar en diciembre del 858 y parece no haber levantado en un primer momento excesiva oposición. Sin embargo, muy pronto Ignacio y el partido celota comenzaron a lamentar la promoción de una persona tan independiente. En el 859 se celebró en Constantinopla un concilio que condenó a Ignacio y puso fin enérgicamente a las intrigas de los ignacianos. El papa Nicolás I, una de las grandes figuras eclesiásticas de toda la alta Edad Media, pronto intervino en el asunto, no queriendo dejar escapar la oportunidad de afirmar la doctrina de la supremacía romana. Su actitud fue, en un principio, simplemente reticente a una supuesta deposición irregular de Ignacio y la consiguiente promoción de un laico. Pero, la deposición de Ignacio fue ratificada por un nuevo concilio celebrado en Constantinopla en el 861, con la asistencia de los legados papales, con lo que el asunto parecía definitivamente liquidado. Aunque los legados pontificales se hubieran excedido en su papel al no dejar la última decisión en manos de Nicolás, el que un asunto interno de la Iglesia bizantina fuese juzgado ante los legados papales significaba un provechoso precedente desde el punto de vista jurídico.

Sin embargo, las ambiciones de Nicolás I iban mucho más lejos. Su mayor deseo era la recuperación de la jurisdicción sobre las zonas que había controlado hasta el conflicto de las imágenes, en especial el Illyricum. La presencia en esta gran provincia de los búlgaros, cuya conversión y cristianización era ya casi un hecho, hacía más deseable su recuperación. La actitud imperial fue muy firme en este punto, por lo que Nicolás empezó a prestar oídos a los enemigos de Focio y partidarios de Ignacio que pululaban por Roma. Un sínodo romano del 863 anuló todo el procedimiento anterior y abrió francas hostilidades contra Focio. Cuestiones de carácter eclesiástico y, en especial, las tensiones entre las dos grandes sedes se veían así mezcladas con otros problemas políticos de muy difícil solución.

La situación se hizo más tensa en el año 865, con un cruce de cartas entre Miguel III y el papa Nicolás. Miguel, en su carta, reivindicaba la independencia de la Iglesia oriental para resolver un asunto interno e insistía en la legalidad de todo el proceso, ya que en el concilio del 861 habían participado, de forma inusual, los legados papales. La contestación de Nicolás,

que suele generalmente atribuirse a la pluma de Anastasio el Bibliotecario, interesante figura de este período, constituye un documento de primera magnitud en el proceso de elaboración de una teoría teocrática del pontificado. Tras haber reivindicado el papa su derecho y deber de intervenir en cualquier asunto importante de otra Iglesia, y la deposición de un patriarca y la promoción de un laico lo eran, va enumerando todas las prerrogativas que, según Nicolás, correspondían a la sede romana. Como es lógico, no fue una carta bien acogida en la corte imperial.

Sin embargo, puede afirmarse que fue el problema búlgaro el que desencadenó el conflicto final. Boris, el *khan* búlgaro, había recibido solemnemente el bautizo en Constantinopla, apadrinado por el propio emperador. El nuevo *khan* cristiano no aceptaba de buena gana la dependencia de su joven Iglesia respecto al poder eclesiástico bizantino, sino que deseaba un patriarcado búlgaro autóctono. El rechazo griego a esta pretensión impulsó a Boris a dirigirse a Occidente con la misma pretensión. Con este objetivo llegó a Roma una embajada búlgara en el verano del 866, que fue muy bien recibida por el papa Nicolás. Éste aceptó de buen grado la oportunidad que la delegación búlgara le proporcionaba, envió una misión dirigida por Formoso de Porto, más tarde papa, con una respuesta extensa y argumentada a todas sus preguntas y peticiones, que dejó a los búlgaros mucho más satisfechos de lo que lo había hecho la altivez bizantina. Boris prometió incluso ser siempre un fiel servidor de San Pedro. La victoria romana no podía ser más completa.

La intromisión latina en Bulgaria resultó una ofensa inadmisible para el orgullo bizantino. Fue en este momento cuando salieron a la luz todas las viejas diferencias disciplinares que separaban a ambas Iglesias y que se habían hecho patentes desde el concilio trullano (692). Con toda seguridad se celebró un concilio en Constantinopla en agosto del 867, cuyas actas no se han conservado y que ha dejado una información muy contradictoria, pero que debió de constituir una respuesta muy dura contra la persona del papa Nicolás, aunque no sabemos si atacaba la primacía romana y las diferencias dogmáticas y disciplinares.

La situación cambió radicalmente con el asesinato de Miguel III por Basilio en septiembre del 867. El favorito imperial, que ya había asesinado previamente a Bardas utilizando un pretexto, tenía contactos con los ignacianos y con el partido monástico, cuya política religiosa abanderó desde un principio. Inmediatamente después de su entronización, Focio era obligado a dimitir e Ignacio recuperaba el patriarcado. La solución definitiva requería, sin embargo, la convocatoria de un nuevo concilio que no se celebró hasta finales del 869. Este concilio significó un triunfo espectacular del papado, cuyos legados se comportaron de forma muy intransigente, aunque se hizo patente que el apoyo que Focio había tenido dentro de la Igle-

sia bizantina era muy fuerte. Focio se negó a replicar a las acusaciones vertidas contra él, así como al documento de su propia condenación. Sin embargo, el asunto búlgaro se resolvió a favor de la Iglesia griega, por lo que la victoria romana resultaba pírrica e incluso meramente provisional.

La fuerza que el partido liberal y fociano tenía en Constantinopla obligó a Basilio a buscar la reconciliación. Pasado el primer momento en que el apoyo papal le era imprescindible para afirmar su insegura situación, el realismo político imponía un cambio de actitud. Focio, en el destierro, vio en primer lugar mejoradas sus duras condiciones iniciales y hacia el 872 fue perdonado y traido a Constantinopla. Muy pronto recuperó su antiguo puesto de profesor en la universidad de Magnaura e incluso de preceptor de los hijos del emperador. Algo más tarde, debió de producirse la reconciliación con Ignacio, con lo que parecían cerradas las viejas heridas de la Iconoclastia, que habían producido una división tan profunda en la Iglesia y en la sociedad bizantinas. De forma tranquila y natural, cuando Ignacio murió en el 877, Focio recuperó el solio patriarcal.

Su definitiva rehabilitación tuvo lugar en el concilio celebrado en Constantinopla entre noviembre del 879 y marzo de 880. Tras largas negociaciones entre los legados papales y Focio se pudo llegar a un acuerdo razonable entre ambas partes, obviando los aspectos más difíciles y duros de la anterior situación. La reconciliación, según argumenta Dvornik (1950, pp. 284 y ss.), fue sincera. El precio pagado por Bizancio era la cesión de la Iglesia búlgara a la jurisdicción romana, si bien ésta nunca llegó a hacerse efectiva porque muy pronto la Iglesia búlgara fue autónoma y tuvo su patriarcado independiente. Dvornik ha demostrado de forma convincente que no existe un segundo cisma fociano y que tal conclusión a la que llegó la historiografía occidental se debió a prejuicios y mala interpretación de algunas fuentes no muy de fiar. Focio, finalmente, será depuesto por su mismo discípulo León VI, seguramente molesto por el prestigio y el sentido de independencia de que hacía gala el patriarca. Poco después moriría Focio, rodeado del afecto y admiración generales.

A pesar de su corta duración, el cisma fociano tuvo una gran transcendencia, tanto para la propia Iglesia bizantina como para las relaciones de ésta con la romana. Pocas veces ocupó el solio patriarcal ortodoxo una personalidad tan fuerte y que insuflara un tan elevado sentido de la dignidad e independencia a la institución. Focio será en en el futuro un punto de referencia ineludible. Igualmente, este conflicto cerró, en cierto modo, las heridas producidas por la crisis iconoclasta, aunque Dvornik, en una interpretación que se nos antoja excesiva, considera que ello sucedió algún tiempo más tarde con la crisis de la tetragamia, en tiempos de León VI. Pero, al hacerse patentes de forma inequívoca los puntos de diferencia de Bizancio con Roma, se abrió una brecha que nunca llegó a cerrarse del todo. El se-

gundo cisma, al que más tarde nos referiremos, no será sino una consecuencia lejana de este primero.

En los años inmediatamente anteriores al cisma con Roma, el celo de Focio impulsó de forma genial la evangelización eslava en los territorios de Moravia, con la obra misionera de su amigo y discípulo Constantino de Tesalónica (que adoptó el nombre monástico de Cirilo) y su hermano Metodio. Su labor constituyó un gran éxito, ya que Cirilo fue el creador de un alfabeto, el glagolítico, que imitaba al griego, lo que le permitió la traducción al eslavo de Macedonia de textos escriturarios y litúrgicos que garantizaron el éxito de su misión. Cirilo murió pronto, en el 869, pero su labor fue continuada por Metodio y resulta difícil exagerar la importancia que esta tarea evangelizadora tuvo para la futura evolución política y religiosa de los pueblos eslavos.

7.2. Focio como figura intelectual

Ya hemos apuntado que Focio fue el principal representante de un período culturalmente innovador, de un cierto renacimiento bizantino, resultado de una larga evolución iniciada siglos atrás. En efecto, desde los años finales del siglo VIII y primeros del IX se registra una nueva inquietud cultural, una copia y difusión mayor de manuscritos, propiciada por la gran revolución que significó la invención de la minúscula griega, tradicionalmente aunque sin fundamentos irrebatibles, atribuida al monasterio iconodulo de Stoudíon. La nueva letra, mucho más fácil de ejecutar con rapidez, estuvo en conexión con este proceso de mayor interés cultural y en ella se fueron copiando manuscritos teológicos, técnicos y filosóficos.

Como figura intelectual, Focio careció de la originalidad e incluso del genio de León el Matemático. Se trata de un recopilador de conocimientos, de un "enciclopedista" aficionado a coleccionar manuscritos. Su obra más conocida es la ya citada *Bibliotheka*, título que proviene del siglo XVI, que no es sino un resumen de sus lecturas en un momento determinado de su vida que, según Lemerle (1971, pp. 189 y ss.), sería el de su juventud. Contiene información sobre 279 obras y su mayor interés es haber transmitido datos sobre textos perdidos, por lo que resulta un instrumento imprescindible para el conocimiento de determinados autores clásicos. En los *Amphilochia* desarrolla una serie de *quaestiones*, unas 300, al parecer a petición del obispo Amphiloquio de Cízico. Se trata de diferentes problemas supuestamente planteados y sobre los que Focio da una opinión redactada en una nota de desigual extensión. Así como en la *Bibliotheka* podemos ver a un Focio todavía muy imbuido de lo profano, en los *Amphilochia* podemos ver ya al hombre de fe y de Iglesia, lo que ha permitido ver en él una cierta

evolución, que a Lemerle le parece discutible. Lo que sí es evidente es que con él culmina una fase de recuperación cultural y se inicia la más brillante de la cultura bizantina.

7.3. Iglesia y cultura en la época macedónica

Como se ha venido repitiendo, los casi dos siglos de gobierno de la dinastía inaugurada por Basilio I en el 867 constituyen el momento más brillante del Imperio bizantino. También desde el punto de vista de la historia de la civilización, este período es de culminación y de grandes logros en todos los órdenes. Es la época en que el Imperio alcanza su plena seguridad en sí mismo, en sus instituciones y en su superioridad política y cultural sobre el resto del mundo cristiano, lo que desemboca en una actitud intransigente y fanática, en una conciencia de superioridad casi racial, que se verá repentinamente socavada con las grandes derrotas de fines del siglo XI.

La obra de Focio no quedaba olvidada con su deposición y muerte. Su discípulo Nicolás el Místico, hijo de una sierva de Focio, heredó muchas de las cualidades del gran patriarca. Se enfrentó enérgicamente a León VI por el problema de la tetragamia o cuarto matrimonio que León había contraído, contraviniendo los cánones griegos, que incluso prohibían el tercer matrimonio. La trascendencia política de este cuarto matrimonio imperial era muy grande, ya que significaba la legitimación del único hijo varón del emperador, el futuro Constantino VII y, por tanto, la continuidad de la dinastía. Nicolás fue depuesto por un concilio que nombró en su lugar a Eutimio, lo que provocó una corta situación cismática en la Iglesia bizantina. Poco tiempo después se produjo la reposición de Nicolás, que vio su protagonismo incrementado tras la muerte de León en la regencia del joven emperador Constantino, momento en que se produjo la unión de los antiguos grupos y se dio una solución salomónica al problema de la tetragamia, prohibiendo y, condenando las cuartas nupcias, sin hacer alusión al matrimonio de León.

Con los Lecapénidas se volvió a la situación tradicional del patriarcado sumiso al poder imperial, con el recurso frecuente de nombrar patriarcas de la propia familia imperial, como Teofilacto, uno de los hijos de Romano Lecapeno que, según Zonaras, abandonaba los oficios religiosos cuando oía relinchar a uno de sus caballos favoritos en las caballerizas. Sin embargo, hubo toda una línea de patriarcas dignos y rectos, como Polyeucto, que obligó a Juan Tzimisces a renunciar al matrimonio con Teófano para ser coronado emperador, por algunos monjes estuditas y, sobre todo, por Eustacio, contemporáneo de Basilio II, cuyo prestigio fue muy grande. Cerulario, que sucedió a Alejo de Stoudion en el 1043, fue la culminación de un pro-

ceso, aunque coincidieron en su figura características excepcionales, como su desmesurada ambición, su capacidad de movilización de masas o su odio mortal a la idea de la primacía romana.

La época macedónica se cierra, en el aspecto religioso y eclesiástico, con un cisma que iba a resultar definitivo en la historia de las Iglesias griega y romana. Se trata de un problema histórico muy interesante, en el que contrasta la repercusión importantísima del evento en las fuentes latinas con el silencio casi completo de las griegas contemporáneas. Psellos no hace ninguna referencia al mismo en su *Chronographia*, cuando debió de vivir la situación de forma muy directa. Es difícil comprender la razón de esta actitud, aunque parece razonable la opinión de Ahrweiler (1975, p. 56), que la atribuye al propio orgullo y seguridad en sí mismo del Imperio.

La historiografía occidental, en especial Michel y Jugie, han centrado el problema del cisma en la personalidad de Cerulario, descontextualizando en exceso la situación. Otros historiadores, como Grumel y el mismo Dvornik han dado, sin embargo, una visión más matizada y menos personalista. Cerulario fue, indiscutiblemente, una personalidad controvertida. Se trataba de un laico, como Focio, aunque sin sus cualidades intelectuales y morales, perteneciente a la "burguesía" de los gremios constantinopolitanos (concretamente, al de fabricantes de cirios, como su nombre indica), que había tenido una dilatada carrera laica de la que ignoramos casi todo. Sabemos, sin embargo, que poco antes de su nombramiento como patriarca había tenido un papel destacado en el motín popular del 1042.

Diferencias de orden teológico y disciplinario jugaron en el conflicto un papel importante aunque tardío. La definitiva adición al *Credo* latino del término *filioque*, expresivo del apoyo a la doctrina de la doble procedencia (del Padre y el Hijo) del Espíritu Santo, había sido rechazada enérgicamente por la Iglesia griega, aferrada a su vieja fórmula de fe niceno-constantinopolitana. Otros aspectos, como las diferencias sobre el celibato clerical, irrenunciable en opinión de Roma y absurdo en la de Constantinopla, o la forma de consagrar con pan normal o con pan ácimo, eran menos importantes. Los griegos habían iniciado el enfrentamiento con un tratado que tenía el nombre muy gráfico de *Kata fraggōn* (Contra los francos), a lo que respondió el cardenal Humberto con el célebre *Contra graecorum calumnias*, en el que intentaba desmontar las acusaciones griegas. No obstante, y a pesar de todo este cruce de acusaciones escritas por problemas religiosos, las verdaderas razones de la ruptura no estriban en estos puntos, sino que hay que buscarlas en otro contexto más general.

Desde el punto de vista de la ideología política, el Imperio y la Iglesia bizantina veían con recelo las crecientes aspiraciones romanas a una superioridad completa y total sobre todas las demás Iglesias, superando un mero reconocimiento casi honorífico a que estaba dispuesto Bizancio. Por

otra parte, los griegos desconfiaban del papel creciente que el Imperio germánico estaba desempeñando en Occidente. Sabemos que la coronación de Enrique II (San Enrique) en Roma por el papa tusculano Benedicto VIII en febrero del 1014, había provocado grandes reticencias en el viejo Basilio II, ya que en el ceremonial de la coronación se había introducido la presencia de una pequeña esfera terráquea en manos del coronado, que simbolizaba su poder sobre todo el universo. Como es sabido, el mundo medieval y en especial el bizantino, eran muy sensibles con los símbolos.

Hay que tener en cuenta, dentro de las causas del enfrentamiento, el grave problema de la Italia bizantina continental, tras la pérdida total de Sicilia ante los árabes a principios del siglo X. León III, como vimos, se había separado estas provincias de la dependencia jurisdiccional de Roma al iniciarse la querella iconoclasta. Nicéforo Focas, en represalia por la actitud de Otón I, había prohibido en ellas el rito latino y había creado la sede griega de Otranto, de la que dependían otros cinco obispados. Existía, por tanto, una duplicidad de ritos y jurisdicciones que convertían a estos territorios en especialmente conflictivos. Los intentos de arreglo de Basilio II y el patriarca Eustacio chocaron con la oposición papal. Las penetraciones normandas fueron el acontecimiento que aceleró el proceso. A principio del siglo XI, contingentes normandos fueron participando en las guerras intestinas del sur de Italia, pero desde los años cuarenta existía ya un proyecto definido de conquista que se fue haciendo realidad rápidamente. Los últimos intentos bizantinos de fortalecer su posición fueron las campañas del general Jorge Maniakes y la política, algo ambigua, del *catepán* de Apulia, Argyros. Los normandos vencieron a Argyros, con lo que acababa la resistencia griega y la victoria sobre el papa en Civitate (1053). El cautiverio pontifical dejaba toda la Italia meridional en sus manos. Cualquier contemporización con Bizancio se hacía ya innecesaria y el papado se aplicaría en encontrar una solución satisfactoria con los nuevos dueños, que se producirá en el 1059, después por tanto del cisma, con el vasallaje de los principales jefes normandos respecto al papa y a San Pedro.

La legación romana a Constantinopla del 1054, con el Papa prisionero de los normandos, recayó en los reformistas más intransigentes, como Humberto y Federico de Lorena. A pesar de los intentos de mediación del emperador Constantino Monómaco, ni los legados papales ni el patriarca Cerulario hicieron serios intentos de negociación. A ninguna de las dos partes parecía interesarles un acuerdo y sus puntos de partida estaban demasiado alejados como para intentar la aproximación. El acto final de todo el proceso fue la solemne excomunión del patriarca por parte de los legados en una bula depositada por éstos en el altar mayor de Santa Sofía en julio del 1054. El papa León IX había muerto algo antes y no tuvo conocimiento de la ruptura. Los acontecimientos posteriores dieron una mayor

trascendencia a este cisma, que nada hacía presagiar que fuera el definitivo. En adelante, la separación religiosa será uno de los puntos importantes en las relaciones de Bizancio con Occidente y estará presente en todo el proceso de distanciamiento. La "unión de las Iglesias" será un deseo para algunos que nunca se realizará de forma satisfactoria.

A pesar de que la importancia de esta defintiva separación de las Iglesia pueda eclipsar otras grandes realizaciones religiosas, el período macedónico fue rico en acontecimientos de importancia. Culminó la cristianización búlgara y eslava, con la definitiva incorporación de la Iglesia búlgara a la órbita de influencia bizantina. En la joven cristiandad se difundió en este período una forma de dualismo, el paulicianismo, que había permanecido vigente desde la tardía Antigüedad. Los paulicianos, vencidos en duras campañas militares por Basilio I, fueron deportados desde Asia Menor a Tracia y difundieron su doctrina entre los búlgaros. En la segunda mitad del siglo X debe de situarse la vida del *pope* Bogomil (en búlgaro, "el que ama a Dios", como el griego Teófilo), que fue quien consolidó esta influencia pauliciana, hasta el punto de que se suele hablar de *bogomilismo* para designar a este paulicianismo adaptado. Para casi todos los expertos, el dualismo pauliciano y bogomilista tuvo posteriormente una directa influencia sobre el movimiento cátaro occidental.

Fue también en este período cuando se produjeron contactos políticos y militares con los principados rusos, que provocaron una rápida evangelización y conversión. Tras unas primeras relaciones semilegendarias en el siglo IX, fue en el X cuando la vinculación entre rusos y bizantinos se hizo inequívoca. En el 945, se firmó un tratado entre Romano Lecapeno y el príncipe ruso Igor, cuya viuda, Olga (bautizada con el nombre de Elena) fue sin ninguna duda cristiana. En la década de los ochenta, la conversión rusa fue un hecho e incluso el apoyo de la *drouzhina* o flota rusa fue decisivo para que Basilio II pudiera, al comienzo de su reinado, conservar su trono. En el 989, se celebró en Constantinopla el solemne bautizo de Vladimir y el matrimonio con la *porfirogéneta* Ana, hermana de Basilio. Las relaciones entre Bizancio y Rusia serán ya fluidas e incluso preferentes para ambos a partir de este momento.

Para finalizar este apartado, hay que referirse berevemente al incremento de poder e importancia que en este período experimentó el monacato griego, superada ya la tormenta antimonástica de la Iconoclastia. Fue a lo largo del siglo X cuando se consolidó y organizó el foco monástico que estaba destinado a convertirse en el más representativo de la historia posterior del monacato bizantino: el atonita o del Monte Athos, en la Península Calcídica, al norte de Tesalónica. Hacia mediados del siglo X vivió San Atanasio Atonita, amigo personal de Nicéforo Focas y primer redactor de un *typikon* o regla de un monasterio del Athos. A partir de estos momentos se

fueron produciendo fundaciones monásticas frecuentes en el lugar, así como una organización cada vez más perfeccionada.

Pasando al terreno cultural, diremos que tuvo una gran importancia la obra jurídica de los emperadores macedonios y, sobre todo, del segundo de ellos, León VI. León aprovechó y culminó la labor iniciada por su padre Basilio y vieron la luz una serie de textos legales que denotan una nueva concepción del poder político y del papel del Estado. Antes de proceder a una adaptación completa del antiguo derecho a las nuevas realidades, Basilio y León plantearon los problemas en dos obras generales, el *Prócheiros Nómos* y la *Epanagogē*, a imitación de lo que se había hecho en tiempos justinianeos y con el objetivo último, proclamado en el primero de los textos citados, de llevar a cabo "una purificación de las antiguas leyes". El *Prócheiros* es una especie de manual general explicativo, a imitación de los *Instituta* de Justiniano, en que se apoyó muy fundamentalmente, con esporádicas incursiones en el Código y en el Digesto. También se sirvió de la sencilla y popular *Ecloga* de los emperadores isáuricos, a pesar de haberla condenado explícitamente. La *Epanagogē*, por su parte, es un texto de difícil interpretación. Aparece mencionado en diferentes fuentes, pero hay autores como Von Lingenthal, el gran pionero de los estudios de derecho bizantino, que pensó que nunca había llegado a publicarse de forma efectiva y permaneció simplemente como un simple esbozo. Parece obvio que en este texto estuvo presente la mano de Focio, por lo que es previsible que se compusiera en el momento de la rehabilitación del patriarca, a fines de los años setenta o comienzos de los ochenta. Las reflexiones sobre las relaciones entre Iglesia y Estado parecen justificar esta inspiración fociana, con quien la Iglesia bizantina había alcanzado su máximo prestigio.

Las Basílicas *(ta Basiliká)*, de León VI constituyeron la culminación de la obra jurídica macedonia e incluso de todo el Imperio bizantino. Se promulgaron en los primeros años del reinado de León, lo que indica que la labor preparatoria se había llevado a cabo en el de Basilio. Se componían de sesenta Libros, que no han llegado completos hasta nosotros en ningún manuscrito, aunque una obra menor del siglo XII, el *Tipoukeitos*, ha permitido reconstruir con bastante fidelidad su contenido global. Pese a que se apoyaron sustancialmente en toda la obra justinianea, seguramente no lo hicieron en los textos latinos originales sino en versiones y comentario posteriores, redactados en griego. También las *Novellae* postjustinianeas tuvieron una fuerte influencia en ella. Su afán principal era arrinconar definitivamente la ya incomprensible obra de Justiniano, adaptándola a una lengua, cultura y mentalidad diferentes. Pronto fueron surgiendo colecciones de *Scholiai* o comentarios interpretativos a las Basílicas.

La obra legislativa macedónica se completa con las abundantes *Novellae* posteriores, tanto del mismo León VI como de sus sucesores. En otro

apartado nos hemos referido a la importancia de las Leyes Agrarias del período, que vienen a corroborar este momento importante del intervencionismo de un Estado poderoso en la vida social. También hemos hablado de la importancia de otros textos para el conocimiento de la vida económica y social bizantina, como el *Libro del Eparca*, seguramente del mismo período.

Desde el punto de vista cultural, la época macedónica aprovechó y continuó el movimiento anterior que había culminado con la gran figura de Focio, que fue, hasta su muerte a fines de la década de los ochenta, el máximo exponente de este renacimiento intelectual. De hecho, dos alumnos suyos, como fueron el emperador León VI y el patriarca Nicolás el Místico, heredaron sus inquietudes intelectuales. El emperador "sabio" inauguró una trayectoria ilustrada en una dinastía cuyo fundador había sido prácticamente analfabeto, impulsó los estudios de la escuela o universidad de Magnaura que, según Lemerle, siguió su trayectoria anterior, y fue un hábil *rhétor*, aunque sin demasiada originalidad. En cuanto a Nicolás, pese a que su figura no llegó a alcanzar los perfiles excepcionales de su maestro y protector Focio, ha dejado una serie de homilías de una cierta entidad.

El hijo de León, Constantino VII, continuó el camino iniciado por su padre en la protección de la cultura. Su alejamiento del poder durante muchos años permitió a este *libris incumbens*, como le calificó Liutprando de Cremona, llevar a cabo una obra intelectual de cierta entidad. Destacan sus descripciones del Imperio de su época en sus diferentes aspectos, contenidas en el *De administrando Imperio*, *De cerimoniis aulae byzantinae* y el *De thematibus*. Como sus curiosos títulos latinos indican, el emperador aspiraba a dar una imagen general de la situación política y administrativa del Estado, así como a describir el sofisticado ceremonial imperial. Su obra se completa con la biografía de su abuelo Basilio, la *Vita Basilii*, que como afirma en el prólogo el autor, formaba parte de un intento más amplio de obra histórica de la época macedónica (Wilson, 1994, p. 203), y que es conocido como el Libro V del *Teophanes continuatus* o continuación de la obra de Teófanes. En su biografía Constantino hace más bien un panegírico justificativo de su abuelo que una auténtica reconstrucción histórica. Hay que señalar que en toda la obra literaria de Constantino VII aflora un lenguaje popular cercano a la lengua hablada y alejado del aticismo convencional que practicaban la mayor parte de los escritores de su época.

La nómina de importantes intelectuales de época macedónica, que culmina indudablemente con la gran figura de Miguel Psellos, pasa sin embargo por otras figuras de talla, como Arethas de Patras (o de Cesarea, ya que fue obispo de la capital de Capadocia), supuesto discípulo de Focio (aunque Lemerle no concede verosimilitud a tal hipótesis) e importante comentarista de Platón. Igualmente hubo algunos historiadores de cierta altu-

ra, como fueron Genesio, autor de una historia que abarca el período comprendido entre León V y León VI (813-886) o Teodoro Dafnopates, al que algunos han atribuido la paternidad de la continuación de la obra de Teófanes a la que antes nos referíamos.

Lemerle calificó el esfuerzo intelectual del siglo X, relacionado con la personalidad de Constantino VII, como una forma de enciclopedismo, que culmina con la publicación de la *Souda*, enciclopedia en forma de diccionario esencialmente histórico y literario, cuyo autor nos es desconocido. Tampoco sabemos cuando se publicó, pero es prudente situarlo en la segunda mitad del siglo X. El autor no utilizó directamente las fuentes, sino que recurrió a *excerpta* o resúmenes preexistentes, lo que le da un carácter de "compilación de compilaciones", en la que Lemerle ha visto una evidente degradación desde la publicación de la *Bibliotheca* de Focio, tan llena de reflexiones personales y de anotaciones sobre las fuentes empleadas (Lemerle, 1971, p. 299).

Psellos, que vive en los momentos finales de la dinastía macedónica (debió de morir en el 1078, poco después de la deposición de Miguel VII por Nicéforo Botaniates, donde termina su *Chronographia*), culmina todo este renacimiento y constituye, sin duda, la cumbre del pensamiento y de la cultura bizantinas. Fue una personalidad compleja, procedente de una familia de "pequeña burguesía", según la expresión de Diehl en sus *Figures byzantines* y desarrolló una larga carrera en la administración imperial. En los momentos finales de la dinastía macedónica, su influencia política era ya muy grande y en el reinado de Constantino Monómaco alternó su papel como profesor de filosofía en la escuela imperial con el de consejero del emperador. Su protagonismo siguió aumentando, hasta culminar en el reinado de su discípulo Miguel VII Ducas. En su carácter se alterna una increíble vanidad (se consideraba el hombre más sabio de su época), con una doblez tan grande que le llevó a redactar, con sólo unos meses de intervalo, el acta acusatoria contra Miguel Cerulario, para justificar su deposición por Isaac Comneno, y su panegírico casi hagiográfico tras su inesperada muerte y el fervor popular que ésta desató. Su obra literaria y filosófica es inmensa (hasta el punto que se ha hipotetizado sobre la existencia de más de un Psellos, ya que parece difícil que tal producción pudiera provenir de una sola persona), destacando multitud de tratados teológicos, de corte platonizante y algo alejados de la teología oficial, panegíricos de gran belleza, como los dedicados a su madre y a su hijita prematuramente muerta, un gran volumen de correspondencia e incluso tratados sobre demonología, de extraña complejidad. Su obra más conocida es la *Chronographía*, que narra la historia del período comprendido entre el advenimiento de Basilio II en el 976 hasta el golpe de Estado de Botaniates en el 1078. Obra de grandes valores literarios, no destaca, sin embargo, por su precisión ni

objetividad, cualidades casi siempre perdidas ya en la historiografía bizantina. La implicación del autor en un largo período historiado elimina el mismo deseo de independencia narrativa.

Las hipótesis más razonables sitúan en el siglo XI y algo antes de las penetraciones turcas, la fecha en que debió de recogerse por escrito el material básico del poema bizantino por excelencia, el *Digenes Akrites* o *Digenis Akrita*, al que nos hemos referido de pasada anteriormente. Decíamos que el material "digénico" o del poema es anterior en su mayor parte a la época de expansión del siglo X, cuando el Eufrates empezó a ser frontera bizantina frente a los árabes, aunque la escritura del texto fuera algo posterior. El poema constituye una interesante mezcla de elementos legendarios con reales y tiene como héroe a un soldado de frontera, un *akrita*, nacido del matrimonio de un emir árabe con una noble bizantina de la familia Ducas. Las aventuras maravillosas de Basilis se desarrollan en torno a esta frontera y abarcan tanto episodios militares de luchas contra los bandidos o *apelatai* como incluso episodios bélico-amorosos en los combates con la amazona Máximo. El descubrimiento del poema hace poco más de un siglo conlleva que las discusiones sobre el mismo aún no puedan considerarse cerradas, a pesar de que los numerosos trabajos de Grégoire (agrupados en una publicación de 1975), hayan hecho avanzar mucho los conocimientos e intepretaciones sobre el texto.

También en el terreno artístico, la época macedónica trajo consigo importantes desarrollos que supusieron la culminación del arte específicamente bizantino. Los viejos modelos arquitectónicos heredados de la tardía Antigüedad desaparecieron progresivamente, quedando únicamente como formas residuales en algunas provincias alejadas de la capital. El final de la Iconoclastia coincidió con los inicios de una arquitectura religiosa con menor dependencia respecto a modelos anteriores, basada sobre un tipo de pequeña iglesia con diferentes aunque parecidos tipos de planta, como fueron la planta de cruz griega atrofiada, la planta octogonal cruciforme o el llamado tipo de planta de cruz inscrita, todas ellas cupuladas (Krautheimer, 1984, cap. 16 *passim*, pp. 389 y ss.). A pesar de que habido teorías para todos los gustos sobre los antecedentes de este tipo de construcción religiosa, predominando las que buscaban precedentes de carácter oriental, Krautheimer piensa que es más verosímil una evolución de los tipos de transición de las iglesias cruciformes cupuladas, cuyo exponente más característico habría sido la de Santa Sofía de Tesalónica. No obstante, se produjo una cierta "invención", que confiere originalidad a las formas arquitectónicas religiosas, aunque dentro de una tradición constructiva determinada y constante desde épocas anteriores. La importancia del monacato bizantino, siempre grande pero mucho mayor desde el triunfo iconodulo, explica que algunas de las principales manifestaciones de la ar-

quitectura de este período fueran iglesias monásticas, como la de Hosios LuKas, en Focea, la de Dafni, cerca de Atenas, o la de la Gran Lavra del conjunto monástico del Athos. En la capital imperial, la iglesia más importante de este período es la de Bodrum Camii o iglesia del Myrelaion, construida hacia el 920.

Muy poco es lo que ha quedado de arquitectura civil de época macedónica, aunque podemos reconstruir algo a través de narraciones, como la del *Libro de las Ceremonias* de Constantino VII relativa al Gran Palacio de Constantinopla y sus solemnes recepciones. Todo parece indicar que estas construcciones civiles no fueron otra cosa que "antigüedad fosilizada", en acertada expresión de Krautheimer (*loc. cit.*, p. 411). El complejo ceremonial bizantino, consecuencia de la virtual sacralización de la figura imperial, fue promoviendo un barroquismo extremo y algo ostentoso, como los numerosos ingenios mecánicos que había en la Gran Magnaura (o gran sala de recepciones del palacio), que actuaban para impresionar a los visitantes extranjeros. Estos ingenios habían sido instalados en tiempos de Teófilo, seguramente por influencia islámica.

En lo que se refiere a las otras artes, la época macedónica presenció un desarrollo importante de las mismas, sucediendo en este terreno lo mismo que en todas las facetas artísticas, en las que los modelos clásicos tardorromanos estaban en la base de toda la evolución posterior, pero se produjo, sin duda, un cierto alejamiento de los mismos. El mosaico y la pintura mural recuperaron su importancia tras el largo paréntesis de la Iconoclastia, aunque no sin grandes vacilaciones. Los mosaicos del citado monasterio de Hosios Loukas, de principio del siglo XI, constituyen el testimonio más importante de lo que hasta nosotros ha llegado, junto con algunos ejemplos en la propia Santa Sofía de Constantinopla. En cuanto a las pinturas murales, junto a las del monasterio de Hosios Lukas, destacan las de algunas iglesias rupestres de Capadocia, especialmente las de de Goreme, manifestaciones de un arte aún ingenuo y balbuceante, pero de gran interés.

7.4. Vida religiosa, intelectual y artística hasta la caída de Constantinopla (1204)

En apartados anteriores, hemos señalado la tendencia creciente en la investigación al poner en duda la supuesta decadencia tras la extinción de la dinastía macedónica, como consecuencia del triunfo de las tendencias feudales y de las penetraciones exteriores, sobre todo por parte de los turcos. Hemos visto que algunos trabajos recientes muy valiosos nos hablaban de una continuidad de la fase expansiva hasta el final de la época Comneno, por lo menos.

La continuidad resulta muy evidente desde el punto de vista intelectual y artístico. La segunda mitad del siglo XI y todo o casi todo el siglo XII es un período de indudable brillantez en el campo de las ideas y manifestaciones artísticas, en la línea de consolidación de lo que fue la auténtica originalidad bizantina, como síntesis de elementos preexistentes. Si en algún aspecto hay que prolongar este "Imperio bizantino Medio" hasta la brutal cesura que significa la conquista latina del 1204, es en este terreno de las superestructuras. También en este aspecto, brillantes trabajos dirigidos por Kazhdan (1984, 1985), han puesto de relieve la pervivencia de este "renacimiento bizantino", iniciado en época macedónica.

La política eclesiástica de los Comneno no podía ser otra que la ya tradicional en el Imperio, de protección a la Iglesia y a la ortodoxia, como uno de los principales baluartes, si no el principal, de toda la estructura estatal e, incluso, de toda una "mentalidad bizantina". Ya dijimos que el patriarcado había adquirido un predicamento enorme en el siglo XI con la actuación de Alexios de Stoudion y del propio Cerulario, convertido casi en héroe popular. Con Alexios y sus sucesores el poder patriarcal no hizo sino crecer. La Iglesia de Santa Sofía comenzó a percibir el *kanônikon*, una especie de renta eclesiástica, parecida al diezmo occiental. Al mismo tiempo, la Iglesia episcopal comenzó en tiempos de Alexios una gran ofensiva en defensa de sus derechos eclesiásticos y sus intereses económicos, intentando la supresión o al menos la limitación del *kharistikion* o patronato laico sobre algunos monasterios, que eliminaba o dificultaba el control episcopal sobre los cenobios. Alexios asumía de esta forma este aumento de poder patriarcal y de una Iglesia fuertemente centralizada. De forma inevitable, esta ofensiva patriarcal y episcopal debilitaba al monacato aunque sólo de forma relativa, ya que los monjes eran, por su celibato, una reserva inagotable de potenciales obispos.

El primer Comneno tuvo también una gran preocupación por la defensa de la ortodoxia y la represión de la herejía, tanto de la real como de la supuesta. Los bogomilitas de origen búlgaro, aunque con antiguas reminiscencias paulicianas, fueron condenados, pero también lo fue Juan Italos, un culto discípulo de Psellos, cuyas atrevidas proposiciones platonizantes provocaban recelos en los elementos más recalcitrantes del clero bizantino. La obsesión antiherética se prolongó en los reinados posteriores y se puede apreciar que algunos de los problemas que afectaban a las Iglesias orientales, aunque en un contexto muy diferente, no diferían mucho de los de sus homólogas occidentales del momento.

Un aspecto importante de la política religiosa de la época Comneno viene dado por las relaciones de la Iglesia ortodoxa con la latina, como consecuencia de las cruzadas. Ya se ha hablado de la incomprensión bizantina hacia este tipo de guerra de religión que nunca los griegos enten-

dieron. Desde Ana Comneno, la mayor parte de los historiadores bizantinos mostraron su desacuerdo e incluso su censura hacia la actitud belicosa del clero occidental, actitud que se extremó mucho a partir del 1204. La petición de ayuda de Alejo Comneno al papa tuvo como resultado una expedición inesperada, que sorprendió desagradablemente a los bizantinos. Tras la conquista de los principados latinos y la organización posterior el Imperio se vio obligado a coexistir con sus nuevos vecinos, cosa que no siempre fue fácil.

No obstante, no hay que pensar que el siglo XII fue testigo de unas relaciones siempre tensas entre griegos y latinos, sino que hubo momentos de fructíferos y positivos contactos. La enemistad total de ambas cristiandades hay que buscarla más bien a partir del impacto que supuso la conquista de Constantinopla por los participantes en la Cuarta Cruzada del 1204. La implantación de una jerarquía eclesiástica latina en los principados cruzados no fue, como es lógico, bien acogida por el Imperio oriental. Incluso, nunca se perdió la esperanza de una recuperación eclesiástica de estos territorios que corriera a la vez que la recuperación política. Fue frecuente la existencia de una jerarquía ortodoxa paralela, con residencia obligada en Constantinopla, sobre todo en el caso de Antioquía, la ciudad siria que hasta tiempos reciente había pertenecido al Imperio.

Sin embargo, se tiene la impresión de que la actitud latina hacia los griegos evolucionó desde una completa intolerancia inicial, relacionada con el espíritu de cruzada, a una actitud cada vez más respetuosa y comprensiva que posibilitó momentos de relaciones fluidas. Las diferencias teológicas y disciplinares que se habían invocado en el cisma del siglo XI, volvieron a plantearse en algunas ocasiones con resultados positivos. Entre los diferentes debates que se produjeron entre griegos y latinos, el más famoso fue el que tuvo lugar entre el culto premostratense Anselmo de Havelberg y el arzobispo ortodoxo Nicetas de Nicomedia, en el reinado de Juan Comneno y en el marco de una embajada alemana a Bizancio. Lo que el eclesiástico latino contó más tarde manifiesta una atmósfera de diálogo y comprensión sólo más difícilmente alcanzable en el problema del *Filioque*, fórmula odiada por los ortodoxos, así como en la discusión sobre la primacía romana. Estas relaciones religiosas tuvieron unas profundas repercusiones intelectuales.

La influencia intelectual y artística que Bizancio ejerció sobre el Occidente latino a lo largo del siglo XII fue muy grande y resultó un componente valorable del llamado "renacimiento del siglo XII", como puso de relieve un conocido trabajo de Anastos (1966, 1979). Los inevitables contactos posibilitados por las primeras cruzadas influyeron positivamente en estas relaciones, particularmente intensas en el sur de Italia y Sicilia. Resulta un tópico hablar de las grandes influencias bizantinas en la Sicilia de la época de Ro-

ger II, ya que los grandes mosaicos de Palermo o de las catedrales de Monreale y Cefalú son sobradamente conocidos, así como la auténtica rapiña de artistas y tejedores de seda que las expediciones normandas llevaron a cabo en el mundo griego en torno a la Segunda Cruzada. Roger II de Sicilia no sólo utilizó el arte bizantino como un componente sustancial de su programa de construcciones, sino que también supo aprovechar la teoría política que en el mismo subyacía para acentuar su absolutismo monárquico.

El siglo XII bizantino, o más precisamente la época Comneno, fue brillante en creaciones artísticas, intelectuales y literarias que prolongaban la situación anterior, la época de Psellos. El interés que éste y su discípulo Juan Italos despertaron sobre el pensamiento platónico y neoplatónico, se prolongó a lo largo de todo el siglo siguiente. El siglo XII bizantino continuó en esta línea de profundización en el estudio del pensamiento tanto de Platón como de Aristóteles, aunque muchas veces todavía más sobre comentarios que sobre la obra directa de los grandes filósofos. En este sentido, destaca un grupo intelectual que se formó en torno a Ana Comneno, la hija de Alejo. Cuando fue descubierto el complot de Ana contra su hermano Juan, ésta fue obligada a retirarse de la corte y vivir un exilio dorado. Ejerció una importante labor de patronazgo intelectual que propició los comentarios sobre algunas obras de Aristóteles, anteriormente olvidadas, como la Ética, la Retórica o la Política –Wilson, 1994 (Ed. inglesa, 1989), pp. 253 y ss.–. También desde el punto de vista literario la época Comneno alcanzó una gran brillantez, aunque siempre bajo la acusación de amaneramiento y falta de originalidad que lanzó Krumbacher, el primer gran estudioso de estas cuestiones. Esta genérica descalificación ha sido ya muy modificada y se está produciendo una progresiva rehabilitación de esta literatura en la que, junto al tradicional sentido aristocrático, se había también introducido un fuerte sentido popular que se expresó, fundamentalmente, en la creciente importancia que la lengua demótica o no culta iba adquiriendo en ella. Especialmente lúcidas y novedosas han sido las páginas que Kazhdan-Franklin (1984, *passim*) y Kazhdan-Epstein (1985, cap. VI, pp. 197 y ss.) han dedicado a estos temas. Seguiremos a estos autores en las conclusiones fundamentales.

La época Comneno, desde éste como desde otros puntos de vista, continúa el "renacimiento" iniciado en el siglo anterior. Se registra una recuperación de modelos clásicos, aunque transformados, tanto en la temática literaria como en la propia estructura de las obras, frente al olvido anterior de los mismos. Hay, a la vez, un nuevo interés naturalista y realista que contrasta con el hieratismo anterior. La expresión literaria y religiosa más característica de épocas pasadas, la hagiografía, entra en una profunda crisis de la que ya no se rehará. A cambio, aparece una literatura más laica y mundana, que alcanzó una audiencia bastante amplia y que en muchas ocasiones fue

protegida y financiada por mecenas de la aristocracia y de la amplísima familia imperial.

Uno de los más destacados escritores del siglo XII fue, sin duda, Teodoro Prodromos, nacido hacia el 1100 y que empezó a escribir poesía aúlica para la emperatriz Irene, esposa de Alejo I, y más tarde fue poeta de corte de Juan II. Su obra poética, muy extensa, siempre había sido tachada de poco original, aunque el atento y profundo estudio que de la misma han hecho Kazhdan y Franklin (1984, pp. 87 y ss.), ha permitido desterrar este tópico y ver que, detrás de toda la carga retórica convencional que hay en su obra, son visibles rasgos de profunda originalidad. Junto a su abundante poesía laudatoria, Pródromos dejó una importante producción literaria de otros géneros, entre la que destaca la novela *Rodanthe y Dosikles*, novela de amor y de aventuras que imita modelos de la tardía Antigüedad, pero también con aportaciones propias.

Otros personajes destacados de la vida literaria de la época de los Comneno fueron Eustacio de Tesalónica y sus discípulos Gregorio Antiochus y Miguel Choniates. El primero, tras una larga carrera en Constantinopla, ocupó la sede metropolitana de Tesalónica, segunda ciudad del Imperio. Allí continuó la labor intelectual de confección de discursos y comentarios, pero quizás su obra más conocida fue la narración del asedio y conquista de su ciudad episcopal por parte de los normandos, acontecimiento hecho posible por el caos producido en el gobierno tiránico de Andrónico I y que contribuyó a acentuar de forma evidente el odio entre griegos y latinos, que explotará en el 1204. Gregorio Antiochus, cuyas obras han permanecido inéditas hasta hace poco tiempo, fue un notable retórico que sirvió en la administración y alcanzó altos cargos al final de la época Comneno. Miguel Choniates o Coniata, por su parte, hermano mayor del famoso historiador Nicetas Choniates, fue metropolitano de Atenas, cuyas glorias antiguas intentó loar con escaso éxito. Para un hombre enamorado de la Antigüedad clásica, el conocimiento de una Atenas provinciana, pequeño centro rural y con una población ignorante y despreocupada de sus antiguas glorias, resultó frustrante. Su correspondencia es una fuente de gran valor para el conocimiento de la vida provincial en la segunda mitad del siglo XII.

Fue, sin embargo, en el terreno de la historia donde destacó una generación más brillante, aunque estemos ante un tipo de historia eminentemente literaria y muchas veces poco rigurosa. La obra de Psellos *(Chronographia)* marcaba un hito en la tradición historiográfica bizantina, introduciendo un elemento subjetivo y de valoración personal sobre la narración histórica, frente a la tradición anterior, ejemplificada por Teófanes, de narración de acontecimientos desde la creación del mundo hasta la propia vida del historiador (Kazhdan-Epstein, 1985, pp. 204 y ss.). Curiosa-

mente, los historiadores más próximos a la obra de Psellos no se contagiaron de esta innovación. Skylitzes, que escribió casi a la vez que Psellos, se autoconsideró el directo continuador de Teófanes y escribió una *Synopsis* histórica llena de elementos tradicionales y en la que su héroe por excelencia fue el general Katakalon Kekaumenos, compañero de armas del emperador Isaac Comneno, mientras que en la obra de su contemporáneo Attaliates, este papel lo desempeñaba el oscuro emperador Nicéforo Botaniates. En ambos historiadores se respira una admiración a la nueva aristocracia militar.

Más importancia tiene la obra de Juan Zonaras, historiador y canonista reputado que ocupó importantes cargos en la corte de Alejo Comneno llegando a ser *prôtoasecretis* o jefe de la cancillería imperial. Después de la muerte de Alejo, Zonaras escribió su interesante *Epitomē Historiôn*, o intento de historia universal desde la creación del mundo hasta el año 1118. Se trata del último gran intento bizantino de una historia universal, pasada ya de moda tras la obra de Psellos. Escrita en un griego culto e incluso artificioso, la obra de Zonaras se mueve en unas coordenadas de profundo respeto por el mundo y los valores clásicos. Entre otros méritos, el *Epitomē* de Zonaras nos permite reconstruir una parte perdida de Dion Casio, el historiador del mundo romano en lengua griega, que fue su principal apoyo y del que actuó a veces como simple epitomista. Como elemento negativo y que contrasta con el nuevo estilo introducido por Psellos, la narración de Juan Zonaras tiene imperdonables lagunas referidas a hechos contemporáneos, como la Cruzada occidental, por ejemplo. Este espíritu conservador y tradicional de Zonaras le lleva a convertirse en uno de los últimos apologistas del papel político del Senado, fuerza residual en una época de autocracia sin ambages como la que había inaugurado Alejo I.

Un caso aparte en la historiografía bizantina es el de Ana Comneno, autora de la *Alexíada*, obra de más cualidades literarias que históricas, y que cuenta con una magnifica edición bilingüe griego-francés, con traducción e introducción de Leib (1967, 1ª Ed. 1937). La hija primogénita de Alejo I e Irene Ducas, se educó en lo mejor de la tradición cultural de su época y llegó a ser una excelente exponente de este renacimiento intelectual. Sus aspiraciones a la sucesión paterna para su marido Bryennios, por encima de los derechos de su hermano Juan (al que apenas dedica unas pocas frases en la *Alexíada*), apoyadas tenazmente por su propia madre, le llevaron incluso a urdir un complot en su contra, que fue descubierto. Se vio obligada a sufrir un dorado exilio, recluida en un monasterio, pero con libertad de movimientos para ejercer sus aficiones intelectuales y actuar de mecenas cultural, como antes veíamos. Fue, por tanto, alejada de la corte donde escribió su gran obra, probablemente en fechas bastante tardías, reinando ya su sobrino Manuel.

Como historiadora, Ana Comneno continúa la narración iniciada por su propio marido Nicéforo Brienio, dedicada a los años de juventud de Alejo Comneno, sobre los que Ana pasa muy por encima. Los compases iniciales de la *Alexíada* se abren con las primeras campañas militares en que participó su padre antes de acceder al trono, aunque muy pronto pasa a ocuparse de este propio reinado. El libro II se abre ya con la toma del poder por Alejo I, plenamente justificada por Ana, y a lo largo del resto de la obra se desarrollan con bastante precisión los principales acontecimientos del largo reinado del primer Comneno. Se ha insistido mucho sobre la parcialidad histórica de Ana Comneno, cegada por la admiración hacia su padre y su lógico espíritu de casta. No obstante, la objetividad no era el fuerte de la mayor parte de los historiadores medievales y, por otra parte, Ana Comneno es en muchos momentos de la obra particularmente precisa y bien informada.

Ciertamente interesante es la detallada narración que en la *Alexíada* se hace de la presencia de los cruzados en Bizancio. Este interés contrasta con el casi absoluto silencio que otras fuentes muestran, incluso las muy próximas a los hechos. Ana supo valorar que para el Imperio y para su padre, la presencia latina en Oriente fue un hecho muy importante. Sus sentimientos hacia los francos oscilan desde una abierta hostilidad o desprecio en algunos momentos, hasta una indiscutible admiración hacia sus cualidades militares. Algunos de los pasajes de mayor valor literario que aparecen en la *Alexiada* se refieren a personajes latinos, como es el caso de los referidos a Bohemundo de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo, personaje odiado y temido por la historiadora, pero por el cual también muestra una mal disimulada admiración.

Los grandes cambios que la obra de Psellos había iniciado en la historiografía bizantina culminan en la obra *(Chronikē diēgēsis)* de Nicetas Choniates, probablemente el más grande de los historiadores del siglo XII, centuria pródiga en narraciones históricas como se ha visto, sobre todo teniendo en cuenta que junto a estos "grandes" hubo otras figuras más modestas pero también importantes, como Miguel Glycas o Juan Cinnamos. Choniates vive los acotecimientos dramáticos del 1204, que marcaron decisivamente la última parte de su vida y también de su *Crónica*. Debió de nacer hacia mediados del siglo XII en una familia de la pequeña aristocracia provincial, y protegido por su hermano mayor Miguel, metropolitano de Atenas, hizo una brillante carrera burocrática en la corte. Tras la caída del Imperio, escapó a Nicea, en cuya corte tuvo escaso éxito y debió de morir hacia el 1217, en la indigencia y el abandono.

La *Crónica* de Choniates, de la que se ha iniciado la publicación de una excelente edición con una luminosa introducción de A. Kazhdan (1994), es una de las obras históricas más originales y personales de to-

da la historiografía bizantina. Completamente alejada ya de la vieja cronística universalista e impersonal de Teófanes, pero también del modelo de historia áulica de Psellos, la obra de Choniates intenta una interpretación personal, una valoración crítica y una reflexión que otros textos anteriores no contienen. Se inscribe perfectamente en esta época tan apasionante de la historia bizantina que constituyen los últimos años del siglo XII, donde tras un reinado de apariencia brillante y próspera, como había sido el de Manuel I, se produjo una rapidísima catástrofe que los contemporáneos no supieron interpretar pero, que dicho sea en defensa de aquéllos, al que tampoco la historiografía reciente ha dado una explicación satisfactoria. La decepción, el estupor y el pesimismo se desprenden de los diecinueve libros de esta crónica que abarca desde la muerte de Alejo I hasta el 1206 y que, por tanto, continuaba la obra de Ana Comneno. Los juicios de Choniates sobre las causas de la decadencia bizantina son muy duros y críticos para su propia gente. El poder y el mismo pueblo se han corrompido, los vicios han agotado las antiguas virtudes, en contraste con los valores militares de una "joven" civilización latina. El hundimiento, permitido por voluntad divina, es consecuencia de la propia decadencia interna.

El arte bizantino del siglo XII constituye una continuación del iniciado tras la superación de la Iconoclastia y en particular del la última fase de la dinastía macedónica. La arquitectura religiosa siguió siendo muy importante, tanto en Constantinopla como en el resto del Imperio. El modelo de iglesia de cruz inscrita alcanzó su máximo desarrollo, haciéndose más refinada y compleja su decoración exterior, aunque perdiera algo de su elegancia. La actividad constructora fue especialmente notable en los Balcanes, tras la recuperación de los mismos en época macedónica. La influencia de Constantinopla sobre estas construcciones fue muy notable, como la fue la ya citada sobre el mundo occidental, especialmente italiano. Sicilia y Venecia constituyen dos ejemplos de fuerte impronta bizantina, aunque mezclada con otros elementos constructivos de los estilos occidentales. Por desgracia, poco sabemos de la arquitectura civil de esta época. Hubiera sido muy interesante conservar algún resto de la nueva residencia de los emperadores Comneno en Blaquerna, al norte de la capital y cerca de los muros teodosianos, una vez abandonado el Gran Palacio en un éxodo que tiene una indudable importancia ideológica, ya que significa una ruptura con una tradición ligada a los primeros tiempos de vida de la ciudad. Por desgracia, ni la residencia imperial de Blaquerna, que tanta impresión produjo sobre algunos cruzados occidentales, ni el Gran Palacio frente a Santa Sofía, han dejado ningún tipo de resto y resulta casi imposible tener una idea clara sobre sus similitudes y diferencias.

7.5. Iglesia, arte y cultura en los últimos siglos

La breve trayectoria del Imperio latino coexistió, como es sabido, con otros principados griegos, tanto en Asia como en Europa. El Imperio latino, que no llegó a una consolidación auténtica, fue testigo de una teórica sumisión de la Iglesia griega a Roma y al papado. Un cierto patriotismo religioso griego se vinculó a la Iglesia de Nicea, el más importante de los principados de resistencia. La Iglesia de Constantinopla nunca consideró como su patriarca el impuesto por los emperadores latinos y aprobado por Roma, sino al patriarca de Nicea y esta ciudad fue la que más fuertemente alimentó la llama de la vieja situación.

Antes decíamos que recientes trabajos, sobre todo de Angold, nos han mostrado una Nicea próspera desde el punto de vista económico. Lo mismo puede afirmarse desde el enfoque cultural, constituyendo una continuidad respecto a la última época Comneno y Ángel. Tras la caída de la ciudad en el 1204 una serie de sabios marcharon a Nicea, como los hermanos Choniates, Nicolás Messaritas o el joven Nicéforo Blemmidas, que formaron un selecto grupo en el entorno del nuevo emperador de Nicea. Nicolás Messaritas, desde su puesto de metropolitano de Efeso, desempeñó un destacado papel en los infructuosos intentos por conseguir la unión de las Iglesias. Blemmidas fue, sin duda, el más origianl e importante de los sabios del período de Nicea. Comentador y estudioso de la obra de Aristóteles, sus resúmenes de la *Lógica* y de la *Física* tuvieron una gran repercusión en todo el pensamiento del siglo XIII. Discípulos suyos fueron el historiador Jorge Acropolita y el mismo emperador Teodoro II Láscaris. También el despotado de Epiro acogió a fugitivos de los eventos del 1204, como fueron Juan Apocaucos, metropolitano de Naupactos (o Lepanto) y el ateniense Jorge Bardanes. Toda esta brillante generación de intelectuales y artistas, que difundieron el pensamiento y el arte griegos por todo el Mediterráneo, prepararon, sin duda, la restauración de los Paleólogo.

Los dos últimos siglos del Imperio, tras la restauración del 1261, fueron pródigos en acontecimientos de interés para la historia religiosa e intelectual. A pesar del progresivo deterioro de la situación político-militar y económica, no se puede hablar de un paralelo declive intelectual y cultural, sino que el balance global del período es positivo, original e interesante.

Se ha señalado ya el destacado papel que la Iglesia había ido asumiendo dentro de la vida global del Imperio. Es fácilmente comprensible que los acontecimientos del 1204 habían acrecentado todavía más este protagonismo. El odio a los latinos por la traición se convirtió en uno de los componentes ideológicos más sólidos de los últimos siglos bizantinos. Los herejes latinos eran depositarios de todo el resentimiento que el pueblo griego, alentado por su jerarquía, era capaz de sentir. La ortodoxia se con-

virtió en el principal componente de un nacionalismo o patriotismo esencialmente antioccidental. Éste constituye uno de los grande dramas de la época Paléologo, ya que la cada vez más débil situación de una estructura política inviable exigía algún tipo de acuerdo con el floreciente occidente, y éste se veía frenado por el problema de la separación de las Iglesias.

Miguel VIII, el primer Paleólogo, tuvo que desplegar toda su capacidad diplomática y su energía para hacer posible la unión de las Iglesias, proclamada solemnemente en el concilio de Lyon, en julio del 1274. Por una parte, la mayoría de la jerarquía religiosa fue hostil a Miguel VIII por la usurpación que había impedido al emperador legítimo Juan IV Láscaris ser el restaurador. La Iglesia, y muy en especial los monjes, secundaron al patriarca Arsenio, depuesto por Miguel a causa de su oposición a la crueldad con que el emperador trató al joven Láscaris. Los arsenitas fueron además y como era lógico, ardientes enemigos de la unión eclesiástica que, en su óptica, no era sino una simple sumisión al Papa. Sin embargo, la frágil unión o sumisión del 1274, permitió al recién restablecido Imperio salvarse de su peligro fundamental, la invasión desde Italia por parte de Carlos de Anjou que, tras su victoria sobre Manfredo de Hohensatufen, se había convertido en el protagonista de la tradicional hostilidad hacia Bizancio y en defensor de los derechos del último emperador latino.

La política realista de Miguel VIII no podía ser popular en una sociedad profundamente religiosa que estaba acostumbrada a atribuir sus desgracias al abandono divino ante una traición a su fe tradicional. Produjo, por tanto, la reapertura de nuevas heridas en la fragmentada sociedad bizantina. Reaparecieron los celotas o puros, los radicales partidarios de la actitud intransigente de los monjes, que hicieron de la unión de las Iglesias su principal obsesión, pero mezclándola con la traición de Miguel VIII ante el emperador legítimo, Juan Láscaris. Sus héroes fueron los patriarcas depuestos por Miguel, Arsenio, por haber criticado la conducta de Miguel respecto al Láscaris y José, depuesto por no subscribir la unión de Lyon. Frente a ellos, en niveles sociales más elevados y en algunos grupos de la alta jerarquía eclesiástica, existía una mayor comprensión hacia la actuación imperial, que era considerada como un mal menor ante las dificultades existentes. Aunque en un contexto muy diferente, volvía a reproducirse la vieja división de la sociedad bizantina entre radicales y moderados, que expresaba profundas diferencias de todo tipo dentro de la organización social y política del Imperio. Esta fractura será una constante en los últimos momentos de vida del mismo.

A la muerte de Miguel en el 1282, su hijo y heredero Andrónico II rompió radicalmente con la política unionista, actuación acogida con enorme júbilo por la sociedad bizantina. Los celotas o radicales vieron su influencia acrecentada y desempeñaron un papel político de primer orden durante

todo el siglo XIV. Las constantes agitaciones que experimentó Tesalónica a lo largo del siglo XIV tuvieron mucho que ver con este triunfo de los celotas, que llegaron incluso a controlar la vida política de la ciudad.

El triunfo de los radicales era también el de los monjes dentro del marco de la jerarquía eclesiástica. Andrónico II, consciente de la fuerza del monacato, puso los monasterios del Monte Athos bajo la única dependencia directa del patriarcado. No obstante, el monacato del Athos, que experimentó una pujanza extraordinaria en esta última fase de la historia bizantina, nunca fue eficazmente controlado por el patriarcado, sino más bien al contrario. La querella hesicasta o del hesicasmo es una de las más importantes manifestaciones de este aumento de poder del monacato.

El movimiento hesicasta (del término griego *hēsychia*, tranquilidad, quietud) se inició entre un grupo de monjes del Athos, aunque respondía a las tradiciones más remotas del platonismo cristiano de los escritos del Pseudo-Dionisio que habían tenido tanta influencia en el monacato griego. Era un tipo de misticismo contemplativo que preconizaba una forma de oración en quietud que llevaba a quien lo practica a vislumbrar la luz divina. Las extravagantes formas externas que este tipo de oración implicaba fueron ridiculizadas por Barlaam, monje calabrés afincado en Constantinopla, a finales del reinado de Andrónico III. La defensa del movimiento recayó en Gregorio Palamas, monje del Athos y teólogo de cierta importancia.

La querella hesicasta muy pronto se politizó y se relacionó con las rivalidades internas que condujeron a la segunda guerra civil. Juan Cantacuceno, el amigo de Andrónico III y aspirante a la regencia del joven Juan V, apoyaba el hesicasmo, mientras que Gregorio Palamas fue un incondicional partidario político de Cantacuceno. De esta manera, una simple querella teológica que no hubiera tenido más repercusión se convirtió en un nuevo factor de división en los trágicos años de la guerra civil. Diversos concilios adoptaron posturas contrapuestas, según las circunstancias políticas del momento, aunque finalmente la doctrina palamita se erigió en vencedora del largo conflicto, y en un concilio celebrado en Constantinopla en el 1351 y presidido por el propio Cantacuceno, la doctrina hesicasta fue declarada completamente ortodoxa. Cuando murió Palamás, ya arzobispo de Tesalónica, en el 1360, la doctrina hesicasta había triunfado en toda la línea, convirtiéndose en un componente fundamental de la vida monástica del Athos e incluso de la espiritualidad de la Iglesia ortodoxa.

El acontecimiento religioso más trascendente de la época de la segunda guerra civil fue la nueva unión de las Iglesias. Juan V, tras su victoria sobre Juan VI Cantacuceno, volvió a asumir la política del fundador de la dinastía. En el 1369, el mismo emperador Juan V viajó a Roma, en el preciso momento en que se producían los primeros intentos de regreso del papado del exilio de Aviñon. En una solemne ceremonia celebrada en San Pedro, el

emperador bizantino aceptó como ortodoxa la teología romana (con explícito reconocimiento de la doctrina latina de la doble procedencia, con la inclusión del *filioque* en el Credo), al mismo tiempo que reconocía la supremacía romana. Su vuelta a Constantinopla se produjo tras haber sido hecho prisionero a su paso por Venecia. La población griega nunca hizo caso de esta unión que, por otra parte, no reportó a Bizancio ningún beneficio tangible. El avance turco siguió implacable y las promesas occidentales de ayuda a través de una cruzada no llegaron a concretarse. Hubo que esperar al 1396, reinando ya Manuel II, para presenciar un nuevo gran esfuerzo internacional de una cruzada sólo indirectamente en apoyo del Imperio bizantino. La derrota estrepitosa de estos cruzados ante las tropas de Bayaceto en Nicópolis hizo patente la dificultad de una ayuda occidental.

El último y desesperado intento y consecución de la unión eclesiástica se produjo en la década de los treinta del siglo XV, en un momento en que la presión turca sobre el Imperio era ya agobiante y que había conducido a la conquista de Tesalónica del 1430. El emperador Juan VIII se vio inmerso en los problemas religiosos que en ese momento dividían a la Iglesia latina entre los partidarios de la supremacía del papa o del concilio universal, enfrentamiento que no sabemos si llegó a comprender plenamente. Las negociaciones se iniciaron con ambos grupos en el concilio de Basilea y condujeron a un concilio cuya convocatoria fue hábilmente manejada por el papa Eugenio IV. El concilio se inició en Ferrara en el 1438 y terminó en Florencia, alcanzándose la ansiada unión en julio de este mismo año. Las delegaciones respectivas incluían a los intelectuales y teólogos más prestigiosos de cada parte. Entre los griegos participaron personajes como Besarión, más tarde cardenal de la iglesia romana, el gran teólogo Jorge Scholarios, muy buen conocedor de la obra de Tomás de Aquino, e incluso el famoso Gemisto Plethon, mientras que la delegación latina en el concilio era presidida por el afamado cardenal Cesarini. Los debates fueron interminables y ambas partes polemizaron con enorme dureza y constancia. Se consiguió llegar a un documento de compromiso especialmente laborioso en el tema de la doctrina de la doble procedencia del Espíritu Santo, que se resolvió resucitando la vieja fórmula de los capadocios del siglo IV, según la cual el Espíritu procedía sólamente del Padre pero a través del Hijo. Menos difíciles fueron las discusiones sobre la primacía pontifical, sobre el pan ácimo o la doctrina del Purgatorio. En todos estos casos el acuerdo se alcanzó a base de mutuas concesiones.

Pero ni las dificultades de la situación fueron capaces de apartar a la Iglesia y la sociedad bizantinas de su tradicionalismo religioso. Los firmantes de la unión fueron inmediatamente acusados de traidores, lo que llevó a algunos de ellos a retractarse del acuerdo. Mientras tanto, la prometida cruzada occidental tardaba en convocarse y la demora era justificada por la

escasa fidelidad griega a la unión de Florencia. Finalmente, la constancia de Cesarini consiguió su objetivo y en la batalla de Varna, en el 1444, los turcos acababan con cualquier tipo de esperanza de salvación.

La tensión entre unionistas y acérrimos ortodoxos se prolongó hasta la misma caída de la ciudad en el 1453. El último emperador bizantino, Constantino, fue un fervoroso unionista y siguió hasta el final manteniendo la esperanza del apoyo occidental. Como se sabe, después del desastre de Varna sólo llegaron a la ciudad pequeños contingentes aislados. El partido antiunionista fue encabezado a finales de la década de los cuarenta por el monje Genadio, que no era sino el antiguo negociador en Florencia, Jorge Scholarios. Cuando la ciudad fue conquistada, Genadio fue promovido por el sultán al patriarcado de Constantinopla. El fue quien puso las primeras bases para la continuidad de la actuación de la jerarquía ortodoxa bajo dominación turca. La Iglesia, como hemos venido repitiendo, aceptó la dominación turca pero mantuvo siempre las esencias del antiguo patriotismo bizantino. Como celosa custodia de la vieja ortodoxia y de la lengua griega, que nunca se perdió entre la comunidad sometida, desempeñó un papel único en la conservación de una esperanza de liberación respecto al yugo invasor.

El monacato bizantino, especialmente el del Monte Athos, también colaboró eficazmente con la jerarquía en esta función. Bajo la dominación turca (los monjes habían pactado voluntariamente con los otomanos, sometiéndose al pago del *haradj* o impuesto personal), el Athos continuó su importante protagonismo que había desempeñado en los últimos siglos del Imperio. Ya hemos visto la importancia que sus monasterios tuvieron en la definición de la teología ortodoxa del siglo XIV. Muchos monjes del Athos desempeñaron puestos destacados en la jerarquía episcopal ortodoxa y, en muchas ocasiones, la misma función de patriarca. La importancia económica del Athos en el período bizantino final ha quedado reflejada en la conservación de una enorme masa documental que constituye quizás la principal fuente para el conocimiento de muchos aspectos de este período.

Como decíamos antes, resulta aparentemente paradójico que en unos momentos de tan profunda crisis política y militar y de un indudable estancamiento económico, la situación cultural y artística del Imperio no experimentase parecidos síntomas. Lejos de ello, este último período bizantino resulta de una vitalidad extraordinaria, de una gran originalidad y apertura, con figuras intelectuales de gran fuste. Además, fue en este período cuando se produjo el contacto habitual y fluido de Bizancio con las prósperas y cultas ciudades italianas. Esta vinculación, como veremos, tuvo unas consecuencias decisivas para la preservación del legado cultural clásico que los diferentes "renacimientos" occidentales estudiarán y cultivarán apasionadamente.

En la tardía época bizantina, Constantinopla siguió siendo un lugar de referencia cultural y artística ineludible. A sus escuelas acudían todos los

jóvenes prometedores a culminar su formación. Sin embargo, a finales del siglo XIV y durante el siglo XV, surgió otro centro intelectual y cultural capaz de rivalizar, en cierta medida, con la capital. Se trata de Mistra, la capital del próspero despotado de Morea, hermosísima ciudad situada en una montaña muy cerca de la antigua Esparta, en el Peloponeso. Fue en Mistra donde brilló el magisterio de Gemisto Plethon, esa interesantísima y atípica figura del mundo bizantimo final.

La restauración de Miguel VIII llevó a Constantinopla algunos intelectuales de Nicea, que continuaron su actividad en la recuperada capital. Este fue el caso de Blemmidas, ya mencionado, y sobre todo de su discípulo el historiador Jorge Acropolita, que persidió la delegación bizantina en el concilio de Lyon del 1274 y nos dejó la más importante historia del período de Nicea, continuando la obra de Nicetas Choniates. La obra de Acropolita fue a su vez continuada por Jorge Paquimeres (o Paquimero), también nacido en la época de Nicea. Su historia se acaba en el 1308, en el momento culminante de la expedición catalana. Resulta muy interesante la comparación entre las versiones sobre esta expedición de Paquimero y Muntaner, objeto de un antiguo e importante trabajo de Rubió y Lluch (1927).

Otra gran figura intelectual formada en el círculo cultural de Andrónico II y su Gran Logotheta Teodoro Metochites (o Metoquita), de quien se consideraba discípulo aunque su actividad fundamental se desarrolló en la época de la querella hesicasta y la segunda guerra civil, fue Nicéforo Grégoras. Forma parte de ese grupo de sabios griegos con curiosidad universal, que escribieron tanto sobre ciencia o astronomía como sobre teología. Su obra más conocida es su *Historia*, que narra los acontecimientos desde el 1204 hasta el 1359. Su principal obsesión fueron los problemas teológicos que dividieron a la sociedad bizantina. Su actitud fanáticamente antihesicasta, a pesar de su amistad personal con Juan Cantacuceno, invalida algunos de sus juicios sobre el período de la gran querella religiosa. A pesar de su falta de objetividad, su *Historia* destaca por su profundidad de juicios y su hermoso estilo literario, su vasta cultura y amplitud de conocimientos. En el lado contrario en la querella hesicasta estuvo el citado Juan Cantacuceno, que también nos dejó una *Historia* o mejor Memorias, llena de subjetivismo debido a su ferviente adhesión a la posición teológica de Gregorio Palamas y de los monjes del Athos.

En el círculo intelectual del mismo Cantacuceno destacaron algunos personajes de especial relevancia en el aspecto intelectual. El primero de ellos fue Demetrio Kydones (o Cidonio), cuya actividad literaria y política llena la mayor parte de la segunda mitad del siglo XIV. A pesar de su gran amistad con Juan Cantacuceno, de quien fue primer ministro, su actividad política continuó en los reinados posteriores. Como intelectual, destacó por su profundo conocimiento de la lengua y la filosofía latinas y fue el traductor

al griego de la obra de Tomás de Aquino. Su latinofilia cultural le llevó a adoptar una posición abiertamente favorable a la unión y fue el principal consejero y valedor de la unión del 1369. Sus numerosos tratados y cartas constituyen una pieza imprescindible para el conocimiento de su época. Nicolás Casabilas, por su parte, también amigo de Cantacuceno y más tarde metropolitano de Tesalónica en medio del furor de la revolución celota, fue un místico abiertamente hesicasta y palamita.

Un discípulo de Demetrio Kydones, Manuel Crisolaras, ejerció una influencia decisiva sobre el naciente "renacimiento" italiano de fines del XIV y principios del XV. El interés por la lengua griega en los círculos cultos italianos era algo anterior. Petrarca y Bocaccio habían estudiado griego con el antes citado Barlaam, aunque sus lecciones fueron de escasa duración y poca efectividad. El círculo culto de la Florencia de fines del XIV, impulsado por el amor sin límites a la Antigüedad de Collucio Sallutati, permitió que la enseñanza de la lengua griega se comenzase a llevar a cabo con rigor y seriedad. Crisolaras, hombre de gran cultura más que escritor original, desempeñó una labor docente destacada, primero en Florencia y luego en Milán y Pavía. Actuó también en varias ocasiones como embajador de Manuel II, buscando el apoyo occidental para la guerra contra los turcos. Fue una embajada presidida por él la que regaló al rey francés Carlos VI otro manuscrito de las obras de Dionisio el Areopagita (el Pseudo-Dionisio), que fue depositado en la biblioteca del monasterio de S. Denis. Crisolaras murió precisamente en Occidente, enviado como embajador bizantino a las reuniones del concilio de Constanza. Su labor de vinculación cultural de Bizancio con los ambientes cultos europeos fue importantísima.

Hablaremos, finalmente, del círculo culto de Mistras en el siglo XV, quizás el más destacado y original de los últimos momentos de pervivencia del Imperio. La estrella de este grupo fue el ya mencionado Jorge Gemisto Plethon. Debió de nacer hacia mediados del siglo XIV y, aunque se formó en Constantinopla, pasó la mayor parte de su vida en Mistra, la capital del despotado de Morea. Su protagonismo en la vida del Imperio se inicia en el reinado de Manuel II, gran protector de las letras y muy interesado en los destinos de Morea. Con el déspota Teodoro II, hijo de Manuel, el protagonismo de Gemisto Plethon en Mistra fue muy grande. Murió en la misma ciudad, aunque sus restos fueron trasladados a Rimini por los Malatesta. Su contacto con Italia fue siempre muy estrecho. Viajó al concilio de Ferrara-Florencia e influyó fuertemente sobre el naciente renacimiento italiano.

Como filósofo, Gemisto Plethon fue un platónico a ultranza. En una época de fuerte rivalidad entre partidarios del pensamiento de Platón y de Aristóteles, él fue un acérrimo defensor del primero. No hay que olvidar que influyó en la creación de la Academia Platónica de Florencia. Fue tam-

bién uno de los grandes defensores del *helenismo*, posición muy en boga en esta época de agonía de la estructura política en que éste se apoyaba. Se trataba de una posición ideológica que defendía la idea de una vinculación directa entre los antiguos griegos y los bizantinos de su época, en especial los del despotado de Morea. Incluso, sus creencias religiosas perdieron firmeza a lo largo de su vida, instalándose en una especie de paganismo *demodé* y esteticista, en búsqueda, sin duda, de una comunión mayor con ese idealizado pasado clásico.

Como buen platónico y buen conocedor de su obra, Gemisto Plethon escribió a imitación de *La República* platónica un Tratado de Leyes *(Nómôn syngrafê)* en el que vertía unas peculiares ideas políticas y sociales. Propugnaba un sistema de gobierno centralizado para Morea, con un fuerte control estatal y una drástica división de la sociedad entre un campesinado sometido a tributación y un ejército poderoso y bien organizado que no pagaría más impuesto que su propio servicio militar. Sus ideas utópicas no fueron aceptadas por el déspota, como tampoco lo habían sido las de Platón en Siracusa.

Del círculo de Mistras en torno a Gemisto, destacaron fundamentalmente Isidoro, más tarde metropolitano de Kiev y sobre todo Bessarion, arzobispo de Nicea y finalmente cardenal de la Iglesia romana. Este último, que había nacido en Trebizonda pero que se formó en torno a Gemisto Plethon, fue quizás el más acérrimo defensor de la unión religiosa y el intelectual bizantino más apasionado por la actividad de los círculos humanistas italianos. Una vez que comprobó la imposibilidad de conseguir una unión religiosa sincera y duradera, tras el concilio de Ferrara-Florencia en que tuvo una participación destacada, volvió a Italia donde transcurrió la última parte de su vida como gran protector de las artes y hombre de confianza del papado de la época. Su obra, carente de la profundidad y originalidad de la de su maestro, es la de un humanista clásico y un filósofo y teólogo fuertemente influido por el platonismo.

De igual manera que en el aspecto intelectual, se ha venido hablando de un cierto "renacimiento" artístico de época macedónica. La actividad constructiva, fundamentalmente de carácter religioso, del período fue muy importante. El punto de partida estuvo en los estilos artísticos del Período bizantino Medio que sobrevivieron a los fugaces años de la ocupación latina. Pero en el Bajo Período bizantino, el peso de las provincias fue mucho mayor que en épocas anteriores en que el protagonismo del arte de Constantinopla había sido abrumador. En Tesalónica, en el monte Athos, en Mistra, pero también en los Balcanes, la actividad y originalidad constructiva y decorativa fueron muy notables. Y, lo que en parte es novedoso, peculiaridades estilísticas provinciales influyeron sobre la propia capital (Krautheimer, 1984, p. 515).

Un problema muy debatido entre historiadores del arte de finales del siglo pasado y comienzos del presente, fue el de la influencia occidental, fundamentalmente italiana, sobre el arte bizantino tardío. En algunas creaciones artísticas, especialmente en la gran pintura mural de las iglesias de época Paleólogo, se creyó ver influencias del naciente renacimiento italiano, que se concretaban en un mayor naturalismo y consiguiente disminución del hieratismo estereotipado de la tradicional pintura bizantina. Otros hablaron de un influencia italiana pero a través de los modelos bizantinos anteriores que, exportados al norte de Italia, especialmente a Venecia, influyeron nuevamente, debidamente transformados, sobre la nueva pintura bizantina. La tendencia actual prefiere ver una evolución desde formas autóctonas de la fase bizantina media, aunque, como corresponde a una época con mayores contactos, las influencias externas, y no sólo italianas, no faltaron. Por ejemplo, parecen innegables las influencias occidentales sobre la arquitectura palaciega bizantina, desde la época de ocupación occidental, como puede verse en el Peloponeso y en la propia Constantinopla, en el Tekfur Sarayi, palacio del que queda sólo la fachada y que durante mucho tiempo se había atribuido equívocamente a la época de Constantino VII (siglo X), por lo que se le denominaba vulgarmente el palacio de los Porfirogénetas (Krautheimer, *ibídem*, pp. 520-22).

La arquitectura religiosa de la época Paléologo no creo tipos constructivos nuevos, sino que desarrolló los de la época media con algunas variantes, como una tendencia a una mayor elevación, construcción de edificios o capillas anexas *(parekklesia)* a diferentes partes de la iglesia, por necesidades litúrgicas o funerarias. Ya desde la segunda mitad del XIII, la actividad constructiva produjo edificios representativos en lugares distantes, como algunas iglesia de Mistra (la Metropolitana o catedral y las iglesias del convento de Brontocheion, una dedicada a los santos Teodoros y otra a la Virgen, conocida como la Afentiko), la famosa Parigoritissa en Arta, capital del despotado del Epiro, San Clemente de Ochrida, o la Iglesia de San Juan Bautista de Constantinopla *(Fenari Isa Kamii)*, fundación de Miguel VIII y su mujer Teodora.

Hacia el 1300 o algo más tarde, el estilo arquitectónico típicamente Paleólogo alcanza su madurez y se produce una importante actividad constructiva que afecta a Serbia, Bulgaria, Macedonia, la propia capital y el Peloponeso. Los antiguos tipos bizantinos revitalizados después de la restauración del 1261, dejan paso a tipos con mayor grado de mestizaje estilístico, con fuertes influencias externas. Un elemento característico de este estilo es la presencia frecuente de una decoración con mampostería polícroma, alternando generalmente el ladrillo con la piedra blanca, de remoto pasado tardorromano. Al mismo tiempo, la decoración interior de mosaico o pinturas es otro elemento importante del estilo Paleólogo. Donde primero

lo vemos es en la iglesia de los Santos Apóstoles de Tesalónica, consagrada hacia el 1300. En Serbia, este estilo se hace predominante durante el siglo XIV, quizás por influencia de la iglesia del monasterio de Chilandari, en el Athos, construida por el rey Milutin muy a principios del siglo. El ejemplo más importante en Constantinopla es el de la ampliación y remodelación del monasterio de la Chora (*Kariye Camii*, en turco), debido a la iniciativa del gran Logotheta y destacado intelectual de la época de Andrónico II y reinados posteriores, Teodoro Methochites o Metoquita. Esta iglesia-monasterio, revitalizada por el alto funcionario, es un exponente inmejorable de la delicadeza constructiva y decorativa del último período bizantino.

Mosaicos y pintura constituyeron un aspecto profundamente renovado y original en la época Paleólogo, tanto dentro de las reducidas fronteras del Imperio como en Serbia o Bulgaria. Elegancia, delicadeza y un cierto aire particular e individual de cada artista son rasgos que aparecen, por ejemplo, en los mosaicos de Chora *(Kariye Camii)* o en los Santos Apóstoles de Tesalónica. Iguales características encontramos en las magníficas pinturas murales de algunas iglesias de Mistra *(Pantanasa* y *Periblebtos)*, del monte Athos (aunque la gran pintura del Athos culmina en el siglo XVI, por tanto en época de dependencia respecto a los turcos) y de Serbia *(Gracanica, Decani* o en el patriarcado de *Pec)*. Igualmente, la pintura de iconos portátiles alcanzó un inusitado desarrollo en este período tardobizantino, así como la ilustración de manuscritos, algunos muy famosos como los conservados en Madrid y París. La ocupación turca no acabó con el arte bizantino, sino que una reglamentación estricta provocó que los viejos modelos se repitiesen de forma un tanto manierista. Pintura y mosaico, sin embargo, tuvieron todavía una época relativamente próspera durante el siglo XVI.

Apéndice: selección de textos

Texto 1

Copia de una carta imperial (de Constantino el Grande), en la que ordena que los que dirigen las Iglesias se vean liberados de todos los oficios públicos (leitourgeiai).

Recibe mi salutación, Anulino, nuestro más honrado. Puesto que de muchas formas se ha podido apreciar que la prohibición del culto divino, por el que se preserva la reverencia al más sagrado y celestial poder, ha traido grandes males y que su restablecimiento y protección ha otorgado la mayor de las fortunas al nombre romano y una singular prosperidad a todos los asuntos humanos (porque es *la generosidad de los dioses (evergesia tôn zeiôn)* la que otorga estas bendiciones): ha parecido conveniente que aquellos hombres que con la santidad debida y constante observancia de esta ley prestan su servicio para la realización de este culto divino, reciban las recompensas debidas a sus desvelos, honrado Anulino. Por ello, es mi voluntad que aquellas personas que en las provincias sobre las que gobiernas, en la *Iglesia Católica* que preside Ceciliano, prestan su servicio a este sagrado culto –a los que se suele llamar clérigos– queden libres de una vez para siempre de todos los oficios y cargas públicas, de manera que no puedan ser apartados por un error o falta sacrílega del culto que prestan a la Divinidad, sino que, al contrario, puedan servir al mismo sin ningún tipo de restricciones. Pues *cuando prestan supremos servicio a la divinidad, parece que otorgan incalculables*

beneficios a los asuntos del Estado. Ve con bien, nuestro más honrado y estimado Anulino.

(Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica,* X, vii.)

Comentario

Aunque se trata de un texto algo anterior a la fundación de Constantinopla (la carta está escrita entre el Edicto de Milán del 313, y el 320), su excepcional importancia y significación hacen aconsejable su inclusión. En efecto, como se ha insistido anteriormente, el nuevo Imperio tiene como característica muy especial su vinculación desde sus orígenes con la nueva religión triunfadora. El cristianismo –incluso, como se ve, podemos ya hablar de catolicismo– resulta un componente básico del mismo.

El Edicto de Milán (313) había eliminado las restricciones existentes para la práctica del culto cristiano, con lo que se ponía a la nueva religión en pie de igualdad con las otras. Con este texto que comentamos, en forma de *epistola* (seguramente un *rescriptum* o respuesta a una pregunta del funcionario correspondiente), que tenía fuerza de ley se iniciaba una legislación abiertamente favorable a la Iglesia.

El elemento fundamental de la actitud de Constantino era la consideración de los temas religiosos y eclesiásticos como verdaderos *asuntos de Estado.* Lo que atañía al culto religioso cristiano era, simplemente, una cuestión política de primera magnitud. Esto explica el que en el Imperio tardorromano y bizantino, los concilios generales fuesen convocados por la autoridad imperial y presididos por el mismo emperador o por su legado. Recordemos, simplemente, la imagen que nos transmite el mismo Eusebio de Constantino interviniendo activamente en los debates del Concilio de Nicea (325). También esta actitud nos ayuda a comprender el que los emperadores legislasen profusamente sobre temas religiosos.

Resulta muy interesante la consideración de *Iglesia Católica* que Constantino da a la Iglesia de Cartago dirigida por Ceciliano. En la Iglesia africana se había producido un cisma relacionado con los acontecimientos de la reciente persecución de Diocleciano, la última y más sangrienta. Algunos miembros de la comunidad cristiana de Cartago, dirigidos por un clérigo llamado Donato, habían reprochado a Ceciliano y sus seguidores su actitud supuestamente tibia y de connivencia con las autoridades romanas, para librarse del martirio. Esta había sido la actuación de muchos cristianos en las numerosas persecuciones del siglo III. Estos cristianos "tibios" eran calificados de *lapsi.* Los seguidores de Donato preconizaban una línea dura frente a estos *lapsi* y reclamaban para su grupo la legitimidad de representación

de toda la comunidad. La toma de postura de Constantino a favor de Ceciliano significaba el reconocimiento de la "catolicidad" de su Iglesia, de su universalidad, y excluía desde ese momento de la comunidad legítima a los seguidores de Donato, que se convertían en un movimiento herético, el *donatista,* cuya importancia en el norte de África en los siglos siguientes fue muy grande.

Hay que señalar, finalmente, la trascendencia que tiene la exclusión que se hace del clero cristiano de los cargos públicos y de las cargas (*munera* en latín, *leitourgeiai* en griego) que el ejercicio de dicho cargo comportaba. Recordemos que el sistema del Bajo Imperio tendía a convertir en obligatorias y hereditarias las funciones públicas, para evitar las reiteradas negativas de los particulares de ejercer estas funciones. Los cargos públicos, como el de *curial,* por ejemplo, habían dejado de ser un *honos,* un honor, un *privilegium,* para convertirse en una carga, un *munus.* La exención de los clérigos de las funciones públicas fue una medida de incalculable valor para la jerarquía eclesiástica y algunas leyes del siglo IV intentarán atajar la tendencia de algunos ciudadanos a hacerse clérigos para evitar formar parte de las *curias.* Al mismo tiempo, la actuación de Constantino marca una dirección para el futuro de una cierta separación de funciones entre las esferas civil y religiosa, lo que confería a la jerarquía eclesiástica una importante independencia, a pesar de que fuera el emperador la suprema autoridad religiosa.

Texto 2

Carta del emperador Justiniano II al papa Juan V, en relación con el VI Concilio Ecuménico del 680.

(Esta carta, conservada en traducción latina y recogida por MANSI en su colección de cánones conciliares, transmite al papa los esfuerzos hechos por el joven emperador bizantino para hacer cumplir las decisiones del Sexto Concilio Ecuménico, Tercero de Constantinopla, convocado por su padre Constantino IV. Para ello, Justiniano II había convocado en Constantinopla una magna asamblea confirmativa en la que habían participado diversos estamentos de la vida oficial del Imperio).

> [...] Y hemos llevado (a esta confirmación de las actas del Concilio en la asamblea del 686), a nuestros santísimos Padres y beatísimos Patriarcas así como al apocrisiario de Vuestra Santidad y al santísimo senado, así como a los metropolitanos y obispos amados de Dios y que residen en la sede regia, y además, a los funcionarios del Santo Palacio y a los miembros de las asociaciones *(collegiis)* populares y de los excubito-

res, así como a los ejércitos amados de Cristo, tanto al que está bajo la dependencia imperial *(imperiali obsequio)*, como al oriental y Traciano *(ab orientali et Thraciano)*, e igualmente el armenio y también el ejército de Italia y el de los *Carabisianos* y Septentianos, o los ejércitos de Cerdeña y África, que se han unido a nuestra piedad y ordenamos que se exhibiesen las decisiones sinodales del Concilio y se hiciera una lectura pública de las mismas....

(Mansij B., *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio,* 11, cols. 737-738. a. 687).

Comentario

Se trata de un texto de gran importancia, a pesar de su conservación en una única versión muy deficiente. El joven emperador Justiniano II (sólo contaba dieciseis años cuando su padre Constantino murió con treinta y dos, en el 685) se convirtió en el primer objetivo de su reinado la confirmación y apuntalamiento de la paz religiosa, trabajosamente conseguida en el Sexto Concilio Ecuménico, Tercero de Constantinopla, en el 680.

Como se ha comentado en el texto, en este Concilio se terminó definitivamente con los problemas religiosos y teológicos que habían dividido al Imperio bizantino durante siglos. A estas alturas, la pérdida de Egipto, Palestina y Siria, principales focos del monofisismo, podía ya considerarse definitiva. El Imperio bizantino, lejos de llevar a cabo algún intento de contrataque que hubiera permitido la recuperación de los territorios perdidos, había tenido que soportar constantes ataques árabes contra la capital que se habían salvado con grandes dificultades. Por si esto fuera poco, la ofensiva árabe estaba prosiguiendo en el norte de África y culminaría con la definitiva pérdida de Cartago a finales del mismo siglo. Por tanto, pocas eran ya las esperanzas de una contraofensiva victoriosa, lo que forzó una solución realista al problema monofisista que confirmase en todos sus aspectos la doctrina del Concilio de Calcedonia (451).

Pero el mayor interés de esta carta imperial reside en la información que da acerca de la situación general del imperio, que nos permite ver que la reforma themática estaba ya en marcha y había dado sus primeros frutos. Aunque no se emplea todavía el término *thema*, la realidad que encubre el término latino *exercitus* es obviamente la de cuerpo de ejército asentado en una determinada zona, a la que dará incluso el nombre en épocas posteriores.

Observamos que la principal novedad administrativa que se había producido en la época de la dinastía heráclida fue la formación de los primeros cinco grandes cuerpos de ejército, que más adelante serán llamados

themata: el *Opsikion* posterior será el *thema* constituido a partir del asentamiento de las tropas móviles, antiguas *comitatenses* que éstaban bajo la dependencia *(obsequium)* del emperador. Estas tropas habían sido acantonadas no lejos de la capital, en la zona de los estrechos y Nicea fue la principal ciudad de esta nueva provincia. El ejército oriental a que hace alusión el texto no es sino el embrión del futuro y enorme *thema* anatolio o de los anatolios *(Anatolikôn)*, que comprendía una gran parte de Asia Menor, hasta su fragmentación por León III el Isáurico tras su conquista del poder en el 717. El ejército armenio daría más tarde lugar al *thema* armenio o *Armeniakôn* y, al parecer, habría sido el primero en crearse, en las campañas de Heraclio contra los persas. El ejército tracio se convertiría en el *thema* tracio o *Thrakesikôn* y estaría formado por tropas europeas trasladadas a Asia Menor, aunque más adelante se crearía otro *thema* europeo con el mismo nombre para garantizar la defensa frente al creciente peligro búlgaro. Por último, el ejército de los *Karabisianos* o *Karabisianôn*, resultaría del asentamiento de los marineros griegos también en la zona de los estrechos.

Las restantes citas del texto mencionan los ejércitos de los exarcados, principalmente África e Italia, creados anteriormente, como se ha dicho en el texto, por Mauricio, a fines del siglo VI. El exarcado de Italia, creado para hacer frente a la complicada situación tras las invasiones lombardas inmediatamente posteriores a la muerte de Justiniano, sobreviviría hasta mediados del siglo VIII en que fue conquistado por los lombardos, lo que originó la intervención franca en Italia, con las consecuencias sobradamente conocidas. El de África, por su parte, estaba ya siendo asediado por la expansión árabe desde Egipto. Los árabes, tras feroces campañas militares, consiguieron el sometimiento y la conversión de las principales comunidades bereberes y esto facilitó la definitiva conquista del África cartaginesa por las tropas califales en los años finales de este siglo VII.

Como se ha reiterado en diversos pasajes de este libro, la reforma *themática* significó una ruptura importantísima con el esquema político y administrativo heredado de la tardía Antigüedad y la aparición de una nueva estructura organizativa a la que podemos llamar bizantina. El nuevo estado apostaba abiertamente por una defensa de la pequeña y mediana propiedad agraria, civil y militar, como forma de mantenimiento de un aparato fiscal que funcionase correctamente. Al mismo tiempo, la situación militar de un Imperio asediado por todas partes exigía soluciones militares imaginativas como ésta. Pequeños contingentes asentados en el territorio y convocados regularmente mediante el *adnoumion* o especie de leva, eran más útiles que las tropas móviles para hacer frente a unas amenazas en unas fronteras más o menos estabilizadas. Los contingentes *themáticos* defendían sus propias tierras y se integraban en la propia comunidad campesina *(jô-*

rion), en la que existía una solidaridad económica y más adelante también fiscal.

Como también se ha señalado, la reforma themática se consolidó en época de la dinastía isáurica, en el siglo VIII, produciéndose la creación de nuevos *themata*, bien de nueva planta o bien como resultado de la fragmentación de las enormes circunscripciones iniciales. El proceso de su decadencia fue paulatino y arrancó desde dentro de la propia estructura themática, ya que se originó en ella una casta militar profesional, formada por los propios dirigentes civiles y militares de los *themata*, que fueron arruinando el propio sistema al acaparar las tierras que los campesinos. Al mismo tiempo, estas castas aristocráticas iban haciendo caer bajo su dependencia a los campesinoa, tanto civiles como militares. Al mismo tiempo, las nuevas circustancias militares del siglo X, con el inicio de una política de agresión y expansión en oriente, hicieron más útiles las tropas móviles o *tagmáticas* que las estables anteriores. Ello hizo que se desvirtuase el sistema poco a poco, proceso que se puede considerar culminado en época de Comneno, en el siglo XII.

Texto 3

Una versión bizantina de la coronación imperial de Carlomagno en el año 800.

> En ese mismo año, se produjo en Roma un levantamiento de los parientes del venerable papa Adriano, quienes incitaron al pueblo a levantarse contra el papa León. Y, tras apoderarse de su persona, le cegaron [...] León huyó hasta donde estaba Carlos, rey de los francos, que tomó terrible venganza de sus enemigos y le restableció de nuevo en su solio. Y, a partir de estos momentos, Roma estuvo bajo la autoridad de los francos. Y el Papa recompensó a Carlomagno coronándole emperador de los romanos en la iglesia del Santo Apóstol Pedro, ungiéndole con aceite de la cabeza hasta los pies y revistiéndole con las ropas y la corona imperiales, en el mes de diciembre, el 25, novena indicción.
>
> (Teófanes, *Chronographia*, ed. C. de Boor –Leipzig, 1883–, vol. 1, pp. 472-73; MIGNE. *Patrologia Graeca*, CVIII, col. 952 B.)

En otro pasaje (Teófanes, *Chronographia*, ed. de Boor, 1, p. 475, MIGNE, *Patrologia Graeca, CVIII, 955)*) describe los acontecimientos que rodearon a la coronación:

> En este año, el día 25 de diciembre, en la novena indicción, Carlos, rey de los francos, fue coronado por el papa León. Y, aunque quería ata-

car Sicilia, demoró el preparativo de la flota para intentar casarse con Irene (la emperatriz bizantina) y envió con este propósito embajadores al año siguiente en la indicción décima... Y estos embajadores de Carlos y del papa León llegaron a la corte de la emperatriz Irene, buscando concertar un matrimonio entre Carlos y ella, para unir el Este y el Oeste. Y esto hubiese sucedido si no lo hubiera impedido la intervención y las objecciones de Aetius, uno de sus eunucos y consejeros.

Comentario

La coronación imperial de Carlomagno constituye una de las fechas claves de toda la Edad Media occidental y es un punto de indudable referencia. Significaba la culminación de toda una actuación política que se había iniciado tiempo atrás y que había propiciado el acercamiento del pontificado a la nueva monarquía franca carolingia. Esta aproximación se había hecho necesaria para el papado cuando, en medio de la crisis iconoclasta, se había acrecentado el alejamiento respecto al Imperio bizantino en momentos de aumento de la presión lombarda, que había culminado con la conquista de Rávena por este pueblo en el 751.

La ceremonia de este día de Navidad que iniciaba el año 801 (según el llamado cómputo de la Natividad) fue totalmente incomprendida por los bizantinos y produjo en ellos una viva irritación. Siempre se había mantenido la convicción de que el Imperio era único y que, una vez desaparecido el de Roma en el 476, el único Imperio era el de Constantinopla. Por tanto, para ellos resultaba un insulto y una provocación.

El monje Teófanes escribe su *Chronographia* muy pocos años después de los acontecimientos y sin embargo, sorprende la desinformación e incomprensión que manifiesta. Por error, confunde la unción de Carlos el Joven, el hijo de Carlomagno, que según dice el *Liber Pontificalis* fue ungido después de la coronación de su padre, con una supuesta ceremonia de estas características en la persona del propio Carlomagno, lo que en la práctica no sucedió. El ritual de coronación de los emperadores bizantinos no comprendía la unción regia, esta ceremonia que se practicaba en la coronación de los reyes-sacerdotes de Israel y que en Occidente habían introducido en la coronación de los reyes visigodos de Toledo y los anglosajones. Como es fácilmente comprensible, la aplicación del óleo bendecido en el cuerpo del coronado tenía una función sacralizadora de la propia persona. Le convertía en un nuevo *Christos* que, como se sabe, quiere decir ungido. La unción sólo se practicará en Bizancio en la última fase de su historia, seguramente por la influencia occidental del Imperio latino.

Igualmente, el cronista está desinformado acerca de los detalles del ataque que había sufrido el papa León III por parte de los parientes del an-

terior papa Adriano. No es cierto que León hubiera sido cegado por los asaltantes, sino simplemente, nos dicen otras fuentes, que éstos lo habían intentado. Este desconocimiento sobre los asuntos occidentales es testimonio del alejamiento entre Bizancio y Occidente y de un cierto sentido de desprecio y complejo de superioridad de los bizantinos respecto a los "bárbaros" latinos.

Parece cierto que hubo algún intento de unir ambos Imperios o al menos de establecer lazos matrimoniales entre los emperadores bizantinos y los reyes francos. Anteriormente, seguramente en el 787, una embajada bizantina enviada por Irene había solicitado la mano de Rotruda, una hija de Carlomagno, para el joven Constantino VI, el hijo de León IV e Irene. Carlomagno pospuso el cumplimiento del compromiso y el matrimonio no llegó a celebrarse. Constantino VI fue depuesto por su propia madre y ésta ocupó en solitario el trono bizantino. La conducta cruel de Irene con su hijo, al que sacó los ojos y más tarde mandó matar, así como el hecho de que una mujer actuase como emperador, fueron argumentos justificatorios de la coronación de Carlomagno, como consta en los *Annales* de Lorsch. Ninguna fuente occidental nos habla de las negociaciones para el matrimonio de Carlomagno e Irene, pero los detalles que da Teófanes son abundantes y se consideran auténticos. Una embajada franca estuvo en Constantinopla el año 802 y fue sorprendida allí por la violenta deposición de Irene por Nicéforo a fines de octubre del mismo año, por lo que no había caso para continuar las negociaciones.

Las relaciones entre ambos imperios nunca fueron cordiales. Miguel I Rangabé, en su corto reinado, fue el primero en reconocer a Carlomagno como simple "emperador de los francos", pero no como emperador de los Romanos, título privativo del monarca bizantino. Más tarde, en tiempos de Miguel II, una famosa embajada imperial a Occidente, que visitó Aquisgrán y más tarde Roma, confirmó una cierta reconciliación. No obstante, los bizantinos consideraron siempre al nuevo Imperio Occidental como subordinado al de Constantinopla y nunca en pie de igualdad con el mismo.

Texto 4

Liudprandi Legatio ad Imperatorem Constantinopolitanum Nicephorum Focam.

> Esta tierra (Apulia) que reclamas para tu Imperio pertenece al reino de Italia tanto por la naturaleza como por la lengua de sus habitantes. Los lombardos la tuvieron en su poder y Luis, emperador de los Lombardos o de los Francos, la arrebató de las manos sarracenas con mucha efusión

de sangre. Durante siete años, Landulfo, príncipe de Benevento y Capua, la tuvo en su posesión. Y no hubiera salido hasta el momento presente del yugo de su servidumbre y la de sus sucesores si no hubiera sido por las grandes cantidades de dinero que el emperador (bizantino) Romano gastó para comprar la amistad de nuestro rey Hugo. Y esta fue la razón por la que concertó el matrimonio de su propio nieto del mismo nombre (Romano II) con la hija ilegítima de Hugo. Y, según mi opinión, atribuyes a la impotencia más que a un sentimiento de consideración el hecho de que mi señor dejase en tus manos Roma e Italia durante tantos años, después de haberlas conquistado. Consideramos, además, un fraude y un engaño el supuesto lazo de amistad que dices querer anudar con nosotros a través de un matrimonio. Nos exiges una tregua que no tienes derecho a pedir y nosotros obligación de conceder. Para que nos libremos de todo engaño, es preciso que la verdad resplandezca: mi señor me ha enviado para que, si quieres entregar en matrimonio para su hijo Otón, augusto emperador, a la hija del emperador Romano y de la emperatriz Teófano, lo proclames mediante un juramento ante mí, y yo también confirmaré por juramento cuanto mi señor, por agradecimiento y recompensa, está dispuesto a otorgaros. Y mi señor, como expresión de los mejores sentimientos de amistad y fraternidad os ha entregado ya toda la Apulia, que hasta el momento estaba en sus manos. Y de ello son testigos todos los habitantes de Apulia.

(*Quellen zur Geschichte der Sächsischen Kaiserzeit –Fontes ad Historiam Aevi Saxonici illustrandam–*, perteneciente a la serie *Ausgewählte Quellen zur Deutschen Geschichte des Mittelalters*, Vol. 8., Darmstadt, 1977, pp. 530-532.)

Comentario

Se trata de un texto proveniente de la *Relatio* que hizo Liudprando de Cremona al Otón I de su embajada a Constantinopla, seguramente en el año 969, a la corte de Nicéforo Focas, coemperador con los jóvenes Basilio y Constantino, hijos de Romano II y Teófano. La emperatriz, muerto su marido, había elegido como emperador y marido a Nicéforo, seguramente el mejor general del Imperio, para garantizar la sucesión pacífica de sus propios hijos. En época macedónica no será excepcional esta presencia de "coemperadores" al lado de los legítimos gobernantes, como había ocurrido con Romano I Lecapeno.

La *Relatio* de Liudprando es una fuente de gran importancia para obtener una visión "desde fuera" de Constantinopla y del Imperio bizantino en general. El obispo de Cremona, hombre docto, buen conocedor del griego e interesado por los problemas de Oriente, no es, sin embargo, una fuente

de gran objetividad, debido a su fidelidad completa a Otón I y a su política imperial e italiana.

La coronación imperial de Otón I, llevada a cabo por el papa Juan XII el 2 de febrero del 962, significó un hito importante en la historia europea general y en la de las relaciones entre el mundo latino y el griego. Volvía a abrir las viejas heridas que había provocado la coronación de Carlomagno y que señalábamos en el comentario anterior. Sin embargo, existían diferencias fundamentales entre ambos acontecimientos. Por una parte, cuando Otón asume la corona imperial de Carlomagno, el Imperio bizantino atraviesa uno de los momentos de mayor gloria y prestigio. Sus ejércitos estaban aprovechando la creciente debilidad islámica para llevar a cabo una importante expansión oriental que había ampliado sustancialmente la extensión de sus territorios. Al mismo tiempo, la política otónida en Italia era más firme y decidida que la de Carlomagno, que nunca llevó a cabo, por voluntad o por incapacidad, intentos serios de ejercer un control efectivo sobre la península italiana. Otón I y sus dos continuadores asumieron con seriedad sus compromisos italianos y buscaron la posesión de los territorios meridionales.

El sur de Italia era un mosaico variado de diferentes soberanías. Sicilia, antigua posesión bizantina desde la recuperación justinianea, había caído en manos islámicas a lo largo del siglo IX. Los musulmanes de Sicilia, así como otros provenientes de al-Andalus, hacían constantes correrías por el sur de Italia e incluso se habían instalado decididamente a orillas del río Garellano, de donde habían sido finalmente desalojados en el 915 en una brillante campaña dirigida por el papa Juan X y con la colaboración de tropas bizantinas y lombardas. Bizancio conservaba, al menos nominalmente, la soberanía sobre Apulia y Calabria, donde había creado sendos *themata*, el de Longobardía y el de Calabria propiamente dicho. Al mismo tiempo, existían diversos principados lombardos de extensión e importancia muy cambiante. El más poderoso de ellos era el ducado (más tarde principado) de Benevento y Capua y, junto a él, existían ducados menores como los de Nápoles y Gaeta.

En el texto, Liudprando expone ante Nicéforo Focas la situación de Apulia, del *thema* bizantino de Longobardía. Si Calabria era mayoritariamente de lengua y cultura griega, no ocurría lo mismo con Apulia (parte sudoriental de Italia), donde predominaban la lengua y la tradición latina. En ambos territorios existía una dependencia eclesiástica directa respecto al patriarcado de Constantinopla desde los tiempos de León III el Isáurico, que los había separado de la anterior vinculación con el papado romano. Calabria se había mantenido fiel a la dominación bizantina, mientras que Apulia, como vemos, había variado su postura. El emparador Luis II, al que alude el texto, fue el único carolingio verdaderamente italiano y la península

fue el centro de sus inquietudes. En el 871 había conquistado Bari, capital de Apulia, con todo el territorio. Su muerte en el 875 clausuró este corto intento de un imperio específicamente itálico. En el 876, Bari y toda la Apulia volvieron espontáneamente a la dominación bizantina.

El ducado-principado de Benevento y Capua, había experimentado una importante expansión en tiempos de Landulfo, también mencionado en el texto, quien invadió Apulia seguramente en el 929 y la dominó hasta el 936. Esta "liberación" de la Apulia se había producido a través de la alianza entre Romano Lecapeno, "coemperador" teórico pero auténtico dominador de la situación, y Hugo de Provenza, rey de Italia. Esta alianza se materializó con un matrimonio entre el aún niño Romano (futuro Romano II, hijo del emperador profirogéneta Constantino VII y nieto del mismo Romano Lecapeno) y la también niña Berta, hija ilegítima de Hugo de Provenza. En el 944 Berta viajó a Constantinopla, fue rebautizada con el nombre de Eudocia y moriría en la ciudad imperial cinco años más tarde, sin haber consumado el matrimonio con Romano II.

La intervención de Otón I en Italia había alterado la situación en toda Italia, especialmente en el sur. Los principados lombardos, que habitualmente habían reconocido la soberanía bizantina, acogieron favorablemente la intervención sajona que podía librarles de un exigente señor. Otón, en varias campañas, había llegado a controlar casi toda la Italia meridional, a pesar de que no había podido apoderarse de Bari. La embajada de Liudprando buscaba confirmar la buena situación de Otón en Italia y el reconocimiento de su título imperial, mediante un matrimonio entre el futuro Otón II y una princesa porfirogéneta o legítima, de la dinastía macedonia.

El tono general de la *Relatio* trasluce el desprecio y el desdén que el orgulloso Nicéforo Focas mostró al embajador occidental. Le trató como a un virtual prisionero, tardó en recibirle y profirió constantes insultos contra su señor, Otón I, al que calificó de "bárbaro" en más de una ocasión. Liudprando nos ha dejado un retrato ferozmente negativo de Nicéforo, pero también interesantes datos acerca de la vida de Constantinopla en esta época gloriosa.

El matrimonio deseado y el reconocimiento de Otón I no se produjeron. Nicéforo se negó a entregar a una princesa legítima y ofreció a cambio otras proposiciones humillantes. La muerte de Nicéforo Focas a finales del 969, abrió la posibilidad de un arreglo. El nuevo usurpador, Juan Tzimisces, no mostró los mismos escrúpulos que su antecesor. Una princesa porfirogéneta, Teófano, fue concedida en matrimonio al joven Otón II, de cuya unión nacería Otón III. Esta solución permitió una remisión de la tensión anterior, si bien el recelo y la desconfianza entre griegos y latinos no desapareció con ello y se hará patente en numerosas ocasiones. La precaria dominación bizantina sobre la Italia meridional, que cada vez contaba menos en

la política exterior imperial, continuó hasta la aparición de los normandos en el escenario italiano en las primeras décadas del siglo XI. Serán estos aventureros francos quienes transformen en su provecho la situación de la Italia del sur, acabando con la fragmentación anterior.

Texto 5

El Imperio bizantino y la Primera Cruzada.

> [...] Alexis no había tenido tiempo siquiera de descansar algún tiempo cuando oyó el rumor de la llegada de los ejércitos de innumerables francos. Temía su llegada porque conocía su ímpetu irresistible, su carácter inestable y versátil, así como todo lo concerniente al temperamento *"celta"*, con sus inevitables consecuencias; sabía que se dejan arrastrar por su amor a las riquezas y que cuando se presenta la ocasión no tienen escrúpulos en incumplir sus acuerdos. Todo esto había oído de ellos y había tenido oportunidad de comprobarlo. Lejos de atemorizarse, *tomó sin embargo todas las medidas adecuadas para luchar* llegado el momento. La realidad era mucho más grave y terrible que los rumores que corrían. Pues era todo el occidente, todas las naciones bárbaras que habitan en los países situados entre la otra orilla del Adriático y las columnas de Hércules las que emigraban en masa, con sus familias enteras, marchando hacia Asia atravesando toda Europa de una esquina a la otra. Expondré en grandes líneas las causas de semejante movimiento de pueblos...
>
> (Ana Comneno, *Alexiada*, X, 4, Ed. Leib, Paris, 1967, pp. 206-207.)

Comentario

La *Alexiada* de Ana Comneno es una de las pocas fuentes bizantinas que se refiere de forma bastante extensa a la Primera Cruzada y expone los puntos de vista del mundo bizantino en relación con este fenómeno. Otros historiadores casi contemporáneos a los eventos apenas hicieron referencia a la misma, lo que no tiene una fácil interpretación. Se podría aceptar el punto de vista de H. Ahrweiler, quien opina que el desinterés bizantino hacia algunos acontecimientos que en las fuentes occidentales tuvieron una gran incidencia, como el cisma del 1054 o este mismo de la cruzada, se debieron al complejo de superioridad del Imperio oriental, que les llevó a minimizar tales sucesos. Si bien esta explicación resulta razonable en el primero de los supuestos citados, es más discutible en el segun-

do, ya que las condiciones generales por las que atravesaba el Imperio eran mucho más difíciles a finales del siglo XI que en el 1054 y la gran derrota de Mantzikert frente a los turcos (1071), debió de rebajar un tanto la tradicional soberbia bizantina.

A la hora de valorar el duro juicio que en general se desprende de las páginas de la *Alexiada*, hay que tener en cuenta diversos factores. En primer lugar, esta obra es un panegírico de la figura de Alexis Comneno, en la que se exalta todo lo positivo de la obra de gobierno de este emperador y se minimiza u oculta lo negativo. Tiene además, una fortísima carga retórica, típica de la fuerte formación clásica que su autora tenía. Por tanto, muchas afirmaciones de Ana Comneno, son simples *topoi* o lugares comunes retóricos, que no deben de tomarse al pie de la letra. Además, la *Alexiada* fue escrita muchos años después de los acontecimientos narrados, seguramente cuando su autora tenía una avanzada edad, en el reinado de su sobrino Manuel. Muchos recuerdos de la autora, que había vivido los acontecimientos referidos en plena juventud, podían estar ya borrosos y, lo que es más importante, podían estar deformados por la naturaleza y desarrollo de los contactos con los latinos después de la conquista de Jerusalén y en especial por los no muy agradables de la Segunda Cruzada.

No cabe duda de que los bizantinos no comprendieron muy bien el fenómeno de la cruzada. No es el momento de valorar las causas profundas de la predicación de la expedición a Oriente ni los diversos elementos que están en la base de la misma, pero la tradición ideológica del Imperio oriental no podía valorar positivamente el fenómeno de una supuesta guerra religiosa. Es cierto que había habido algunos episodios en la historia de Bizancio que se habían aproximado a esta consideración, como las guerras de Heraclio contra los persas o las campañas expansivas de los primeros macedonios, pero nunca se había llegado a un desarrollo profundo de la concepción de la guerra religiosa. Por ello, no cabe dudar de la sinceridad del sentimiento de extrañeza cuando no de absoluta incomprensión que se desprende de la obra de Ana Comneno. No obstante, hay que resaltar que muchas veces la narración es ambivalente y que junto a grandes descalificaciones existe en la obra un cierto componente admirativo más o menos explicitado.

Para comprender adecuadamente la vinculación entre Bizancio y la cruzada hay que referirse brevemente a la situación del momento. El golpe de Estado de Alejo I en el 1081 había tenido lugar en unos momentos de grave crisis política y militar del Imperio. La presión turca en Asia Menor y la de los normandos de Roberto Guiscardo por el flanco occidental, así como la presencia petchenega en el norte hacían muy difícil la defensa frente a tantos enemigos a un tiempo. Además, el viejo ejército de los *themata*, formado por soldados campesinos había prácticamente desaparecido. Durante todo el siglo XI, Bizancio había recurrido a los mercenarios para lu-

char al lado de sus tropas móviles o de los *tágmata*. Anglosajones, varegos o turcos habían formado parte de la propia organización militar bizantina. Y lo que es más importante como precedente de la intervención latina, diversos contingentes de caballeros normandos habían estado presentes en Anatolia, en teoría defendiendo al Imperio frente a los turcos, pero en la práctica buscando constituir un pequeño principado en su propio beneficio. Crispin y Roussel de Bailleul habían sido dos normandos contra los que el propio Alejo había tenido que luchar cuando sus pretensiones se habían convertido en excesivas. Sin duda, la comprobación a que alude Ana Comneno sobre el carácter de los latinos se refiere a los contactos de Alejo con estos ambiciosos caballeros.

No cabe dudar de que hubo negociaciones entre el *basileus* y los occidentales para buscar un apoyo militar occidental capaz de aliviar la complicada situación bizantina. La famosa y debatida carta de Alejo al conde de Flandes, escrita seguramente hacia el año 1090, de cuya autenticidad se ha dudado, reflejaba sin embargo un ambiente existente. Ya en tiempos anteriores a Alejo I, en la dura década de los setenta y tras la citada batalla de Mantzikert, el emperador Miguel VII Ducas había manifestado cierta inclinación a contar con el apoyo occidental para hacer frente a la amenaza turca. Una famosa carta de Gregorio VII hablando de una futura expedición a Oriente para liberar los santos lugares dirigida por el mismo Papa en persona, refleja la realidad de estos contactos y la existencia de una atmósfera de cooperación. El ambicioso papado reformista deseaba protagonizar un hecho de estas características que hubiera permitido acabar con el cisma del 1054 y vender caro el apoyo a Bizancio, seguramente a cambio del reconocimiento absoluto de la supremacía pontifical. En el Concilio de Piacenza del 1095, algo antes de la convocatoria formal de la Primera Cruzada en Clermont, había habido delegados bizantinos que, sin duda, buscaban la confirmación de esta ayuda.

Lo que no esparaban los griegos es la presencia masiva de peregrinos occidentales, de nulo valor militar, en un auténtico "movimiento de pueblos", tal y como explica el texto. La presencia de la cruzada popular, con sus muchedumbres mal alimentadas y fanatizadas significó un grave contratiempo en las previsiones griegas. Estos contingentes populares fueron trasladados apresuradamente a Asia y murieron en su mayor parte a manos de los turcos. Las relaciones con los contingentes militares tampoco fueron fáciles. Con constancia y parsimonia, Alejo I consiguió que los principales jefes le prestaran juramento de fidelidad personal, utilizando para ello tanto los precedentes bizantinos como los occidentales en este tipo de actuaciones. Cabe suponer también que Alejo no esperaba que los caballeros occidentales se instalasen de forma estable en los territorios conquistados, al menos en los que anteriormente pertenecían a Bizancio.

Los caballeros occidentales cumplieron una función importante y útil para la situación del Imperio. Desbloquearon en cierta medida la presión turca en algunas partes de Anatolia y permitieron que los bizantinos recuperaran algunas ciudades de cierta importancia como Nicea. Alejo y sus continuadores pudieron hacerse con el control de las franjas costeras de Asia Menor, aunque nunca llegaron a recuperar toda Anatolia. Los intentos en este sentido se cerrarán de forma negativa con la derrota bizantina en Myriocéfalon, en el 1176, frente a las tropas del sultanato de Iconium. Los principales conflictos entre bizantinos y occidentales tuvieron lugar por la posesión de Antioquía, ciudad a la que el Imperio otorgaba una gran significación y que cayó en manos occidentales en el 1098, quedando en posesión de Bohemundo de Tarento. Poco a poco, los bizantinos consiguieron ejercer un control creciente sobre la ciudad, que incluso llegó a tener un patriarca ortodoxo.

La historiografía ha solido hacer un balance muy negativo de este encuentro entre griegos y latinos como consecuencia de la Primera Cruzada. Se ha tenido demasiado en cuenta lo sucedido en el 1204, con la Cuarta Cruzada y la formación del Imperio latino, buscando sus raíces en los sucesos de un siglo antes. Los recelos y resentimientos entre Bizancio y las potencias occidentales eran mucho más antiguos y las consecuencias de la Primera Cruzada no parecen haber sido tan catastróficas como puede parecer. La ayuda militar occidental facilitó la reacción bizantina y permitió la recuperación de las zonas más ricas y fértiles de Asia Menor. La política latinófila de Manuel I, el tercer Comneno, sería una prueba de que la hostilidad entre latinos y griegos no fue tan grande tras los sucesos de finales del siglo XI. Los motivos del terrible episodio del 1204 hay que buscarlos, por tanto, en otras causas y no atribuir el suceso a una consecuencia última de una especie de secular enfrentamiento entre Oriente y Occidente que habría tenido en la Primera Cruzada uno de sus principales capítulos.

Texto 6

Juramento del Emperador de los Griegos en el Segundo Concilio de Lyon (1274).

> Yo, Jorge Acropolita, gran Logotheta y emisario de mi señor el emperador de los griegos Miguel, Ducas, Ángel, Comneno, Paleólogo, con un mandato suyo para subscribir cuanto antecede, abjuro del cisma anterior y reconozco como fe verdadera, santa, católica y ortodoxa en nombre de mi señor ya citado, la subscrita unidad de fe, que ha sido públicamente leída y fielmente expuesta; la acepto y la proclamo oralmente

y de corazón, tal y como la preserva fielmente la sacrosanta Iglesia Romana y prometo conservarla sin violación, no apartarme de ella en ningún momento ni de ningún modo discrepar de ella [...] Confieso, en su nombre (del emperador) y en el mío, reconozco, acepto y recibo de forma espontánea, el primado de la misma sacrosanta Iglesia Romana, así como proclamo la obediencia a esta citada Iglesia [...].

(Mansi, J. B., *Sacrorum Conciliorum Nova et amplissima Collectio*, Venecia, 1770 (y sucesivas reediciones), V. 24, col. 73.)

Comentario

Se trata de un texto procedente de las actas del Segundo Concilio de Lyon, que tuvo lugar en el 1274 y en el que, junto a temas específicos de la Iglesia romana, se llevó a cabo la unión de las Iglesias y la reconciliación, al menos nominal, de Roma y Constantinopla, separadas desde el cisma del año 1054. Los protagonistas de tan trascendental acontecimiento fueron el emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo, que había recuperado Constantinopla en el 1261 en nombre del emperador legítimo Juan IV Láscaris, al que finalmente depuso y mandó cegar, y Gregorio X (Tedaldo Visconti), el Papa recientemente elegido tras tres años de vacante pontifical.

Cuando Miguel se apoderó casi por sorpresa de Constantinopla y acabó con el débil Imperio latino, fue consciente de la debilidad política del Imperio bizantino restaurado. El mundo occidental no había aceptado de buen grado la caída del Imperio latino y los tradicionales sentimientos antigriegos se habían incluso acrecentado. Por otra parte, el papado había enfeudado los territorios del sur de Italia y Sicilia, gobernados por Manfredo Hohenstaufen, el hijo de Federico II, a Carlos de Anjou, hermano menor de San Luis de Francia. En el 1266, Carlos de Anjou derrotaba a Manfredo en la batalla de Benevento y en el 1268 moría ajusticiado en Nápoles Conradino, el último vástago de la dinastía Hohenstaufen. Carlos de Anjou quedaba como único dueño del antiguo reino normando y heredaba su política mediterránea, que tenía como último objetivo la destrucción del Imperio bizantino.

Estas circustancias llevaron a Miguel Paleólogo a la convicción de que la única solución para salvar su Imperio era hacer grandes concesiones religiosas, llegando incluso a la total sumisión de la Iglesia oriental a Roma, para desactivar de esta manera el inminente peligro angevino. Sin embargo, el *basileus* contaba con muy escaso apoyo dentro de la propia corte y la mayoría de la población griega era contraria a cualquier acercamiento a los latinos, tras la difícil experiencia del Imperio latino, que había dejado un penoso recuerdo. Los intentos de Miguel VIII por convencer a sus conseje-

ros y a la Iglesia constituyeron un fracaso absoluto, como quedó claro en el sínodo convocado por el emperador en el 1273, en el que el mismo patriarca José, a pesar de su fidelidad a Miguel, se mostró contrario a cualquier tipo de compromiso.

El problema religioso se unía en el entorno imperial al rechazo que había provocado su actuación respecto al emperador legítimo, el niño Juan Láscaris. Éste había sido excluido de la solemne coronación imperial del año 1261 en la que Andrónico, el hijo de Miguel, había sido coronado junto a su padre. A pesar de sus promesas de respetar los legítimos derechos de Juan, Miguel había mandado cegar al niño que, de esta forma, quedaba excluido de la sucesión imperial, con lo que la dinastía Paleólogo quedaba plenamente consolidada. Esta brutal actuación del usurpador había iniciado el llamado cisma "arsenita". El patriarca Arsenio, que había sido quien había coronado a Miguel, excomulgó al emperador en el 1262 y le prohibió su entrada en Santa Sofía. En el 1265, Miguel depuso a Arsenio y nombró al monje José, que levantó finalmente su excomunión. No obstante, el resentimiento persistía y se acentuó con el problema de la unión religiosa con Occidente, ya que los "arsenitas" fueron siempre contrarios a la unión.

La elección de Gregorio X en el 1271 facilitó la convocatoria del concilio y la unión de las Iglesias. Sucedió a un Papa pro-francés, como Clemente IV, mostrando una actitud menos hostil hacia los griegos. Su obsesión era la recuperación de Tierra Santa, ya que había pasado largos años en Siria, para lo cual consideraba imprescindible la vuelta a la unidad religiosa. Su política significaba un duro revés para los intereses de Carlos de Anjou y relajaba la presión sobre Bizancio. De hecho, Gregorio X fue un pontífice que dejó buen recuerdo entre los griegos, como demuestra la excelente opinión que sobre él transmite el cronista Paquimeros.

Los preparativos del concilio se hicieron con sumo cuidado. Incluso, se eligió la ciudad francesa de Lyon para escapar a una posible presión de Carlos de Anjou. El concilio tenía como objetivos fundamentales la unión de las Iglesias, una cruzada seriamente planeada para recuperar los Santos Lugares y la reforma de la Iglesia. Fueron invitados a él personalidades ilustres, como Tomás de Aquino, que precisamente murió cuando se dirigía hacia el mismo y San Buenaventura, que participó en algunas sesiones. Incluso en la inauguración estuvo el rey Jaime I de Aragón.

La unión de las Iglesias se consiguió con toda facilidad, merced a la actitud sumisa que mostraron los delegados bizantinos, que llegaron tiempo después de iniciada la asamblea. Se redactó una profesión de fe, según la cual la Iglesia griega se unía a los planteamientos de la romana y aceptaba de forma explícita la doctrina latina del *Filioque*, o de la doble procedencia (del Padre y del Hijo) del Espíritu Santo. Las demás cuestiones que tradicionalmente habían separado a ambas Iglesias, todas ellas de importancia

menor, tampoco significaron un obstáculo para la reconciliación. Resulta de trascendental importancia el reconocimiento, tal y como se ve en el texto, de la supremacía jurisdiccional de la sede papal, extremo que había siempre rechazado vehementemente la Iglesia bizantina. Igualmente, como puede verse, el emperador era reconocido con el título, de inferior rango y categoría, de "emperador de los griegos", lo que se había siempre rechazado en Bizancio.

La solución de Lyon tuvo escasas repercusiones. Relajó momentáneamente la presión de Carlos de Anjou y alejó el peligro de la convocatoria de una cruzada específicamente dirigida contra el Imperio bizantino. Sin embargo, el acuerdo del 1274 significó un profundo trauma dentro de la sociedad griega y el rechazo fue casi unánime. Los latinos acusaron siempre a Bizancio de falta de cumplimiento de los acuerdos de Lyon y no les faltaba razón. Las Vísperas Sicilianas del 1282, financiadas sin duda por el oro bizantino, significaron un duro revés para Carlos de Anjou y sus pretensiones imperialistas en el Mediterráneo, al instalar en Sicilia a una nueva potencia, la monarquía aragonesa, a la que no conseguirá desalojar. Finalmente, a la muerte de Miguel VIII, su hijo Andrónico abandonará la postura de su padre y volverá a la tradicional posición de independencia de la Iglesia bizantina.

Texto 7

La caída de Constantinopla (1453).

13. Entonces, el emperador, sintiéndose perdido y con el escudo y la espada en la mano, pronuncia estas conmovedoras palabras: "¿No hay ningún cristiano que pueda cortarme la cabeza? Estaba ya completamente sólo. Entonces, un turco le golpeó y le hirió en el rostro y él le devolvió el golpe, pero uno de los que estaba a sus espaldas le dio un golpe mortal y le tiró al suelo. Los turcos, sin embargo, no sabían que era el emperador y, por ello, tras haberle matado y creyéndole un soldado corriente, le dejaron allí mismo.

14. Cuando los turcos entraron en la ciudad, perdieron muy pocos hombres. Era la primera hora del día y aún no había salido el sol. Una vez que habían penetrado y se habían diseminado por la zona entre la Puerta de Charisios y el Palacio Imperial, mataban a todo aquél que venía a su encuentro y que huía. Los muertos por los turcos fueron unos dos mil. Y fue porque los turcos tenían miedo, ya que creían que dentro de la ciudad había al menos cincuenta mil combatientes y por ello mataron a dos mil. Si hubieran sabido que todo el ejército de defensa se limitaba a ocho mil hombres, no hubieran matado a nadie. Este pueblo, de

hecho, ama mucho el dinero y si cayese en sus manos el asesino de su propio padre, le dejarían libre para conseguir un rescate [...].

Ducas, *Historia turco-byzantina*, 39. 13-14. En Pertsusi, A. (Ed.) *La caduta di Constantinpoli*, Roma, 1976, vol. II, p. 177.

Comentario

Se trata de un texto proveniente de uno de los últimos libros de la *Historia turco-byzantina* de Ducas, que comprende el período que abarca del 1341 al 1462. Se trata de una de las obras más importantes y gráficas sobre los últimos momentos de la vida del Imperio. Va precedida de una introducción al modo de Crónica universal, muy breve hasta el 1204 y dedica la mayor parte de su extensión con los acontecimientos del período comprendido entre las fechas mencionadas. Seguramente no fue testigo ocular de los acontecimientos del 29 de mayo de 1453, pero debió de tener fuentes de información valiosas y muy directas, ya que afirma haber hablado con algunos jenízaros que habían participado en el ataque. Su obra es precisa, bastante sobria y con un intento de penetración en la psicología de los personajes.

El texto nos narra una de las diferentes versiones de la muerte en el asalto final a la ciudad en la madrugada del citado 29 de mayo, del emperador Constantino XI Dragases. Como es sobradamente conocido, no se recuperó el cadáver del emperador, lo que dio pábulo a todo tipo de leyendas, entre las que adquirió una cierta popularidad aquélla según la cual había conseguido huir y ponerse a salvo. Sin embargo, la versión más verosímil es la de la muerte de Constantino, aunque no sea con los detalles heróicos con que la presenta Ducas.

El ataque definitivo a Constantinopla y la pérdida de "la ciudad" por antonomasia es uno de los acontecimientos de más alcance y repercusiones de toda la historia universal, en algún sentido comparable a la caída de Roma a finales del siglo V. No obstante, éste último dejó casi impasibles a los contemporáneos, mientras que no ocurrió lo mismo con el primero. Los acontecimientos del 1453 marcaban el final de toda una larguísima época en la que se había mantenido de alguna forma viva la huella de la antigüedad clásica. Los dos volúmenes que Pertusi dedicó a recopilar textos relativos al acontecimiento y la forma en que se vivió en diferentes contextos, son prueba suficiente de la importancia del mismo.

No obstante, el asalto final de aquel día de mayo no constituye sino la culminación de una larga agonía, de todo un larguísimo asedio, tan prolongado que había presenciado importantes evoluciones internas dentro de

las débiles estructuras del Imperio. A principios del siglo XV, la inesperada y brutal aparición de las hordas de Tamerlán, había salvado a Bizancio de su caída frente a los turcos otomanos. Posteriormente, los diversos aunque mal organizados intentos de auxilio a la ciudad o la unión eclesiástica de Florencia del 1438, no habían conseguido relajar la presión creciente sobre la capital. En los últimos decenios, el Imperio había quedado reducido a Constantinopla y un pequeño *hinterland*, al margen de algunos territorios aislados principalmente en los Balcanes.

Durante la década de los cuarenta, se había iniciado un virtual sitio de la ciudad y el cerco no había cesado de estrecharse. Cuando todo parecía indicar que los protagonistas del evento iban a ser Murad II y Juan VIII, la fortuna quiso que fueran nuevos protagonistas quienes lo afrontasen. En el 1449 moría Juan VIII, siendo sucedido por su hermano menor Constantino que gobernaba sobre el próspero despotado de Morea. En el 1451, moría inesperadamente Murad II y le sucedía su hijo Mehmed II, apodado después "el Conquistador", que sólo contaba 19 años. El joven sultán, del que nos ha quedado un retrato contradictorio que oscila desde la exageración de su extrema crueldad hasta una exaltación casi hagiográfica, continuó con mayor ímpetu incluso los preparativos de su padre.

Aparte de las numerosas causas de fondo que explican la caída de Constantinopla, no cabe duda de que la superioridad militar turca era abrumadora, tanto en hombres como en armamento. Como el texto manifiesta, los defensores de la ciudad quedaron reducidos a unos pocos miles, mientras que los asaltantes superaban los ciento cincuenta mil. Por otra parte, los turcos habían incorporado a su aparato de guerra la incipiente artillería, con un número elevado de bombardas, algunas muy poderosas que, aunque sin gran precisión, habían ido minando la resistencia de los míticos muros teodosianos, abriendo grandes boquetes en los mismos. Esta superabundancia de brazos había también permitido a los sitiadores trasladar una parte de su flota dentro del Cuerno de Oro, desde donde constituía un apoyo de incalculable valor para las fuerzas terrestres.

El asalto final se inició en la noche del 29 de mayo, lanzándose las fuerzas terrestres, en oleadas sucesivas, contra las puertas nororientales de las murallas teodosianas, la de San Romano y la de Charisios, donde se había concentrado el grueso de las tropas defensoras, los contingentes al mando del propio emperador y su séquito y las del genovés Giustiniani Longo, señor de Chios, que fue gravemente herido en el combate y murió a los pocos días, a su llegada a la isla. La resistencia parece haber sido tan heróica como inútil y no fue capaz de detener la segunda oleada atacante, formada por el grueso de los *jenízaros* o fuerzas de choque elegidas del ejército turco, formadas por cautivos de otros pueblos. Ambas puertas reventaron ante la presión turca, y los defensores se desparramaron hacia el

vecino palacio imperial de Blaquerna, situado en el extremo nororiental de la capital.

La victoria era ya completa hacia el mediodía, cuando el joven sultán hizo su entrada solemne en la ciudad, dirigiéndose a Santa Sofía para presidir la oración. El saqueo duró tres días y alcanzó unas proporciones gigantescas. La actitud bastante respetuosa y tolerante del sultán permitió que la vida diaria se fuese poco a poco normalizando. Murieron violentamente algunos altos funcionarios del gobierno imperial, como Lucas Notaras, a pesar de no haber mostrado una actitud excesivamente hostil a los turcos, que le asustaban menos que los odiados latinos. La noticia llegó a Occidente al cabo de algunos días, produciendo gran consternación. Algunos espíritus sensibles, como Eneas Silvio Piccolomini, arzobispo de Siena y futuro papa, fueron conscientes de que el acontecimiento podía tener repercusiones peligrosas para el mismo Occidente.

Importancia decisiva tuvo la tolerancia religiosa mostrada por los turcos. Al cabo de algunos días, Genadio Scholarios, gran humanista y ardiente enemigo de la unión eclesiástica con Roma, fue nombrado patriarca y reanudó la actividad de la Iglesia griega. El papel de ésta fue siempre decisivo para que los sometidos conservasen los elementos fundamentales de su propia personalidad, impidiendo que la comunidad griega fuera absorbida dentro del Imperio turco.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

En este apartado, se incluyen sólo las obras de las que existe alguna edición asequible.

Amiano Marcelino (1935): *Historia (Rerum Gestarum Libri qui supersunt)*, Ed. *Loeb Classical Library*, Cambridge (Mass.),y sucesivas reediciones, 3 vols.

Ana Comneno (1937): *Alexiada*, Ed. Leib (Les Belles Lettres), París, y ss., 4 vols.

Choniates (Nicetas) (1994): *Grandezza e catastrofe di Bisanzio (Narrazione cronologica)* (Ed. Maisano-Pontani, Lorenzo Valla), Verona, 1 vol. aparecido.

Constantino VII Porfirogeneta (1935): *De cerimoniis aulae byzantinae*, Ed. Vogt (Les Belles Lettres), Paris, y ss. 2 vols.

Eusebio de Cesárea (1926): *Historia Ecclesiastica*, (Ed. *Loeb Classical Library*), Cambridge (Mass.), y reediciones sucesivas, 2 vols.

Focio (1959): *Bibliotheca* (Ed. Henry, Les Belles Lettres), Paris, y ss. 9 vols.

Orosio (1976): *Libri VII adversus paganos* (Ed. Lippold, Lorenzo Valla), Verona, 2 vols.

Pertusi, A. (1976): (Ed.): *La caduta di Constantinopoli. Le testimonianze dei contemporanei*, Verona (Lorenzo Valla), 2 vols.

Procopio de Cesárea (1914): *Obras (Historia de las Guerras, Anekdota, Historia de las construcciones)*, Ed. *Leib Classical Librery*, Cambridge (Mass.), y ss. y sucesivas reimpresiones, 7 vols.

Paquimero (1984): *Relaciones históricas* (Ed. Laurent, Les Belles Lettres), 2 vols.
Psellos (1926): *Chronographia*, (Ed. Renauld, Les Belles Lettres), y reipresiones, 2 vols.
Psellos (1984): *Chronographia*, (Ed. Lorenzo Valla), Verona, 2 vols.
Zósimo (1971): *Historia nueva*, (Ed. Paschoud, Les Belles Lettres), Paris, y ss.

Bibliografía

La bibliografía incluida no intenta ser exhaustiva, sino simplemente orientativa.

Anastos, M.: "Some Aspects of Byzantine Influence on Latin Thought in the Twelfth Century", en Clagget, M.; Post, G. y Reynolds, R: (Eds.) (1966): *Twelfth-Century Europe and the Foundations of Modern Society*, Wisconsin, y en Anastos, M. (1979): *Studies in Byzantine Intellectual History*, London (Variorum Reprints), N° XII.
Anastos, M. V. (1979): *Studies in Byzantine Intellectual History*, London (Variorum Reprints).
Ahrweiler, H. (1966): *Byzance et la mer*, Paris.
Ahrweiler, H. (1975): *L'idéologie politique de l'Empire byzantin*, Paris.
Ahrweiler, H. (1971): "Recherches sur l'administration de l'empire byzantin aux IXe-XIe sièclles", en *Etudes sur les structures administratives et sociales de Byzance*, London (Variorum Reprints), 1, N° 8.
Angold, M. (1984): *The Byzantine Empire, 1025-1084. A Political History*, London.
Angold, M. A. (Ed.) (1984): *The Byzantine Aristocracy, IX to XIII Centuries*, Oxford.
Angold, M. A. (1975): *A Byzantine Government in Exile. Government and Society under the Laskarids of Nicaea (1204-1261)*, Oxford.
Angold, M. A. (1985): "The Shaping of the Medieval Byzantine City", *Byzantinische Forschungen*, X, pp. 1-37.
Arce (1988): *"Funus Imperatorum". Los funerales de los Emperadores romanos*, Madrid.
Barnard, L. W. (1974): *The Graeco-Roman and Oriental Background of the Iconoclastic Controversy*, Leiden.
Baynes, N. y Moss, H. (Eds.) (1948): *Byzantium*, Oxford.
Biraben, J. N. y Le Goff, J. (1969): "La Peste dans le Haut Moyen Age", *Annales E.S.C.*, 24, pp. 1484-1510.
Biraben, J. N. (1989): "La peste du VIe siècle dans l'Empire Byzantin", en

Morrison, C: Lefort, J: *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin*, Paris, 2 vols. vol. I, pp. 121-125.
Brown, P. (1971): "The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquety", *Journal of Roman Studies*, 61 (1971), pp. 8-101.
Brown, P. (1973): "A Dark Age Crisis: Aspects of the Iconoclastic Controversy", *English Historical Review*, 8, pp. 1-34. Publicado también en *Society and the Holy in Late Antiquity*, Berkeley, 1982.
Browning, R. (1989): *History, Language and Literacy in the Byzantine World*, Northampton (Variorum Reprints).
Bury, J. B. (1958): *History of the Later Roman Empire. From the death of Theodosius I to the death of Justinian*, New York.
Cahen, Cl. (1974): *Turcobyzantina et Oriens Christianus*, Londres (Variorum Reprints).
Cameron, A. (1973): *Porphyrius the Charioteer*, Oxford.
Cameron, A. (1976): *Christianisme et formes littéraires de l'antiquité tardive en occident: huit exposés suivis de discussions*, Ginebra.
Cameron, A. (1976): *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford.
Cameron, A. (1985): *Litterature and Society in the Early Byzantine World*, London (Variorum Reprints).
Cameron, A. (1970): *Agathias*, Oxford.
Cameron, Averil (1981): *Continuity and Change in the Sixth-Century Byzantium*, London (Variorum Reprints).
Cameron, Averil (1985): *Procopius and the sixth century*, Berkeley
Carile, Averil (1978): *Per una storia dell'Impero Latino di Constantinopoli (1204-1261)*, Bologna.
Cavallo, G. (Ed.) (1992): *L'uomo bizantino*, Bari.
Charanis, P. (1973): *Social, Economical and Political Life in the Byzantine Empire*, London (Variorum Reprints).
Charanis, P. (1978): "Observations on the Demography of the Byzantine Empire", *Proceedings of the XIIIth. International Congress of Byzantine Studies*, Nendeln/Lichtenstein, pp. 445-463.
Cheynet, J. Cl. (1990): *Pouvoir et contestations à Byzance (963-1210)*, Paris, 1990.
Dagron, G. (1974): *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, Paris.
Dagron, G. (1984): *Constantinople imaginaire. Etudes sur le recueil des "Patria"*, Paris.
Dagron, G. (1984): "Aux origines de la civilisation byzantine: Langue de culture et langue d'état", *Revue Historique*, CCXLI (1969) y también en *La Romanité chrétienne en Orient*, London (Variorum Reprints).
Diehl, Ch. (1908): *Figures byzantines*, Paris, 2 vols.

Diehl, Ch. (1943): *Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Madrid.
Diehl, Ch. (1896): *L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709)*, Paris.
Diehl, Ch. (1888): *Études sur l'administration byzantine dans l'Exarchat de Ravenne (568-751)*, Paris.
Ducellier, A. (1982): (Ed.). *Bizancio y el mundo ortodoxo*, Madrid.
Durliat, J. (1990): *De la ville antique à la ville byzantine. Le problème des subsistances*, Roma.
Durliat, J. (1989): "La peste du VIe siècle. Pour un nouvel examen des sources byzantines", en *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin*, Paris, 2 vols. (Vol. 1, pp. 107-119).
Dvornik, F. (1950): *Le schisme de Photius: Histoire et légende*, Paris.
Dvornik, F. (1979): *Byzantium and the Roman Primacy*, New York.
Dvornik, F. (1974): *Photian and Byzantine Ecclesiastical Studies*, London (Variorum Reprints).
Feodalisme a Byzance, N° 79 de *Recherches Internationales à la lumière du marxisme*, Paris, 1974.
Foss, C. (1975): "The Persians in Asia Minor and the end of Antiquity", *The English Historical Review*, CCCLVII, pp. 721-747.
Foss, C. (1990): *History and Archaeology of Byzantine Asia Minor*, London (Variorum Reprints).
Foss, C. (1979): *Ephesus after Antiquity: A Late Antique, Byzantine and Turkish City*, Cambridge.
Gascou, J. (1985): "Les grandes domaines, la cité et l'état en Egypte byzantine (5e, 6e, 7e siècles), *Travaux et Mémoires*, X, pp. 1-90.
Grabar, A. (1980): *L'arte paleocristiana, 200-395*, Milan.
Grabar, A. (1984): *L'Iconoclasme byzantin. Le dossier archéologique*, Paris (2ª Ed.).
Grabar, A. (1967): "Byzantine Architecture and Art", en *The Cambridge Medieval History*, Vol. IV (*The Byzantine Empire*), Part II, pp. 306-353.
Grégoire, H. (1975): *Autour de l'épopée byzantine*, London (Variorum Reprints).
Grierson, Ph. (1954): "Nomisma, "tetarteron" et dinar: un plaidoyer pour Nicéphore Phocas", *Révue Belge de Nunismatique*, pp. 75-84.
Grierson, Ph. (1954): "The debasement of the bezant in the eleventh century", *Byzantinische Zeitschrift*, 47, pp. 379-394.
Haldon, J. (1993): "Military Administration and Bureaucracy: State Demands and Private Interest", *Byzantinische Forschungen*, XIX, pp. 43-63.
Haldon, J. (1985): "Some considerations on Byzantine society and economy in the seventh century", *Byzantinische Forschungen*, X, pp. 75-112.
Haldon, J. (1977): "Some Remarks on the Background to the Iconoclast-Controversy", *Byzantinoslavica*, 38, pp. 161-184.

Haldon, J. (1979): *Recruitment and Conscription in the Byzantine Army, c.550-950: A Study on the origins of the "stratiotika ktémata"*, Viena.
Haldon, J. (1990): *Byzantium and the Seventh Century: the Transformation of a Culture*, Cambridge.
Harvey, A. (1989): *Economic expansion in the Byzantine Empire, 900-1200*, Cambridge.
Haussig, H. W. (1971): *Histoire de la civilisation byzantine*, Paris.
Hendy, M. (1985): *Studies in the Byzantine Monetary Economy, c. 300-1450*, Camridge.
Hendy, M. (1989): *The Economy, Fiscal Administration and Coinage of Byzantium*, London (Variorum Reprints).
Herrin, J. (1987): *The Formation of Chistendom*, Princeton.
Hussey, J. (1986): *The Orthodox Church in the Byzantine Empire*, Oxford (*Oxford History of the Christian Church*).
Jacoby, D. (1961): "La population de Constantinople à l'ĕpoque byzantine: un probléme de démographie urbaine", *Byzantion*, 31, pp. 81-109.
Jaeger, W. (1965): *Cristianismo primitivo y paideia griega*, México.
Jones, A. H. M. (1986): *The Later Roman Empire, 284-602*, Oxford, 2 vols.
Jones, A. H. M. (1966): *The Greek City, from Alexander to Justinian*, Oxford.
Kaegi, W. (1982): "The Byzantine armies and Iconoclasm", *Byzantinoslavica*, 27 (1966), pp. 48-70 y en *Army, Society and Religion in Byzantium*, London (Variorum Reprints.
Kaegi, W. (1992): *Byzantium and the Early Islamic Conquests*, Cambridge.
Kaegi, W. (1993): "The controversy about bureaucratic and military factions", *Byzantinische Forschungen*, XIX, pp. 25-33.
Kaegi, W. (1993): "Sklerosis and Flexibility" (18th. Intern. Congress of Byz. Studies, Round Table), *Byzantinische Forschungen*, XIX, pp. 87-103.
Kantorowicz, E. (1976): *Federico II Imperatore*, Milan.
Kaplan, M. (1982): "Les villageois aux premiers sièeles byzantins (VI- X siècles): une société homogène?", *Byzantinoslavica*, 43, pp. 202-217.
Kaplan, M. (1986): "L'économie paysanne dans l'empire byzantin du Ve au Xe siècle", *Klio*, 68, pp. 198-232.
Kaplan, M. (1992): *Les hommes et la terre à Byzance du VIe ux XIe siècles. Propiété et exploitation du sol*, Paris.
Kazhdan, A. P. y Constable, G. C. (1982): *People and Power in Byzantium*, Washington.
Kazhdan, A. y Franklin, S. (1984): *Studies on byzantine literature of the eleventh and twelfth centuries*, Cambridge.
Kazhdan, A. y Epstein, A. W. (1985): *Change in byzantine culture in the eleventh and twelfth centuries*, Berkeley.
Kazhdan, A. y Cutler, A. (1982): "Continuity and Discontinuity in Byzantine History", *Byzantion*, 52, pp. 429-478.

Kazhdan, A. (1982): "Two notes on Byzantine Demography of the Eleventh and Twelfth centuries", *Byzantinische Forschungen*, 8, pp. 115-122.
Kazhdan, A. (1992): "Il contadino", en Cavallo, G. (Ed.), *L'uomo byzantino*, Bari, cap. 2°, pp. 45-93.
Kazhdan, A. (1993): *Authors and Texts in Byzantium*, London (Variorum Reprints).
Kennedy, H. (1985): "The last century of byzantine Syria: a reinterpretation", *Byzantinische Forschungen*, X, pp. 141-183.
Kennedy, H. y Liebeschuetz, J. (1988): "Antioch and the Villages of Northern Siria in the Fifth and Sixth Centuries, A.D.: Trends and Problems", *Nottingham Medieval Studies*, XXXII, pp. 65-90.
Kopstein, H. y Winkelmann, F. (1976): *Studien zum 7. Jahrhundert in Byzanz. Probleme der Herausbildung des Feudalismus*, Berlin, 1976, 3 vols.
Krautheimer, R. (1984): *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, Madrid.
Krautheimer, R. (1987): *Tre Capitali Cristiane. Topografia e politica*, Torino.
Laiou Thomadakis, A. (1977): *Peasant Society in the Late Byzantine Empire. A Social and Demographic Study*, Princeton.
Laiou Thomadakis, A. (1980-81): "The Byzantine Economy in the Mediterranean Trade System; Thirteenth- Fifteenth Centuries", *Dumbarton Oaks Papers*, 34-35, pp. 177-222.
Laiou Thomadakis, A. (1992): *Gender, Society and Economic Life in Byzantium*, London (Variorum Reprints).
Lemerle, R. (1958): "Esquisse pour une histoire agraire de Byzance. Les sources et les problèmes", *Revue Historique*, 219, 32-74, 254-284; 219, 2, 43-94.
Lemerle, R. (1970): *The Agrarian History of Byzantium from the origins to the twelfth century. The Sources and Problems*, Galway (Versión ampliada del trabajo anterior).
Lemerle, R. (1971): *Le premier humanisme byzantin*, Paris.
Lemerle, R. (1977): "Byzance au tournant de son destin (1025-1118)", en *Cinq Etudes sur le XIe siècle byzantin*, Paris, pp. 251-312.
Lemerle, R. (1980): "Thomas le Slave", *Travaux et Mémoires*, I (1965), pp. 255-297 y en *Essais sur le monde byzantin*, London (Variorum Reprints), N.° 3.
Lilie, R. J. (1994): *Byzantium and the Crusader States, 1096-1204*, Oxford.
López, R. S. (1945): "Silk Industry in the Byzantine Empire", *Speculum*, XX, pp. 1-42, y en López, R. S. (1978): *Byzantium and the world around it*, London (Variorum Reprints), N.° V.
López, R. S. (1950): "La crise du bézant au Xe siècle et la date du Livre du Préfet", en *Mélanges Henri Gregoire*, II, Bruselas, pp. 403-418 y en *Byzantium and the world...*, N.° VI.
López, R. S. (1951): "The Dollar of the Middle Ages", *Journal of Economic History*, XI, pp. 209-234, y en *Byzantium and the world...*, N.° VII.

Mc Mullen, R. (1969): *Constantine*, London.
Magdalino, P. (1991): *Tradition and transformation in medieval Byzantium*, London (Variorum Reprints).
Magdalino, P. (1993): *The Empire of Manuel I Komnenos, 1143-1180*, Cambridge.
Malamut, E. (1993): *Sur la route des saints byzantins*, Paris.
Mango, C. (1980): *Byzantium. The Empire of New Rome*, London.
Mango, C. (1984): *Byzantium and its image: History and Culture of the Byzantine Empire and its Heritage*, London (Variorum Reprints).
Mazzarino, S. (1973): *L'Impero romano*, Bari, 3 vols.
Meyendorff, J. (1975): *Iniciation à la théologie byzantine*, Paris.
Meyendorff, J. (1971): "Society and Culture in the fourteenth century. Religious problems", *XIV Congrès International des Etudes Byzantines. Rapports, 5*, Bucarest, pp. 51-65.
Morrison, C. (1976): "La dévaluation de la monnaie byzantine au XIe siècle. Essai d'interprétation", *Travaux et Mémoires*, 6, pp. 3-48.
Morrison, C. y Lefort, J. (Eds.) (1989): *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin*, Paris, 2 vols.
Nicol, D. (1972): *Byzantium: its ecclesiastical history and relations with the western world*, London (Variorum Reprints).
Nicol, D. (1979): *Church and Society in the last centuries of Byzantium*, Cambridge.
Nicol, D. (1972): *The Last Centuries of Byzantium, 1261-1453*, Cambridge, 1994. Primera edición en Londres.
Nicol, D. (1992): *The Inmortal Emperor: The Life and Legend of Constantine Paleologos*, Cambridge.
Ostrogorsky, G.: "Las condiciones de la vida agrícola en el Imperio bizantino durante la Edad Media", *Historia Económica de la Universidad de Cambridge*, I, Madrid, s.f., pp. 237 y ss.
Ostrogorsky, G. (1954): *Pour l'histoire de la féodalité byzantine*, Bruselas.
Ostrogorsky, G. (1984): *Historia del Estado bizantino*, Madrid, 1984 (Primera edición en Alemania, 1940).
Patlagean, E. (1977): *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, 4-7 siècles*, Paris.
Patlagean, E. (1987): "Bizancio, siglos X-XI", en Aries, Ph: Duby, G: *Historia de la vida privada. Del Imperio romano al año mil*, Madrid, pp. 535-619.
Patlagean, E. (1992): *Santità e potere a Bisanzio*, Milan.
Pertusi, A. (1990): *Il pensiero politico bizantino*, Boloni.
Pertusi, A. (1978): "Formation des Thèmes Byzantins", *Berichte zum XI. Internationalen Byzantinischen Kongress*, Munich 1958. Reimpresión en Lichtenstein, pp. 1-40.

Raybaud, L. P. (1968): *Le gouvernement et l'administration centrale de l'Empire byzantine sous les premiers Paléologues (1258-1354)*, Paris.
Rubio i Lluch, A. (1927): "Paquimeres i Muntaner", *Intstitut d'Estudis Catalans. Secciò historia i arqueologia. Memòries*, I, pp. 33-60.
Runciman, S. (1957): *Historia de las cruzadas*, Madrid, 3 vols.
Runciman, S. (1979): *Vísperas Sicilianas. Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid, Primera edición inglesa en Cambridge, 1958.
Runciman, S. (1988): *The Emperor Romanus Lecapenus and his Reign. A Study of the Tenth-Century Byzantium*, Cambridge. Primera edición de 1929.
Runciman, S. (1972): *Le manichéisme médiéval*, Paris.
Runciman, S. (1975): *Byzantine Civilization*, Londres. Primera edición de 1933.
Runciman, S. (1965): *The Fall of Constantinople. 1453*, Cambridge.
Runciman, S. (1970): *The Last Byzantine Renaissance*, Cambridge.
Stein, E. (1988): *Histoire du Bas Empire*, Amsterdam, 3 vols.
Stein, E. (1949-1951): "Introduction à l'histoire et aux institutions byzantines", *Traditio*, pp. 96 y ss.
Svoromos, N. (1966): "Société et organisation intérieure dans l'Empire byzantin au XI siécle: les principaux problèmes", *Proceedings of the XIIIth. International Congress of Byzantine Studies*, Oxford, pp. 372-389. Reimpresión en Nendeln/Lichtenstein, 1978.
Treadgold, W. (1982): *The byzantine state finances in the eight and ninth centuries*, New York.
Treadgold, W. (Ed.) (1984): *Renaissances before the Renaissance*, Stanford.
Treadgold, W. (1988): *Byzantine Revival, 780-842*, Stanford.
Treadgold, W. (1990): "The break in Byzantium and the gap in byzantine studies", *Byzantinische Forschungen*, X, pp. 289-316.
Vassiliev, A. A. (1946): *Historia del Imperio bizantino*, Barcelona, 2 vols.
Vogt, A. (1908): *Basile I, Empéreur de Byzance (867-886) et la civilisation byzantine à la fin du IX siècle*, Paris.
Vryonis, S. (1986): *The Decline of Medieval Hellenism in Asia Minor and the Process of Islamization from the Eleventh through the Fifteenth Century*, Berkeley
Whittow, M. (1990): "Ruling the Late Roman and Early Byzantine City: A Continous History", *Past and Present*, 129, pp.3-29.
Wilson, N. G. (1994): *Filólogos bizantinos*, Madrid. Primera edición inglesa en 1983.

HISTORIA UNIVERSAL

Títulos publicados

PREHISTORIA

1. *Teoría y método de la arqueología*
   Fernández Martínez, V. Manuel
2. *De los primeros seres humanos*
   Querol Fernández, M.ª Angeles
3. *La expansión de los cazadores*
   Moure Romanillo, Alfonso / González Morales, Manuel R.
4. *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*
   Bernabéu, J. / Aura, J. Emili / Badal, E.
5. *Los orígenes de la civilización. El Calcolítico en el Viejo Mundo*
   Delibes, G. / Fernández-Miranda, M.
6. *Arqueología de Europa. 2250-1200 A. C.*
   González, Paloma / Lull, Vicente / Risch, Robert
7. *El Bronce Final*
   Blasco, M.ª Concepción
8. *En el principio de la Humanidad*
   Domínguez-Rodrigo, Manuel
9. *Arqueología prehistórica de África*
   Fernández Martínez, V. Manuel
10. *Arqueología americana*
    Rivera, Miguel / Vidal, M.ª Cristina

HISTORIA ANTIGUA

1. *Introducción al Mundo Antiguo: Problemas teóricos y metodológicos*
   Plácido, Domingo
2. *El Próximo Oriente Antiguo* (Vol. I)
   González-Wagner, Carlos
6. *La polis y la expansión colonial griega*
   Domínguez Monedero, Adolfo
9. *El Mundo helenístico*
   Lozano Velilla, Arminda